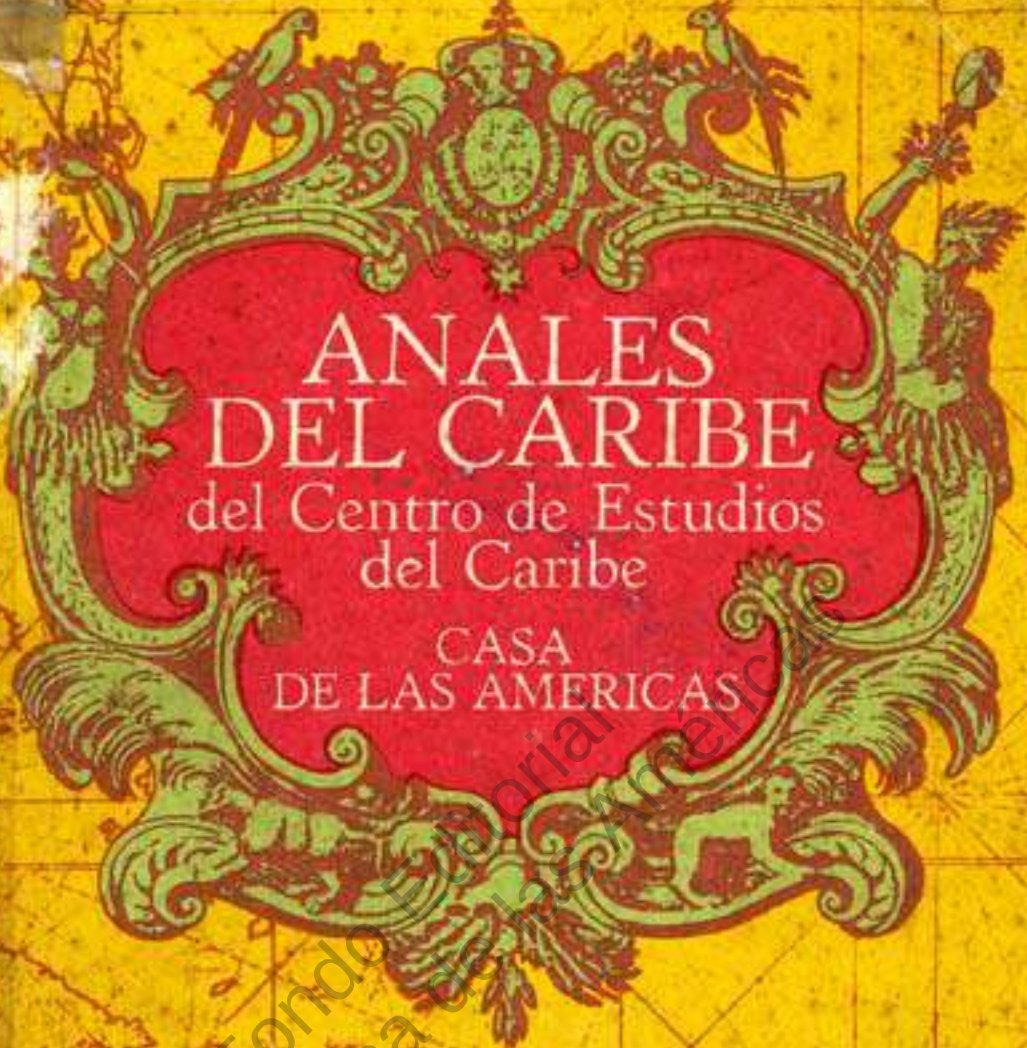




ANALES DEL CARIBE

del Centro de Estudios
del Caribe

CASA
DE LAS AMERICAS

1981

ANALES DEL CARIBE

del Centro de Estudios
del Caribe

Este material es solo para uso promocional y se prohíbe su reproducción total o parcial.

Fondo Editorial
Casa de las Américas



ANALES DEL CARIBE

del Centro de Estudios
del Caribe

1/1981

Editor de los *Anales del Caribe*: EMILIO JORGE RODRÍGUEZ

Diseño y emplane: UMBERTO PEÑA

Redacción: CASA DE LAS AMÉRICAS, 3RA. Y G, EL VEDADO, CIUDAD DE LA HABANA, CUBA

El Centro de Estudios del Caribe es una institución de carácter cultural que tiene como objetivos el acopio y la difusión de información sobre los países del Caribe, así como el estímulo a la creación artística y literaria, el estudio de las manifestaciones socioeconómicas y la investigación científica. Con estos fines desarrollará un programa de acción que propenderá al mejor conocimiento e interrelación entre las naciones del área caribeña.

Director del Centro de Estudios del Caribe: LISANDRO OTERO. Consejo Asesor: ISAAC BARREAL, JOSÉ A. BENÍTEZ, ROBERTO FERNÁNDEZ RETAMAR, AMBROSIO FORNET, MANUEL MORENO FRAGINALS, JOSÉ LUCIANO FRANCO, MANUEL GALICH, SAMUEL GOLDBERG, RAMIRO GUERRA, ADELAI DA DE JUAN, ARGELIERS LEÓN,

TRINIDAD PÉREZ, MANUEL RIVERO DE LA CALLE y MARIANO RODRÍGUEZ.

Cada trabajo expresa la opinión de su autor. No se devuelven manuscritos no solicitados.

Venta y suscripción: las solicitudes del extranjero deben hacerse a: Empresa de Comercio Exterior de Publicaciones. Apartado 605, Ciudad de La Habana. Las suscripciones en Cuba deben realizarse en: Expedidora Central de Publicaciones, Dragones 456, entre Lealtad y Campanario, Ciudad de La Habana. Precios (suscripción anual): \$1.25 moneda nacional, o su equivalente en otra moneda.

MINISTERIO DE CULTURA

ESTABLECIMIENTO 08 «MARIO REGUERA GÓMEZ»

CIUDAD DE LA HABANA, CUBA

© CENTRO DE ESTUDIOS DEL CARIBE /
CASA DE LAS AMÉRICAS, 1981

INDICE

CENTRO DE INVESTIGACION DE LA PRENSA	
FECHA: 7-2-77	CLASIF. _____
NO. REGISTRO: 2-000-77	

- 7 Presentación
- 11 Presentation
- 15 Presentation
- 19 José Luciano Franco. *La batalla por el dominio del Caribe*
- 39 Manuel Rivero de la Calle. *La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas*
- 99 Rupert Lewis. *El nacionalismo anticolonial en el pensamiento de Marcus Garvey*
- 114 Haroldo Dilla Alfonso. *Antecedentes, desarrollo y agonía del Partido Unión de Puerto Rico*
- 144 Ian Jacobs, W. Richard Jacobs. *Granada: el camino hacia la Revolución*
- 158 Sergio Benvenuto. *Cien años de minotauro a la soledad de los patriarcas*
- 191 Adelaida de Juan. *Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del siglo XIX*
- 197 Alejo Carpentier. *La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe*
- 207 Jaime Sarusky. *Carifesta en Cuba*
- 226 Kenneth Ramchand. *Patrimonio cultural*
- 234 Henri Bangou. *Ensayo de definición de las culturas caribeñas*
- 247 Julio Le Riverend. *El esclavismo en Cuba: análisis de su bibliografía*
- 263 René Ménil. *Aspectos y temas de la literatura martiniqueña actual*
- 269 Maximilien Laroche. *La literatura en haitiano*
- 282 Trudi Guda. *La tradición oral en Surinam*
- 291 Nara Araújo. *Puerto Rico: visión de un Ilustrado*
- 300 Joel P. Benjamin. Lambros Comitas, *The Complete Caribbeanna—(1900-1975)*
- 303 Luis Álvarez Álvarez. Paul Laraque, *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*
- 309 Sergio Valdés Bernal. José Juan Arrom, *Estudios de lexicología antillana*
- 317 COLABORADORES

ANNALES DEL CARIBE

del Centro de Estudios
del Caribe



CASA DE LAS AMERICAS
1/1981

La labor caribeña de Casa de las Américas se ha incrementado considerablemente desde su fundación en 1959, y uno de los acontecimientos más recientes en esta trayectoria ha sido la fundación del Centro de Estudios del Caribe. La publicación que surge ahora, *Anales del Caribe*, es un esfuerzo más en la línea de estimular, promover y divulgar las investigaciones de la cultura y las ciencias sociales.

Los hechos de la historia y la cultura que vinculan a los pueblos caribeños son realidad palpable en nuestros días. Si bien el Caribe forma parte innegable del conglomerado socioeconómico de América Latina —«nuestra América» como prefería Martí— esta certeza se enfrenta en los escollos para lograr una descripción definitiva de lo caribeño. Difícilmente fronteras nacionales de variado artificio podrán contener o establecer un límite a hombres forjadores de múltiples formas de vida y

cultura. El conglomerado de islas y territorios continentales circunmarítimos del Caribe ha suscitado constante indagación desde la época de la conquista de América; especial dedicación ha existido en los últimos decenios, cuando hemos presenciado una verdadera eclosión de los estudios caribeños, entre ellos investigaciones y eventos académicos que han proyectado un afán comparativo o de concreción en sus análisis. Por otra parte, ha habido factores propiciatorios de la ampliación de los estudios que se realizan en la propia área, tales como la mayor cantidad de instituciones de educación superior, la creación de centros de investigación en la región y una ligera ampliación del campo editorial (en ocasiones en tiradas de limitado alcance, poca factura industrial e inestable regularidad); todo lo cual ha contribuido a incrementar la participación de profesionales caribeños en encuentros, seminarios y conferencias de carácter supranacional sobre la cultura y las

ciencias sociales, que han perfilado en un plano ascendente las necesidades funcionales del desarrollo investigativo. Se trata de avances de perentoria importancia para la investigación caribeña, considerando el estado de balcanización que mantuvo durante siglos la dominación colonial en el área, compartida en el siglo xx con la política de subordinación al imperialismo. Es innegable que los cambios políticos y sociales acaecidos en la región durante la última veintena de años —entre ellos, el triunfo de la Revolución Cubana y la concesión de la independencia a varios territorios coloniales— han sido el factor inicial para la observación mutua y el diálogo. Sin embargo, en algunas manifestaciones culturales y fenómenos socioeconómicos, no se ha sobrepasado la sensación de sabernos en familia: faltan las búsquedas genealógicas y los suficientes estudios comparados horizontales, y más aún, es necesario fortalecer vínculos investigativos de colaboración para llevar a cabo empresas de esa envergadura. Constar que *Anales del Caribe* estará entre las primeras publicaciones especializadas del Caribe, con un amplio espectro temático y geográfico, denota el vacío anterior, al que es costumbre acudir para justificar el nacimiento de una publicación periódica, y la existencia del parcelamiento colonial de la región. Todo ello obligará al constante diálogo, sobre necesidades y ausencias, con los destinatarios, intercambio imprescindible para propiciar el enriquecimiento mutuo. Aspiramos a que los trabajos recopilados en *Anales del Caribe* brinden la satisfacción que ofrece el

reconocimiento de hechos o problemas de cercanía más allá de una connotación geográfica, despierten interés e inquietud en estudiosos de otras tierras y en el público interesado en ampliar sus conocimientos sobre la región. Son múltiples las demandas de información caribeña que existen, y persisten desniveles cognoscitivos sobre distintas disciplinas y subáreas geográficas. Por esa razón, *Anales de Caribe*, alternará los trabajos especializados con los divulgativos.

Este primer volumen incluye un grupo de ensayos, artículos, disertaciones, investigaciones y reseñas críticas producidas en el período 1979-1980. Lo inaugura un decano en la investigación histórica del Caribe, José Luciano Franco, con «La batalla por el dominio del Caribe», bosquejo cronológico que cubre las disputas de las potencias coloniales europeas por adueñarse del Caribe, desde finales del siglo xvii hasta inicios del siglo xx, y la aparición de una nueva fuerza contrincante: el imperialismo norteamericano. Manuel Rivero de la Calle, en su trabajo «La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas» desglosa una investigación de antropología física, realizada en 1978 con una muestra de 180 individuos, y establece comparaciones estadísticas con las cifras de otros trabajos similares, realizados en países africanos y en la diáspora africana del Caribe. Rupert Lewis, en «El nacionalismo anticolonial en el pensamiento de Marcus Garvey», se ocupa de algunas contradicciones en la ideología de esta carismática personalidad política del Caribe, y alerta sobre la manera en

que Garvey detectó y combatió el surgimiento contemporáneo del neocolonialismo. El ensayo de Haroldo Dilla Alfonso, «Antecedentes, desarrollo y agonía del Partido Unión de Puerto Rico», incluye una evaluación del complejo proceso de esta organización política —un camino de múltiples variantes— y tiene un apoyo sumamente ilustrativo en diversas fuentes de la época. «Granada: el camino hacia la Revolución», por Ian y W. Richard Jacobs, es una selección de fragmentos del libro homónimo, publicado en su primera edición en inglés por Casa de las Américas en 1980, que contiene los antecedentes políticos del Movimiento de la Nueva Joya como organización opositora al gobierno dictatorial de Eric Gairy, su evolución como partido de línea política no capitalista y parlamentaria, sus objetivos de transformación de la sociedad granadiense y su desarrollo paralelo como organización clandestina, que finalmente derrocó a la dictadura. Sergio Benvenuto, en «Cien años de Minotauro o la soledad de los patriarcas», realiza un estudio crítico comparado de las novelas *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca*; desarrolla una idea central sobre la existencia de dos polos de atención en la novelística de Gabriel García Márquez: el palacio (presidencial) y Macondo, que corresponden a las relaciones de producción en las sociedades dependientes con respecto al mercado capitalista. De esta forma, el trabajo arriba a una evaluación de la teoría económica sobre la dependencia. Adelaída de Juan nos ofrece en «Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del siglo XIX» una breve mues-

tra de sus investigaciones en la plástica cubana donde se puede entrever la veta de posibilidades ante las interrogantes detectivescas recogidas al final del texto, fecundadoras de nuevas investigaciones de mayor extensión. La celebración de CARIFESTA '79 en Cuba, el evento cultural de mayor envergadura en la región origina la publicación de otros trabajos. En primer lugar, el texto de Alejo Carpentier «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe» constituye una clase magistral sobre los elementos esenciales de la historia y la cultura caribeñas, y es forzosa su amplia divulgación. Para pesar nuestro, debe interpretarse también como un modesto homenaje póstumo a esa notable figura de la intelectualidad caribeña. A continuación, «Carifesta en Cuba» ofrece un recorrido de Jaime Sarusky por las diversas actividades que se realizaron en esa ocasión, aunque no pretende ser exhaustivo. Sarusky hace hincapié en las sesiones del Simposio sobre la Identidad Cultural Caribeña, la importancia de las diversas ponencias, y se apoya en las declaraciones de orden teórico y práctico que se produjeron en aquella beneficiosa y hermosa experiencia. Una de esas ponencias, «Patrimonio cultural», de Kenneth Ramchand, se reproduce a continuación. El autor acomete las relaciones entre los creadores y la cultura popular, y muestra sus opiniones sobre algunas consecuencias que desprende de esta interacción. El siguiente «Ensayo de definición de las culturas caribeñas», de Henri Bangou, consta de dos aspectos, ambos de vital importancia: la discusión conceptual de los términos «cultura

caribeña» y su alcance, y la formación de una cultura propia en Guadalupe. Julio Le Riverend, en «El esclavismo en Cuba: análisis de su bibliografía», estudia las fuentes generales sobre el sistema esclavista desde el siglo XIX, valora la bibliografía cubana en esta zona de la historia nacional, y señala algunos puntos de necesaria exploración y profundización por los especialistas a la hora de celebrar el centenario de la abolición de la esclavitud en Cuba. A continuación, incluimos tres conferencias introductorias a otros tantos temas de la cultura caribeña. La de René Ménil, «Aspectos y temas de la literatura martiniqueña actual», esboza las líneas y asuntos de interés más general al abordar el estudio de la literatura martiniqueña. Maximilien Laroche establece la trayectoria del *créole* como herramienta de la creación en «La literatura en haitiano», y se apoya en algunos ejemplos de la poesía. Termina esta sección con la charla de Trudi Guda «La tradición oral en Surinam», que expone de manera didáctica el carácter del folclore *criollo* en Surinam, y lo ilustra con canciones y cuentos, de acuerdo a las in-

vestigaciones de campo que ha emprendido la autora. Nara Araújo resalta en su brillantez el texto de un viajero, el científico francés André Pierre Ledru, la curiosa historia del documento y su valoración desde diversos ángulos en «Puerto Rico: visión de un Ilustrado». La reseña crítica de Joel P. Benjamin a la obra de vastas dimensiones *The Complete Caribbeana* (1900-1975), dirigida por Lambros Comitas, arroja un ángulo de luz sobre las múltiples dificultades que debe tomar en cuenta una empresa de tales características. Luis Álvarez Álvarez enjuicia con atinada sensibilidad el poemario *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*, de Paul Laraque, galardonado con el Premio Casa de las Américas 1979. Sergio Valdés Bernal al reseñar los *Estudios de lexicología antillana* de José Juan Atrom, expone la importante labor rectificadora del autor sobre incorrectos análisis etimológicos que ha arrastrado esa disciplina antillana.

Sólo nos queda aguardar que los trabajos recopilados en esta primera edición de *Anales del Caribe* contribuyan a desbrozar terreno de nuevas cosechas en la investigación caribeña.

Since its foundation in 1959, Casa de las Américas has increasingly concerned itself with the Caribbean, one of the most recent proofs of this being the creation of the Center for Caribbean Studies. The publication of the journal *Anales del Caribe* (Annals of the Caribbean) is a continuation of this effort to stimulate, promote and publicize research in culture and the social sciences.

The historical and cultural ties which link the Caribbean people are a concrete reality today. While the Caribbean undeniably forms part of the socioeconomic conglomerate of Latin America — «Our America», as José Martí called it— this fact nevertheless makes it difficult to come up with a definitive description of what is «Caribbean». Men forging multiple ways of life and culture cannot be contained or limited by national borders. The conglomerate of islands and continental territories surrounding the waters of the Caribbean have

been the source of constant interest since the time of the conquest of America; this is especially so in the last few decades, which have witnessed a virtual explosion in studies concerning the Caribbean. These include research and academic events which have attempted to give a comparative or concrete focus to their analyses. There have also been a number of factors favoring the growth of research in the area itself, such as a greater number of institutions of higher learning, the creation of research centers in the region and a slight increase in the editorial field (at times in limited or irregular editions and of poor quality). These factors have contributed to a greater participation of Caribbean professionals in international meetings, seminars and conferences dealing with culture and the social sciences, which have increasingly brought out the functional necessities of research development. Such Caribbean research is of the utmost urgency, considering the state

of epitomization which the colonial domination of the area maintained for centuries, and which has continued into the 20th century with the imperialist policy of vertical subordination. The political and social changes which have taken place in the region over the last 20 years—especially the triumph of the Cuban Revolution and the granting of independence to a number of colonial territories—have undoubtedly been the factors leading to mutual observation and dialogue. Nevertheless, with respect to some cultural manifestations and socio-economic phenomena, we have not gone beyond the point of rejoicing at the knowledge that we belong to the same family: sufficient geneological and horizontal comparative studies are still lacking. Furthermore, greater collaboration in research is necessary to carry out tasks of such magnitude. *Annals of the Caribbean* is among the first publications specializing in the Caribbean and covering a vast thematic and geographic spectrum. This fact attests to the previous vacuum which has traditionally justified the birth of a new publication and proves that the colonial fragmentation of the region still exists today. This makes it imperative to establish a constant dialogue with the readers on needs and shortcomings, an exchange which will undoubtedly be of mutual benefit. We hope that the essays compiled in *Annals of the Caribbean* provide the satisfaction that comes from the recognition of events or problems of a closeness that has more than a mere geographical connotation; that they awaken an interest or concern in scholars from other

areas and in a public eager to acquire greater knowledge about the region. There is a great demand for information about the Caribbean, and gaps in knowledge still exist with respect to certain disciplines and geographical subareas. Consequently, *Annals of the Caribbean* will alternate specialized pieces with more popular ones. This first issue includes a group of essays, articles, dissertations, investigations and critiques written during the period 1979-1980. It starts off with an essay entitled «La batalla por el dominio del Caribe» (The battle for possession of the Caribbean), by one of the most important Caribbean historians, José Luciano Franco. It is a chronological outline of the disputes between the European colonial powers from the end of the 17th century to the beginning of the 20th century and notes appearance of a new rival force: U. S. imperialism. Manuel Rivero de la Calle, in his work «La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas» (The black male population of Cuba. Some anthropological characteristics), deals with a physical anthropology study carried out in 1978 on a sample of 180 individuals, and makes statistical comparisons with similar studies carried out in African countries and African populations in the Caribbean. Rupert Lewis, in «El nacionalismo anticolonial en el pensamiento de Marcus Garvey» (The anti-colonial nationalism in Garvey's thought), discusses some of the contradictions in the ideology of this charismatic Caribbean political personality and reveals the way in which Garvey detected and fought the contemporary upsurge of neocolonialism.

The essay by Haroldo Dilla Alfonso, «Antecedentes, desarrollo y agonía del Partido Unión de Puerto Rico» (Antecedents, development and agony of the Union Party of Puerto Rico), includes an evaluation of the complex process of this political organization and makes use of a number of highly illustrative sources from that era. «Grenada: the route to Revolution», by Ian and W. Richard Jacobs, is a selection of excerpts from the book of the same name, first published in English by Casa de las Américas in 1980. It traces the political background of the New Jewel Movement as an organization in opposition to the dictatorial government of Eric Gairy; its evolution as a party with a non-capitalist and parliamentary line, its goals of transforming the Grenadian society and its parallel development as a clandestine organization which finally overthrew the dictatorship. Sergio Benvenuto, in «Cien años de minotauro o la soledad de los patriarcas» (One hundred years of Minotaur or the solitude of the patriarchs), compares the novels *One Hundred Years of Solitude* and *The Autumn of the Patriarch*. It develops a central theme concerning the existence of two concepts in the novels of Gabriel García Márquez: the Palace (presidencial) and Macondo, which correspond to the relations of production in dependent societies with respect to the capitalist market. In this way, the study makes an evaluation of the economic theory of dependency. «Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del XIX» (A curious Martinican artist in 19th century Cuba), by Adelaida de Juan,

offers a brief sample of the author's research into Cuban art, ending up with a number of questions which invite further research in the field. The celebration of Carifesta'79, the regions most important cultural event, gave rise to the publication of other works. The text by Alejo Carpentier, «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe» (The culture of the peoples who inhabit the lands of the Caribbean Sea), a masterly study of the essential elements of Caribbean history and culture, should be widely read. It also constitutes a modest posthumous tribute to this prominent writer of Caribbean intellectuality. The next piece, «Carifesta in Cuba», by Jaime Sarusky, reviews a number of the diverse activities which took place on that occasion, including the sessions of the Symposium on Caribbean Cultural Identity. He stresses the importance of the various presentations, as well as the theoretical and practical statements which came out of that enlightening experience. The following essay, «Patrimonio cultural» (Cultural patrimony) by Kenneth Ramchand, is a reprint of one of the papers presented at the symposium. The author discusses the relationship between the creators and popular culture, and comments on some of the consequences of this interaction. The following, «Ensayo de definición de las culturas caribeñas» (Essay to define the Caribbean cultures) by Henri Bangou, deals with two issues of vital importance: the conception and limits of the term «Caribbean culture» and the formation of a Guadeloupan culture. Julio Le Riverend, in «El esclavismo en Cuba: análisis de su biblio-

grafia» (Slavery in Cuba: an analysis of its bibliography), reviews the major sources of information on the slave system as of the 19th century, evaluates the Cuban bibliography on this aspect of national history, and indicates some areas which need further study in light of the celebration of the centennial of the abolition of slavery in Cuba. The following three pieces deal with a number of other themes related to Caribbean culture. The one by René Ménéil, «Aspectos y temas de la literatura martiniqueña actual» (Aspects and themes of presentday Martinican literature) focuses on the most important issues in the study of Martinican literature. Maximilien Laroche, in «La literatura en haitiano» (Literature in Haitian), reveals how *créole* is used as a creative tool, illustrating this with some examples from poetry. This section ends with «La tradición oral en Surinam» (Oral tradition in Surinam) by Trudi Guda, a didactical study of the character of creole folklore in Surinam, illustrated with songs and short stories unearthed by the author. Nara Araújo in «Puerto Rico: visión de un Ilus-

trado» (Puerto Rico: Vision of a Man from the Enlightenment), brings to life the brilliant text of the traveling French scientist André Pierre Ledru, explains the curious history of the document and analyzes it from various angles. The critique by Joel P. Benjamin of the monumental work *The Complete Caribbeana* (1900-1975), edited by Lambros Comitas, sheds light on the many difficulties that such a task must inevitably confront. Luis Álvarez Álvarez then reviews, with keen sensitivity, the book of poems *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*, by Paul Laraque, awarded the 1979 Casa de las Américas Prize. In reviewing José Juan Arrom's *Estudios de lexicología antillana*, Sergio Valdés Bernal stresses the importance of rectifying the incorrect etimological analyses which have plagued this discipline in the Antilles.

We sincerely hope that the works compiled in this first edition of *Annals of the Caribbean* contribute to paving the way for new achievements in Caribbean research.

Depuis sa fondation en 1959, la Casa de las Américas a considérablement augmenté son travail sur les Caraïbes, et l'un des derniers événements dans ce domaine a été la création du Centre d'Études sur les Caraïbes. Cette nouvelle publication, *Anales del Caribe* (Les Annales des Caraïbes), constitue un effort supplémentaire dans le travail pour encourager, promouvoir et divulguer les recherches sur la culture et les sciences sociales.

Les faits historiques et la culture qui unissent entre eux les peuples caribéens sont de nos jours une réalité tangible. S'il est vrai que les Caraïbes font partie de façon irréfutable du conglomerat socio-économique de l'Amérique Latine — «Notre Amérique», comme aimait l'affirmer José Martí—, toujours est-il que cette certitude se heurte à la difficulté d'obtenir une description définitoire du «caribéen». Il est difficile que des frontières nationales créées de façon artificielle puissent contenir ou limiter des hommes qui ont forgé de multiples modes de vie et formes de culture. L'agglomération d'îles et de

territoires continentaux qui entourent la mer des Caraïbes a suscité des recherches depuis l'époque même de la Conquête des Amériques; cet intérêt s'est tout spécialement manifesté ces dernières décennies quand nous avons assisté à une véritable éclosion des études sur les Caraïbes, parmi lesquelles des recherches et des rencontres de spécialistes qui ont exprimé dans leurs analyses un désir de comparaison ou de concrétion. D'autre part, certains facteurs ont favorisé l'approfondissement des études qui se font dans la région elle-même, comme par exemple l'augmentation du nombre de centres d'enseignement supérieur, la création d'instituts de recherches dans la région et un léger renforcement dans le domaine de l'édition (parfois avec des tirages limités, sans beaucoup de technique et de régularité); tout cela a contribué à augmenter la participation de spécialistes caribéens à des Congrès, des séminaires et des conférences de caractère supranational sur la culture et les sciences sociales, lesquels ont souligné la nécessité de plus en plus im-

périeuse de développer les recherches. Il s'agit de progrès d'importance décisive pour les recherches sur les Caraïbes, étant donné la balkanisation de la région pendant des siècles due à la domination coloniale, à laquelle s'est ajoutée au XXème siècle la politique d'assujettissement à l'impérialisme.

Il est indéniable que les changements politiques et sociaux survenus dans la région ces vingt dernières années — dont le triomphe de la Révolution Cubaine et l'arrivée à l'indépendance de plusieurs territoires coloniaux — ont été les facteurs qui ont favorisé le début de l'observation mutuelle et du dialogue.

Néanmoins, dans certaines manifestations culturelles et différents phénomènes socio-économiques, on n'a pas dépassé l'impression de savoir que l'on est en famille: il faut procéder à des recherches généalogiques et à des études comparées horizontales valables, et qui plus est, il faut renforcer les liens de collaboration dans les recherches pour mener à bien des tâches d'une telle envergure.

Le fait de constater que *Les Annales des Caraïbes* se trouvent parmi les premières publications spécialisées des Caraïbes, avec une vision étendue tant thématique que géographique, démontre le vide antérieur que l'on prend habituellement comme référence pour justifier la naissance d'une publication périodique et l'existence de la division parcellaire coloniale de la région. De là un dialogue constant obligatoire sur les besoins et les absences, avec les destinataires, un échange indispensable pour un enrichissement mutuel. Nous aspirons à ce que les travaux rassemblés dans *Les Annales des Ca-*

raïbes apportent la satisfaction qu'offre l'acceptation de faits ou de problèmes de voisinage, au-delà d'une implication géographique, qu'ils suscitent l'intérêt ou l'inquiétude parmi les spécialistes d'autres terres et chez les lecteurs intéressés à étendre leurs connaissances sur la région. Les demandes d'informations sur les Caraïbes sont multiples et des déséquilibres au point de vue connaissance de différentes disciplines et de sous-régions géographiques se maintiennent. C'est pourquoi *Les Annales des Caraïbes* publieront aussi bien des travaux très spécialisés que des articles de divulgation.

Ce premier recueil comprend des essais, des articles, des dissertations, des recherches et des critiques écrits pendant la période 1979-1980. Il commence par un travail d'un vétéran des recherches historiques sur les Caraïbes, José Luciano Franco, «La batalla por el dominio del Caribe» (La bataille pour la domination des Caraïbes). Il s'agit d'une analyse chronologique qui porte sur les disputes des puissances coloniales européennes pour s'emparer des Caraïbes, de la fin du XVIIème siècle au début du XXème siècle et sur l'apparition d'une nouvelle force en litige: l'impérialisme nord-américain. Puis Manuel Rivero de la Calle, dans son investigation «La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas» (La population noire masculine de Cuba. Certaines caractéristiques anthropologiques), présente les résultats de recherches d'anthropologie physique, réalisées en 1978 sur 180 individus. Il fait des comparaisons au point de vue statistique avec les chiffres d'autres travaux similaires, effectués dans des pays africains et

dans la diapora africaine des Caraïbes. Rupert Lewis, dans «El nacionalismo anticolonial en el pensamiento de Marcus Garvey» (Le nationalisme anticolonial dans la pensée de Marcus Garvey), s'occupe de certaines contradictions idéologiques de cette personnalité politique charismatique des Caraïbes et il met l'accent sur la façon dont Garvey a détecté et combattu l'apparition contemporaine du néo-colonialisme. L'essai d'Haroldo Dilla Alfonso, «Antecedentes, desarrollo y agonía del Partido Unión de Puerto Rico» (Antécédents, développement et agonie du Parti Union de Puerto Rico), fait une analyse du processus complexe de cette organisation politique —un chemin aux multiples variantes— et s'appuie de façon très illustrative sur différentes sources de l'époque. «Granada: el camino hacia la Revolución» (La Grenade: le chemin vers la Révolution), de Ian et W. Richard Jacobs, est une sélection de passages du livre du même nom publié par les éditions en anglais de la Casa de las Américas en 1980. Ce livre se réfère aux antécédents politiques du Mouvement du New J. E. W.E.L. comme organisation d'opposition au gouvernement dictatorial d'Eric Gairy, son évolution comme parti suivant une ligne politique non capitaliste et parlementaire, ses objectifs de transformation de la société de la Grenade et son développement parallèle comme organisation clandestine qui a finalement renversé la dictature. Sergio Benvenuto, dans «Cien años de minotauro o la soledad de los patriarcas» (Cent ans de minotaure ou la solitude des patriarches), fait une étude critique comparée des romans *Cent ans de solitude* et *L'automne du patriarche*; il y développe une idée

centrale sur l'existence de deux pôles d'attraction dans l'œuvre du romancier Gabriel García Márquez: le palais (présidentiel) et Macondo, qui correspondent aux relations de production dans les sociétés dépendant du marché capitaliste. Ainsi ce travail arrive à une évaluation de la théorie économique sur la dépendance. Adelaïda de Juan nous offre dans «Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del XIX» (Un curieux dessinateur martiniquais dans la Cuba du XIX^{ème} siècle), un aspect de ses recherches sur les arts plastiques cubains où l'on peut entrevoir grâce aux interrogations qui apparaissent à la fin du texte et qui peuvent féconder de nouvelles recherches encore plus poussées, l'immense richesse des possibilités offertes. La tenue de Carifesta '79 à Cuba, soit l'événement culturel de plus grande envergure dans la région, est à l'origine de la publication d'autres travaux. Tout d'abord, le texte d'Alejo Carpentier: «La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe» (La culture des peuples qui habitent les terres de la Mer des Caraïbes) constitue une leçon magistrale sur les éléments essentiels de l'histoire et de la culture caraïbes et leur divulgation la plus large possible est indispensable. Il s'agit aussi d'un modeste hommage posthume rendu à cette personnalité remarquable de l'intelligentsia caribéenne. Ensuite «Carifesta en Cuba» (Carifesta à Cuba) nous présente la vision de Jaime Sarusky des différentes activités qui ont eu lieu à cette occasion, sans être pour autant exhaustive. Sarusky met l'accent sur les sessions du Symposium sur l'Identité Culturelle Caribéenne, sur l'importance des différents rapports et il s'appuie

sur des déclarations de caractère théorique et pratique qui ont eu lieu au cours de cette riche et belle expérience. D'ailleurs l'un de ces rapports, intitulé «Patrimonio cultural» (Patrimoine culturel) de Kenneth Ramchand, est publié ensuite. L'auteur analyse les relations entre les créateurs et la culture populaire, et il y exprime son opinion sur certaines conséquences qui découlent de cette interaction. Puis «Ensayo de definición de las culturas caribeñas» (L'essai de définition des cultures caribéennes) d'Henri Bangou, s'attache à deux aspects, l'un et l'autre de grande importance: la discussion conceptuelle des termes «culture caribéenne» et leur portée, et la formation d'une culture propre à la Guadeloupe. Julio Le Riverend, dans «El esclavismo en Cuba: análisis de su biografía» (L'esclavage à Cuba: analyse de sa biographie), étudie les sources générales sur le système esclavagiste à partir du XIX^{ème} siècle: il se réfère à la bibliographie cubaine concernant certains points que les spécialistes doivent nécessairement explorer et approfondir au moment de célébrer le centenaire de l'abolition de l'esclavage à Cuba. Ensuite nous publions trois conférences portant sur un même nombre de thèmes de la culture caribéenne. Celle de René Ménil, «Aspectos y temas de la literatura martiniqueña actual» (Aspects et thèmes de la littérature martiniquaise actuelle), présente les aspects et les questions d'intérêt le plus général en abordant l'étude de la littérature martiniquaise. Maximilien Laroche définit la trajectoire du créole comme instrument de création dans «La literatura en

haitiano» (La littérature en haïtien), et il s'appuie sur plusieurs exemples de la poésie. Cette rubrique se termine par la conférence donnée par Trudi Guda «La tradición oral en Surinam» (La tradition orale à Surinam), illustrée par des chansons et des contes, et qui montre de façon didactique le caractère du folklore créole à Surinam, conformément aux recherches faites sur place par l'auteur. Nara Araújo restaure dans toute sa beauté le texte d'un voyageur, le scientifique français André Pierre Ledru, l'histoire curieuse du document et son analyse sous différents angles, dans «Puerto Rico: visión de un Ilustrado» (Porto Rico: vision d'un Savant). La critique de Joel P. Benjamin de l'oeuvre de grandes dimensions *The Complete Caribbeanna* (1900-1975), dirigée par Lambros Comitas, met en lumière les multiples difficultés dont doit tenir compte une entreprise de cette envergure. Luis Álvarez Álvarez analyse ensuite avec une vive sensibilité le recueil de poèmes *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*, de Paul Laraque qui a reçu le Prix Casa de las Américas 1979. Sergio Valdés Bernal en se référant aux *Estudios de lexicología antillana* de José Juan Arrom, souligne l'important travail de rectification de l'auteur portant sur les analyses ethymologiques incorrectes que la lexicologie antillaise a dû subir.

Nous espérons en définitive que les travaux rassemblés dans cette première édition de *Les Annales des Caraïbes* contribueront à frayer le chemin vers de nouveaux progrès de la recherche caribéenne.

La batalla por el dominio del Caribe

José Luciano Franco

Antes de finalizar el siglo XVIII en este Mediterráneo de América comenzó la batalla singular, que se prolonga hasta nuestros días, emprendida por los oprimidos contra la explotación de los propietarios, y los abusos, atropellos e injusticias de los colonialistas europeos. Y serían los pueblos de Haití, Santo Domingo, Martinica, Guadalupe, Jamaica, Barbados y San Vicente, el blanco de los continuos ataques de negreros y criollos privilegiados así como de los europeos, que no descansaban en la criminal tarea de reducir por el hambre y el terror a los heroicos esclavos que reclamaban el derecho de vivir como hombres.

Victor Hughes, el comisionado revolucionario francés contribuyó en gran parte con su actividad incansable a las rebeldías de los pueblos oprimidos de la región del Caribe. No sólo proclamó Hughes la emancipación de los esclavos de Guadalupe, sino que con su propaganda contribuyó al levantamiento de los *cimarrones* en Jamaica y, en 1797, al de los caribes de San Vicente.

Las guerras europeas, como había ocurrido desde la llegada de Colón, transformaban completamente la situación de las fuerzas en conflicto en las islas del Caribe. Así vemos como, en 1793 los realistas y propietarios feudales de Saint-Domingue (Haití) se colocaron francamente frente a la Revolución y pactaron con los reaccionarios coaligados contra la República Francesa en su etapa más progresiva y popular. Y formalizaron un convenio con la representación del Gobierno Colonial de Jamaica, mediante el cual entregaban los propietarios franceses de Saint-Domingue (Haití) el dominio político de la colonia a los ingleses para que se aniquilaran las conquistas de la revolución restableciendo la esclavitud y la trata negrera.

Por su parte el Gobierno Colonial de Cuba —que por las Reales Ordenes reservadas nos. 15 y 34 de 1793 había recibido la noticia de la declaración de guerra a la Revolución Francesa—, se dispuso a cooperar en el aplastamiento de la Revolución Haitiana, y el 3 de marzo de 1794 llegó a Bayajá procedente de La Habana una división naval al mando del jefe de escuadra Francisco Javier Muñoz que conducía tropas para combatir a Francia en su más rica colonia, y para cortar de raíz el movimiento revolucionario de Haití que amenazaba extenderse a las demás colonias del Caribe, incluyendo a Cuba.

La República de los Estados Unidos de América, en el período en que en las naciones europeas se sentían las sacudidas de la Revolución Francesa, y que estaban alcanzando a la región del Caribe, comenzó a dar señales evidentes de la vocación imperial, expansionista, de las clases controladoras de la economía nacional y de su política internacional.

La batalla por el dominio del Caribe era fundamental para el expansionismo norteamericano. Y dio origen a la rivalidad con las potencias europeas que poseían colonias en el Mediterráneo de América: España, Inglaterra, Francia, y en escala menor, Holanda y Dinamarca.

Desde muchos años antes de la guerra de independencia, las Antillas ocuparon un lugar preferente en el comercio de las Trece Colonias.

El comercio con las Antillas productoras de azúcar, —señala el profesor Louis M. Hacker— lo mismo que el de esclavos y la fabricación de ron, llegó a ser, por consiguiente, la piedra angular de la economía de aquellas colonias. Sus buques cargaban todos los artículos necesarios para los plantadores antillanos (animales de trabajo para los molinos, madera para construcciones, azadas, picos, flejes, harinas, alimentos salados y pescado barato para los esclavos), y hacían viajes regulares desde Salem, Boston, Bristol, Newport, Nueva York y Filadelfia a las Barbados, Barlovento, y Jamaica y posteriormente, a las islas y establecimientos españoles, holandeses, franceses y daneses del Caribe. En estos recibían metales preciosos, utilizados para el pago de los saldos con la metrópoli: indigo, algodón, jengibre, pimienta y maderas, que transbordaban para Inglaterra, y sobre todo melazas y azúcar destinado a las refinerías de Massachussets y Rhode Island, cuyo ron servía a su vez —como ya se ha dicho— para adquirir marfil, goma, cera de abejas y los negros esclavos que las islas del azúcar habían menester.

Las otras actividades altamente productivas para los comerciantes y armadores de buques de Norteamérica colonial, eran la piratería y el contrabando, practicados sistemáticamente y en gran escala en todo el Caribe. Desde 1740 a 1762, dos décadas que Inglaterra pasó envuelta en guerras con Francia y España, el comercio ilícito norteamericano con las islas del Caribe se transformó en el sólido cimiento económico de las Trece Colonias. Y, con la paz,

surgieron las quejas de los industriales y comerciantes ingleses perjudicados en sus intereses. Y las contradicciones económicas a causa del comercio antillano provocaron las represiones que comenzaron en 1760 con la estricta aplicación de las leyes de Tráfico y Navegación, que al fin, con otras por el estilo, dieron lugar a la famosa *Partida de Té de Boston*, de 19 de diciembre de 1773 y al nacimiento de la Revolución Norteamericana.

Realizada la independencia con la ayuda de Holanda, Francia, España, que consistió en cuantiosos suministros de armas, así como millares de soldados, cantidades enormes de dinero y las escuadras respectivas, la nueva República de los Estados Unidos de América encontró en su camino dificultades tanto internas como externas que amenazaron destruirla en sus etapas iniciales.

Las relaciones con los países del Caribe estuvieron sometidas a cambios constantes. Durante la guerra, el comercio de los Estados Unidos se amplió con las colonias del Caribe, tanto holandesas como francesas y españolas. De éstas, en la isla de Cuba, a pesar de las restricciones del sistema mercantil hispano, se multiplicaron las relaciones comerciales en tan gran escala que el Intendente de Hacienda de La Habana hubo de protestar.

En un momento dado, comenzó a estabilizarse esa situación, mejorada al parecer, por la aprobación de algunos convenios internacionales de los Estados Unidos con la Gran Bretaña y España a fines del siglo XVIII.

Una de las cláusulas del tratado —19 de noviembre de 1794— firmado entre la Gran Bretaña y los Estados Unidos, se refería al comercio con las Indias Occidentales, es decir, las islas del Caribe bajo la dominación inglesa. Se permitiría el comercio de los Estados Unidos con las Antillas británicas. Y se señalaba que se efectuara entre las islas británicas europeas y Norteamérica sobre una base de *libertad recíproca y perfecta*; a los barcos norteamericanos de no más de 70 toneladas se les permitía cargar en las Antillas; esta concesión establecía que aquellos no llevarían sus cargas a Europa; pero en la práctica, impedía reanudar la exportación a los Estados Unidos de los productos antillanos.

El convenio con Inglaterra influyó para alcanzar otro con España. El Tratado de Amistad, Límites, Comercio y Navegación entre Estados Unidos y España se firmó en San Lorenzo el 25 de octubre de 1795.

No obstante las bellas promesas del citado convenio, continuaron cada día en mayor escala los conflictos hispanoamericanos.

Por Real Orden de 21 de enero de 1796 se había cancelado la concesión otorgada a los norteamericanos para introducir harinas y víveres por el puerto de La Habana. Pero el Capitán General y gobernador de la Isla de Cuba, don Luis de las Casas, asesorado por el Intendente de Hacienda, don José Pablo Valiente, acudió al clásico procedimiento de las autoridades hispano-

americanas de *se acata pero no se cumple* y continuó permitiendo el comercio cada vez mayor entre Cuba y los Estados Unidos.

La desconfianza hacia la joven república contribuía a agudizar la crisis de las relaciones con España, empeorada por la situación internacional complicada e incomprensible para los gobernadores de un imperio cuyo poder comenzaba a declinar. De lo cual era un ejemplo la carta del embajador español en París, fecha 12 de julio de 1798, que por Real Orden se trasladó al Capitán General de Cuba, sobre el proyecto de los Estados Unidos de ocupar la Luisiana y las Floridas, alentados por los ingleses, que contaban con apoderarse del comercio de las islas españolas del Caribe y Nueva España.

En 1800, Thomas Jefferson ascendió a la presidencia de los Estados Unidos y dio los pasos iniciales para la expansión de Norteamérica, siguiendo la política imperial británica a costa, principalmente, del poderoso imperio colonial hispánico que comenzaba a desintegrarse.

El 9 Vendimiario del año 9 —1º de octubre de 1800— por medio de un tratado celebrado entre la República Francesa y el Rey de España, éste devolvió el extenso territorio de la Louisiana. Y, el 10 Floreal del año 11 —30 de abril de 1803— firmaron en París los representantes de Francia y Estados Unidos un tratado mediante el cual Napoleón Bonaparte cedía a los Estados Unidos el territorio entero de la Louisiana, sin describir con claridad los límites orientales del mismo, o sea, las Floridas, lo que dio lugar a una serie de dificultades fronterizas.

Con la cesión de la Louisiana inician los norteamericanos la marcha sin tregua ni descanso hacia México, Florida y las islas cercanas del Caribe. Y lo hicieron empleando todos los medios imaginables, utilizando, casi siempre, a toda clase de aventureros y fronterizos descontentos.

Las teorías en que basaban su política de expansión imperialista formuladas inicialmente, en lo que a Cuba respecta, por Thomas Jefferson en 1805, encuentran alrededor de 1885 a 1890, sus intérpretes más caracterizados. Joseah Strong, en un libro ampliamente divulgado, desarrolló un tema análogo al Manifest Destiny del historiador John Fiske. Pero precisaba como objetivos posibles: dominar México, el resto de los países de la América Española —incluyendo a Cuba, Puerto Rico, Santo Domingo, Haití— y después extenderse hasta el África. Y el profesor de la Universidad de Columbia, John W. Burgess, proclamó el derecho de los anglosajones a dominar el mundo, ya que tienen la *misión de dirigir la civilización en el mundo moderno y de aportar esta civilización a las razas bárbaras y el deber de tener una política colonial*.

Esa política estuvo orientada, hasta la sexta década del siglo XIX, por los intereses esclavistas del sur de los Estados Unidos. Carlos Marx, en su artículo publicado en *Die Presse*, Viena, octubre de 1861, analiza la política de la esclavocracia norteamericana y su tendencia expansionista hacia México y el Caribe con este certero juicio:

El interés de los esclavistas sirvió de estrella polar a la política de los Estados Unidos, tanto en lo exterior como en lo interno. Buchanan, en realidad, había comprado el puesto de presidente mediante la publicación del Manifiesto de Ostende, con el cual la adquisición de Cuba, sea mediante el hurto o la fuerza de las armas, se proclamó como la gran tarea de la política nacional. Bajo su gobierno, el norte de México fue ya dividido entre los especuladores de tierra estadounidenses, que esperaban con impaciencia la señal para caer sobre Chihuahua, Coahuila y Sonora. Las revoltosas y piráticas expediciones de los filibusteros contra Estados de la América Central estaban dirigidas nada menos que desde la Casa Blanca de Washington. En la más íntima relación con esta política exterior, cuyo propósito era la conquista de nuevo territorio para la extensión de la esclavitud y el dominio de los propietarios de esclavos, figuraba la *reapertura del tráfico negrero*. El propio Stephen A. Douglas declaró en 1859: «Durante el último año, se han escriturado más negros del África que en los años anteriores, aun en la época en que el tráfico era todavía legal. El número de esclavos importados el año pasado ha llegado a quince mil.»

Y ese cuadro esclavista, que rebasaba la *Guerra de Secesión*, lleva a los epígonos del expansionismo colonial Fiske, Strong y Burgess a proclamar las doctrinas morales del *Destino Manifiesto*, envuelve en sus contornos sombríos la dramática existencia de los pueblos sometidos del Caribe, y moldea al fin, a gusto de los gerentes del nuevo imperio, las relaciones de Estados Unidos con Cuba, Jamaica, Haití, Santo Domingo.

Al ocurrir en 1808 la invasión de España por las tropas de Bonaparte, los Estados Unidos habían comenzado muy seriamente las gestiones para obtener que, a cambio de su neutralidad, el emperador de los franceses les cediese la Florida y, también, la Isla de Cuba. Refiriéndose a los distintos aspectos de este grave problema y a las posibles concesiones que Napoleón permitiera, le escribe Jefferson a Madison, desde Monticello, 27 de abril de 1807:

Aunque con alguna dificultad consentiría también en que se agregue Cuba a nuestra Unión, a fin de que no ayudemos a México y las demás provincias. Eso sería un buen precio. Entonces yo haría levantar en la parte más remota al sur de la Isla una columna que llevase la inscripción *Nec Plus Ultra*, como para indicar que allí estaba el límite de donde no podía pasarse, de nuestras adquisiciones en ese rumbo.

Si bien los conflictos provocados por las guerras europeas que dieron lugar a la Ley del Embargo de 22 de diciembre de 1807, que produjo verdadera crisis en los Estados Unidos y, también, en varios países del Caribe, y la guerra anglo-americana de 1812-1814, obligaron a los norteamericanos a hacer más lenta su marcha expansionista. Tan pronto rebasaron la etapa peligrosa, reanudaron con mayores bríos sus planes anteriores.

Y ya no ocultaron sus designios de convertir al Caribe en un lago norteamericano. John Quincy Adams, secretario de Estado en el gobierno de Monroe, por nota de 27 de abril de 1823, declaró a Mr. Hogh Nelson, Ministro de los Estados Unidos en Madrid:

Estas islas, por su posición local, son apéndices naturales del continente norteamericano, y una de ellas, la de Cuba, casi a la vista de nuestras costas, ha venido a ser, por una multitud de razones, de trascendental importancia para los intereses comerciales y políticos de nuestra Unión.

Cuando Adams escribió esa nota, ya el gobierno de los Estados Unidos había reconocido la independencia de las colonias españolas del Nuevo Mundo, y Bolívar daba cima a una de las hazañas más portentosas del siglo XIX. Pero se negaron a reconocer al gobierno de la República Haitiana. Presionado por los intereses esclavistas, el presidente Monroe, en el mensaje dirigido al Congreso —25 de febrero de 1823— que era como una respuesta indirecta a la nota haitiana de 6 de julio de 1822, se negaba a reconocer la independencia de Haití, a admitir esa nación en el rango de un estado libre en América, no por los pretextos que en el texto del mensaje se alegaban, sino que, como muy bien señala el profesor Jean Price Mars, les inquietaba verlo simbolizar a los ojos de las masas negras esclavizadas, el ejemplo que podía inducir las hacia la protesta revolucionaria para liberarse de sus opresores.

Ese es el espíritu que dominó a los reaccionarios esclavistas, miembros del Congreso Norteamericano, para oponerse a que participaran delegados de los Estados Unidos en el Congreso de Panamá, convocado por Bolívar al conocer que en la agenda del mismo había de incluirse el tema relativo a la independencia de Haití y, también la posible ayuda a los cubanos para librarse de la opresión colonial.

Y esa determinación, puramente esclavista, del gobierno de los Estados Unidos, hubo de influir en el de la Gran Colombia al rechazar las proposiciones presentadas por Desriviere-Chanlatte, enviado por el presidente Boyer, de Haití, a Bogotá en 1824.

El año anterior, inspirado por los ingleses, el presidente Monroe envió al Congreso de la Unión el famoso y discutido mensaje que contenía los principios de la política de los Estados Unidos.

La Doctrina de Monroe —escribe V. P. Potemkin: *Historia de la Diplomacia*— comprendía dos principios: uno, defensivo, que no permitía la agresión y la expansión colonial de los estados europeos; partiendo de esa base, los esfuerzos de los Estados Unidos eran encaminados hacia el objetivo de no tomar sobre sí compromisos relacionados con la política europea. Al mismo tiempo, la doctrina tenía también otro principio ofensivo; los Estados Unidos no renunciaban, como lo había exigido Canning,

a las pretensiones territoriales y derechos especiales en América Latina. Los Estados Unidos, encubriéndose bajo la máscara de defensor de los demás estados americanos, pretendía al mismo tiempo el dominio sobre ambos continentes americanos, con excepción solamente de aquellas partes que ya eran colonias de otros estados.

Como ya habíamos señalado, antes de finalizar el siglo XVIII aprovechándose de los cambios en la correlación de fuerzas internacionales, provocados por las guerras napoleónicas, los norteamericanos se lanzaron sobre el Caribe.

Los ingleses, cuya escuadra destruyó la española en el cabo San Vicente, asumiendo el mando de las rutas marítimas americanas —14 de febrero de 1797— iban convirtiéndose en los dueños exclusivos del comercio en el Caribe, con la sola competencia de los norteamericanos. Se había apoderado de Demerara y Essequibo en 1796, de Trinidad en 1797. Y ensayaron con Toussaint Louverture una hábil jugada diplomática que les permitía borrar las amenazas de una rebeldía de las masas esclavas de Jamaica y las otras colonias del Caribe.

Un nuevo comandante inglés en Haití, el general Thomas Maitland, se hizo cargo del mando en los críticos instantes en que Toussaint Louverture batía con éxito a las tropas inglesas de ocupación. Y después de la capitulación británica en la Môle-Saint-Nicolas —31 de agosto de 1798— se concluyó un tratado secreto entre Toussaint y Maitland para la evacuación de las *partes de Saint Domingue ocupadas por los Ejércitos de su Majestad Británica*.

La nueva situación en esta isla del Caribe provocó una gran alarma entre los expansionistas de Norteamérica y también entre las autoridades hispano-coloniales, por las repercusiones que pudieran tener tanto en Cuba como en Puerto Rico.

Toussaint Louverture entabló negociaciones con John Q. Adams, sucesor de Washington en la presidencia, y le envió un mensaje —6 de noviembre de 1798— en el cual le aseguraba que bajo su administración el comercio norteamericano estaría realmente asegurado, si las transacciones marítimas reanudaban el servicio de cambio, a menudo perturbado por los riesgos de la piratería. Y al mes siguiente, acreditó en Washington un representante personal, Mr. Bunel, comerciante blanco y norteamericano, que fue recibido oficialmente por el secretario de Estado Pickering y el propio presidente Adams.

En 9 de febrero de 1799, en Congreso de los Estados Unidos autorizó al presidente Adams a reanudar las relaciones con Saint-Domingue (Haití), y en marzo, el secretario de Estado Pickering designó al doctor Edward Stevens para iniciar con el general Toussaint Louverture las negociaciones.

En ese momento histórico, Francia e Inglaterra estaban en guerra. Y esta nación, por medio del general Maitland, trataba de inducir a Toussaint a realizar el movimiento de autonomía para sacar ventajas comerciales, y qui-

zás, lograr después beneficios políticos. Claro que los planes británicos eran contrarios a los intereses norteamericanos, y eso no escapaba a la sagacidad de Adams y sus consejeros, pero tanto el presidente como su secretario de Estado, Pickering, convencidos de la debilidad de los medios de defensa de que podrían disponer, evitaban ser arrastrados en combinaciones diplomáticas peligrosas, sin abandonar por ello sus designios expansionistas. Y, como por otra parte el desarrollo del comercio de su país con el Caribe era un objetivo esencial e inmediato de la política del Departamento de Estado, quiso asegurar el éxito de sus negociaciones con Toussaint ajustándola a la línea trazada por la Foreign Office de Londres. Por esa razón, Pickering y Maitland discutieron largamente el proyecto de tratado que el militar inglés en ruta hacia Saint-Domingue, aportaba de Londres, y en el cual eran consignadas las directivas que los dos gobiernos debían seguir conjuntamente en sus relaciones con Toussaint Louverture en lo concerniente al desarrollo del comercio entre los Estados Unidos, Gran Bretaña y Saint-Domingue.

Alejandro Hamilton, a quién se había consultado, escribió a Pickering el 9 de febrero de 1799: «Los Estados Unidos no deben comprometerse a sostener la independencia de Saint-Domingue por ninguna garantía, ningún tratado formal, para que éste pueda ser evocado como un testimonio».

Y Pickering, que en el gabinete de Adams representaba la línea política de Hamilton, siguiendo sus indicaciones, en despacho confidencial de 12 de marzo de 1799, decía a Rufus King, representante diplomático de los Estados Unidos en Londres:

No debemos inmiscuirnos en la política de la isla. Toussaint realizará lo que él crea ser su propio interés y el de sus conciudadanos: probablemente llevará el país a la independencia. Es probable que desee asegurar el beneficio de nuestro comercio como uno de los medios ciertos para conseguirla. Ninguna consideración moral o política debe inducirnos a desalentarlo. Al contrario, todo nos incita a empujarlo hacia la independencia. No obstante, nosotros no debemos hacerla.

Hemos ido más lejos de lo que nos permite el acuerdo del Congreso. No seremos indemnizados de nuestras pérdidas por la República Francesa. La libertad de comercio con Saint-Domingue es el solo medio de recuperarnos. Y no hay duda de que la obtendremos.

Toussaint no puede formar un Estado negro. Los negros son demasiado ignorantes. El gobierno estará militarizado durante la duración de esta guerra y puede ser durante más tiempo.

El comercio de los Estados Unidos y el de otras naciones —pues no debemos de obtener privilegios exclusivos— serán ampliamente aprovisionados de todas sus necesidades y podrán exportar lo que les sea necesario. De esta manera, no había lugar y no debe haberlo a tentativas para distraer a los negros de sus ocupaciones de cultivadores y atraerlos hacia la navegación.

Confinados en su isla no serán vecinos peligrosos. Nada más claro que esto, saber que si los negros de Saint-Domingue son abandonados a ellos mismos, serán incuestionablemente menos peligrosos que si permanecen como súbditos de Francia.

Estas cuestiones estuvieron presentes en las conversaciones de Maitland y Pickering al examinar los siete artículos del proyecto del tratado en cuyo texto los británicos y norteamericanos se distribuían entre ellos todo el comercio de la isla, pero modificado en algunos de sus artículos, haciéndolos accesibles a las objeciones presentadas por Pickering. Una de las modificaciones que hizo aceptar a Maitland, consistía en limitar sobre el suelo de la Unión y de las posesiones inglesas del Caribe el contagio revolucionario que podía provocar el funesto ejemplo ofrecido por la insurrección de los negros esclavos de Saint-Domingue.

La paz europea imprimió nuevos rumbos a las fuerzas que se disputaban la hegemonía del Caribe. El tratado de Morfontaine entre los Estados Unidos y Francia en 1800, y el de Amiens entre Francia y la Gran Bretaña, un año después, permitieron a Bonaparte, libre del temor de un ataque naval por parte de Inglaterra, organizar una formidable escuadra que convoyaba un poderoso ejército al mando de Leclerc y dirigirlo contra Toussaint Louverture, cuyos grandiosos sueños políticos se propuso destruir el Primer Cónsul.

Bonaparte, que por el Tratado de San Idelfonso había obtenido la retrocesión de la Louisiana que Francia tuvo en su poder hasta 1763, proyectaba reconstruir el imperio colonial francés en América. Con Haití y la Louisiana para comenzar, pues esperaba obtener otros pedazos del imperio colonial hispano, como México, Quisqueya y Borinquen, se proponía Bonaparte dominar el comercio y las fuentes de materias primas más ricas del mundo.

Con sus planes hacía peligrar el proceso de desarrollo imperial de los Estados Unidos. Pero la heroica resistencia de los negros y mulatos de Saint-Domingue, bajo la dirección suprema de Jean-Jacques Dessalines —continuator de la obra de Toussaint— así como la ayuda de los batallones polacos que se pasaron a las filas de los rebeldes, destrozaron al ejército francés, obligaron a Bonaparte a abandonar sus planes de dominio sobre el Caribe y el Golfo de México y ceder en 1803, la Louisiana a los Estados Unidos.

Pero estalló la guerra entre Francia e Inglaterra, en la que se vio envuelta España. Esta guerra con la Gran Bretaña causó daños de consideración a la economía esclavista de Cuba. A principios de 1806, dos corsarios sorprendieron y saquearon el surgidero y pueblo de Batabanó, al sur de la ciudad de La Habana. El 23 de agosto de ese mismo año, casi a la vista del Morro, dos fragatas británicas atacaron a la española «Pomorra», que, perseguida, embarrancó en Cojimar, teniendo que arriar bandera después de rudo combate.

El 27 de julio de 1807 atacó la ciudad de Baracoa un escuadrón naval inglés procedente de las Bahamas. Bombardearon los fuertes, y en la playa de la Miel

desembarcaron sus soldados. Una tropa improvisada en Baracoa, integrada por milicianos y 80 refugiados franceses voluntarios, sorprendió a los ingleses y los obligó a retirarse derrotados.

La guerra sirvió a los británicos para hacerse dueños del Caribe. Ocuparon Curazao, Las Antillas Danesas, Martinica y la Guayana. Y se prepararon a lanzarse sobre Cuba, pese a que les podía provocar un serio conflicto con Estados Unidos que ambicionaba extenderse a Florida y Cuba. El 20 de enero de 1808 recibió el capitán general Someruelos un oficio reservado del Ministro de la Guerra, informándole que la Gran Bretaña se preparaba a atacar la ciudad de La Habana, y estaba reuniendo con ese fin una fuerte escuadra para convoyar los barcos que conducirían a estos mares un ejército de 20 000 hombres.

Cuando mayor era la ansiedad de los gobernantes hispanocoloniales de Cuba, el nuevo Intendente de Hacienda, don Juan de Aguilar, informó a su llegada a La Habana, —17 de julio de 1808— de la sublevación del pueblo español contra la invasión francesa y, en consecuencia, el cambio de correlación de fuerzas internacionales. Inglaterra se convertía en aliada de España, y la Francia bonapartista en enemiga.

Y el 26 de noviembre de ese año, el brigadier Kindelán, gobernador de Santiago de Cuba, informaba al capitán general Someruelos de la sublevación de Santo Domingo, y que el brigadier Juan Sánchez Ramírez ocupaba el gobierno de aquella colonia en nombre del rey de España.

La invasión francesa en España y el inicio de las luchas por la liberación nacional de las colonias hispanoamericanas, disminuyó por algún tiempo la presión norteamericana sobre el Caribe. Ya no fueron tan frecuentes las visitas intrigantes de los enviados de los Estados Unidos. No obstante, la diplomacia norteamericana entabló negociaciones con Bonaparte a fin de que éste se prestase a que Cuba fuese incorporada a los Estados Unidos a cambio de que no prestaran auxilios a los rebeldes de México y Venezuela.

Inspirados en la política expansionista de Jefferson, afianzada por el éxito de la incorporación de la Louisiana, los gobernantes norteamericanos se lanzaron sobre la isla de Cuba, empleando aquí todos los recursos y ardises inescrupulosos que marcaron su insaciable voracidad de tierras, creando al gobierno colonial una situación parecida a lo que ha dado en llamarse la «guerra fría».

No sólo la práctica constante del contrabando y la trata ilegal negrera, realizada en muchos casos con la complicidad de las autoridades coloniales, y en todos, asociados a comerciantes y hacendados españoles y criollos, daban lugar a múltiples incidentes entre el Gobierno Colonial y los norteamericanos —agravados por la actividad de los corsarios que infestaban estos mares y vendían públicamente el producto de sus robos (almacenados en la isla danesa de Saint Thomas) en los puertos de los Estados Unidos—

sino también los provocados por éstos intencionalmente en su empeño de apoderarse de todas maneras de la Florida. Y la situación se agravó en tal forma que se llegó a temer una agresión directa de los Estados Unidos a la isla de Cuba.

Uno de los aspectos de la conflictiva situación, surgía del problema de los cónsules norteamericanos en Cuba. El nombramiento de Henry Hill de Connecticut cuando España seguía opuesta a admitir los cónsules norteamericanos, fue cuestión de estrategia por parte de Jefferson, ya que Hill, en realidad, tenía en Cuba la misión de un agente secreto encargado de investigar y reportar la verdadera situación y la importancia de las fuerzas de España en la Florida y en Cuba. Llegó Henry Hill a La Habana después que su antecesor, Vincent Gray —como ya había ocurrido con los cónsules Oliver Pollack y Josiah Blakely— había sido encarcelado por las autoridades españolas, las que habían confiscado hasta sus papeles oficiales.

Y el capitán general, Someruelos, lo obligó a embarcarse y abandonar la isla. Cuando Hill tuvo que abandonar el cargo en manos de su secretario John L. Ramage, el cónsul Blakely, en Santiago de Cuba, se veía precisado a huir de la isla.

Sin abandonar totalmente la idea de establecer agencias consulares, los Estados Unidos se dedicaron a enviar agentes especiales, no sólo a Cuba, sino también a las otras islas del Caribe.

El famoso general James Wilkinson inició la nueva etapa visitando a Cuba en 1809. De su corta estancia en La Habana y conversando con el capitán general Someruelos, dijo que venía comisionado para expresar la solidaridad con el Gobierno Colonial de Cuba, en caso de una agresión por parte de Francia o de Inglaterra. Someruelos, conociendo las andanzas de este individuo, que por dinero, siempre estuvo dispuesto a traicionar a sus amigos y a su propia patria, rechazó todas sus proposiciones.

William Shaler vino después a Cuba. Coincidió su estancia en La Habana con las conspiraciones de origen masónico y las intentonas de Joaquín Infante, Ramón de la Luz y Luis F. Basave —este último ligado a ciertos grupos de mulatos y negros libres— encaminadas a liquidar el régimen español en Cuba.

Como las condiciones históricas eran favorables a sus planes, Shaler se puso en contacto con algunos hacendados y propietarios cubanos, criollos blancos, cuyos intereses económicos estaban vinculados con los norteamericanos y logró convencerlos de la posibilidad de obtener la independencia con la ayuda de los Estados Unidos. Estos criollos, cuyas riquezas dependían de la esclavitud, alarmados por las corrientes abolicionistas de las Cortes de Cádiz, confesaron a Shaler, por medio de un representante debidamente acreditado, sus deseos de llegar a un acuerdo para la anexión de la isla de Cuba a los

Estados Unidos. Pero, descubiertos los tratos secretos de Shaler, Someruelos lo expulsó de Cuba.

Otros agentes eran enviados con los más variados pretextos, de 1812 a 1827, a distintas islas del Caribe. James Gillespie, en mayo de 1812, estuvo encargado de gestionar con el presidente Pétion, de Haití, un arreglo satisfactorio para los problemas surgidos en derredor de los corsarios norteamericanos que pretendían aprovisionarse en los puertos que pertenecían a la parte republicana de la isla y también solicitaban franquicias aduanales para los buques mercantes. Misión que el Departamento de Estado confió más tarde a William Taylor. Los despachos de éste desde Port-au-Prince —noviembre 17 de 1813 a diciembre 7 de 1814— parecen indicar que Pétion accedió a las demandas norteamericanas.

En febrero 7 de 1818 encargaron a Taylor de presentar una fantástica serie de reclamaciones a Henri Christophe, rey de Haití, exigiendo la inmediata satisfacción de sus reclamaciones. Y en mayo 27 tuvo que regresar Taylor a los Estados Unidos, pues Christophe se negó a recibirlo y no permitió que presentara demandas en las oficinas del Ministerio de Relaciones Exteriores.

No había sido Taylor el único agente especial norteamericano enviado a Christophe. Lo había precedido Jacob Lewis —encargado de vigilar los pretendidos derechos comerciales de los ciudadanos norteamericanos en lo que ellos llamaban *Spanish Main*— que, en misión a Cap-Haïtien, en 1816, logró de Christophe la orden de libertar a un tal Duplessis. A Septimus Tyler se le había encargado, en 1817, una gestión por el estilo.

Recuperar los esclavos que los ingleses habían capturado durante la guerra anglo-norteamericana y llevarlos a las islas británicas del Caribe, era una verdadera preocupación para el Departamento de Estado de Washington. En 1º de abril de 1815 designaron a Thomas Pickney, general del ejército norteamericano, para investigar en Bermudas, empleando los agentes que fuese necesario, determinar el número de esclavos vendidos allí por los británicos que éstos habían capturado en territorio de los Estados Unidos, cuyos dueños querían recuperar. Con idénticas o parecidas instrucciones, Thomas Spalding fungió como auxiliar del general Pickney, y hasta Halifax, en el Canadá, fue el agente especial Augustus Neale en busca de esclavos americanos que fueron llevados a aquella ciudad desde las colonias británicas del Caribe.

En todas partes del Caribe comenzaron los norteamericanos a provocar incidentes de varias clases. El cónsul general de los Estados Unidos en St. Thomas, R. M. Harrison, se había convertido en una pesadilla para las autoridades coloniales danesas de las Islas Vírgenes, convertidas en centro de contrabando y piratería en todo el Caribe, y cuyas leyes se empeñaban en desconocer los norteamericanos dedicados a esas actividades. Y para conseguir las ventajas comerciales que necesitaban para vencer en la competencia a sus rivales ingleses, se encargó a William W. Campbell —junio 28 de

1818— de trasladarse en misión especial a Copenhague para lograr concesiones del gobierno de Dinamarca en las Islas Vírgenes, de cuya posesión pretendían despojar a los daneses.

El 27 de febrero de 1821, Edward Wyer se presentó en Cabo Haitiano con un pliego de reclamaciones pidiendo el pago de indemnizaciones por imaginarios perjuicios causados a ciudadanos norteamericanos, que en misión similar continuó, en 1824 Jabez Boothroyd.

Pero ya no era el Departamento de Estado únicamente el que enviaba agentes al Caribe, sino también la Secretaría de Marina, interviniendo a veces, como en 1823, hasta el Comité de Relaciones Exteriores del Congreso y el Procurador General. Y ese fue el caso de Thomas Randall, agente especial de Cuba y Puerto Rico, con instrucciones de hacer una amplia investigación acerca de las agresiones de los piratas, que tenían sus bases en ambas islas, a los buques norteamericanos, y que en el fondo, no fue otra cosa que un exhaustivo trabajo de espionaje, de acuerdo con los planes de apoderarse de las codiciadas colonias españolas, que facilitarían a los Estados Unidos el control político y económico del Caribe.

De mayor amplitud, si cabe, en este aspecto de la política expansionista de los Estados Unidos, fue la encomienda dada a Robert M. Harrison. Las instrucciones que le dieron en Washington —agosto 9 de 1827— le ordenaban observar, en lo que ellos llaman West Indies, el efecto de las leyes que regían el comercio entre los Estados Unidos y las colonias británicas del Caribe. Los acuciosos reportes de Harrison forman unos cuantos volúmenes en los archivos diplomáticos norteamericanos, obtenidos en los lugares visitados y estudiados a cabalidad, que fueron: San Bartolomé, St. Thomas, Antigua, Barbados, Demerara, Trinidad, Granada, Tobago, San Vicente, Jamaica. Los Estados Unidos se preparaban, venciendo todos los obstáculos, a dominar el Caribe, convirtiéndolo en un lago americano.

Tres principales grupos de problemas resaltan desde el principio en la política americana, con relación a asuntos públicos y empresas privadas en las islas del Caribe —ha escrito el profesor Melvin H. Knight, de la Universidad de Columbia—. En primer lugar, la posesión de esta cadena de islas, conocidas como Antillas Mayores y Menores, en la vía de los imperios, hizo que fuere aplicada la Doctrina de Monroe, ampliada hasta una política de intervención. En segundo lugar, el valor de las islas en sí ha motivado la penetración económica. En tercer lugar, la distinción de razas en los Estados Unidos ha influido en todo lo demás que hemos tratado de realizar, porque no hemos podido eliminar ese problema ni encontrarle una solución dentro del país (...) desde la época en que Haití y Santo Domingo se liberaron de sus amos europeos hasta nuestra guerra civil, no pudimos sostener relaciones normales con las repúblicas

negras o mulatas que distaban un sólo día de viaje desde nuestros Estados del Sur, donde la esclavitud africana prevalecía. Ni Haití ni Santo Domingo fueron reconocidos hasta que la división de Estados libró a nuestro Congreso del voto del Sur. Estos dos pequeños estados —separados por la guerra de la Independencia Dominicana en 1844— fueron tratados, en realidad, como material de balompié por los partidos que estaban a favor o en contra de la esclavitud en los Estados Unidos.

A pesar de que todo su tiempo estaba embargado en la realización de los planes esclavistas de apoderarse de todo el territorio mexicano, el presidente Polk no dejaba de ocuparse de las cuestiones del Caribe, especialmente Santo Domingo, Haití y Cuba. En 1846, creyendo que las potencias europeas trataban de apoderarse de las riquezas dominicanas estableciendo allí una especie de protectorado, designó a Francis Harrison como Agente Comercial en la República Dominicana, pero con instrucciones de vigilar los movimientos de los agentes europeos. El 18 de febrero de 1847 llegó Harrison a Puerto Plata. De su recorrido por la isla informó que la escuadra francesa aparecía constantemente en aguas dominicanas, y, en los últimos meses de 1846, oficiales de marina francesa habían estado haciendo extensos estudios en la Bahía de Samaná.

Harrison murió de fiebre amarilla. En su lugar fue nombrado Jonathan Elliot. En 1848, el presidente Manuel Jiménez había sucedido al presidente Santana. El nuevo mandatario —según despacho enviado al Departamento de Estado— el 2 de mayo de 1849, en entrevista privada con Elliot, le preguntó si los dominicanos *podrían efectuar su propia anexión* a los Estados Unidos. Y como al propio tiempo, un ejército haitiano cruzaba la frontera para restablecer la unidad política en la isla, y corrían rumores de que la Gran Bretaña intervendría en el conflicto con el propósito de apoderarse de la codiciada Bahía de Samaná, el secretario de Estado, el 16 de junio de 1849, designó Agente Especial en la República Dominicana y Haití a Benjamin Green —interesado él y sus socios en promover negocios en aquella isla— con instrucciones de oponerse a los planes británicos y, además, le ordenaba reiniciar las negociaciones para el reconocimiento a base de un tratado de comercio y la cesión de la bahía de Samaná.

La Revolución de 1848 en Europa ejerció una gran influencia en el desarrollo histórico de los problemas del Caribe: la liberación de los esclavos de las colonias francesas Martinica y Guadalupe —como consecuencia de la Revolución— y también el reforzamiento ideológico de los hombres que en los Estados Unidos defendían el derecho de los negros a disfrutar de la libertad humana. Lo que alarmó muy seriamente al presidente Polk y sus consejeros. Y ante el temor de que España, ganada por esas ideas, se decidiera a su vez a abolir la esclavitud en Cuba, decidió actuar rápidamente. Y, al final de muchos cabildeos e intrigas —la rivalidad comercial anglo-estadounidense en

el Caribe la fomentaba— entre los intereses económicos y políticos en disputa, James Buchanan, secretario de Estado, el 17 de junio de 1848 dirigió a Romulus M. Saunders, que había reemplazado a Washington Irving al frente de la representación diplomática de los Estados Unidos en España, el documento que contenía la síntesis de las proyecciones colonialistas para dominar a Cuba y a todo el Caribe, como también la América:

Por orden del Presidente llamo ahora la atención de Ud. al estado actual de Cuba, y al que parece estarle reservado en lo futuro. La suerte de esa isla tiene que interesar profundamente al pueblo de los Estados Unidos... Pero nosotros no podemos consentir que dicha isla pase a ser una colonia de otra potencia europea. El hecho de que cayese en manos de la Gran Bretaña, o de otra potencia marítima de importancia, sería ruinoso para nuestro comercio interior y exterior, y pondría tal vez en peligro la Unión de nuestros Estados.

Los Estados Unidos ocupan el primer lugar entre los rivales comerciales de la Gran Bretaña. Ella sabe bien por otra parte, que si Cuba nos perteneciese, sus posiciones antillanas perderían casi todo su valor. Pero por grande que sea el deseo de poseer a Cuba que tienen los Estados Unidos, no llega hasta el extremo de que quieran hacerlo por otros medios que la libre voluntad de España. El precio de una adquisición no sancionada por el honor y por la justicia sería demasiado caro. Inspirado por estos principios ha parecido al Presidente que, en vista de las presentes relaciones entre Cuba y España, podría el gobierno español sentirse inclinado a ceder la isla a los Estados Unidos mediante el pago de una justa y satisfactoria compensación.

Este documento diplomático de excepcional importancia para la dolorosa historia de la explotación de los países del Caribe, tenía sus lejanas raíces en la política internacional de Thomas Jefferson y John Quincy Adams, y el ejemplo cercano de otros redactados por John Forsyth y Daniel Webster.

Las conmociones políticas internas de Cuba y las actividades del general Narciso López y sus compañeros en los Estados Unidos, que culminaron en las expediciones a playas cubanas en 1850 y 1851, hicieron de los proyectos de anexión de Cuba una cuestión internacional.

En respuesta a las demandas diplomáticas del gobierno de España, los gabinetes de París y Londres accedieron a presentar una nota —25 de abril de 1852— en la cual, para desaparecer todo recelo internacional en la posesión de la isla de Cuba, se sometía a su aprobación un proyecto de convenio entre Gran Bretaña, Francia y Estados Unidos, desautorizando toda intención de apoderarse de Cuba. El 1° de diciembre de ese año, Edward Everett, que ocupó la secretaría de Estado por fallecimiento de Webster, contestó la nota franco-inglesa, negándose a suscribir el convenio.

No era sólo en México y Cuba donde los norteamericanos fijaban sus ambiciosos proyectos. Haití y Santo Domingo figuraban también en ellos. Alarmado Everett, ante los informes de los agentes estacionados en el Caribe acerca de la posibilidad de que Francia obtuviera la Bahía de Samaná a cambio de proteger a la República Dominicana de la anunciada invasión haitiana, se dirigió al Ministro en París, comunicándole en diciembre de 1852 que se opondría a dicha cesión. A petición suya, el secretario de Marina, John P. Kennedy, envió al teniente de navío, James A. Gerry a investigar la presencia de una escuadra francesa en Samaná.

Pero William L. Marcy, que le sucedió en el cargo, recibió un informe del Agente Comercial, Jonathan Elliot, en el que anunciaba nuevas intrigas de Francia. Además, señalaba las misteriosas reuniones de don Mariano Torrente —enviado en un barco de guerra por el Capitán General de Cuba— con el presidente Santana.

La sustitución de Buenaventura Báez por el general Pedro Santana en la presidencia de la República Dominicana alentó al expansionismo norteamericano para realizar un nuevo proyecto sobre dicho país. Tomando Marcy los avisos de Elliot como pretexto, dio instrucciones al general William L. Cazneau de trasladarse enseguida a Santo Domingo a investigar la situación en la República Dominicana, en particular, los problemas con Haití.

Cazneau, que había tomado parte principal en las intrigas que culminaron en la independencia de Texas y su anexión más tarde a los Estados Unidos —robándole virtualmente su territorio a la hermana República de México— aprovechó bien la enemistad de Báez y Santana, ya que el primero no ocultaba su desprecio por los Estados Unidos, y el segundo era un ferviente partidario de la intromisión norteamericana en los asuntos internos de la nación. De lo cual resultó, que el 15 de octubre de 1854 concluyera Santana un tratado secreto con el agente del presidente Pierce, por el cual la República Dominicana cedía a los Estados Unidos la Bahía de Samaná.

Bajo la presión británica el Congreso dominicano rechazó el tratado, y Cazneau, duramente combatido por la prensa de su país, tuvo que abandonar la empresa. También dio lugar a que los diplomáticos norteamericanos dejaran a un lado la cuestión dominicana, a causa de los problemas cubanos y la agitación anexionista con motivo de la llamada africanización de Cuba.

Esto, unido a la situación europea que anunciaba una crisis de graves proporciones, y los conflictos internos de los Estados Unidos causados por el agudo debate sobre el régimen esclavista entre el Norte industrial y el Sur agrícola, dependiente de la mano de obra servil, colocó en un segundo plano —por algunos años— dentro de las relaciones internacionales, la cuestión del Caribe.

Al final de la Guerra de Secesión, Lincoln se formó el propósito de dirigir la emigración negra, no hacia el África, sino a las Antillas. Un crédito de 600 000 dólares fue abierto y se creó una oficina de emigración en el Departamento del Interior. Una primera colonia fue fundada en la isla de la Vache, a lo largo de la costa de Haití. Ese proyecto de Lincoln no tuvo éxito.

En 1870, el presidente Grant, que había intentado, pero en vano, pocos meses antes, adquirir las Antillas danesas, concibió el proyecto de anexar Santo Domingo, mediante un golpe de fuerza, y envió agentes a la isla para preparar la anexión, aprovechando las luchas políticas internas. Pero tuvo que renunciar al proyecto al fallarle el apoyo del Comité de Relaciones Exteriores del Senado.

Martí hubo de sentir como en carne propia, los tortuosos manejos del gobierno de Washington contra las repúblicas de Haití y Santo Domingo, y, en carta a *La Nación*, de Buenos Aires, de 13 de junio de 1889, acusa a los norteamericanos de haber perturbado a Santo Domingo «en venganza de la amistad de los quisqueyanos y el gobierno haitiano con la resurrección súbita de derechos de una empresa caduca en la Bahía de Samaná».

En Haití, durante la presidencia de Florvil Hyppolite, el secretario de Relaciones Exteriores, Anténor Firmin, hubo de enfrentarse a la diplomacia de Washington, que reclamaba la devolución de un barco norteamericano capturado durante la guerra civil —22 de octubre de 1888— saliendo de Saint-Marc con armas y municiones para los rebeldes y declarado buena presa. Después de largas negociaciones, el barco fue devuelto a los Estados Unidos. Este hecho y la presencia del ministro norteamericano Douglas, dieron lugar al rumor de que el gobierno haitiano para obtener la benevolencia norteamericana, estaba dispuesto a ceder la Môle-Saint-Nicolas. Y meses después, como para confirmar el rumor, el almirante Bancroft, con una poderosa escuadra, apareció en Port-au-Prince. La conmoción popular fue extraordinaria. Y con el apoyo del pueblo, el secretario Firmin, hombre culto y diplomático de la escuela europea, logró destruir los siniestros planes norteamericanos.

Ante el peligro común —los norteamericanos querían también la Bahía de Samaná en Santo Domingo— los gobiernos dominicano y haitiano reanudaron sus relaciones, que culminaron en una reunión entre los presidentes Hyppolite, de Haití, y Ulises Hereaux, de Santo Domingo, en que se trazaron normas de mutuas garantías y de amistad entre los dos pueblos, lo que enfureció a la cancillería de Washington, y llevó a Martí a defender ambos pueblos de la injusta agresión.

Martí, al protestar con vigor por las ocultas maquinaciones y el renacimiento de viejos proyectos anexionistas que delataban los viajes de Douglas a Haití, escribe en 30 de octubre de 1889:

Para Douglas no son desconocidas aquellas aguas, porque anduvo ya en ellas hace años, como comisionado de Grant, cuando el plan de anexión de Santo Domingo. A aquellos tiempos ha vuelto Santo Domingo ahora, porque está en el asombro de que los Estados Unidos, donde no hay un solo caobo, hayan impuesto derechos de entrada a la caoba, que con cueros, azúcar y maderas de tinte, es todo lo que mandan al norte los dominicanos. Entienden en Santo Domingo que no se cumple el tratado inútil que los Estados Unidos celebraron con él sobre el azúcar, como que es tanto lo que pueden los azucareros de Louisiana, que el Congreso ha dado como no hecho el tratado de reciprocidad con México, porque por él hubiera entrado

el azúcar libre. La diplomacia ajusta el tratado, y el Congreso lo desobedece.

Martí sale constantemente a combatir los propósitos anexionistas de Washington y las agresiones económicas. Y en su correspondencia a *La Nación*, escribe el 2 de noviembre de 1889: «El gobierno de Washington se prepara a declarar su posesión de la península de San Nicolás, y acaso, si el ministro Douglas negocia con éxito, su protectorado sobre Haití: Douglas lleva, según rumor no desmentido, el encargo de ver cómo inclina a Santo Domingo al protectorado.

No se limitaba Martí a señalar los problemas de ambos países, también apuntaba el remedio heroico:

Sólo una respuesta unánime y viril, para lo que todavía hay tiempo sin riesgos, puede libertar de una vez a los pueblos españoles de América, de la inquietud y perturbación, fatales en su hora de desarrollo, en que los tendría sin cesar, con la complicidad posible de las repúblicas venales o débiles, la política secular y confesa de predominio de un vecino pujante y poderoso, que no las ha querido fomentar jamás, ni se ha dirigido a ello sino para impedir su extensión, como en Panamá, o apoderarse de su territorio como en México, Nicaragua, Santo Domingo, Haití y Cuba, o para cortar por la intimidación sus tratos con el resto del universo, como en Colombia, o para obligarles, como ahora, a comprar lo que no puede vender, y confederarse para su dominio.

Para salvar a nuestra América del peligro yanqui, y constituir con Cuba y Puerto Rico libres, el núcleo inicial de la descolonización antillana, y el valladar a las amenazas del coloso del Norte, Martí va a Santo Domingo, a reunirse con Máximo Gómez, ya que el viejo general mambí, así como Antonio Maceo, compartirían con él la dirección de una nueva cruzada por la libertad y democracia popular antillana, próxima a iniciarse en tierra cubana.

La intervención norteamericana en la guerra de independencia de Cuba fue el paso decisivo que abrió la marcha del imperialismo como colonizador del Caribe, e impuso a Cuba, con la famosa Enmienda Platt, tales restricciones, tan estrictas garantías, que quedó establecido en la isla un virtual protectorado.

El 4 de febrero de 1905 se firmó un protocolo entre los gobiernos de la República Dominicana y el de los Estados Unidos, por el cual éste asumía la administración financiera, ampliado por otro de 8 de julio de 1907. Y como resultado de las investigaciones de autores norteamericanos y dominicanos publicadas en la década del 30, presentamos este resumen de la tragedia del Caribe.

Al control financiero yanqui de Santo Domingo, pronto siguió la intromisión en su vida política. En 1911, el presidente dominicano fue asesinado y se estableció un gobierno provisional. A fines del siguiente año, el presidente Taft envió dos comisionados especiales para que investigaran la situación... Esta intromisión de los Estados Unidos sólo dio por resultado nuevas revoluciones (...) La intromisión financiera y política de los Estados Unidos en Santo Domingo condujo finalmente a una intervención armada. En abril de 1916 se produjo otra insurrección en Santo Domingo, y esta vez, el 4 de mayo de 1916, los «marines» yanquis desembarcaron.

El presidente Jiménez dimitió y el Congreso dominicano nombró provisionalmente al doctor Henríquez y Carvajal. El Departamento de Estado se negó a reconocer esta elección legalmente hecha, a menos que el presidente firmara un tratado con los Estados Unidos, que desde 1915 lo estaban exigiendo... El presidente Henríquez rehusó el reconocimiento que le otorgaba el Departamento de Estado en tales términos, y, por tanto, el 17 de octubre, obedeciendo instrucciones de Washington, el recaudador de aduana yanqui se negó a pagar al gobierno legítimamente electo de Santo Domingo, los impuestos que les correspondían.

Siguió una calma interior completa. Todo el país se agrupó en torno al presidente: se olvidaron las diferencias políticas, y los empleados públicos desempeñaron sus deberes sin retribución, hasta donde les fue posible hacerlo, debido a que las autoridades yanquis se negaban a pagarles sus sueldos hasta que el tratado se firmara. La resistencia a las exigencias yanquis, aunque pasiva, fue general. La calma fue rota al fin con la presencia de los rifles yanquis. El capitán H. S. Knapp, al mando de los «marines», declaró la ley marcial el 29 de noviembre de 1916. Destituyó a las autoridades dominicanas, disolvió la Legislatura Nacional, prohibió las elecciones y se declaró «supremo legislador, supremo juez y supremo ejecutor». Estableció un régimen de fuerza militar y de tributos y aumentó la deuda pública. Esta dictadura se estableció según la proclama oficial de la ley marcial, según las instrucciones de Washington, porque el gobierno de los Estados Unidos había exigido a Santo Domingo ciertas medidas necesarias que su gobierno no quiso o no pudo adoptar... La dictadura militar duró hasta 1924.

La intervención yanqui en Haití la inicia el National City Bank. El Departamento de Estado empezó a dar los pasos necesarios para asegurar la inversión de los banqueros. En ocasiones, durante 1914 y 1915, el Departamento de Estado insinuó directamente a Haití la conveniencia de obtener el control de las aduanas, dando como pretexto los disturbios políticos internos. Y se aprovechó de una revolución iniciada en la provincia del norte para proponer apoyo al presidente, siempre y cuando éste firmara una convención, que entregaría las aduanas al control yanqui. El presidente se negó a comprometer la independencia de Haití y dimitió. El 10 de diciembre se hizo formalmente

al nuevo presidente una propuesta parecida, por conducto del Ministro yanqui en Haití, y de nuevo la proposición fue rechazada.

Al fin, las fuerzas yanquis del almirante Caperton desembarcaron y se apoderaron del país. Años después, por sugerencias del National City Bank y decisión de Woodrow Wilson, presidente de los Estados Unidos, el gobierno haitiano tuvo que designar a un norteamericano como su consejero financiero. Este consejero, nominalmente un funcionario haitiano, procedió a completar la conquista de Haití por el National City Bank.

Una protesta elevada en 1921 por prominentes haitianos al Comité de Investigación del Senado de Estados Unidos sobre la ocupación de Haití, declaró que la ocupación militar yanqui «es el régimen más atroz de la autocracia militar que jamás se haya llevado a cabo en nombre de la democracia americana».

De hecho, durante la Primera Guerra Mundial, todas las grandes Antillas quedaron en poder del imperialismo norteamericano.

Con el protectorado de Cuba y la base naval de Guantánamo controlaban la ruta entre Cuba y Haití, y a favor de la guerra europea, se aseguraron el dominio financiero, comercial y político de Cuba, Haití y Santo Domingo.

Para completar el cuadro, con Puerto Rico en su poder, adquirieron las tres islas, Saint Thomas, Saint Croix y Saint John, en 1917, que prácticamente convertían el Mediterráneo de América en un lago norteamericano.

Posición dominante que amplió la llamada Acta de La Habana, o sea, los acuerdos de la Reunión de Cancilleres de América, de 30 de julio de 1940, que legalizaba virtualmente la expansión imperialista norteamericana en la región del Caribe.

La población negra masculina de Cuba. Algunas características antropológicas

Manuel Rivero de la Calle

PRIMERA PARTE

«La antropología física de las Antillas apenas ha comenzado» (Clermont, 1972)

INTRODUCCIÓN

En el área de las Antillas, no obstante haberse mezclado en varias formas y números las principales razas humanas, los estudios de Antropología Física han sido muy limitados. Sobre esta zona se han escrito después de 1966 más de 300 tesis de doctorado en universidades norteamericanas, canadienses e inglesas, pero muy pocos trabajos se refieren a esta especialidad.

Es en los finales del siglo XVIII que aparecieron por primera vez en Cuba algunas descripciones de las características físicas de la población negra. Los datos fueron publicados en el llamado *Papel Periódico de la Havana* y pueden ser considerados como el inicio de las descripciones de nuestros tipos físicos. En ellos hay referencias a la estatura, forma y color del cabello, complexión física, y a detalles de interés etnográfico como son las mutilaciones dentarias (Rivero de la Calle, 1973). También se reseñaban escarificaciones que se atribuyen aún a marcas tribales de las distintas naciones¹ tales como congo, mina, lucumí, macuá y carabalí. (Deschamps, 1969)

¹ De estas descripciones se aprovechaban los dueños para identificar a sus esclavos en caso de fuga de los ingenios o de las casas donde trabajaban.

A mediados del siglo XVIII se llegaron a crear en La Habana dos compañías de seguro denominadas Sociedad «La Protectora» y «La Previsora». Ambas proporcionaban pólizas que protegían a los propietarios de esclavos contra las fugas, accidentes, muertes y enfermedades, etc. Para la confección de estos seguros, las compañías empleaban una especie de «bertillonaje primitivo» como muy acertadamente lo denomina el historiador cubano Manuel Moreno Fraginals. Cuba se adelantaba así a otros países en los que los sistemas corrientes de identificación eran menos elaborados.

EL PIONERO DE LOS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA EN LAS ANTILLAS

La primera obra que ofrece un estudio antropológico de los negros cubanos es: *Antropología y patología comparadas de los negros esclavos*, escrita por el Dr. Henri J. Dumont en 1866. Este médico francés, profesor de las universidades de París y Estrasburgo, tomó como base para sus estudios comparativos, investigaciones antropométricas que hizo de individuos de naciones gangá, mina, mandinga, carabalí, macuá, lucumí y congo, pertenecientes a las provincias de La Habana y Matanzas.

La obra fue dada a conocer por la Real Academia de Ciencias Médicas, Físicas y Naturales de La Habana, en el año de 1876.²

Si bien su título resulta demasiado ambicioso, al evaluar el contenido del libro a la luz del criterio actual de lo que es un estudio comparativo dentro de las poblaciones humanas, llegamos a la conclusión de que fue, para su época, una obra de gran importancia ya que en los años en que el investigador realizó su trabajo en Cuba, en Europa estos estudios eran incipientes.

Dumont no explica la técnica ni la clase de instrumentos que emplea para realizar sus mediciones, en algunos casos de difícil interpretación y cuyos resultados son expresados en metros. Sin embargo su trabajo es acreedor de elogios pues fue realizado en 1866 cuando las técnicas antropométricas apenas despuntaban.

Las principales medidas tomadas por Dumont fueron: talla, altura de la frente, de la nariz, de la nariz al mentón, altura y anchura de la oreja, longitud superciliar, longitud de la abertura de los párpados, longitud de la boca, circunferencia del cuello, longitud de la clavícula, longitud biacromial, longitudes del húmero, radio, cúbito y de la mano, longitud de la tibia, del peroné y del pie, circunferencia de la cintura, del tobillo, etcétera. Igualmente, este investigador hizo observaciones del ángulo sacrovertebral, que en la raza negra presenta una curvatura muy típica en esta zona. Estudió el estado de la dentición, el color del cabello, e hizo observaciones médicas sobre el pulso, la coloración de la lengua, el desarrollo de las mamas, la menstruación, la forma del tabique nasal y de las alas de la nariz. Asimismo hace referencia a la gran abundancia de cicatrices en la piel de los negros que estudió, e hizo mención también a los tatuajes, reproduciendo por medio de dibujos algunos de ellos.

Abordó también, desde un punto de vista comparativo antropológico el estudio de los parásitos intestinales que en aquella época eran muy abundantes en la población negra de Cuba. En especial hizo referencia a la denominada

² El profesor Luis Montané Dardé, primer antropólogo físico cubano, publicó un informe sobre esta obra en el tomo 13 de los *Anales de la Real Academia de Ciencias Médico, Físicas y Naturales de La Habana* y nosotros hemos realizado un análisis reciente de la misma en un estudio biográfico del Dr. Dumont, presentado en el Ciclo de Grandes Figuras de las Ciencias, organizado por el Museo «Carlos J. Finlay» de la Academia de Ciencias de Cuba.

lombriz de Guinea, y analizó la presencia de estos nematelmintos en 13 personas de nacionalidades lucumí, minas, magín, arará y en negros criollos.

Estudió la elefantiasis en los hombres de la raza negra y brindó datos de dos de sus pacientes. Se refirió a las desviaciones que encontró en las piernas de diferentes individuos y a las posibles causas de las mismas. Realizó investigaciones de la longevidad y de la natalidad de la raza negra en comparación con la raza blanca. Reseñó algunos aspectos criminalísticos e hizo estudios comparativos entre los negros y los chinos, pues estos últimos constituían ya una población numerosa en aquellos años.

Por su interés haremos referencia a la forma en que Dumont describió algunas características físicas de la población negra estudiada. Así, por ejemplo, expresa de los lucumís: «...Se distinguen de los demás negros por la altura de su cráneo, por sus sienes largas y abombadas, por la complexión vigorosa de sus espaldas y por la disposición de sus músculos.» Menciona los tatuajes que encontró en sus piernas, y dice que:

Los lucumís popos son los mejores tipos de la gran nación lucumí. Sus caracteres faciales le aproximan a la raza caucásica; su nariz es aguilena; sus ojos hermosos e inteligentes. ...La fisonomía es expresiva y agradable; los pómulos son salientes, las sienes ligeramente abultadas, a pesar de la anchura de la frente, del relieve de los zigomas.

El estudio del bacinete ofrece en las negras de esta provincia africana caracteres distintivos, por los cuales resulta inclinado y elevado por la parte interior del sacro. La curvatura de la región vértebro-lumbar forma un círculo muy corto, acentuado más aún por el desarrollo muscular de esta región, exagerando la disposición del bacinete.

Sobre la piel de los lucumís nos dice lo siguiente: «Yo he visto negros de esa nación cuya piel no resiste el menor rasguño, y sin embargo, hay congos que sufren desgarraduras sin la menor señal de dolor, otros, en cambio, atrojan un arroyo de sangre al primer arañazo».

En su libro, Dumont recoge los estudios antropométricos realizados en una negra lucumí llamada Genoveva, de una negra mandinga, llamada Ahicheta, de un negro gangá llamado Fernando, de un negro mina, denominado Eugenio, de un congo cabinda llamado Gumersindo, y finalmente de los macuá, ofrece la antropometría de una mujer llamada Juana y de un hombre denominado Lorenzo.

Es interesante subrayar que en las páginas 40 y 41 de su libro, Dumont ofrece 27 medidas antropológicas del cráneo de un negro que él identifica como congo y ofrece comparaciones de éste con uno de la raza blanca. Lamentablemente ambas piezas se extraviaron, pero sin lugar a dudas el estudio de Dumont constituye el primer trabajo de este tipo realizado en Cuba y en todas las Antillas.

Dumont también estudió comparativamente la capacidad craneana y el peso de estos dos cráneos en relación con un cráneo taíno cubano, pero este trabajo no fue recogido por el traductor ya que el mismo no aparecía en los manuscritos con que éste trabajó y sí en los de la primera versión del autor, que recientemente se han encontrado. De este hallazgo se ha preparado un reporte dando a conocer tan valiosos documentos (Rivero de la Calle y O. Collado, 1976).

En el libro *Ensayo de una Historia Médico Quirúrgica de la Isla de Puerto Rico*, La Habana, 1875, en dos volúmenes, Dumont ofrece 15 medidas somatométricas de una negra congoleña llamada Josefina, lo que demuestra el interés, que, aún en aquella isla, mantuvo por los estudios antropométricos. Por todos los trabajos anteriormente expuestos, Dumont puede ser considerado como el pionero de los estudios de Antropología Física de las Antillas.

LA SOCIEDAD ANTROPOLÓGICA DE LA ISLA DE CUBA

En las actas de las sesiones de trabajo celebradas por los miembros de la Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba, fundada en 1877, consta la gran cantidad de reuniones dedicadas a estudiar los problemas relacionados con la raza negra en Cuba desde el punto de vista antropológico. Revisando esos documentos hemos visto cómo hay referencias al trabajo del Dr. Henri Dumont, y todo parece indicar que la institución tuvo el propósito de publicarlo, pues en el acta del 12 de enero de 1879, está la proposición del Dr. Agustín Reyes, de pedir a la Academia de Ciencias de La Habana, la obra del médico francés.

Diversos aspectos relacionados con la raza negra fueron tratados por los miembros de la Sociedad. Abarcaron desde aspectos puramente anatómicos o médicos, hasta otros de tipo etnográfico y demográfico, problemas de mestizaje, y un tema que hoy tiene gran actualidad: los estudios de ecología humana.

Lamentablemente algunos de los trabajos presentados por los miembros de la Sociedad se han extraviado, uno de ellos es el que leyó el Dr. Luis Montané, y que exponía los caracteres anatómicos referentes al sistema nervioso, cabellos y color de la piel. Otro es el del Dr. Agustín Reyes titulado: «Estudio comparativo de los negros criollos y africanos». El filósofo cubano Enrique José Varona, miembro de la institución, preparó en el año 1878 un cuestionario dirigido a realizar estudios psicológicos comparativos en niños mestizos y de la raza negra que asistían a las escuelas.³ La confección de la encuesta fue objeto de grandes discusiones y su texto se conserva en uno de los boletines

³ La situación política, social y económica imperante en la época, y su consecuencia directa, la discriminación racial, limitaba el acceso de los niños negros al reducido número de escuelas que entonces existían en el país.

que editaba la Sociedad, sin que realmente se conozca si el referido cuestionario fue utilizado.

Al leer en las actas de la Sociedad los resúmenes de los trabajos presentados, se puede apreciar cómo en general los enfoques obedecen a las más puras concepciones burguesas, y a los más retrógrados criterios racistas. Sólo en pocas ocasiones hemos encontrado estudios consecuentes a ideas que se apartan del pensamiento filosófico, político y económico.⁴

OTROS ESTUDIOS DE ANTROPOLOGÍA FÍSICA REALIZADOS EN CUBA

En este recuento histórico creemos necesario mencionar algunas investigaciones sobre desarrollo y crecimiento, que aunque se traten de trabajos realizados en la población infantil, comportan un estado comparativo de individuos de las tres razas que integran el substrato fundamental de nuestra población.

En los años de 1919 y 1920, el antropólogo belga George Rouma, desarrolló un trabajo investigativo en escolares cubanos. De estos niños, clasificados por razas, el científico brinda información del peso, talla, y otros parámetros antropológicos. La investigación del Dr. Rouma fue considerada de tanta importancia que la Sociedad Antropológica de París lo galardonó con el Premio Broca.⁵

Años después, el Dr. Carlos García Robiou, jefe de la Cátedra «F» de Antropología, de la que fuera Escuela de Ciencias de La Universidad de La Habana, presentó ante el IV Congreso Internacional de Ciencias Antropológicas y Etnológicas, efectuado en Philadelphia, EE.UU., en 1956, un informe sobre los estudios de desarrollo y crecimiento que se estaban realizando en Cuba por los alumnos de los últimos años de la Escuela de Pedagogía de la Universidad de La Habana. Estos trabajos científicos fueron efectuados en el decenio que abarca los años de 1948 a 1957, y recogen fundamentalmente el peso, la talla y la circunferencia torácica en las edades comprendidas de 6 a 20 años. Las investigaciones que se traducen en más de 200 tesis de grado, no fueron publicadas por falta de recursos económicos y el poco interés que los gobiernos de la república mediatizada prestaron a estas investigaciones.

Entre 1964 y 1965 el Departamento de Antropología de la Escuela de Ciencias Biológicas de la Universidad de La Habana, emprendió, bajo la direc-

⁴ Entre ellas estaban las de José Martí; sus ideales políticos eran conocidos por los miembros de la Sociedad Antropológica, según se deduce de una conferencia pronunciada por Don Rafael Montoro (1889) sobre la vida de Don Antonio Bachiller y Morales, eminente polígrafo cubano del siglo pasado.

⁵ Durante su estancia en Cuba, el antropólogo belga también hizo un estudio de las condiciones socioeconómicas existentes en aquella época en nuestro país que aparecen en el trabajo premiado.

ción de un grupo de médicos y antropólogos, una serie de estudios antropológicos en los que participaron los Dres. Teresa Laska-Mierzejewska, de la Escuela Superior de Educación Física de Varsovia, Milán Pospisil, Profesor del Departamento de Genética y Antropología de la Universidad de Bratislava, Checoslovaquia; Anne Suárez Varas, del Ministerio de Salud Pública de Cuba; y el autor de este trabajo, jefe del citado Departamento de Antropología. El grupo realizó mediciones antropométricas en 4000 niños de la Ciudad de La Habana, e hizo estudios somatoscópicos y del desarrollo sexual en hembras y varones.

Una interesante investigación sobre la menarquia en niñas de 9 a 20 años fue dirigido por las Dras. Laska-Mierzejewska y Viera Pospisilová. El material fue obtenido en 651 niñas blancas, 417 negras y 492 mestizas. Posteriormente, en 1964, la Dra. Pospisilová Zuzáková, visitó el internado de montaña «Camilo Cienfuegos», en la Sierra Maestra, realizando el estudio de la menarquia en 178 muchachas.

Como resultado de estas investigaciones fueron publicados varios trabajos donde se daban a conocer características antropológicas de niños cubanos en las que la raza fue uno de los aspectos tomados en consideración.⁶

Durante 1968 y 1969 dirigimos un equipo de trabajo que midió 3085 niños de ambos sexos, correspondientes a los tres principales grupos raciales que habitan nuestro país. Los niños fueron seleccionados en círculos infantiles ubicados en varios municipios de la actual provincia de la Ciudad de La Habana. Se efectuaron 24 mediciones somatométricas y 10 cefalométricas, elaborándose un determinado número de índices. La investigación que sirvió para dar a conocer, por primera vez en Cuba, las características físicas de la población infantil de referencia, permitió analizar las semejanzas y diferencias existentes en los grupos étnicos estudiados y caracterizar antropológicamente a nuestros niños negros, blancos y mestizos.

En 1971 y tomando como base las investigaciones de crecimiento y desarrollo realizadas en Cuba por Laska (1967), el profesor A. Martínez Fuentes, del Departamento de Antropología de la Universidad de La Habana, hizo un estudio comparativo de los niños cubanos con los del Congo Kinshasa, Tusi, Hutu de Ruanda y escolares de la ciudad de Bruselas.

Más recientemente, durante los años de 1972-73 el Instituto de la Infancia de Cuba realizó una investigación sobre el crecimiento y desarrollo de la población cubana en las edades de 0 a 19 años. Alrededor de 50 000 personas fueron medidas a todo lo largo y ancho del archipiélago cubano, e incluidas dentro de 6 categorías raciales. El trabajo comprendió un estudio de 15 parámetros antropométricos y la maduración ósea del carpo en un 10% de la

⁶ Los trabajos a que nos hemos referido son los siguientes: Suárez Vara, 1965; Pospisilová-Zuzáková y Valsik, 1965; Pospisilová-Zuzáková *et al.*, 1965; Laska-Mierzejewska, 1965 y 1967.

muestra total⁷. Los doctores José Jordán del Instituto de la Infancia de Cuba, James Tanner del Instituto del Niño de Londres, y sus colaboradores, han preparado un informe preliminar sobre la forma en que fue realizada esta investigación (Jordán *et al.*, 1975)

También en adultos fueron realizados en las décadas del 20 y del 30, algunos trabajos que hoy resultan de interés como los efectuados por el Dr. Israel Castellanos entre los años 1927 y 1935: *La talla de los delincuentes en Cuba*, La Habana, 1927; *El pelo de los cubanos*, La Habana, 1933 y *El peso corporal de los delincuentes de Cuba*, La Habana, 1935.

De octubre de 1928 a mayo de 1929, el antropólogo norteamericano Dr. Frederick S. Hulse, visitó nuestro país para realizar el estudio antropométrico de un grupo de cubanos varones, cuyas mediciones hubo de comparar con individuos del suroeste de la península ibérica. Estas investigaciones dieron origen a un trabajo titulado: «The comparative anthropometric of Cubans and Andalusians», que constituyó su tesis para optar por el grado de Dr. en Filosofía de la Universidad de Harvard, EE.UU.

El estudio fue realizado en 22 individuos de la raza negra, 158 europoides y 35 mestizos. La muestra fue obtenida en estudiantes de la Universidad de La Habana, provenientes de distintos lugares de la isla, en personal de establecimientos de comercio de la capital, y en algunas zonas rurales, tales como el poblado de Bacuranao, provincia Ciudad de La Habana, en la región de Cubitas, provincia de Camagüey y en el Central «Pepito Tey», antiguo «Soledad», de la provincia de Cienfuegos, donde fueron medidos tanto obreros agrícolas como industriales.

La muestra de España fue tomada en Sevilla y ciudades aledañas, de febrero de 1930 a julio del mismo año, comprendiendo un total de 420 individuos de distintos niveles sociales, tanto urbanos como rurales.

La tesis, aún inédita, de 198 páginas mecanografiadas, incluye 14 ilustraciones; en ella se muestran 18 españoles, todos europoides, y 15 cubanos. De estos últimos 9 son europoides, 3 negroides y 3 mulatos. El autor trabajó con 70 características, de las cuales 17 fueron mediciones, 14 índices y 39 somatoscópicas.

El propio Dr. Hulse declara en su trabajo que en el caso de los negros y mestizos de Cuba, la muestra es muy pequeña y por ese motivo los resultados no

⁷ El trabajo comprendió además el estudio del desarrollo sexual de la población juvenil estudiada, la edad de aparición de la menarquia y una información referente al status social y educacional de los padres, así como la estatura de stos. La investigación contó con el asesoramiento de los Dres. J. M. Tanner del Departamento de Desarrollo y Crecimiento del Instituto de la Salud del Niño de Londres, y Dr. H. Goldstein de la Oficina Nacional de Niños, de Londres, y de la colaboración estrecha del Dr. A. Bebelagua de la Oficina del Censo de la Junta Central de Planificación de Cuba, de la Federación de Mujeres Cubanas, así como de la Organización Mundial de la Salud.

permiten llegar a ninguna conclusión definitiva. No obstante, el criterio de Hulse, que es correcto, nosotros lo hemos utilizado en nuestro trabajo, ya que se trata de la primera investigación de tipo comparativo, en la que se incluye información sobre la raza negra de Cuba, y por tanto los consideramos no sólo interesantes sino útiles.

El autor trata además el origen de la población de Cuba, tanto española como negra, relacionando la primera con la del suroeste de España, y para ello ofrece datos de tipo histórico y comparaciones con nombres de personas, ciudades y regiones de Andalucía con las cubanas. Analiza también el lugar de origen de los emigrantes españoles a las Indias de 1509 a 1533. Revisa los censos de población de Cuba de los años 1817, 41, 61, 77 y 87, hace un estudio de la importación de esclavos a Cuba de 1521 a 1853, ofrece datos sobre la agricultura de Cuba y Andalucía, la dieta alimenticia, la cultura social y material, así como de las características geográficas y del medio ambiente de ambas áreas.

EL ORIGEN DE LA POBLACIÓN AFROCUBANA

El origen preciso de la población afrocubana ha sido siempre un tema polémico⁸ por lo difícil que resulta determinar con exactitud las zonas geográficas de donde procedían los grupos de negros esclavos traídos por la fuerza a América. En el siglo pasado y aún en los comienzos del presente, los antropólogos disponían solamente de características métricas y somatoscópicas de las personas estudiadas. Con estos datos y con la información obtenida de la documentación histórica, y la ofrecida por los viejos informantes, se trataba de reconstruir la ruta de determinadas migraciones; pero como ya ha sido analizado por los investigadores que se han ocupado de este tema, la documentación histórica es incompleta, y cuando existe, no se puede tener plena confianza en ella, pues se sabe que muchas veces los datos se alteraban en beneficio de determinados propósitos, como por ejemplo, burlar el pago de impuestos. Por otra parte, los contrabandistas del tráfico negrero, para evadir las leyes que controlaban este «negocio», trajeron a América muchos barcos cargados de esclavos cuya procedencia nunca se supo ni se podrá saber.

⁸ Sobre el origen de la población afrocubana se han escrito trabajos importantes. Del siglo pasado, fue el historiador cubano José Antonio Saco, una de las personas que con más profundidad estudió el problema, y el cual mantuvo una activa lucha contra la trata de esclavos, a pesar de sus prejuicios racistas y sin renunciar a su acendrado reformismo. Fueron también importantes los aportes realizados por Alejandro de Humboldt, Luis Montané Dardé y Antonio Bachiller y Morales. Más recientemente Fernando Ortiz, Juan Luis Martín, Rómulo Lachatañeré, José Luciano Franco, Juan Pérez de la Riva, Isaac Barreal, Manuel Moreno Friginals, Argeliers León, Pedro Deschamps, Rogelio Martínez Furé y Miguel Batnet entre otros. Fuera de Cuba, innumerables autores se han ocupado también del poblamiento negro en las Antillas y otros países del continente americano. Entre ellos merecen destacarse: Melville Herskovits, Gonzalo Aguirre Beltrán, Aimé Césaire, Miguel Acosta Saignes, Jean Benoist, Magnus Mörner, Carlos Larrazábal, Luis M. Díaz Soler y Arthur Ramos.

En la actualidad se ha demostrado mediante estudios con marcadores genéticos, que muchas de las rutas trazadas fueron falsas, y ello ha permitido esclarecer extraordinariamente las relaciones de parentesco de unos grupos con otros. La esclavitud en Cuba se inició prácticamente con la llegada de los primeros navíos españoles.⁹ Según la documentación existente podemos afirmar que la población negra fue traída de distintos lugares de África, aunque como afirma el profesor José Luciano Franco (1969) todo indica que la gran mayoría de los esclavos... «provino de ciertos puntos definidos de África occidental». En un principio los esclavos eran arrebatados de una extensa área que se extiende desde lo que hoy es Senegal hasta zonas situadas al sur de la República Popular de Angola, incluyéndose también la costa este de África, principalmente la región que hoy constituye la República de Mozambique. A medida que los negreros iban capturando más esclavos en estas costas, la población ofrecía mayor resistencia y se escondía tierra adentro.

Los comerciantes, en busca de sus «piezas de ébano» remontaban los ríos africanos en pos de otras tribus, residentes en el interior del continente que aún no habían recibido el impacto de la trata. El tráfico de esclavos fue complicado y promiscuo. Cuando se preparaba un embarque para América, se mezclaban en el navío distintas nacionalidades para evitar de esta forma la comunicación entre los negros. Esto nos hace suponer que lo mismo ocurrió después en los ingenios azucareros, cuyas dotaciones de esclavos estaban constituidas por individuos de distintas procedencias o nacionalidades. Como estas dotaciones estaban formadas por hombres y mujeres, lógicamente se fue produciendo la mezcla de unas «naciones» con otras y por este motivo resulta complejo determinar el origen de los grupos primarios.

El investigador cubano Rómulo Lachatañeré (1961) en un interesante trabajo sobre los lucumís, analiza algunas de las causas que dificultan la clasificación y estudio de esta población, y que por analogía puede aplicarse a otros grupos. Por el interés que encierra mencionaremos algunas de sus agudas observaciones: el autor se refiere a que «la designación etnográfica dada al esclavo carecía, muchas veces, de valor o por lo menos, estaba en desacuerdo con su real procedencia». Expresa también que «la nomenclatura etnográfica se guiaba por el rendimiento, carácter belicoso, sumisión, etc.,

⁹ Como señala el investigador americanista Magnus Mörner (1969), los primeros esclavos que cruzaron el Atlántico fueron los indios que Cristóbal Colón llevó a España en 1495. El tráfico de esclavos en la otra dirección comenzó también muy pronto, durante la administración del gobernador Ovando, en Santo Domingo, entre los años 1502 y 1509. Los primeros esclavos negros, que ya hablaban castellano (ladinos) eran criados reclutados entre los muchos negros esclavos que había en esa época en España y Portugal. En 1585 en la Ciudad de Sevilla existían 6 327 esclavos negros. Todo parece indicar que la primera licencia para la exportación de esclavos para el Nuevo Mundo fue extendida en el año de 1518. Este permiso suponía la entrega de 4 000 esclavos durante 8 años, y como por aquel entonces España no poseía ningún territorio en la costa africana, los asientos fueron generalmente controlados por intereses extranjeros.

de tal o cual tipo de esclavos lo cual debió inclinar a los *negreros* al engaño, vendiendo unos esclavos por otros, dando preferencia a aquellos que eran más solicitados por su rendimiento».

Lachatañeré destaca que «cuando los esclavos procedían del interior, había que dar crédito a las palabras de los traficantes nativos, cuyos testimonios no siempre eran exactos, o valerse de las inexactitudes geográficas de aquel tiempo». Agrega después que

es de suponer que las extracciones de esclavos se hicieran de modo irregular, a la vez que se obtuvieran en factorías clandestinas de distintas naciones. Esto imposibilitaba que los esclavos entraran a Cuba con una designación etnográfica clara porque procedentes de distintas factorías, eran bautizados de acuerdo a la información brindada por el mercader que los vendía, el cual a su vez designaba a sus esclavos de acuerdo con las peculiaridades idiomáticas, producto del desconocimiento de los dialectos africanos y también de sus vagos conocimientos de la geografía del territorio donde actuaban. Esto trajo como consecuencia que entraran, no sólo en Cuba, sino en otros países del Nuevo Mundo, esclavos procedentes de una misma región con distintas denominaciones.

Este investigador afirma que

bastan los inconvenientes apuntados para estimar lo dificultoso que es establecer una procedencia etnográfica de los esclavos en Cuba, y añádase a esto, que circunstancias de carácter histórico y social marcaron importantes cambios en la geografía del África Occidental, donde unas veces las emigraciones tribales, y otras las guerras, han borrado del mapa pueblos o clanes y quizás tribus, hoy encontradas entre los nombres con que se designaron los siervos. Y por último, el ya mencionado desconocimiento de los dialectos por parte de los traficantes, alteró la terminología etnográfica, cuyos nombres o corrupciones de vocablos aplicados a los siervos, son imposibles de identificar de acuerdo con la etnografía moderna de África.

Lachatañeré (*op. cit.*) hace referencia como otra dificultad en la clasificación a la diversidad de naciones comprometidas en el tráfico negro.

Asimismo señala que trabajó fundamentalmente con los datos acopiados por el profesor Fernando Ortiz, llegando a la conclusión de que los congos procedentes del grupo bantú ha dejado una profunda huella en la población afrocubana, y que la región de África donde viven se convirtió en el lugar preferido del comercio negro.

Bajo la denominación de carabalí entraron en Cuba los esclavos embarcados en las factorías localizadas en la costa occidental del África al sur de la línea del Ecuador, y se dividen en dos grupos.

El grupo mandinga según Lachatañeré (*op. cit.*) «fue importante en Cuba y aún quedan muchas huellas de sus costumbres».¹⁰ Las investigaciones históricas parecen demostrar que los mandingas constituyeron una cifra importante dentro del tráfico negrero.

Los gangás estaban localizados en lo alto del valle del Río Níger.¹¹

Según Ramos (1943) la cultura predominante en Cuba fue la yoruba. Este investigador afirma que «evidentemente los negros sudaneses y bantú se mezclaron unos con otros como en el Brasil, amalgamándose en una forma imposible de reconocer». Luego agrega que «las influencias menores en Cuba fueron las de la cultura del Sudán islamizado, al contrario de lo que sucedió en el Brasil con la conservación de un culto afro-islámico completo: el culto Male».

En los libros de bautismo de las antiguas parroquias del Caribe, incluyendo Cuba, aparecen denominaciones como raza carabalí, casta «boruca», negro «mina», «negro de Angola». En Santo Domingo, existía por ejemplo, la costumbre de escribir las palabras casta, raza, negro, y los términos citados anteriormente directamente al lado del nombre de pila del bautizado, a manera de apellido: María Mandinga, Juan Biafra, Juan Carabalí, y como tal pasaron luego a la toponimia (Larrazabal Blanco, 1967).

Este investigador dominicano hace un análisis de más de 39 regiones del continente africano de donde procedían los esclavos, y siguiendo los cartogramas¹² de Aguirre Beltrán localiza las principales culturas africanas de la época. El autor habla de denominaciones tales como mulatos, tercerón, cuarterón, que sí se utilizaron en Cuba. Hay denominaciones como «grifo» que eran los hijos de negros y mulatos de piel negra y la de «alcatraz», que eran los descendientes de un negro y de un indio.

En su libro *Las Américas negras*, R. Bastile (1969) trata de demostrar cómo la población negra varió según las épocas y cita ejemplos. Así tenemos que en Bahía, Brasil, «el tráfico en el siglo XVI se hacía en términos generales con la costa de Guinea. En el siglo XVII con Angola, en el siglo XVIII con la costa de Mina y finalmente, en el siglo XIX al pasar el tráfico de esclavos a la clandestinidad, la distribución se hace todavía más irregular».

¹⁰ Estos pueblos, influenciados grandemente por los mahometanos aportaron a sus creencias religiosas elementos del islamismo.

¹¹ El llamado grupo Ewe-Tshi estaba constituido por esclavos de los antiguos reinos de Fatee y Ashante. Los dahomeyanos y otros tipos del «stock» Ewe, que hallamos en la isla, procedían de las factorías establecidas en la costa. De esta zona tenemos también a los Dahomas, Mahec, Fantis, Ashante y a los del puerto de Mina. El grupo amito-negroide, estaba constituido por los Yofof, del antiguo reino de Yofof, los Fula, estimados como mandingas por el geógrafo José María de la Torre, por los Hausas y los Berberi. Aunque se ha negado la presencia en Cuba de estos últimos, Fernando Ortiz afirmaba que sí los hubo en el país.

¹² Los cartogramas constituyen una colección de mapas que aparecen en el libro del Prof. Gonzalo Aguirre Beltrán titulado *La población negra de México* (1946) y que recoge distintas regiones del continente africano, con la ubicación de las factorías, tribus, reinos y áreas culturales de donde procedían los esclavos.

Compartimos con Bastide su opinión, que es también la de muchos etnólogos y antropólogos de que los datos que tenemos sobre el origen étnico de estos emigrantes forzados son de escaso valor. Al esclavo se le daba un nombre cristiano si estaba bautizado y mitológico si era bozal. Por otra parte, su apellido se identificaba casi siempre con su origen étnico, pero esta información como dice Bastide (*op. cit.*), no nos lleva muy lejos. «No era el negro quién escogía su apellido sino su amo quien se lo imponía». Bastide deja muy claro el hecho de que al esclavo se le daba «no el nombre de su verdadero origen étnico sino el del puerto donde era embarcado.» Él afirma que cuando catalogamos todos los nombres de tribus que aparecen en los inventarios como lo hicieron, Beltrán para México y Escalante para Colombia —por citar dos ejemplos— se observa que no hay tribu africana que no haya suministrado su contingente de esclavos a América.

El análisis de toda esta información permite apreciar a simple vista lo difícil que es, por subjetivo, afirmar con toda certeza el punto geográfico de origen correspondiente a determinada población negra de las islas del Caribe o de algunos otros países del continente americano.

Con el transcurrir de los años, el desarrollo de la ciencia ha perfeccionado técnicas depuradas, como son los estudios serológicos, que permiten precisar las diferencias que existen entre pequeños grupos étnicos inclusive. Investigaciones recientes, en las que se han empleado marcadores genéticos han demostrado que muchas de las rutas trazadas fueron falsas, o no totalmente ciertas. Las investigaciones de los polimorfismos enzimáticos, como marcadores genéticos, han contribuido a esclarecer extraordinariamente las relaciones de parentesco de unos grupos con otros y determinar cuándo en un individuo hay trazas de un factor étnico distinto. Esto permite profundizar y conocer cómo se han desplazado en determinadas regiones distintos grupos étnicos.

Es muy difícil calcular, y posiblemente no se sabrá nunca, la cantidad de esclavos que cruzaron el Atlántico hacia América. La Enciclopedia Católica los calcula en 12 millones; Helps estima que el número no superó los 5 ó 6 millones y el *Negro Year Book* de 1931-32 da las cifras siguientes: de los años 1666 a 1776 fueron importados por los ingleses 3 millones de esclavos con destino a sus colonias; de 1680 a 1786, 2 130 000 también para estos territorios. De 1716 a 1756, 70 000 esclavos fueron enviados a otras colonias de América; de 1752 a 1772, 70 000 fueron destinados a Jamaica; de 1779 a 1769, 40 000 a la isla de Guadalupe; de 1776 a 1800, 850 000, de los cuales 38 000 eran importados cada año por los ingleses, 10 000 por los portugueses, 4 000 por los holandeses, 20 000 por los franceses y 2 000 por los daneses; a estas cifras, como bien señala Bastide (*op. cit.*) hay que agregar los datos del siglo XIX, que es el período en que el tráfico fue más intenso.

Por otra parte el investigador Jean Suret-Canale (1959) expresa que: «a fines del siglo XVIII el número de transportados hacia América, se aproximaba a 100 000 por año». Rinchon calcula su número en 13 250 000, únicamente con referencia a los congolese. W. E. B. Du Bois da los siguientes estimados sobre las «transportaciones» hacia el continente americano: 90 000 en el siglo XVI, 2 750 000 en el siglo XVIII; 7 000 000 en el siglo XVIII y 4 000 000 en el siglo XIX, que hacen un total de 15 000 000. Teniendo en cuenta la incertidumbre de la cifra, él piensa que como mínimo 10 000 000 fueron transportados a América.

Ch. de la Roncière estima el número total de 15 000 000 en los siglos XVII y XVIII y en otros 5 000 000 para el período de 1798-1848 (de acuerdo con los documentos parlamentarios británicos) en 20 000 000 como mínimo.

No disponemos de los medios necesarios para analizar estas cifras: pero debemos subrayar que las mismas no traducen la pérdida demográfica real sufrida por el África. Habría que agregar a los «transportados» el número mucho más considerable de las otras víctimas de la trata: los que fueron asesinados durante las «raffias» y guerras para cazar esclavos, los que murieron durante las largas travesías hacia el mar y en los navíos negreros. W. E. B. Du Bois estima que por un esclavo llegado a América hay que contar 5 hombres asesinados en África o fallecidos en el mar. El autor llega a la conclusión de que la trata de esclavos en América arrebató 60 000 000 de hombres al África.

El investigador Juan Pérez de la Riva (1977) calcula que la cantidad de esclavos introducidos en Cuba fue de 816 378 en un período comprendido desde 1521 a 1873. «Las fuentes para esta evaluación han sido para el período anterior a 1820, los propios hacendados habaneros, y para épocas posteriores, los diplomáticos ingleses acreditados en La Habana.»

MATERIALES Y MÉTODOS

La muestra comprende 180 individuos masculinos adultos que fueron examinados en unidades militares cercanas a la ciudad de La Habana, en la Escuela de Cuadros de Mandos Agrícolas del Partido Comunista de Cuba del reparto Siboney, provincia Ciudad de La Habana y en la Facultad Obrero Campesina «Julio Antonio Mella» de L y 21, Vedado, La Habana. La misma incluye individuos de distintos niveles socioeconómicos, pero como el número más alto de personas medidas fue en la Escuela de Cuadros, el mayor porcentaje corresponde por tanto a individuos de pueblos del interior, con un origen campesino, es decir trabajadores del campo, los cuales están representados en un 65%, hay también pequeños grupos de obreros, técnicos y profesionales, pero en una proporción menor y que completa el por ciento restante.

¿Qué representa nuestra muestra en relación a la población total del país? Aunque la misma pudiera considerarse no representativa de la población total del país, ya que no fue diseñada con ese propósito, sin embargo, los aportes que se recogen de este pequeño estudio, nos permiten llegar a algunas conclusiones preliminares sobre el tipo antropológico del negro cubano. El cuadro no. 1 demuestra cómo en ella están representadas todas las provincias existentes en Cuba durante el período de la investigación.¹³

CUADRO No. 1

PROVINCIAS	Nº DE INDIVIDUOS	
	EXAMINADOS	PORCENTAJE
Pinar del Río	25	13,8 %
Habana	60	33,3 %
Matanzas	14	27,7 %
Las Villas	18	10,0 %
Camagüey	11	6,2 %
Oriente	52	28,8 %
	180	100,0 %

Como es lógico, esta muestra excluye a los individuos nacidos en países del Caribe que residen en el nuestro y los que padecían de enfermedades graves o tenían algún defecto físico.

En el cuadro no. 2 podemos observar la clasificación por edades. En él se puede apreciar que la misma está constituida por personas muy jóvenes.

¹³ Posteriormente a la investigación, el Gobierno Revolucionario de Cuba decidió cambiar la división administrativa del país, que hasta entonces estaba constituida por seis provincias. La nueva división comprende 14 provincias: Pinar del Río, La Habana, Ciudad de La Habana, Matanzas, Villa Clara, Sancti Spiritus, Cienfuegos, Ciego de Ávila, Camagüey, Las Tunas, Granma, Holguín, Santiago de Cuba y Guantánamo.

CUADRO No. 2

EDAD	Nº DE INDIVIDUOS	PORCENTAJE
20-24	65	37,2 %
25-29	55	31,4 %
30-34	32	18,6 %
35-39	13	7,4 %
40-44	3	1,7 %
45-49	3	1,7 %
50-54	3	1,7 %
55-59	0	0,0 %
60-64	1	0,5 %
	175	100,0 %

Un estudio en el que se tomó en consideración la edad de la madre nos permite afirmar que la gran mayoría de las personas estudiadas son hijos de mujeres cuyas edades oscilaban entre 15 y 40 años de edad (cuadro no. 3).

CUADRO No. 3

EDAD DE LA MADRE		
AÑOS	MADRES	PORCENTAJE
15-19	32	21,2 %
20-24	47	31,4 %
25-29	35	23,6 %
30-34	18	12,0 %
35-39	10	6,6 %
40-44	3	2,0 %
45-49	3	2,0 %
50- X	2	1,3 %
	180	100,0 %

Un análisis del cuadro no. 4 permite observar que los padres, en el momento de la concepción de sus hijos, eran jóvenes. Como ejemplo de esto tenemos que el mayor porcentaje corresponde a padres comprendidos entre las edades de 20 a 34 años.

CUADRO No. 4

EDAD DEL PADRE		
AÑOS	PADRES	PORCENTAJE
20-24	65	36,0 %
25-29	55	30,2 %
30-34	32	17,8 %
35-39	13	7,2 %
40-44	8	4,4 %
45-49	3	1,6 %
50-54	3	1,6 %
55-59	0	0,0 %
60-64	1	0,5 %
	175	100,0 %

PROFESIÓN

El 84,0 % de las madres son amas de casa. Esto se debe a que la gran mayoría de la población estudiada es de origen rural. En las zonas campesinas, en el momento de realizada la investigación estaba muy arraigada la costumbre de que la madre es fundamentalmente quien se ocupa de los quehaceres de la casa.¹⁴ En cuanto a la profesión del padre, la gran mayoría está constituida por obreros, 60,6%, y por campesinos, 33,4%.

PROCEDENCIA

Otro detalle que se investigó fue el lugar de procedencia de los padres de las personas entrevistadas y medidas. Como ejemplo podemos citar que de las 25 personas estudiadas, correspondientes a la provincia de Pinar del Río, el 76,0% de los padres y el 84,0% de las madres nacieron en dicha provincia. Como padres y madres nacidos ambos en Pinar del Río tenemos solamente 18 casos, lo que constituye un 72,0% de la muestra.

De los 60 individuos estudiados en la provincia de La Habana se obtuvo información de 55 padres. De estos el 58,3% corresponde a la provincia de La Habana, el 18,4% a la provincia de Matanzas y el 11,6% a la de Pinar del Río. El resto de las cantidades puede considerarse insignificante y co-

¹⁴ La Revolución ha dado a la mujer plenos derechos. Ella tiene ahora la oportunidad de participar activamente en la construcción de nuestra nueva sociedad y su participación en las actividades productivas del país es cada vez mayor. La creación de Círculos Infantiles, las escuelas con sistema de internado y sémi-internado, y las escuelas secundarias básicas en el campo, son entre otros, lugares donde la mujer cubana se ha incorporado a trabajar.

responde a Camagüey y Oriente. Con respecto a la madre, pudo hacerse un estudio de 56 casos, de los cuales 41 habían nacido en La Habana, lo que significa un 68,4%, 7 en Pinar del Río que es igual a un 11,6% y 6 en Matanzas que equivale a un 10,0%.

El aporte de las otras provincias es insignificante.

En la provincia de Matanzas, el 78,5% corresponde a padres y madres nacidos en la misma provincia. El resto proviene de otras partes de la República.

De las 18 personas estudiadas en Las Villas, 14 son hijos de hombres villareños, 2 de orientales, y el resto hijos de padres nacidos en La Habana. Uno de los padres es extranjero. El porcentaje de padres villareños se eleva a 77,8%, mientras que el de las madres es de 98,0%. De padres y madres de Las Villas tenemos 13 individuos que representan un 72,2% del total.

En la provincia de Camagüey, de 8 padres que se pudieron estudiar 6 nacieron en la provincia con un 75,0%, mientras que el de las madres se eleva a 62,5%. De padres y madres camagüeyanas tenemos solamente un caso que representa un 62,5%.

Finalmente de los 52 individuos estudiados de la provincia de Oriente, pudo conocerse los datos en 48 padres, de estos, 38 son orientales, con un 73,0%, 6 extranjeros con un 11,0% y el resto de las provincias de Camagüey y Las Villas. El porcentaje de madres orientales se eleva a un 84,6%, 2 son extranjeras con un 3,8% y las restantes de Camagüey y Las Villas. De padres y madres orientales tenemos 36 casos que constituyen el 68,2% de la muestra.

Si analizamos la situación anterior vemos que, en general, las familias estudiadas han sido bastante estables en sus provincias. Sin embargo, las migraciones siempre se produjeron y las principales corrientes cubanas de migración interna han sido estudiadas recientemente por el Centro de Estudios Demográficos de nuestro país y estos datos y otros muy varios se dan a conocer en un documentado libro titulado: *La población de Cuba* (1976).

Como causa principal de estas migraciones están: la primera expansión del azúcar hasta Las Villas, la Guerra de los 10 años, la abolición de la esclavitud y guerra independentista en los siglos anteriores al nuestro. Ya en pleno siglo XX se señalan otras causas como son: construcción del sistema vial central, crisis económica agraria, latifundios y desalojos, diversificación industrial en la capital, desnivel de salarios y demandas estacionales de brazos, triunfo de la Revolución y arribo a la capital de becarios, tropas rebeldes y sus familiares y movilización de recursos naturales a regiones antaño despobladas.

Este ir y venir de una provincia para otra no solamente de hombres sino también de mujeres, influyó también en el mestizaje y cruzamiento de los distintos tipos de negros entre sí, que como ya hemos visto llegaron a la isla pro-

cedentes de los más disímiles lugares de África. Es probable sin embargo que en determinadas regiones de la Isla queden grupos que por haber llegado más tardíamente y en forma más numerosa y haberse agrupado en determinadas áreas, conservaron mejor las características de sus progenitores y al igual que se puede definir hoy un tipo de cubano blanco que es ligeramente distinto de sus ascendientes españoles o europoides, y un mestizo que es también diferente al de otras áreas del Caribe, también tenemos una población negra que muestra algunas características somáticas distintas a sus hermanos del Caribe y América del Norte y Sur, o a la de sus antepasados. Esto no quiere decir que no haya cubanos negros que no nos recuerden los tipos originales de donde procedían estos, y así tenemos tipos muy parecidos a los angolanos, congos y nigerianos para citar algunos ejemplos. Estos cambios se han producido fundamentalmente en la forma de la boca, de la nariz y en el prognatismo. La cabeza es también más redondeada y un poco más alta, aunque una característica que se mantiene todavía bastante marcada es el abombamiento de la región occipital, carácter que según Hooton es típico de la raza negra. Este carácter fue estudiado por el Dr. Hulse (op. cit.) y los resultados que obtiene es que los negros cubanos se asemejan a los blancos cubanos y andaluces en la proyección del occipital, mientras que los mulatos son sin embargo los que mayor prominencia presentan.

Nosotros diferimos en ese aspecto con el Dr. Hulse, y pensamos que los resultados a que él llega se deben quizás a lo pequeña que fue la muestra de 22 personas con que trabajó.

Sin desechar la acción que la heterosis haya ejercido, creemos que un aspecto que hay que tener en cuenta es el siguiente: muchos de los individuos que nosotros hoy consideramos como negros, son el resultado como ya se ha expresado de un largo proceso de cambios en nuestro país de esta raza que indiscutiblemente ha estado sometida al mestizaje y que ese mestizaje, al menos en las características somatoscópicas, se expresa a veces en forma un tanto enmascarada, en otras palabras, que es probable que a veces estemos considerando como negro a un individuo que quizás su abuelo o bisabuelo era un mulato oscuro. Este individuo, por ejemplo, no conoció a sus antepasados y por tanto se considera completamente negro, y sin este conocimiento o el estudio en él de determinados marcadores genéticos, es difícil a veces hacer un diagnóstico totalmente correcto. También puede ocurrir, y nosotros lo hemos aceptado como negro en nuestros estudios porque, por la ley de la segregación de las características hereditarias, dos mestizos más bien oscuros, pueden dar un hijo en el cual se reúnan todas las características raciales de la raza negra.

Otro aspecto que se investigó fue el número de hermanos que tenía cada una de las personas estudiadas. En el cuadro no. 5 podemos ver como las familias con dos, tres, cinco y siete hijos son las que alcanzan los porcentajes mayores.

CUADRO No. 5

NÚMERO DE HERMANOS

CANTIDAD DE		CANTIDAD DE	
Nº DE HERMANOS	CASOS	Nº DE HERMANOS	CASOS
0	14	10	8
1	13	11	5
2	21	12	2
3	19	13	4
4	17	14	3
5	21	15	0
6	12	16	0
7	19	17	1
8	11	18	1
9	7		

De hijos únicos solamente tenemos 14 individuos, lo que representa el 7,8% de la muestra. En nuestro país las familias con más de 10 hijos son ya bastante escasas y con más de 15 realmente excepcionales. De esta última situación sólo tenemos dos casos en nuestra pequeña muestra.

Nosotros hemos considerado dentro de la categoría correspondiente a la población negra a aquellas personas que presentan fenotípicamente las características típicas de esta raza, como son la forma de la nariz, forma y color del cabello, color de los ojos, tamaño de la oreja y color de la piel. Aquellas personas en las que teníamos dudas sobre la tipicidad de estas características las incluimos dentro del grupo de los mestizos o mulatos, y su estudio será abordado próximamente en otro trabajo que preparamos al efecto.

BIBLIOGRAFÍA

- Aguirre Beltrán, G., *La población negra de México (1519-1810). Estudio etnohistórico*, México, Ediciones Fuente Cultural, 1946, 349 p.
- Bastide, R., *Las Américas negras. Las civilizaciones africanas en el Nuevo Mundo*, Madrid, Alianza Editorial, S.A., 1969, 226 p.
- Castellanos, I., *La talla de los delincuentes en Cuba*, La Habana, A. Dorrbecker-Plácido 27, 1927, 179 p.
- , *El pelo de los cubanos*, La Habana, Carasa y Cía., S. en C., 1933, 254 p.
- , *El peso corporal de los delincuentes en Cuba*, La Habana, El Siglo XX, 1935, 75 p.

- Centro de Estudios Demográficos, *La población de Cuba*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1976, 236 p.
- Clermont, N., *Bibliographie annotée de l'anthropologie physique des Antilles*, Centre de Recherches Caraïbes, Ste-Marie, Martinique, 1973, 51 p.
- Deschamps Chapeaux, P., «Marcas tribales de los esclavos en Cuba», *Revista Etnología y Folklore*, La Habana, Academia de Ciencias, n. 8, 1969, p. 65-78.
- Dumont, H., *Ensayo de una historia médico-quirúrgica de la Isla de Puerto Rico*, 2 vols. La Habana, Imprenta «La Antillana», 1875.
- , *Antropología y patología comparadas de los negros esclavos*, La Habana, Colección cubana de libros y documentos inéditos o raros, dirigida por Fernando Ortiz, 1922, 102 p.
- Franco, J. L., «Presencia de Africa en América», *Tricontinental*, La Habana, n. 14, 1969, p. 42-82.
- Hulse, F. S., «The comparative anthropometry of cubans and andalusians», Tesis para optar por el doctorado en Filosofía, Harvard University Archives, Widener Library, Cambridge, Mass., 1933, 198 p.
- Jordán, J., et al., «The 1972 cuban national child growth as an example population health monitoring: design and methods», *Annals of Human Biology*, vol. 2, n. 2, 1975, p. 153-77.
- Larrazábal Blanco, C., *Los negros y la esclavitud en Santo Domingo*, Santo Domingo, Julio D. Postigo e Hijos Editores, 1967, 200 p.
- Laska-Mierzejewska, T., «Desarrollo y maduración de los niños y jóvenes habaneros», *Materiały in Prace Anthropologiczne*, n. 74, 1967, p. 10-63.
- , «Wstępne informacje o rozwoju dzieci i młodzieży Kubąńskiej», *Wychowanie Fizyczne i sport*, t. IX, z.4, 1965, p. 459-77.
- Lachatañeré, R., «Tipos étnicos africanos que concurren en la amalgama cubana», *Actas de Folklore*, La Habana, a. I, n. 3, marzo 1961.
- Martínez Fuentes, A. J., «Croissance comparée d'européens, d'africains, et de cubains», *Bulletin de la Société Royale Belge d'Anthropologie et de Préhistoire*, Bruséles, n. 82, 1971, p. 121-46.
- Mörner, M., *La mezcla de razas en la historia de América Latina*, Buenos Aires, Paidós, 1969, 163 p.
- Pérez de la Riva, J., *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?*, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, Demografía, 1977, 31 p.
- Pospisilová-Zuzaková, V. y J. A. Valsik, «En relación con la menarquia en la provincia de Oriente (Cuba)», *Teoría médica para la juventud*, a. 56, n. 11-12, 1965. [Texto original en alemán.]
- , et al., «La menarquia en las mujeres blancas, negras y mulatas de La Habana (Cuba)», *Revista para la superación médica*, VEB Gustav Fischer, vol. 9, n. 1, 1965, [Texto original en alemán.]
- Ramos, Arthur, *Las culturas negras en el Nuevo Mundo*, México, Fondo de Cultura Económica, 1943, 387 p.

Rivero de la Calle, M., *La mutilación dentaria de la población negroides de Cuba*, La Habana, Universidad de La Habana, Ciencias Biológicas, serie 4., n. 38, 1973, 21 p.

———, *Estudio preliminar del desarrollo físico de los niños pre-escolares de los Círculos Infantiles de la Gran Habana*, Universidad de La Habana, Ciencias Biológicas, serie 4., n. 29, 1972, 65 p.

Rivero de la Calle, M. y O. Collado López, *Reporte de las primeras mediciones craneométricas de tipo comparativas realizadas en Cuba*, Universidad de La Habana, Ciencias, Antropología y Prehistoria, serie 9, 1976.

Rourna, G., *El desarrollo físico del escolar cubano. Sus curvas normales de crecimiento*, La Habana, Casa Editora Jorge Morlán, 1920, 193 p.

———, *Le développement de l'écolier cubain, blanc, nègre et mulâtre. Étude d'anthropométrie pédagogique*, Bruséles, Imprimerie Médicale et Scientifique, 1921, 137 p.

Suárez Varas, A., «Análisis comparativo del desarrollo físico de los niños y jóvenes habaneros», *Boletín de Higiene y Epidemiología*, a. 3, n. 4, 1955, p. 16-30.

Suret-Canale, J., *Africa negra. Geografía-Civilización-Historia*, Buenos Aires, Editorial Platina, 1959, 225 p.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

SEGUNDA PARTE

CARACTERES ESTUDIADOS Y TÉCNICAS EMPLEADAS

Las técnicas antropométricas empleadas han sido las recomendadas por Martin-Saller, 1957. Las medidas fueron tomadas por el lado izquierdo del cuerpo, habiéndose utilizado en el caso de la medición de la grasa subcutánea, la técnica recomendada por Tanner *et al.* (1969). Las medidas métricas corporales que se investigaron fueron: peso, talla, talla sentada, anchura biacromial y bicrestal, altura del hombro, ilioespinal y supraesternal, largo del brazo, grasa del triceps, de la región subescapular y de la supra-ilíaca.

De las medidas del cráneo y de la cara se tomaron: largo, ancho y altura de la cabeza, anchura frontal mínima, altura y anchura de la cara, de la nariz, de la oreja y ancho de la mandíbula.

De las medidas fisiológicas se obtuvieron la temperatura sub-lingual, la tensión arterial máxima y mínima; en estas últimas medidas se eliminaron algunos individuos que presentaban valores altos de origen patológico.

CARACTERES DESCRIPTIVOS

Estas características fueron tomadas siguiendo distintos métodos. En el caso del color de la piel se trabajó con la escala de Von Luschan. Esta escala al igual que otras tablas cromáticas presenta muchas dificultades para trabajar con ellas. En la determinación del color al igual que en las otras características descriptivas se trató en lo posible que las observaciones fueran realizadas por el mismo técnico para evitar errores. Esta escala sirve para separar determinados grupos étnicos por el color de su piel, pero una óptima preci-

sión de los colores no es fácil, como bien ha señalado Benoist (1963). El color del cabello fue determinado con la escala de Fisher y Saller y la forma con la escala de Martin. El color de los ojos fue analizado con la escala de este último autor que presenta 16 tonalidades. Aquí también tuvimos algunas dificultades porque aunque en la gran mayoría de los casos, el color de los ojos en las personas de la raza negra de nuestro país es muy oscuro, encontramos que había matices que realmente eran intermedios entre ciertos valores; al tener que decidirnos por un color preferimos siempre el que estuviera más cerca del que aparecía en la escala.

La forma de los orificios nasales fue determinada según la escala de Topinard y el perfil de la nariz según la de Martin-Saller (*op. cit.*). Aquí también tuvimos dificultades, muchas veces la forma de una nariz determinada no encuadraba dentro de los tipos que nos ofrecen estos autores. Igualmente ocurre con el esquema de las formas del pliegue del párpado según Ehrhart, que fue el que utilizamos, tomándolo de la obra de Martin. El esquema que aplicamos al estudio del desarrollo de los labios fue el de este mismo autor, encontrándonos que el llamado tipo voluminoso, o número 4, realmente ya es muy raro en nuestro país, y en la muestra no tenemos ningún caso.

La pilosidad corporal fue estudiada siguiendo los diagramas de Kherumian, que aparecen en el libro *Practique anthropologique* de Georges Oliver (1960). La determinación de los grupos sanguíneos ABO del factor Rh fue realizada de acuerdo a las técnicas recomendadas por estos trabajos.

CARACTERES DESCRIPTIVOS

Comenzaremos expresando que compartimos con el profesor Benoist (*op. cit.*) su criterio de lo subjetivo que es la apreciación de las características somatoscópicas. Son además generalmente difíciles de clasificar por carecerse de un acuerdo internacional que los unifique. No hay tampoco uniformidad en las notaciones y se depende también del mayor o menor entrenamiento y experiencia que pueda tener el técnico.

PIGMENTACIÓN DE LA PIEL

Es conocido que la pigmentación de la piel, unida al color del pelo, de los ojos, forma del cabello, etcétera, fueron las características que primero se utilizaron como discriminantes raciales. En las tumbas egipcias aparecen representados individuos que tienen distintas coloraciones. Además los antropólogos de las numerosas escuelas le han dado mucho valor a este carácter a pesar de la gran variabilidad con que se nos presenta y las dificultades que existen para tomarlo. Para Benoist (*op. cit.*) la pigmentación cutánea es el pivote sobre el cual descansa el estudio antropológico racial de las Antillas,

ya que en general la gran población de estas islas es el resultado del mestizaje de dos grupos raciales situados en extremos opuestos en sus características de pigmentación. Como bien señala este autor, el color de la piel ha servido en el Caribe para la clasificación de determinados grupos raciales.

En Cuba, existen numerosas denominaciones para catalogar a la población negra y mestiza teniendo en cuenta fundamentalmente este carácter.

Por otra parte revisando viejos ejemplares de la antigua prensa habanera podemos ver como ya desde los primeros números del *Papel Periódico de la Havana*, de finales del siglo XVIII, se utilizaban expresiones que servían para identificar a los esclavos, teniendo en cuenta fundamentalmente el color de la piel, aunque se utilizaba también la estatura, las marcas tribales, las deformaciones corporales, el desarrollo de determinadas regiones del cuerpo, como la región glútea, las características de las ropas en el momento que se fugó el esclavo, etcétera. Se hacía también referencia a las mutilaciones dentarias, forma de las orejas, lunares, cicatrices, etcétera. Se creó como hemos expresado al principio una especie de bertillonaje elemental esclavista. En Cuba y en la América Latina, en general, la discriminación de la población de origen africano se manifiesta principalmente en relación al color, el mestizaje que en Cuba se inició tan pronto entró en contacto la población blanca con la africana, se ha mantenido a todo lo largo de la historia de nuestro país, y se calcula que en la actualidad aproximadamente el 50% de nuestra población está constituida por mestizos y negros. Con razón algunos autores han catalogado a Cuba como la isla mulata. El mulato va ocupando cada vez más un lugar preponderante en nuestra población y es de suponer que en las próximas décadas su número será cada vez mayor.

Por otra parte son ya cada vez más raros dentro de la población negra los individuos de piel de un negro intenso. De los 180 individuos que estudiamos ninguno poseía estas características. Es también conocido que no todos los pueblos africanos tienen la misma coloración y que hay toda una gama de colores dentro de la piel negra. En determinadas regiones de Cuba encontramos también un tipo de piel que presenta ciertos visos de color rojizo y que algunos llaman «fulas cubanos», los que comenzaron a entrar en nuestro país en el siglo XVI (Martínez Furé, comunicación personal.) Actualmente viven en la zona sur de Mauritania hasta el Chad, en el continente africano.

Otro ejemplo de variaciones en la coloración lo tenemos entre los congos, macuás, e individuos de Mozambique y Angola, que en su mayoría son de tonos similares al color del chocolate. En los mestizos producto del cruce de negros con descendientes de aborígenes cubanos aparecen también en la piel los tonos rojizos.

Otro carácter digno de ser destacado es la suavidad de la piel de la raza negra. En ello influye, principalmente en los varones, la menor cantidad de grasa y la poca pilosidad corporal, que como sabemos es característica de la raza negra.

En el cuadro no. 7 aparecen clasificados los 180 individuos en que este carácter fue estudiado de acuerdo con la escala de Von Luschan.

CUADRO No. 7

COLOR DE LA PIEL		
VALORES	N	%
35-36	0	0,0
32-34	23	13,0
28-31	76	42,0
24-27	78	43,0
19-23	3	2,0
11-18	0	0,0
180		

COLOR DE LOS OJOS

Ha sido establecido por los genetistas que el color negro de los ojos es dominante sobre otros matices, así como que una clara segregación de los valores se obtiene, si se ignoran grados menores de variaciones de categorías muy definidas, tales como el castaño y los matices más claros como grises y azules.

Hallamos en la raza negra de Cuba algunas variaciones en cuanto a este carácter, aunque en general como dice Olivier (*op. cit.*) las poblaciones melanodermas y xantodermas tienen principalmente los ojos azules. Vallois (1955) señala que en la región ecuatorial del Camerún, los ojos verdes no son excepcionales. En Cuba, no hemos observado en la población estudiada las características que expresa este notable profesor, pero sí tenemos mestizos y algunos de ellos de piel bastante oscura, con ojos verdes o de tonalidades verdosas o claras.

COLOR DEL CABELLO

En este carácter podemos partir para nuestros estudios del trabajo del Dr. Israel Castellanos titulado *El pelo de los cubanos* (*op. cit.*). Este autor señala que las escalas cromáticas que generalmente habían dispuesto los antropólogos, eran insuficientes e inadecuadas. Más modernamente la reflectometría ha contribuido a dar mayor precisión a estos estudios. El Dr. I. Castellanos (*op. cit.*) encontró que en 200 individuos de la raza negra el color se mantuvo dentro de la más absoluta negrura. Sin embargo en nuestra muestra de 177 individuos estudiados, 146 que constituyen el 82,5% tenían el cabello de color negro absoluto. El resto era de color castaño oscuro. Esta diferencia que se observa en nuestra muestra con la obtenida por el Dr. Castellanos en el año 1933 creemos que puede deberse a lo siguiente: en nuestro caso, una gran

parte de la población estudiada estaba constituida por jóvenes reclutas, obreros y campesinos que pasaban varias horas del día trabajando al sol sin cubrirse la cabeza, por lo tanto es de suponer que los rayos solares ejercían su acción, alterando un poco el color del pelo, dándonos los resultados que se han expresado.

Castellanos consideró la escala de Fischer como la más apropiada y fue la que utilizó para su trabajo, afirmando sin embargo que, «el cabello de los cubanos, sin diferenciación sexual, tiene una tonalidad especial, propia, que no se encuentra en ninguna de las tablas conocidas...». Este autor asevera además, que el tinte oscuro del cabello de los cubanos no aparece en las escalas europeas, diciéndonos además que «Hispanoamérica, para el cabello y la piel de sus hombres tiene que construir sus propios standard cromáticos, si realmente aspira a conocerlos científicamente...».

Nosotros tuvimos dificultades también en determinar el color del pelo, pues al parecer la luz del trópico decolora el cabello, es por esto que se recomienda al observar las muestras, buscar los cabellos que están más ocultos. Esto en las mujeres es más fácil, pero en el hombre cuando tiene el pelo corto se hace más difícil. Una mayor precisión se consigue si coinciden el color de los cabellos del sujeto con los de la escala en cuestión.

Este carácter del color del pelo y la forma de su encrepamiento, asociado también, al del color de los ojos ha servido, cuando es más bien de colores claros para caracterizar a un tipo de cubano que se conoce con el nombre de «jabao» y que en la provincia de Oriente es bastante frecuente por ser la región de nuestro país donde el mestizaje es más pronunciado.

Otro aspecto relacionado con la coloración del pelo es el de la vejez y la canicie. Castellanos (*op. cit.*) encontró en la muestra penal que estudió, que la canicie es más frecuente en la raza blanca que en la negra. En 179 sujetos blancos estudiados, halló 9 canosos, 2 en 99 mulatos y 3 en 100 negros. Según sus estudios la canicie en los blancos se inicia alrededor de los 30 años, mientras que en los mestizos comienza cerca de los 40 y en los negros aparece después de pasada esa edad. Los negros encanecen más lenta y tardíamente que los mulatos y éstos más que los blancos. Así mismo la calvicie según Castellanos es más frecuente y temprana en los blancos, menos en los mestizos y mucho menos en los negros. Nosotros, en nuestros estudios sobre el cabello no tomamos específicamente en cuenta esta característica, pero de nuestras observaciones podemos decir que compartimos en términos generales las afirmaciones realizadas por este investigador.

FORMA DEL PELO

En cuanto a la forma encontramos que el pelo crespo es el más abundante en la población estudiada como corresponde a las características de esta raza. En 177 individuos examinados, el 58,1% presentaban el pelo crespo, el

37,2% lo tenían rizado, el 3,9% ondulado y tenemos solamente un ejemplo con el pelo ligeramente ondulado. En estos dos últimos casos debe existir algún tipo de mestizaje. Los tipos G y L de Martín, que forman espirales de diámetros muy variables, son ya escasos en nuestro país. La esclavitud «nos inundó de millares de sujetos con cabellos bien rizados, fuertemente crespos, lanosos, de espiras o volutas estrechas y apretadas, con típicos granos de pimienta que nuestros mayores pudieron ver en la Isla, pero que cada día son menos abundantes, no obstante la introducción de negros haitianos y jamaicanos con los cuales se han ido fundiendo nuestras razas...» «...Igualmente los chinos importados de Shanghai y Cantón, como los pocos indígenas que se importaron de Yucatán perdieron su tiesura y redondez pilosas entre las esferas africanas.» (Castellanos, *op. cit.*)

Es conocido que el mestizaje entre africanos y asiáticos hace que el pelo de esta última raza pierda su rigidez. Esta característica también puede verse en el mestizaje de los descendientes de nuestros aborígenes con los negros y mulatos, sin embargo hemos podido comprobar que los descendientes de nuestros amerindios son de cabellos más suaves que los de los chinos. (Rivero de la Calle, *op. cit.*) «La presencia de tantas razas, la importación de tantos tipos y la existencia de tan variados cruzamientos, hace posible la observación en Cuba de todas las modalidades del cabello, desde el mechón rígido y grueso hasta la guedeja lacia y finísima, desde la más fuerte espiga hasta la ondulación más suave, desde el rubio más claro hasta el negro más intenso, es decir, todas las variedades de la forma y el color. La lisura, la ondulación y el encrespamiento concurren a singularizar el mosaico étnico de Cuba, que ofrece a los antropólogos la belleza infinita de su variadísimo e insuperable cromatismo» (I. Castellanos, *op. cit.*)

PILOSIDAD FACIAL Y CORPORAL

Es conocido entre los antropólogos que hay determinados grupos raciales en los cuales la pilosidad es escasísima como ocurre, por ejemplo, entre los amerindios. En Cuba, los descendientes de esta raza son así mismo de poca pilosidad. En esta pilosidad la escasa barba de los varones la compensan la longitud de sus largos y bellos cabellos. En los europoides de Cuba hallamos una gran variedad en la distribución de la pilosidad tanto facial como corporal, mientras que en la raza negra, sus miembros son de escasa pilosidad aunque sin llegar a los extremos de nuestras poblaciones asiáticas.

La pilosidad corporal de la raza negra en Cuba se encuentra distribuida de tal forma que los mayores porcentajes se alcanzan en las categorías de 2 y 3, que son realmente individuos con poco pelo. En aquellos casos de gran pilosidad corporal, que son pocos, hay que sospechar algún tipo de mestizaje. En nuestra población negroide la barba es muy escasa.

CUADRO No. 8

PILOSIDAD CORPORAL SEGÚN KHERUMIAN

PILOSIDAD	N	%	PILOSIDAD	N	%
1	22	12,2	6	26	14,4
2	46	25,6	7	14	7,8
3	36	20,0	8	11	6,1
4	4	2,2	9	5	2,7
5	14	7,8	10	2	1,1

CUADRO No. 9

PILOSIDAD FACIAL SEGÚN KHERUMIAN

PILOSIDAD	N	%
0	4	2,2
1	9	5,0
2	19	10,5
3	36	20,0
4	28	15,5
5	22	12,2
6	34	18,2
7	27	15,0
8	1	0,5

FORMA DE LOS LABIOS

El estudio de esta característica somatoscópica fue realizado tomando en consideración el esquema de Bloch, quien teniendo en cuenta el desarrollo de los mismos, los divide en 4 grados: delgados, medios, gruesos y voluminosos. Son delgados cuando la mucosa del superior es apenas visible; medios, si es más redondeada y visible con un espesor de 8 a 10 milímetros; gruesos, cuando ésta es más visible y más o menos hinchada; y por último son voluminosos aquellos fuertemente vueltos hacia el exterior. En nuestra muestra en 180 individuos los resultados obtenidos fueron los siguientes:

FORMA DE LOS LABIOS

FORMA	N	%
finos	7	3,8
medianos	71	39,4
gruesos	98	54,4
voluminosos	4	2,2

Lo primero que hay que destacar en este cuadro es que en la muestra estudiada tanto los labios realmente voluminosos, como los finos, son escasos. Es nuestro criterio que las cifras que aparecen en el Cuadro No. 10 reflejan bastante bien los valores de nuestra población negra, y que aunque tenemos individuos con labios realmente muy evertidos y gruesos, los mismos van siendo cada vez más escasos. Esto ya fue observado en la población negroide americana por Ward y Stanhope (citado por Lombroso, Turín, 1892). Según estos autores, en la población negra de nuestro continente también ha ido disminuyendo el prognatismo, la nariz se ha hecho más recta, el color más claro y su rostro se ha hecho más delicado. Esta transformación que se observa en las facciones de las poblaciones negras en América ha sido atribuida por unos al mestizaje y por otros al influjo directo de un ambiente favorable. Sin desear la acción que estos factores puedan haber tenido, nosotros estimamos que un aspecto importante a considerar es que, muchos de los individuos que nosotros hemos considerado como negros, son realmente el resultado de una raza que indiscutiblemente ha estado sometida, al menos en Cuba, a un gran mestizaje.

FORMA DE LOS OJOS

El estudio de la forma de los ojos fue realizado tomando en consideración principalmente el desarrollo y la forma del párpado. Así hemos podido ver que la gran mayoría de los ojos estudiados caen dentro de la forma 3 en que no se aprecia el pliegue del párpado. Sin embargo, es interesante destacar que en algunos casos pudo detectarse la presencia de un pequeño epicanto como el que aparece en los individuos mongoloides, pero más atenuado. Como ya se ha expresado, en nuestro país, encontramos aún la unión del negro con el mulato achinado, pero el mestizaje del negro con el chino es ya poco frecuente. En el siglo pasado cuando la migración asiática tuvo una acción preponderante en ciertas regiones del país, se produjo el mestizaje del chino con otras razas, lo cual pudiera explicar la presencia del epicanto en algunos individuos de la raza negra.¹⁵

¹⁵ Estas características asiáticas de la forma de los ojos se han mantenido en muchas familias, reforzándose unas veces o atenuándose otras. El resultado ha sido que en ocasiones tenemos un tipo de cubano de ojos achinados, que particularmente en las mujeres resulta atractivo para muchos.

Por otra parte en los hotentotes se observa también este carácter del epicano- to, y no se puede desechar la posibilidad de que el mismo haya sido traído de las migraciones que vinieron de las zonas más australes del África. Tam- bién pudo haber sido incorporado por el mestizaje con los descendientes de nuestros indios, que en el siglo pasado era bastante frecuente encontrar en determinadas regiones de Oriente, como la zona del Caney, Jiguaní, Yateras, Yara, y en general en la región de Baracoa, donde desde tempranas épocas hubo también población negra.

CUADRO No. 11

FORMA DEL PLIEGUE DEL PÁRPADO

FORMA	N	%
1	7	3,9
2	2	1,2
3	71	40,1
4	31	17,5
5	37	20,9
6	21	11,8
7	5	2,8
8	3	1,6

Un análisis del cuadro nos permite ver que las formas con un ligero pliegue, o este ligeramente descendente, son las más frecuentemente encontradas, aunque también, aparecen formas que presentan un ligero pliegue asimétrico o en la que éste falta totalmente. Este carácter del pliegue es difícil de detectar cuando está atenuado y requiere un entrenamiento adecuado.

PERFIL DE LA NARIZ

Aquí podemos ver igualmente cómo la influencia del mestizaje ha ido produciendo sus cambios en la forma anatómica de la nariz. El mayor porcentaje de individuos es el que tiene la nariz recta con la punta ligeramente levanta- da o a nivel de la región basal. Aunque escasos, también encontramos el perfil cóncavo con la punta redondeada, así como aparecen algunos rostros con el perfil convexo o ligeramente convexo, y en donde debemos sospechar también la presencia de cierto grado de mestizaje.

FORMA DEL PERFIL DE LA NARIZ

FORMA	N	%
1	3	1,8
2	4	2,4
3	2	1,2
4	3	1,8
5	13	7,8
6	4	2,4
7	28	16,8
8	49	29,5
9	18	10,8
10	6	3,6
11	4	2,4
12	6	3,6
13	6	3,6
14	16	9,6
15	4	2,4

FORMA DE LOS ORIFICIOS NASALES

El estudio de la forma de los orificios nasales permite afirmar que los tipos completamente deprimidos son ya en nuestro país realmente raros. Igualmente una nariz hipercamerrina es también difícil de encontrar. Por otra parte orificios largos y estrechos como los que presentan las narices del tipo leptorrino son escasos. En el cuadro No. 13 podemos observar la distribución de la forma de los orificios nasales según Topinard (Pospisil, 1965).

CUADRO No. 13

FORMA DE LOS ORIFICIOS NASALES

FORMA	N	%
1	0	0
2	5	2,8
3	24	13,4
4	135	75,8
5	14	7,8

CARACTERES ANTROPOMÉTRICOS

Estos caracteres son para nosotros los más importantes ya que hasta tanto no podamos disponer de una información más completa de estudios serológicos y de polimorfismos enzimáticos de la raza negroide en el continente americano, estos nos permitirán realizar algunos estudios comparativos con las demás áreas que nos rodean.

Los caracteres métricos son los que nos ofrecen las mayores garantías de estabilidad a pesar de que también podemos encontrar en ellos, es decir, en su expresión, la influencia del medio circundante. Sin embargo, su significación taxonómica es superior a la de otros medios de investigación, (Oschinsky, 1960; *vide* Benoist, 1963). Por otra parte los caracteres fisiológicos son esencialmente adaptables y por lo tanto muy dependientes de la acción del medio. En lo que a los descriptivos se refiere, si bien nos dan una orientación son muy subjetivos. Además, no ha habido una norma en cuanto a qué tablas de colores o caracteres descriptivos seleccionar (Benoist, *op. cit.*).

TALLA

En nuestro estudio la talla o estatura de pie se tomó como ya se explicó partiendo desde el suelo hasta el vertex, siempre sin zapatos, estando el sujeto bien erecto con la cabeza en posición del plano de Francfort horizontal.

El primer estudio en que se realiza en forma sistemática la determinación de la talla y el peso de un grupo de cubanos fue efectuado por D.A. Sargent, en el año de 1901 como se explicó con anterioridad. El Dr. Samuel Gache en 1904 le asigna a los cubanos una estatura de 1,65—1,75 m, pero como muy bien señala Ferrer (1910): «Ignoramos donde obtuvo esos datos el Dr. Gache, pero cualquiera que fuera su fuente de información, el hecho de dar la talla media con una amplitud de 10 cm le quita valor e interés que pudiera tener la cifra buscada».

En el estudio que Castellanos realizó en las cárceles de nuestro país fueron pesados y medidos los reclusos de las instalaciones penitenciarias de Pinar del Río, La Habana, Guanabacoa, Güines, Jaruco, Nueva Gerona, Trinidad, Camagüey y Santiago de Cuba, es decir, abarcando 9 de los 25 establecimientos carcelarios que existían en la isla en aquel entonces.¹⁶

Ofrecemos a continuación los resultados de distintos valores que se han obtenido de individuos adultos en nuestro país. En este caso creemos necesario advertir, primero, que corresponden a épocas muy separadas en el tiempo, segundo; que desconocemos en algunos casos la metodología que fue utilizada y tercero, que la composición étnica de los grupos que fueron estudiados debió haber sido muy diferente en cada una de las épocas en que se tomaron

¹⁶ Es de suponer que por las condiciones políticas y sociales imperantes en el momento en que el Dr. Israel Castellanos realizó su trabajo, encontró en la población penal el método más fácil para realizar sus estudios antropométricos, como director que era del Laboratorio Nacional de Antropología Penitenciaria. Como estas investigaciones abarcaron muchos individuos provenientes de toda la isla, los resultados pueden considerarse hoy, a pesar de sus limitaciones, como representantes del momento en que fueron realizados, aunque sin dejar de ser por ello una muestra que tiene su especificidad, por comprender individuos provenientes en su gran mayoría de un nivel socioeconómico bajo.

estas mediciones. De todas formas constituyen los únicos datos que se conocen hasta el presente de nuestra población adulta.

CUADRO No. 14

CATEGORÍAS	N	$\bar{X}$	D.E.	AUTOR
africanos	1280	158,4	10,4	Moreno Fraginalls, 1978
criollos	729	161,5	8,05	"
africanas	918	150,4	8,24	"
criollas	616	154,2	7,62	"
blancos masc.	154	169,4	7,14	Hulse, 1933
mestizos masc.	35	167,4	6,18	"
negros masc.	22	168,0	7,23	"
negros masc.	3914	167,0	-	Castellanos, 1927
negros femen.	114	160,0	-	"
blancos masc.	5678	165,0	-	"
blancos femen.	85	156,0	-	"
mestizos masc.	3118	166,0	-	"
mestizos femen.	97	157,0	-	"
negros masc.	33	171,0	6,42	Laska-Mierzejewska, 1967
negros femen.	32	158,7	6,34	"
blancos masc.	49	168,0	7,46	"
blancos femen.	42	155,2	5,54	"
mestizos masc.	36	170,1	7,06	"
mestizos femen.	32	156,7	6,32	"
negros masc.	30	171,8	5,99	Pospisil, 1969
negros femen.	30	159,1	5,66	"
blancos masc.	30	167,7	6,30	"
blancos femen.	30	154,9	5,80	"
mestizos masc.	30	169,9	6,5	"
mestizos femen.	30	157,6	6,3	"
negros masc.	178	169,9	6,53	Rivero de la Calle, 1978
blancos masc.	998	166,9	-	"

De los datos anteriores, los referentes a los africanos y criollos negros fueron tomados del epígrafe «Estatura de los negros esclavos en Cuba», de la obra *El Ingenio* de M. Moreno Fraginalls y las gráficas que se muestran en el libro, se basan en la existencia de varios miles de documentos de identificación de esclavos donde se consignan el sexo, edad, nación, estatura. Esta medida antropométrica, como señala el autor, «era un dato fundamental de identificación (...) y por eso era tomada con la mayor exactitud posible, dentro de las técnicas antropométricas de la época y el medio». El fenómeno de platokirtosis que presenta la curva de los hombres nacidos en África, es el resultado de los altos valores extremos, y en opinión de Moreno se debe a que «esta

curva no refleja la talla media de los pueblos de origen, ya que los traficantes negreros importaban 'piezas' sólo a partir de lo que estimaban una talla comercial fácilmente vendible». Por lo tanto, sigue expresando Moreno Fragonals que la talla señalada como promedio (158,4 cm.) en la investigación no puede corresponder a la talla real, media, de los pueblos africanos que alimentaron la trata, sino al tamaño standard exigido en el mercado de brazos, muy superior sin dudas a la real. Por el contrario, la muestra de esclavos criollos responde a un proceso normal de reproducción biológica, y de ahí el acercamiento de la curva a la campana gaussiana de distribución normal». «...De todos modos, el hecho fundamental es que en Cuba se produjo un violento aumento en la talla promedio de los esclavos criollos respecto a los africanos, muy superior al que refleja la simple comparación de las medias aritméticas correspondientes.»

En relación con los resultados de los estudios de la talla realizados por el Dr. I. Castellanos, en la población penal de Cuba, podemos hacer varias consideraciones: 1º) que todo parece indicar que el trabajo fue efectuado siguiendo una técnica antropométrica correcta, y por lo tanto los resultados pueden presentar cierto grado de confiabilidad. 2º) que partiendo de esta premisa llama poderosamente la atención que la estatura observada en la raza negra, en esa época, es mucho más alta que lo que esperábamos, si tenemos en cuenta que la estatura actual es de 169,9, es decir que en el transcurso de unos 50 años, el incremento sólo ha sido de 2,9 cm. Como la muestra tomada por Hulse en 1933, aunque pequeña, es de 168,0, es decir, ligeramente superior a la de Castellanos, esto nos hace también pensar que efectivamente los cubanos negros en los primeros años de la pseudorepública ostentaban estaturas altas, y que la poca diferencia que muestran los valores en relación con la fecha de 1965-66, en que se realizaron las mediciones que hoy damos a conocer, puede deberse a las condiciones sociales poco favorables en que se encontraba la raza negra, a todo lo largo de estos 50 años, es decir que a partir de la década del 20 y el 30 no ha habido un aumento notable de la estatura en Cuba.

Si estudiamos este proceso en la raza blanca, encontramos que la diferencia es aún menor, ya que es de 1,9 cm. Aquí no debemos olvidar que la gran mayoría de los sujetos estudiados en 1965-66 de la raza blanca, eran de extracción más bien humilde, constituida por obreros y estudiantes, los que también sufrieron las consecuencias de vivir en un régimen social capitalista, donde el obrero en general, y el campesino, son los que sufren las peores condiciones del sistema social imperante.

Consideramos con toda probabilidad que estas condiciones adversas son en una raza y otra, las que originaron el poco valor alcanzado en Cuba, para el aumento secular de la estatura adulta en los últimos 50 años.

Otro aspecto a analizar en el trabajo de Castellanos es que en el capítulo VI, página 60, explica que las mediciones por él analizadas para el estudio de

la talla, comenzaron en el año 1909, pero no señala cuándo terminaron, presumiendo nosotros que abarcaron un período que posiblemente terminó en 1923 o quizás antes, pues es la fecha bibliográfica más tardía citada en el libro. De todas formas es de suponer que le grueso de la información debe ser ya más cercana a la fecha de la preparación del manuscrito. Esto plantea que los datos que estamos tomando son un promedio de la estatura de la raza negra correspondiente mayormente a la segunda década de este siglo. Si vemos que en estos 50 años el aumento de la estatura ha sido para la raza negra de 2,9 cm en un período en que las condiciones sociales fueron aproximadamente las mismas, no debemos esperar grandes cambios entre 1909 y 1923, época en que a pesar de la Primera Guerra Mundial, las condiciones se mantuvieron en Cuba sensiblemente iguales y ya el país se había recuperado de las secuelas que dejaron el gobierno colonial español y las luchas del pueblo cubano por su independencia.

Lo curioso es que en un libro publicado con posterioridad al de la talla de los delincuentes en Cuba que es de 1927, el autor publica en 1935 *El peso corporal de los delincuentes de Cuba*, y en la página 39, ofrece la estatura de la raza negra con un valor de 164,57 cm, un peso de 62,12 kg y una circunferencia torácica de 88,7 cm expresando que fue el resultado del examen de 638 individuos, que todos eran «cubanos naturales, adultos y han sido medidos y pesados completamente desnudos».

Estas son pues interrogantes que quedan sin aclarar, pero tomamos la cifra de 167,0 cm por ser la que aparece en un trabajo que está dedicado especialmente a la talla, donde se ofrecen toda una serie de tablas, y puede apreciarse que este valor está en concordancia con las tablas que le acompañan.

Con respecto a los valores ofrecidos por Pospisil y Laska-Mierzejewska, podemos detectar que los mismos son ligeramente superiores a nuestra muestra. La explicación de esto pudiera estar en que los adultos jóvenes que se midieron de 19 y 20 años, eran estudiantes becados, algunos de los cuales llevaban ya años recibiendo los beneficios que la práctica y el régimen de vida universitario les brindaba, independientemente que por tratarse de una muestra pequeña, por un problema del azar, pudieron haber estado incluidos en la muestra, individuos de estatura más bien alta.

En este momento en que ya tenemos una gran población joven nacida al comienzo de la Revolución, y que ya pronto será adulta, debemos estar expectantes, pues seguramente en la misma vamos a notar un aumento en la talla, peso y otros diámetros antropométricos, debido al nuevo régimen de estudio-trabajo, y a la práctica de deportes, como consecuencia de los beneficios que el sistema de vida socialista brinda a sus ciudadanos.

En cuanto a lo planteado por Moreno Friginals (*op. cit.*) sobre el rápido aumento de la talla de los negros nacidos en Cuba en relación a sus contemporáneos, no hay dudas que el medio ecológico propicio de nuestro

archipiélago y el reforzamiento de la dieta alimenticia, influyeron seguramente en forma favorable.

Es conveniente recordar aquí que ya desde el año 1912, el profesor norteamericano Franz Boas en su clásico estudio de los descendientes norteamericanos de inmigrantes europeos, encontró cambios importantes. Este antropólogo no solamente halló un apreciable incremento de la estatura sino también cambios en la forma de la cabeza y dimensiones de la cara. Sus conclusiones fueron las siguientes: «No hay solamente decididos cambios en la tasa del desarrollo de los inmigrantes, sino que hay también un cambio de mucho alcance en el tipo, un cambio que no puede ser atribuido a la selección o al mestizaje, pero que puede ser solamente explicado como consecuencia directa del medio». Posteriormente G. T. Bowles demostró en 1932 que los estudiantes de la Universidad de Harvard eran definitivamente más altos que sus padres y H. L. Shapiro (1939), en un importante trabajo realizado en inmigrantes japoneses en el Hawái, revisó los resultados encontrados por Boas, y halló aparentemente que los cambios producidos también en esta población eran debido al nuevo ambiente, a pesar «de que un complicado factor de selección fue también encontrado» (Goldstein, 1943).

El investigador P. K. Ito (1942) ha realizado asimismo estudios en mujeres japonesas nacidas y criadas en los Estados Unidos o nacidas en los Estados Unidos pero criadas en el Japón o nacidas y criadas en el Japón, encontrando una considerable influencia del medio en alguna de las dimensiones corporales y funciones fisiológicas.

Goldstein (*op. cit.*) realizó también un estudio demográfico y de los cambios corporales en los descendientes de inmigrantes mexicanos en los Estados Unidos, encontrando variaciones en muchos de los parámetros antropológicos como la estatura, el peso y en los diámetros craneales y faciales, es decir que ya desde hace muchos años se acepta por los antropólogos la influencia que el medio ejerce en los individuos y fundamentalmente en sus descendientes cuando son trasladados de una región a otra. Posteriormente a estos trabajos existe ya una amplia literatura sobre este tópico, que cada día recibe más atención por parte de los investigadores.

A continuación ofrecemos algunos valores que nos permiten comparar la estatura obtenida en la población negra de Cuba con otros datos de África y América:

CUADRO No. 15

VALORES DE LA ESTATURA DE LA POBLACIÓN NEGRA EN VARIAS POBLACIONES DE ÁFRICA Y AMÉRICA

POBLACIÓN	ESTATURA	N	AUTOR
Ashanti	165,3 cm		Herkovits, 1937
Coniagui	169,4 "		Lestrangle, 1950
Bassari	166,4 "		—
Ibo	166,4 "		Jones et Mulhall, 1949
Jamaicanos	170,6 "		Davenport y Steggerda, 1929
Tortugueros	166,9 "	(42)	Benoist, 1962
Puertorriqueños	170,1 "	(68)	Thieme, 1959
Jamaicanos masc.	171,9 "	(62)	Ashcroft, 1972
Haitianos masc.	174,3 "	(1 730)	Romain, 1971
Norteamericanos	175,8 "	(18)	Pollitzer, 1970
Norteamericanas	162,6 "	(27)	"
Martiniqueños	172,4 "	(232)	Benoist, 1963

Para finalizar vamos a ofrecer la clasificación de la estatura en la población cubana estudiada, siguiendo los rasgos propuestos por Vallois. (N=179).

comesomos (X-159)	= 9	5,0%
mesosomos (160-169)	= 84	46,9%
hipsisomos (170-X)	= 84	46,9%
Sin datos	= 2	1,1%

Estos valores como es lógico ofrecen sus diferencias con los obtenidos por Moreno Fragnals para los hombres de origen africano y nacidos en Cuba, ya que él analizó una población que vivió a mediados del siglo pasado. De éstos, los nacidos en Cuba dieron un valor de 36,43% para los comesomos, de 46,43% para los mesosomos y de 17,14% para los hipsisomos. Para los de origen africano los valores fueron los siguientes: comesomos 55,31%, mesosomos 27,81% e hipsisomos 16,88%.

ESTATURA SENTADA

La estatura sentada de acuerdo con Martin es la distancia desde los isquion, o estrictamente de los músculos que los cubren hasta el vertex en la cabeza. El sujeto se coloca sentado y en la forma más erecta posible. Se ha esti-

mado que un método para determinar la longitud de las piernas es restando de la talla, la estatura sentada, pero como muy bien anotan Davenport y Steggerda (*op. cit.*) este es un procedimiento poco confiable.

Los resultados obtenidos para Cuba y otros países son los siguientes:

CUADRO No. 16

VALORES DE LA ESTATURA SENTADA

POBLACIÓN	ESTATURA	N	AUTOR
Jamaicanos negros	87,9	(51)	Davenport y Steggerda, 1929
Jamaicanos blancos	91,6	(50)	
Norteamericanos neg.	87,7		Herskovits, 1930
Tortugueros	82,9	(42)	Benoist, 1962
Cubanos negros	86,2	(50)	Laska-Mierzejewska, 1967
Cubanos negros	86,0	(179)	Rivero de la Calle, 1978
Haitianos	89,0	(1 730)	Romain, 1962
Cubanos negros	82,41	(22)	Hulse, 1933

PESO

El peso de nuestra población fue tomado con un mínimo de ropa, estando los individuos descalzos. Dado el poco peso de las ropas usadas en el pesaje estimamos que las mismas no alteran sensiblemente el resultado obtenido. La balanza con que trabajamos era revisada constantemente y todas las personas fueron medidas con el mismo instrumento.

El primer estudio científico que se realizó del peso de los cubanos fue realizado por D. A. Sargent en 1901. El antropólogo belga George Rouma (*op. cit.*) en 1919 estudió el peso en 4 200 escolares de la ciudad de La Habana, blancos, negros y mulatos, en las edades comprendidas de 6 a 14 años. Posteriormente, en 1935, Israel Castellanos (*op. cit.*) realizó un estudio bastante completo del peso de los reclusos de la república. Este autor no solamente encontró diferencias en los grupos raciales que estudió sino además en las distintas edades de la población adulta investigada. Los resultados que obtuvo fueron los siguientes:

CUADRO No. 17

PESO DE HEMBRAS Y VARONES DE CUBA, 1935 (RECLUSOS)

VARONES		HEMBRAS	
negros	65,09 kg.	negras	60,67 kg.
blancos	61,27 "	blancas	55,67 "
mestizos	62,67 "	mestizas	57,17 "

CUADRO No. 18

VALORES DEL PESO EN LA POBLACIÓN DE CUBA Y OTROS PAÍSES DEL CARIBE

CUBA

VARONES	HEMBRAS	AUTOR
negros 64,2 kg.	58,1 kg.	Pospisil, 1969
blancos 60,3 "	51,4 "	"
mestizos 62,5 "	53,2 "	"
negros 68,6 "	-	Rivero de la Calle, 1978

JAMAICA

	N	
negros masc.	63,7 kg. (53)	Davenport y Steggerda, 1929
negros femen.	66,9 " (62)	Ashcroft, 1972

HAITI

	N	
negros	62,9 kg. 770	Romain, 1962

ISLA TORTUGA

negros	56,5 kg. (42)	Benoist, 1962
--------	---------------	---------------

ANCHURA BIACROMIAL

Esta medida es la distancia directa horizontal entre las apófisis acromiales derecha e izquierda y señala la anchura del esqueleto óseo a dicho nivel.

Entre los valores que hemos podido obtener para Cuba y otras zonas americanas tenemos los siguientes:

CUADRO No. 19

VALORES DEL DIÁMETRO BIACROMIAL EN CUBA Y OTRAS POBLACIONES DEL CARIBE

POBLACIÓN	VALORES	N	AUTOR
varones negros cubanos	38,6 cm	(33)	Laska-Mierzejewska, 1967
varones blancos cubanos	37,5 "	(49)	"
varones mestizos cubanos	38,8 "	(36)	"
hembras negras cubanas	35,1 "	(32)	"
hembras blancas cubanas	33,9 "	(42)	"
hembras mestizas cubanas	34,7 "	(32)	"
varones negros cubanos	39,2 "	(22)	Hulse, 1933
varones mestizos cubanos	38,8 "	(35)	"
varones blancos cubanos	38,5 "	(155)	"
varones negros cubanos	38,5 "	(179)	Rivero de la Calle, 1978
varones negros jamaicanos	38,7 "	(51)	Davenport y Steggerda, 1929
hembras negras jamaicanas	35,8 "	(44)	"
varones negros jamaicanos	38,7 "	(62)	Ashcroft, 1972

La investigadora Laska-Mierzejewska pudo constatar que los varones son de hombros más anchos que las hembras, lo cual corresponde al dimorfismo entre ambos sexos. Nosotros en un estudio realizado en 3 085 niños de los Círculos Infantiles de la Gran Habana, hallamos en las edades comprendidas de 1,5 a 5,5 años de edad que los varones eran de hombros sensiblemente más anchos que las hembras, y al comparar las 3 razas entre sí encontramos que los niños negros eran los que presentaban los hombros más anchos, seguidos por los mestizos y los blancos.

De los grupos negros de África, Merker (1910, p. 434) encontró valores para este parámetro en los Massai entre 29,0 y 39,9 cm y de 33,4 a 38,8 para los Asá. Ried (1915, p. 285) en la tribu Turu del este de África encontró valores de 35,9 cm en 6 individuos masculinos y de 32,4 en 7 femeninos. Weninger (1927), para la población africana de las antiguas colonias francesas del oeste del continente encontró en varias tribus que estudió valores de 39,3 a 37,0 cm con una media de 37,5 cm que es 1 cm menos ancho que los negros de Jamaica y los de Cuba.

ANCHURA BICRESTAL ILÍACA

Esta medida llamada también intercrestal es la distancia horizontal entre dos tangentes paralelas a un plano sagital tomado a nivel de la pelvis. Como es

conocido, una de las características de la raza negra es que la pelvis es más estrecha y alargada.

Los valores que hemos podido reunir para Cuba y demás áreas del Caribe son los siguientes:

CUADRO No. 20

VALORES DE LA ANCHURA BICRESTAL ILÍACA

POBLACIÓN	VALORES	N	AUTOR
Varones negros cubanos	27,1	(33)	Laska-Mierzejewska, 1967
varones blancos cubanos	27,1	(49)	"
varones mestizos cubanos	26,4	(36)	"
hembras negras cubanas	25,8	(32)	"
hembras blancas cubanas	26,7	(42)	"
hembras mestizas cubanas	26,5	(32)	"
varones negros cubanos	25,9	(179)	Rivero de la Calle, 1978
varones negros jamaicanos	25,5	-	Davenport y Steggerda, 1929
varones blancos jamaicanos	28,3	-	"
varones mestizos jamaicanos	25,8	-	"
varones negros puertorriqueños	27,0	(68)	Thieme, 1959
varones blancos puertorriqueños	25,3	-	"
varones mestizos puertorriqueños	25,4	-	"
varones negros jamaicanos	25,3	(62)	Ashcroft, 1972

Como es conocido, la anchura de la pelvis tiene valores sexuales. Martin en 1914, ya indicaba estas diferencias que están en relación con la función obstétrica de esta estructura ósea femenina. Según Davenport y Steggerda (*op. cit.*) para la población negra y mestiza norteamericana desmovilizada de la Primera Guerra Mundial, la media encontrada fue de 28,4 cm e igual valor tenía la población blanca. Parece ser probable que estas cifras, que son relativamente altas según explican los científicos antes citados, sean debido a la forma en que se seleccionó la muestra.

Ried (1915; *fide* Davenport, 1929) para series africanas encontró en 6 individuos un valor de 25,1 cm y de 24,1 en 7 mujeres. En 7 Kindingas la media fue de 24,8 en los individuos masculinos. En la muestra que ofrecemos en el presente trabajo llama la atención que sean los varones negros puertorriqueños los que tengan mayor anchura pélvica que los blancos, cuando debe ser todo lo contrario si atendemos a los valores que para esta medida se ha encontrado en otras áreas del Caribe.

El valor promedio para el índice esquelético o córmico de Giuffrida-Ruggeri, desglosado en las diferentes categorías que tiene el índice nos da los siguientes resultados:

CUADRO No. 21

Braquicórmicos	108	61,7%
Metricórmicos	59	33,7%
Macrocórmicos	8	4,5%

Para la anchura biacromial relativa el valor medio es de 22,66 cm y desglosados en 3 categorías los resultados son los siguientes:

Hombros estrechos	59	33,9%
Hombros medianos	79	45,4%
Hombros anchos	36	20,6%

ALTURA DEL HOMBRO

La altura acromial se toma estando el individuo en posición de atención y desde el suelo hasta el acromio, que es un punto situado al borde superior y externo de la apófisis acromial del omóplato.

El valor que hemos encontrado para 178 individuos es de 138,0 cm y una D.E. de 6,2, oscilando los valores entre 157,8 y 125,3 cm.

ALTURA SUPRA-ESTERNAL

Esta medida se toma estando el sujeto de pie sobre un plano completamente horizontal, los brazos colgantes, las palmas de las manos mirando hacia adentro, y seleccionado el supra-esternal que es el punto más bajo en la escotadura del esternón.

El valor obtenido en 178 individuos fue de 139,4 cm con una desviación standard de 5,6, oscilando el rango de variación entre 155,8 y 124,7 cm. Como se observará la altura del supra-esternal es sensiblemente igual a la altura del acromio.

ALTURA DEL ILIO-ESPINAL

Esta medida como ya se explicó es la altura que se toma estando el individuo en perfecto estado de atención y con los talones juntos, desde el suelo hasta el ilio-espinal anterior. Los valores que hemos encontrado son 97,8 cm con una D.E. de 8,1. Rango de variación de 83,8-109,3 cm.

Para la población de Jamaica, Davenport y Steggerda (*op. cit.*) encontraron los siguientes valores:

Negros: 92,5 cm (53) Mestizos: 92,2 (91) y blancos 92,03 (48)
 Negras: 84,4 " (30) Mestizas: 85,9 (21) y blancas 81,63 (6)

A esta medida los autores le rebajaron 40 mm según la recomendación de Martin, 1914, p. 147.

LARGO DEL BRAZO

Es la distancia vertical tomada desde el acromio hasta el dactilio, en el extremo distal del dedo medio de la mano. Los valores que obtuvimos para esta medida fueron de 78,0 cm con una D.E. de 3,7, oscilando los rangos extremos entre 68,7 y 86,1 cm.

Para la serie negroide de Puerto Rico, Thieme (*op. cit.*) encontró que el brazo es mucho más largo en la población negroide estudiada que en la de origen europeo, así por ejemplo nos ofrece valores de 76,0 y 77,4 para los negroides y de 72,8 y 73,1 cm para los europeos.

Esto nos permite apreciar que la población negra de Puerto Rico es de brazos más cortos que la nuestra, lo cual es lógico suponer en una población que también es de estatura más baja. Teresa Laska-Mierzejewska (*op. cit.*) señaló que las extremidades superiores en la raza negra de Cuba eran ligeramente más largas en niños y jóvenes. En 1972 nosotros encontramos igualmente que en los niños prescolares ya se hacía también evidente este carácter.

CUADRO No. 22

VALORES DE LA LONGITUD RELATIVA DEL MIEMBRO SUPERIOR

Braquibraquio	22	18,7%
Metriobraquio	114	64,7%
Macrobraquio	29	16,4%

VALORES DE LA LONGITUD RELATIVA DEL MIEMBRO INFERIOR

X ——— 54,9	4	2,2%
55 ——— 56,9	35	20,0%
57 ——— X	136	77,7%

GRASA SUBCUTÁNEA A NIVEL DEL TRICEPS

Para realizar las mediciones de este parámetro el punto seleccionado fue la parte media posterior del triceps. El pellizco donde se aplica el calibrador se hace con el pulgar y el dedo índice.

Los valores que hemos encontrado para este parámetro son los siguientes:

CUADRO No. 23

VALORES DE LA GRASA SUBCUTÁNEA A NIVEL DEL TRICEPS			
POBLACIÓN	N	VALORES	AUTOR
negros masculinos jamaicanos	50	9,5 cm	Aschcroft y Sergeant, 1972
negros masculinos cubanos	33	8,3 "	Laska-Mierzejewska, 1967
blancos masculinos cubanos	49	8,3 "	"
mulatos masculinos cubanos	36	7,9 "	"
negras cubanas	32	16,2 "	"
blancas cubanas	42	16,2 "	"
mulatas cubanas	32	11,6 "	"
negros masculinos cubanos	180	8,0 "	Rivero de la Calle, 1978

Consideramos oportuno destacar que en estos valores que se ofrecen, la técnica empleada en la selección del lugar donde se aplicó el pellizco fue la misma. En el caso de Jamaica, el instrumento empleado fue del mismo tipo que el nuestro, sin embargo en el caso de Laska-Mierzejewska, las mediciones la realizó con un calibre tipo Martin.

GRASA SUBCUTÁNEA A NIVEL DEL SUB-ESCAPULAR

Esta medida se tomó siguiendo la misma técnica que en el caso anterior y el punto seleccionado se encuentra inmediatamente debajo del ángulo de la escápula izquierda. Los valores que hemos encontrado para este parámetro son los siguientes:

CUADRO No. 24

VALORES DE LA GRASA SUBCUTÁNEA A NIVEL SUB-ESCAPULAR			
POBLACIÓN	N	VALORES	AUTOR
Negros cubanos	33	12,0 cm	Laska-Mierzejewska, 1967
blancos cubanos	49	11,2 "	"
mestizos cubanos	36	10,8 "	"
negras cubanas	32	6,0 "	"
blancas cubanas	42	18,8 "	"
mestizas cubanas	32	18,6 "	"
negros cubanos	180	13,2 "	Rivero de la Calle, 1978

GRASA SUBCUTÁNEA SUPRA-ILÍACA

Se tomó un centímetro más alto del punto supra-ilíaco y dos hacia el abdomen, a partir de la espina ilíaca superior izquierda, siguiéndose la misma técnica que se utilizó para el pliegue cutáneo tricipital.

CUADRO No. 25

VALORES DE LA GRASA SUBCUTÁNEA SUPRA-ILÍACA			
POBLACIÓN	N	VALORES	AUTOR
negros cubanos	33	14,0 cm	Laska-Mierzejewska, 1967
blancos cubanos	49	14,9 "	"
mestizos cubanos	36	14,8 "	"
negras cubanas	32	27,4 "	"
blancas cubanas	42	27,9 "	"
mestizas cubanas	32	26,1 "	"
negros cubanos	180	9,2 "	Rivero de la Calle, 1978
negros puertorriqueños	68	7,3 "	Thieme, 1959
blancos puertorriqueños	50	5,19 "	"
mestizos puertorriqueños	188	3,87 "	"
negras puertorriqueñas	35	10,2 "	"
blancas puertorriqueñas	45	7,93 "	"
mestizas puertorriqueñas	207	9,33 "	"

Opinamos que las grandes diferencias que se observan entre nuestros resultados y los de Laska-Mierzejewska pueden ser debidas a que el instrumento fue distinto, sin embargo, no debe desecharse tampoco la posibilidad de que ello se deba a que en nuestro caso se trabajó con una población que en su gran mayoría realizaba más ejercicios físicos, lo cual contribuye a la disminución de la grasa, especialmente en el vientre.

En el caso de Puerto Rico llama la atención que las diferencias sean tan grandes entre los tres grupos étnicos, pues ya hemos visto que en nuestro país los valores son muy próximos entre sí.

BIBLIOGRAFÍA

- Ashcroft, M. and G. R. Sergeant, «Body Habits of Jamaica Adults with Sickle Cell Anemia», *Southern Medical Journal*, Birmingham, vol. 65, n. 5, 1972, p. 570-82.
- Benoist, J., «Anthropologie physique de la population de L'île de la Tortue. (Haïti). Contribution a L'étude de l'origine des noirs des Antilles françaises», *Bulletin et Mémoires de la Société d'Anthropologie de Paris*, t. 3, XIème. série, 1962, p. 315-35.

- , *Les martiniquais. Étude anthropologique et biologique d'une population métissée*, Paris, Thèses présentées à la Faculté des Sciences de L'Université de Paris, Masson et Cie. Editeurs, 1963, 432 p.
- Davenport, C. B. and M. Steggerda, *Race Crossing in Jamaica*, Washington, Carnegie Institute of Washington, Pub. n. 395, 1929, 512 p.
- Ferrer, H., *Apuntes para la ración alimentaria del obrero cubano*, La Habana, Imprenta Avisador Comercial, 1910, 51 p.
- Goldstein, M., *Demographic and Bodily Changes in Descendants of Mexican Immigrants*, Austin, Institute of Latin-American Studies, 1943, 103 p.
- Herkovits, M. J., *The Anthropometry of the American Negro*, London, Oxford University Press, Milford Ed., 1930, 283 p.
- Martin, R. und K. Saller, *Lehrbuch der Anthropologie*, Stuttgart, Gustav Fischer Verlag, Band II, 1957, p. 663-1574.
- Moreno Fragnals, M., *El ingenio, complejo económico social cubano del azúcar*, t. II, La Habana, Editorial de Ciencias Sociales, 1978, 245 p.
- Oliver, G., *Practique anthropologique*, Paris, Vigot Frères Editeurs, 1960, 299 p.
- Pollitzer, W. S., et al., «Physical Anthropology of the negroes of Charleston, S. C.», *Human Biology*, vol. 42, n. 2, 1970, p. 265-79.
- Pospisil, M. F., «El peso y la talla de los escolares de la Ciudad de La Habana (Reporte Preliminar)», en *Memorias de la Facultad de Ciencias*, Universidad de La Habana, Serie Ciencias Biológicas, n. 3, 1969, p. 59-75.
- , *Manual de prácticas de antropología física*, La Habana, Editorial Nacional de Cuba, 1965, 210 p.
- Rivero de la Calle, M., «Supervivencia de descendientes de la raza indoamericana en la zona de Yateras, Oriente, Cuba», en *Actas del XLI Congreso Internacional de Americanistas*, México, vol. I, 1975, p. 140-65.
- Romain, J. B., *Introduction à l'anthropologie physique des haïtiens, Stature-Indice cor-mique-Indice cephalique*, Port-au-Prince, Haïti, Imprimerie N. A. Theodore, 1962, 150 p.
- , *L'Anthropologie physique des Haïtiens*, Port-au-Prince, Revue de la Faculté d'Ethnologie, n. 18, Travaux du Centre de Recherches en Sciences Humains et Sociales, 1971, 501 p.
- Tanner, J. M., et al., «Growth and Physique Etudies. IV. Anthropometry» en *Human Biology. A Guide to field methods*, Oxford, International Biological Programme, Backwell Scientific Publications, 1969, p. 1-42.
- Thieme, F. P., *The Puerto Rican Population. A Study in Human Biology*, Ann Arbor, Anthropological Papers, Museum of Anthropology, University of Michigan, n. 13, 1959, 156 p.
- Vallois, H. V., «Sur quelques points de l'Anthropologie des noirs», *L'Anthropologie*, t. 24, 1930, p. 272-86.

TERCERA PARTE

DIMENSIONES CRÁNEO-FACIALES

DIÁMETRO LONGITUDINAL MÁXIMO DE LA CABEZA

Esta distancia se toma entre la glabella y el opistocráneo, estando la cabeza orientada en el plano de Francfort. Los valores que hemos encontrado para este parámetro son los siguientes:

CUADRO No. 26

VALORES DEL DIÁMETRO LONGITUDINAL MÁXIMO DE LA CABEZA

POBLACIÓN	N	$\bar{x}$	AUTORES
Negros jamaicanos	50	193,3 mm	Davenport y Steggerda, 1929
Blancos jamaicanos	50	188,9 "	"
Mestizos jamaicanos	50	191,6 "	"
Negras jamaicanas	50	184,4 "	"
Blancas jamaicanas	50	180,2 "	"
Mestizas jamaicanas	50	182,3 "	"
Negros cubanos	47	196,1 "	Laska-Mierzejewska, 1967
Blancos cubanos	47	193,8 "	"
Mestizos cubanos	47	194,7 "	"
Negros puertorriqueños	68	190,6 "	Thieme, 1959
Blancos puertorriqueños	343	183,0 "	"
Mestizos puertorriqueños	188	184,9 "	"
Negras puertorriqueñas	39	182,5 "	"
Bancas puertorriqueñas	56	174,6 "	"
Mestizas puertorriqueñas	230	176,9 "	"
Negros cubanos	178	195,2 "	Rivero de la Calle, 1978.

En el caso de nuestra muestra los valores obtenidos se encuentran distribuidos de la forma siguiente:

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL LARGO DE LA CABEZA

VALORES	N	%
X — 169	3	1,6
170 — 177	2	1,1
178 — 185	9	5,0
186 — 193	50	28,0
194 — X	114	64,0

DIÁMETRO TRANSVERSAL MÁXIMO DE LA CABEZA

Es la anchura máxima transversal del cráneo tomada con el compás de espesor entre un eurio y otro. La anchura del cráneo al igual que el largo ha sido determinada en muchos grupos étnicos. Para este parámetro Martin (1924) da valores que oscilan entre 136 y 161 mm. Las medias de Cuba, Jamaica y otros países del Caribe ocupan un valor intermedio en relación con estos rangos.

Los valores que hemos podido obtener son los siguientes:

CUADRO No. 28

VALORES DEL DIÁMETRO TRANSVERSO MÁXIMO DE LA CABEZA

POBLACIÓN	N	$\bar{X}$	AUTORES
Negros cubanos	178	150,4	Rivero de la Calle, 1978
Blancos cubanos	158	150,7	Hulse, 1933
Mestizos cubanos	35	149,8	"
Negros cubanos	22	148,1	"
Negros jamaicanos	51	149,9	Davenport y Steggerda, 1929
Negras jamaicanas	48	143,9	"
Shilluks, este del Sudán	—	138,0	Martin, 1914
Mawambi (pigmeos del Congo)	—	146,0	"
Dinkas, este del Sudán	—	139,0	"
Nasai (masculinos)	—	144,0	Merkes, 1910

CUADRO No. 29

DIMENSIONES DE LA CABEZA (SEGÚN BENOIST, 1963)

POBLACIÓN	LARGO	ANCHO	ÍNDICE CEFÁLICO
Tortugueños	187,24	147,02	78,60
Jamaicanos negros	193,30	149,91	77,40
Norteamericanos	196,52	151,38	77,09
Ashanti	189,25	149,19	78,83
Bassari	189,20	141,3	74,50
Coniagui	190,4	141,1	73,90
Ibos	191,1	146,9	76,90

En la tabla anterior como muy bien señala Benoist op. cit.) podemos observar que la tendencia a la mesocefalia es general en las Antillas y Estados Unidos de Norteamérica, y que mientras los dolicocefalos son numerosos, la propensión a la braquicefalia es escasa. Durante nuestra investigación en la población negra de los Círculos Infantiles de la provincia Ciudad de La Habana, encontramos esta misma tendencia hacia la mesocefalia.

ALTURA DE LA CABEZA

Es la altura porio-vértex, tomada perpendicularmente al plano de Francfort. Presenta la dificultad de una gran variabilidad si no se toman grandes cuidados técnicos en el momento de hacer la medición. En las personas de abundantes cabellos es necesario separar un poco estos para alcanzar la precisión requerida.

Los valores que hemos podido obtener de esta medición son los siguientes:

CUADRO No. 30

ALTURA DE LA CABEZA

POBLACIÓN	N	$\bar{X}$	AUTORES
Cubanos negros	180	127,3	Rivero de la Calle, 1978
Cubanos negros	21	125,1	Hulse, 1933
Jamaicanos negros	50	127,7	Davenport y Steggerda, 1929
Jamaicanas negras	48	122,1	"
Jamaicanos blancos	49	127,7	"
Jamaicanas blancas	50	122,4	"

ANCHURA FRONTAL MÍNIMA

Se conoce también con el nombre de anchura mínima de la frente y es la distancia directa de un fronto-temporal a otro. La información que hemos podido reunir sobre esta medida es la siguiente:

CUADRO No. 31

ANCHURA FRONTAL MÍNIMA

POBLACIÓN	N	$\bar{x}$	D.E.	AUTORES
Cubanos negros	22	112,1	5,04	Hulse, 1933
Cubanos blancos	158	110,02	5,16	"
Cubanos mestizos	35	110,16	5,12	"
Cubanos negros	180	106,1	5,13	Rivero de la Calle, 1978
Cubanos negros (becados)	47	107,2	- -	"
Cubanos blancos (becados)	75	106,7	- -	"
	49	99,7	- -	Benoist, 1962
Negros norteamericanos	108	107,2	- -	Herskovits, 1930

ANCHURA DE LA CARA

Esta medida se conoce con el nombre de diámetro bizigomático, y es la distancia entre ambos zigios tomada con el compás de espesor. El valor encontrado para este parámetro en 180 individuos fue de 138,4 mm con una D.E. de 6,10, siendo el rango de variación de 122,0 a 156,0 mm. En un estudio realizado en 1965 en estudiantes becados de la Ciudad de La Habana, los resultados fueron los siguientes:

CUADRO No. 32

ANCHURA DE LA CARA EN ESTUDIANTES BECADOS HABANEROS

RAZA	$\bar{x}$	D.E.	N
Negra	135,1	4,67	47
Blanca	134,5	5,41	75
Mestizos	135,0	5,53	47

Benoist (*op. cit.*) nos ofrece datos en cuanto a la anchura de la cara para algunas poblaciones africanas: África occidental, 138,3; Coniagui, 135,4; Badjoué, 141,6; Dahomeyanos, 141,1; Ibos, 137,2; Ashanti, 138,6 y Bassai, 134,9 mm.

Para Cuba, Hulse (*op. cit.*) ofrece los siguientes resultados:

RAZA	N	$\bar{x}$	D.E.
Blanca	157	135,06	5,85
Negra	22	135,86	5,40
Mestizos	35	135,43	5,75

ALTURA MORFOLÓGICA DE LA CARA

Esta medida es la distancia directa entre el nasio y el gnatio. El nasio se encuentra en la sutura de los nasales con el frontal, mientras que el gnatio es el punto más bajo de la barbilla, estando ambos puntos situados en la línea medio sagital.

El valor que hemos encontrado en 179 individuos es de 119,1 mm con una D.E. de 7,9, oscilando los valores entre 104,0 mm y 143,0.

En un estudio realizado en 1965 en estudiantes becados de la ciudad de La Habana, encontramos los siguientes valores:

CUADRO No. 33

ALTURA MORFOLÓGICA DE LA CARA			
RAZA	$\bar{X}$	D.E.	N
Negra	120,6	6,21	47
Blanca	118,9	6,24	75
Mestizos	119,8	5,97	47

Aunque se trata de una muestra muy pequeña es interesante destacar que los valores son muy próximos entre sí y que las cifras alcanzadas para la raza negra son muy semejantes a las que obtuvimos con la serie mayor (179), ya que la diferencia es sólo de 1,5 mm.

ANCHURA DE LA MANDÍBULA

Esta medida se conoce con el nombre de diámetro bigoníaco y es la diferencia directa entre uno y otro gonio. Los valores que tenemos hasta el presente para Cuba son los siguientes:

CUADRO No. 34

ANCHURA DE LA MANDÍBULA				
RAZA	N	$\bar{X}$	D.E.	AUTORES
Blancos masculinos	197	105,18	7,52	Hulse, 1933
Mestizos masculinos	35	104,54	7,50	"
Negros masculinos	22	102,74	8,78	"
Negros masc. (becados)	47	101,6	5,43	Rivero de la Calle, 1978
Blancos masc. (becados)	75	102,0	4,96	"
Mestizos masc. (becados)	47	101,1	5,27	"
Negros masculinos	180	102,84	7,21	"

Otros valores para el área del Caribe son los siguientes:

CUADRO No. 35

ANCHURA DE LA MANDÍBULA (PUERTO RICO)				
RAZA	N	$\bar{X}$	D.E.	AUTOR
Varones negros	68	100,01	5,62	Thieme, 1959
Varones mestizos	50	99,1	6,85	" "
Varones blancos	188	98,1	6,19	" "
Hembras negras	39	91,1	4,78	" "
Hembras blancas	56	90,8	4,41	" "
Hembras mestizas	230	91,5	5,65	" "

De un análisis que hemos realizado de las medidas que se han ofrecido anteriormente, se pueden obtener los siguientes índices y valores:

CUADRO No. 36

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DE LA ALTURA DE LA CARA		
CATEGORÍAS	N	%
X - 111	25	14,0
112 - 117	58	32,6
118 - 123	50	28,5
124 - 129	33	18,5
130 - X	12	6,5

CUADRO No. 37

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL ÍNDICE FRONTO-ZIGOMÁTICO		
CATEGORÍAS	N	%
Frente muy estrecha ($x - 69,9$)	5	2,8
Frente estrecha (70 - 74,9)	37	21,2
Frente mediana (75 - 79,9)	106	60,9
Frente ancha (80 - 84,9)	26	14,9

CUADRO No. 38

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL ÍNDICE TRANSVERSO-ZIGMÁTICO		
CATEGORÍAS	N	%
Micropsides (X - 90,0)	54	31,3
Mesopsides (90,00 - 92,9)	60	34,8
Macropsides (93,00 - X)	50	33,7

CUADRO No. 39

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL ÍNDICE FACIAL MORFOLÓGICO

CATEGORÍAS	N	%
caras anchas (X - 83,9)	78	46,1
caras medianas (84,0 - 87,9)	35	20,6
caras estrechas (88,0 - X)	56	33,1

CUADRO No. 40

DISTRIBUCIÓN DEL ÍNDICE CEFÁLICO HORIZONTAL

CATEGORÍAS	N	%
Cabezas largas (X - 75,9)	72	41,61
Cabezas medianas (76 - 80,9)	80	46,24
Cabezas cortas (81 - X)	21	12,13
	173	99,98

CUADRO No. 41

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL ÍNDICE CEFÁLICO VERTICAL

CATEGORÍAS	N	%
Camecefalos (X - 57,6)	3	1,7
Ortocefalos (57,7 - 62,5)	57	33,1
Hipsicéfalos (62,6 - X)	112	65,1

ALTO Y ANCHO DE LA NARIZ

Para la obtención de estas medidas se siguió la técnica indicada por Martin Saller (*op. cit.*) tomando la altura de la nariz entre el nasio y el subnasal, y la anchura de alar a alar.

El investigador Benoist (*op. cit.*) ha señalado muy acertadamente que el estudio de la nariz juega un papel muy importante en las investigaciones de tipo racial. Ya se indicó cómo debido a la plasticidad que presentan las razas, Herskovits (*op. cit.*) pudo constatar de que forma el valor medio del índice nasal disminuía en los mestizos norteamericanos y que el mismo se reducía de acuerdo al porcentaje de los ancestros negros.

Los valores que hemos encontrado para las dimensiones de la nariz son los siguientes:

CUADRO No. 42

DIMENSIONES DE LA NARIZ				
MEDICIONES	N	$\bar{X}$	D.E.	RANGO
anchura de la nariz	180	42,97	3,62	33 - 56
altura de la nariz	179	48,19	4,28	56 - 40
índice nasal	179	89,85	10,7	68,5 - 104,0

CUADRO No. 43

DISTRIBUCIÓN DE LOS VALORES DEL ÍNDICE NASAL			
CATEGORÍAS	N	%	
Leptorrinos (X - 69,9)	5	2,8	
Mesorrinos (70,0 - 84,9)	58	33,5	
Camerrinos (85,0 - X)	110	63,5	

En esta distribución se puede observar cómo los individuos leptorrinos son extraordinariamente raros y según era de esperarse la población camerrina es la que presenta un porcentaje más elevado.

Los valores que obtuvo Hulse (*op. cit.*) en sus investigaciones a fines de la década del 20 son los siguientes:

CUADRO No. 44

DIMENSIONES DE LA NARIZ SEGÚN HULSE, 1933			
ALTURA DE LA NARIZ			
RAZA	N	$\bar{X}$	D.E.
Blancos masculinos	157	52,87	4,40
Mestizos masculinos	35	50,30	4,68
Negros masculinos	22	48,95	4,00
ANCHURA DE LA NARIZ			
Blancos masculinos	158	34,92	2,75
Mestizos masculinos	35	37,66	3,54
Negros masculinos	22	44,00	3,96
ÍNDICE NASAL			
Blancos masculinos	157	66,37	7,8
Mestizos masculinos	32	74,99	9,6
Negros masculinos	22	91,14	9,9

Los resultados de las mediciones realizadas en becarios habaneros universitarios en el año 1965, son los siguientes:

CUADRO No. 45

ALTURA DE LA NARIZ			
RAZA	N	$\bar{x}$	D.E.
Blancos masculinos	75	51,0	3,15
Mestizos masculinos	47	49,7	4,09
Negros masculinos	47	48,8	3,30

ANCHURA DE LA NARIZ			
RAZA	N	$\bar{x}$	D.E.
Blancos masculinos	75	33,2	2,97
Mestizos masculinos	47	38,6	3,62
Negros masculinos	47	40,8	3,24

Para las poblaciones negras del Caribe y Estados Unidos de Norteamérica, Benoist (*op. cit.*) nos ofrece los siguientes resultados:

CUADRO No. 46

DIMENSIONES DE LA NARIZ (Benoist, 1963)			
POBLACIÓN	ALTURA DE LA NARIZ	ANCHURA DE LA NARIZ	ÍNDICE NASAL
Tortugueros	48,1	46,4	96,6
Jamaicanos mestizos	48,4	—	84,4
Jamaicanos negros	48,3	—	95,0
Puertorriqueños	54,3	36,0	68,2
EE.UU. (negros) 1928	49,2	45,6	92,5
EE.UU. (negros) 1958	57,0	46,0	80,6

Los valores de estas mediciones presentan una alta variabilidad como resultado lógico de la mezcla interracial a la que nos hemos referido con anterioridad.

ALTURA Y ANCHURA DE LA OREJA

La altura fisonómica de la oreja es la distancia directa entre los puntos más sobresalientes arriba y abajo de la misma, mientras que la anchura es la distancia entre la base de ésta y el punto más saliente hacia atrás en el hélice,

medido perpendicularmente al eje longitudinal del órgano, según la técnica de Martin-Saller (*op. cit.*).

Los valores que hemos encontrado para la población negra de Cuba son los siguientes:

CUADRO No. 47

MEDICIÓN	DIMENSIONES DE LA OREJA			
	N	$\bar{X}$	D.E.	RANGO
Altura	180	59,86	4,04	49-70
Anchura	190	35,93	3,49	30-44

Para otras poblaciones del Caribe y europeas, Benoist (*op. cit.*) nos ofrece los siguientes datos:

CUADRO No. 48

DIMENSIONES DE LA OREJA (Benoist, 1963)

POBLACIÓN	ALTURA DE LA OREJA	ANCHURA DE LA OREJA	ÍNDICE AURICULAR
Tortugueros	58,4	36,6	60,5
Norteamericanos	59,4	37,0	62,3
Jamaicanos mestizos	—	—	57,0
Jamaicanos negros	—	—	57,6
Sudaneses y guineanos	56,5	34,7	61,4
Franceses	64,8	35,2	55,1

Los datos del Cuadro No. 47 son los primeros que se han obtenido de la población negra de Cuba, aunque Gates (1956), efectuó una serie de mediciones de este carácter cuando estudió el mestizaje entre chinos, negros, blancos y descendientes de indios en las poblaciones orientales de Cuba. En el estudio este autor pudo constatar algo que ya era conocido y es que, en general, el negro es de oreja más pequeña que las que poseen otros tipos raciales.

Al parecer, todavía no está muy claro desde el punto de vista genético cómo es que se heredan las características correspondientes al lóbulo de la oreja. Los investigadores Davenport y Steggerda (*op. cit.*) encontraron en la población de Jamaica que las mujeres siempre presentaban los valores más bajos y que las mayores diferencias en cuanto al tamaño aparecen en individuos de la raza blanca.

LA PRESIÓN ARTERIAL

En los últimos años, el estudio de la presión arterial ha recibido una mayor atención por parte de los antropólogos, debido al aumento de los hipertensos. Hay inclusive diversos puntos de vista sobre las causas que originan una presión arterial alta ya que mientras para unos es producida por los ejercicios físicos o dietas, particularmente ricas en sal o grasas, para otros son factores psicológicos las causas que lo originan. Harrison *et al.* (1964) plantean que la selección natural ha fallado en sus mecanismos para eliminar el factor de la presión alta como una de las causas de la muerte en muchas poblaciones, presumiblemente porque ésta sólo mata en el período de vida que es ya post-reproductivo.

Puede afirmarse que en general, el estudio de la hipertensión es muy complejo, tanto desde el punto de vista genético como de los factores del medio que actúan sobre el organismo. Se ha apuntado que los negros norteamericanos tienen una presión más alta que los negros africanos, siendo también interesante la observación de que los bantúes que viven en zonas urbanas son en términos generales de presión más alta que los que viven en las zonas rurales.

En los Estados Unidos de Norteamérica, el investigador Adams en 1932, halló que los negros tenían una presión más bien elevada, y que ésta se acrecentaba con la edad más rápidamente que en los blancos (Benoist, *op. cit.*).

Los investigadores Saunders y Bancroft en el año 1942 estudiaron la tensión arterial en la población adulta de las Islas Vírgenes y llegaron a la conclusión que en las personas estudiadas negras y mulatas, la presión resultaba ser más elevada que la de los blancos. La diferencia era de 1/2 cm de Hg por grupos de edad de 20 a 24 años, encontrando que la presión en los negros era más variable que en los blancos. Por otra parte, en Puerto Rico, Murril en 1955 (*fide* Benoist, 1963) realizó estudios comparativos interraciales, y no encontró grandes diferencias. En los martiniqueños, la presión arterial fue estudiada por Benoist (*op. cit.*) con condiciones standard, con el sujeto sentado, y utilizando un fonotensiómetro, encontrando que esta era más bien baja aunque la mayoría de los sujetos se encontraban alrededor de los 22 años.

En nuestros estudios los resultados que encontramos fueron los siguientes:

CUADRO No. 49

PRESIÓN EN DIÁSTOLE Y SÍSTOLE DE LA POBLACIÓN NEGRA DE CUBA

	N	X	D.E.	MIN.	MÁX.
Presión en sístole	180	12,50	1,6	7	15
Presión en diástole	180	8,19	1,2	6	14

CUADRO No. 50

PRESIÓN EN DIÁSTOLE Y SÍSTOLE EN VARIOS PAÍSES DEL CARIBE SEGÚN BENOIST, 1963

POBLACIÓN	PRESIÓN EN SÍSTOLE	PRESIÓN EN DIÁSTOLE
Martiniqueños (Benoist, 1963)	10,85	6,50
Negros de Islas Vírgenes (Saunders y Brancroft, 1942)	12,34	7,64
Blancos de Islas Vírgenes (Saunders y Brancroft, 1942)	11,81	7,23
Puertorriqueños negros (Murril, 1955)	11,62	7,30
Puertorriqueños blancos (Murril, 1955)	11,72	7,13

Como puede observarse los valores de la presión arterial en sístole de la población negra de Cuba, son comparables a las de otras poblaciones del Caribe estudiadas, pero la presión en diástole es ligeramente superior.

TEMPERATURA SUBLINGUAL

De los factores de aclimatación del hombre, el que más interés ha recibido en los últimos años, es el de la adaptación a las características térmicas de una región determinada y es conocido que son muchos los factores que afectan las respuestas del organismo humano al calor, entre las que debemos considerar entre otras, la forma del cuerpo, el espesor de la grasa en los tejidos subcutáneos, el peso, etc.

En Cuba, nosotros encontramos que la temperatura media en la muestra estudiada fue de 36,8° y 37,9° con una D.E. de 0,38, oscilando el rango de variación entre 36,0° y 37,9°.

CUADRO No. 51

RECAPITULACIÓN DE LAS MEDICIONES E ÍNDICE DE UNA MUESTRA DE LA POBLACIÓN NEGRA DE CUBA. (ADULTA).

MEDICIONES	N	$\bar{x}$	D.E.	C.V.	MÁX.	MÍN.
Talla	178	169,99	6,53	3,84	188,3	154,0
Talla sentada	179	86,01	4,94	5,74	95,2	80,0
Largo de la cabeza	178	195,20	8,99	4,60	212,0	170,0
Anchura de la cabeza	178	150,48	7,83	5,20	165,0	133,0
Altura de la cabeza	180	127,37	11,63	9,13	143,0	104,0
Anchura front. mín.	180	106,14	5,13	4,83	118,0	93,0
Altura de la cara	179	119,18	7,94	6,66	143,0	104,0
Anchura de la cara	180	138,45	6,10	4,40	156,0	122,0
Anchura de la mandíbula	180	102,84	7,21	7,01	122,0	87,0
Altura del hombro	178	139,07	6,22	4,47	157,8	125,3
Largo del brazo	180	78,03	3,73	4,78	86,1	68,7
Altura del ilio-espinal	179	97,87	8,17	8,34	109,3	83,8
Anchura biacromial	179	38,52	2,48	6,43	44,3	25,1
Anchura bicrestal	179	25,95	2,00	7,70	29,7	22,7
Altura de la nariz	179	48,19	4,28	8,88	56,0	40,0
Anchura de la nariz	180	42,97	3,62	8,42	56,0	33,0
Altura de la oreja	180	59,86	4,04	6,74	70,0	49,0
Anchura de la oreja	180	35,93	3,49	9,71	44,0	30,0
Grasa del triceps	180	80,36	34,81	43,31	258,0	40,0
Grasa sub-escapular	180	132,20	57,19	43,26	300,0	200,0
Grasa supra-iliaca	180	92,61	58,96	63,66	350,0	200,0
Temperatura sub-lingual	179	36,80	3,85	10,46	37,9	36,0
Tensión arterial máx.	180	125,02	16,02	12,81	190,0	70,0
Tensión arterial mín.	179	81,98	12,18	14,85	140,8	60,0
Altura supra-esternal	178	139,46	5,60	4,01	155,8	124,7
Peso	103	68,62	10,34	15,06	100,8	52,5
ÍNDICES		$\bar{x}$	D.E.	C.V.	MÁX.	MÍN.
Índice cefálico horizontal		77,30	5,87	7,59	84,49	72,00
Índice cefálico vertical		65,30	6,71	10,27	73,13	58,00
Índice facial morfológico		86,19	6,62	7,68	101,56	71,14
Índice fronto-zigomático		76,76	3,25	4,23	83,33	69,01
Índice transv.-zigomático		91,63	3,25	3,54	106,40	83,33
Índice nasal		89,85	10,70	11,90	104,00	68,51
Índice auricular		60,20	5,82	9,66	75,86	48,38
Índice córmico		50,60	2,52	4,98	53,83	47,27
Long. relativa miemb. sup.		45,91	1,19	2,59	50,12	42,21
Long. relativa miemb. inf.		57,59	4,17	7,24	86,95	41,66
Anchura biacromial relativa		22,68	1,30	5,73	24,76	14,86
Anchura bicrestal relativa		15,28	1,18	7,72	23,49	13,34

BIBLIOGRAFÍA

- Gates, R. R., "Studies in Race Crossing. IV. Crosses of Chinese, Amerindians and Negroes and their Bearing on Racial Relationships", *Zeitschrift für Morphologie und Anthropologie*, Stuttgart, vol. 47, n. 3, 1956, p. 233-315.
- Harrison, G. A., et al., *Human Biology. An Introduction to Human Evolution, Variation and Growth*, Oxford, at the Clarendon Press, 1968, 533 p
- Martin, R., *Lehrbuch der Anthropologie*, Jena, Gustav Fischer, Verlag, 1914, 1181 p.
- , *Lehrbuch der Anthropologie*, 2nd. edition, 3 vols., Jena, Gustav Fischer, Verlag.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

El nacionalismo anticolonial en el pensamiento de Marcus Garvey

Rupert Lewis

Sobre la vida y obra de Marcus Garvey se ha publicado ya suficiente material como para permitirnos un examen de algunos aspectos de sus ideas políticas.¹ Este ensayo se ocupa del anticolonialismo en Garvey. Nos centramos en este aspecto para dejar establecido que Marcus Garvey y la Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro* respondían a las relaciones económicas, sociales y políticas con un programa nacionalista militante que reflejaba un movimiento de diversas fuerzas sociales. La fortaleza de este programa era que constituía un reflejo de las aspiraciones de un pueblo oprimi-

¹ Ver: Biografía por Amy Jacques Garvey, *Garvey and Garveyism*, Nueva York, 1970; colección de escritos de Garvey, *Philosophy and Opinions of Marcus Garvey*, vols. I y II, editados por Amy Jacques Garvey, Nueva York, 1968; *More Philosophy and Opinions of Marcus Garvey*, vol. III, trabajos anteriormente no publicados, editados por Amy Jacques Garvey y E. U. Essien-Udom, Londres, 1977. La revista mensual de Garvey, *Blackman*, 1933-1939, fue reimpresa en 1975 por Kraus-Thompson, Nueva York.

Antologías comentadas de gran utilidad son: *Marcus Garvey and the Vision of Africa*, editada con una introducción y comentarios de John Henrik Clarke con ayuda de Amy Jacques Garvey, Nueva York, 1973; *Marcus Garvey*, editado por E. David Cronon, Nueva Jersey, 1973. Estudios históricos: Tony Martin, *Race First: the Ideological and Organizational Struggles of Marcus Garvey and the Universal Negro Improvement Association*, Connecticut, 1976; Theodore Vincent, *Black Power and the Garvey Movement*, California, (sin fecha, c. 1970); Edmund Cronon, *Black Moses: The story of Marcus Garvey and the Universal Negro Improvement Association*, Wisconsin, 1968; *Garveyism: International Perspectives*, editado por Rupert y Maureen Lewis, próximo a publicarse en Kingston.

Ha habido varias tesis y artículos académicos y periodísticos sobre Garvey en años recientes. La investigación sobre el movimiento de Garvey continúa.

* UNIA (Universal Negro Improvement Association)

do por el derecho a la autodeterminación. También encarnaba instintos de las clases populares.

Este ensayo se centra en la obra de Garvey en su relación con el Caribe, con énfasis en Jamaica. La obra e influencia de Garvey fueron poderosas en los Estados Unidos, donde vivió de 1916 a 1927, los últimos dos años y nueve meses en la Prisión Federal de Atlanta. La pertinencia y vitalidad de este movimiento en los Estados Unidos contribuyeron a estimular los primeros movimientos de liberación en África y el Caribe. Esto fue así porque sus años en los Estados Unidos vieron el desarrollo de la UNIA como la organización más poderosa con importancia internacional creada por los negros. El logro de Garvey de dotar de orgullo a los negros, que habían sido desmoralizados, y de extraer el veneno del odio a sí mismos que les había inculcado el colonialismo, le ganó entonces, y continúa asegurándole, un lugar imperecedero en la conciencia popular de nuestros pueblos.

Desde muy temprano en su vida, Garvey se vinculó a corrientes nacionales que buscaban la autodeterminación de Jamaica. Por ejemplo, fue miembro del Club Nacional formado en 1909.² Este club poseía perspectivas democráticas. Buscaba para Jamaica la autonomía dentro del Imperio, algo parecido al estado constitucional que entonces disfrutaban Canadá y Australia. Garvey también estaba influido por otras tendencias radicales, tales como las que representaba Robert Love,³ quien aceptaba la revolución haitiana como un camino genuino para la liberación del Caribe.

En uno de sus primeros artículos, publicado en *The African Times and Orient Review* cuando tenía veintiséis años, Garvey se identificaba con la histórica revuelta de 1865 en Jamaica. Al referirse a Paul Bogle y George William Gordon, dos de los varios cientos de mártires de la rebelión, asesinados por los ingleses, Garvey escribía:

Lanzaron el llamado a la libertad irrestricta, pero debido a la supresión de las comunicaciones telegráficas, se vieron obstaculizados y contenidos; de no haber sido así, Jamaica sería tan libre como Haití, que se sacudió el yugo francés bajo la dirigencia del famoso general negro Toussaint L'Ouverture.⁴

La derrota sufrida por Paul Bogle y sus seguidores, por supuesto, no se debió simplemente a las malas comunicaciones telegráficas,⁵ pero esto no viene al caso. La cita de este ensayo nos permite comprender dónde se si-

² Rupert Lewis, *A Political Study of Garveyism in Jamaica and London, 1914-1940*, tesis de maestría, University of the West Indies, 1979, pp. 52-7.

³ Rupert Lewis, «Robert Love: A. Democrat in Colonial Jamaica», *Jamaica Journal*, agosto de 1977.

⁴ John Henrik Clarke, *Marcus Garvey and the Vision of Africa*, Nueva York, 1973, p. 80.

⁵ *Ibid.*, p. 80.

tuaba Garvey en la lucha por la «libertad irrestricta» que representaba la revolución haitiana. Terminó diciendo:

No pido disculpas para profetizar que pronto se producirá un punto de giro en la historia antillana y que el pueblo que habita esa parte del Hemisferio Occidental será el instrumento para unir a una raza dispersa, que antes que transcurran muchos siglos fundará un imperio en que el sol brillará incesantemente, como brilla hoy para el Imperio del Norte.⁶

Esta cita encierra dos aspectos importantes del pensamiento de Garvey. Primeramente, la idea de que las Antillas tienen un papel especial que desempeñar en la unión de los negros de todo el mundo para su emancipación. En segundo lugar, su idea de que la consecuencia de esta liberación era que África —entonces concebida por la ideología colonial como un continente bárbaro, incivilizado y habitado por pueblos inferiores— era capaz de establecer su propio imperio poderoso. Pero, de acuerdo con el condicionamiento político de su época, su visión del futuro africano se moldeaba a la manera de los estados imperialistas burgueses como Inglaterra.

Aun así, su oposición a la dominación bajo la cual vivía su pueblo en esos momentos nunca flaqueó. En un folleto de 1916 titulado *A Talk with Afro-West Indians* (Una conversación con afroantillanos), repitió la referencia a Toussaint L'Ouverture como liberador de su pueblo, e incluyó en este papel a dirigentes negros como Dessalines en Haití y Frederick Douglass y W. E. B. Du Bois en los Estados Unidos. En el mismo se bosquejaban las condiciones de sometimiento de su raza, que ultrajaban sus sentimientos:

Durante los diez últimos años he consagrado mi tiempo al estudio de las condiciones del negro aquí, allá, en todas partes, y he llegado a comprender que aún es objeto de degradación y compasión en todo el mundo, en el sentido de que carece de estado oficial, nacional y comercial...⁷

Cualquier examen del movimiento garveyista debe evaluar la importancia de la migración de nuestro pueblo. La mano de obra caribeña negra siguió al capital norteamericano a Panamá, Cuba, Costa Rica y los Estados Unidos. Entre 1880 y 1889, durante el período de la construcción del Canal de Panamá por los franceses, más de 84 000 personas abandonaron Jamaica, de las cuales regresaron 62 000.⁸ De 1904 a 1913, durante el período de la construcción del canal por los Estados Unidos, fueron a Panamá 19 900

⁶ *Ibid.*, p. 82.

⁷ *Ibid.*, p. 83.

⁸ Olive Senior, «The Colon People», primera parte, *Jamaica Journal*, vol. II, nos. 3 y 4, marzo de 1978, p. 62.

trabajadores inmigrantes de Barbados.⁹ El número total de inmigrantes de las Antillas durante el período de 1904 a 1913 fue de 31 071.¹⁰ Según Eric Williams, «entre 1913 y 1924, Cuba recibió 217 000 trabajadores de Haití, Jamaica y Puerto Rico; en el año de 1920 solamente, recibió hasta 63 000 trabajadores de Haití y Jamaica».¹¹ La fuerza laboral migratoria, explotada económicamente y discriminada por su raza, representaba una importante fuerza social para el movimiento garveyista. Se dice que en 1926 el movimiento tenía 996 ramas,¹² de las cuales había 725 dentro de los Estados Unidos y 271 fuera. Algunas de las regiones en que la UNIA era fuerte eran Cuba, con 52 ramales; Panamá con 47 y Costa Rica con 23. La fuerza de la UNIA dentro de los Estados Unidos reflejaba la migración antillana especialmente a Nueva York, así como los patrones de migración interna representados por aquellos trabajadores rurales que habían abandonado las plantaciones sureñas y se habían trasladado a las grandes ciudades, como Nueva York y Chicago, en busca de trabajo.

Socialmente, el movimiento de Garvey representaba varias fuerzas de clase subdesarrolladas o en transición, tanto entre estas poblaciones migratorias como entre las que se habían quedado en casa. Estaba el pequeño campesinado, acosado por la pobreza de los suelos, la tecnología atrasada y los onerosos impuestos estatales. Parte de este campesinado trabajaba ocasionalmente como asalariado para terratenientes o campesinos acomodados. Como trabajadores migratorios, estos campesinos y asalariados del Caribe rural pasaron a trabajar a las granjas bananeras y azucareras, en la construcción, en los ferrocarriles y en los servicios. El garveyismo atraía a esta incipiente clase obrera negra, que ni siquiera tenía derecho a unirse a los sindicatos fuera en las colonias o en los Estados Unidos. Otro estrato de la UNIA estaba ocupado por aquellas secciones de la *intelligentsia* negra situada en el peldaño inferior de la escala ocupacional administrativa: empleados, miembros del clero, periodistas y maestros. Otro estrato lo ocupaban los pequeños hombres de negocios negros. Éstos apoyaban las empresas comerciales cooperativas por las que abogaba la UNIA. Estos empeños de la UNIA generalmente tomaron la forma de almacenes de víveres, tiendas mixtas, lavanderías, restaurantes, imprentas y la línea marítima Estrella Negra.

Estas diversas corrientes sociales produjeron los distintos énfasis del movimiento. Existía una tendencia radical influida tanto por la Revolución de Octubre de 1917 en Rusia como por el desarrollo de los movimientos anticoloniales en otros países. Podríamos mencionar aquí que la Primera Guerra

⁹ Luis Navas, *El movimiento obrero en Panamá (1880-1914)*, Ciudad Panamá, sin fecha, p. 119.

¹⁰ *Ibid.*

¹¹ Eric Williams, *From Columbus to Castro: The History of the Caribbean 1492-1969*, Londres, 1970, p. 439.

¹² T. Martin, *op. cit.*, p. 15.

Mundial había tenido un efecto liberador sobre los negros de los Estados Unidos y de África, así como del Caribe.¹³ Miles de ellos habían luchado en Europa.

Muchos habían muerto, pero muchos otros regresaron a casa para encontrar iguales las condiciones de racismo y opresión. En la propia Europa, aunque habían muerto como los otros soldados, se les había dado tratamiento de ciudadanos de segunda categoría, sometidos a la discriminación racial. Estos hechos confirmaron su opinión de que había llegado el momento de que los negros marcharan adelante políticamente y se liberaran de la dominación colonial. Pero había también una tendencia de orientación reformista, representada por elementos de clase media y las secciones más acomodadas de la corriente laboral, compuestas particularmente por quienes se encargaban de los servicios. Este grupo mostraba ambivalencias hacia la línea política de Garvey, ya que estaba atrapado entre la lucha junto a su pueblo por la liberación de la raza, por una parte, y la búsqueda de la aceptación por el sistema burgués establecido, sobre la base de sus logros educacionales y su matrimonio con mujeres blancas o de piel clara. Apoyaban fuertemente la orientación comercial de la UNIA y consideraban importante que los negros tuvieran participación económica en el sistema capitalista. Por tanto, abogaban por la moderación de la agitación política y la aceptación del orden existente. Ésta fue la posición de la pequeña burguesía negra cuando se produjo la división de la UNIA en Lagos, Nigeria.¹⁴ Este elemento no deseaba tanto librar una lucha política contra el colonialismo como abrirse camino dentro del sistema. El papel de esta ala moderada fue importante por el hecho de que quienes la representaban eran voceros de la UNIA en los niveles de base local, en los niveles nacionales, así como en las plataformas internacionales.

El movimiento garveyista acomodó ambas tendencias, mientras el propio Garvey mantenía la necesidad de la lucha política para lograr la liberación negra. Pero la tendencia moderada a veces fue articulada por el propio Garvey. Esta tendencia parece haber aflorado especialmente cuando el movimiento se encontraba a la defensiva ante el sistema establecido, mientras que la tendencia izquierdista más agresiva se afirmaba en los discursos y escritos de Garvey siempre que el apoyo de las masas por el movimiento se mostraba en ascendencia.

Lo que cohesionaba a este amplio movimiento negro era su posición común como pueblo oprimido racialmente. En 1920, en su Convención, la UNIA adoptó la Declaración de Derechos de los Pueblos Negros del Mundo. Este documento planteaba las ideas fundamentales del movimiento garveyista. La Declaración comenzaba con una serie de acusaciones:

¹³ Ver los ensayos en W. F. Elkins, *Black Power in the Caribbean: the Beginnings of the Modern National Movement*, Nueva York, 1977, sobre el papel de los veteranos de la Primera Guerra Mundial en el Caribe.

¹⁴ John Henrik Clarke, *op. cit.*, p. 406.

...en ningún lugar del mundo, con contadas excepciones, se concede tratamiento igualitario a los negros en relación con los blancos, aunque se encuentren en la misma situación y circunstancias; por el contrario, son discriminados y se les niegan los derechos debidos a todos los seres humanos, sólo a causa de su raza y color.¹⁵

La Declaración planteaba entonces la situación que encaraban los negros en los Estados Unidos, donde el racismo permeaba todos los aspectos de la vida, y el linchamiento y la pira no eran desconocidos. Con relación a África, la Declaración observaba la división del continente entre los países europeos. En el caso de las Antillas, observaba la negación de derechos políticos, económicos y sociales «por discriminarse secreta y astutamente a los negros y negárseles los derechos cabales del gobierno para los que son nombrados, nominados y electos los blancos».¹⁶ La Declaración proclamó «ciudadanos libres a todos los hombres, mujeres y niños de nuestra sangre de todo el mundo» y pasó a declararlos «ciudadanos libres de África, patria de todos los negros».¹⁷ Afirmó la autodeterminación de todos los pueblos y expresó: «Creemos en la libertad de África para el pueblo negro del mundo. Según el principio de Europa para los europeos y Asia para los asiáticos, exigimos África para los africanos.»¹⁸ Garvey afirmó, además, que dondequiera que estuvieran, los negros formaban «una comunidad propia» y debía dárseles «el derecho a elegir a sus propios representantes en las legislaturas, tribunales e instituciones que ejerzan el control sobre esa comunidad».¹⁹ El documento hace una serie de demandas más en nombre de la raza negra.

Uno de los rasgos característicos del nacionalismo garveyista es su carácter racial. Esto se debía a las circunstancias históricas específicas condicionadas por el colonialismo y el imperialismo, que condujeron a la esclavitud moderna de un pueblo completo. El garveyismo se basa en la filosofía de la autodeterminación racial. Las causas raigales de este movimiento, así como sus respuestas militantes, cobran expresión en la Declaración de Derechos de los Pueblos Negros del Mundo.

El garveyismo es, pues, el nacionalismo de un pueblo oprimido y su contenido social está de acuerdo con la corriente principal de las tendencias progresistas que influyeron a los dirigentes de los movimientos nacionales en el Caribe y África. Como movimiento nacional anticolonial, el garveyismo se diferencia de los movimientos nacionalistas burgueses. La siguiente distinción entre el nacionalismo burgués y el nacionalismo anticolonial resulta de utilidad. En Europa, el nacionalismo burgués «madura cuando las fuerzas

¹⁵ *Philosophy and Opinions*, vol. II, p. 135.

¹⁶ *Ibid.*, p. 136.

¹⁷ *Ibid.*, p. 136-7.

¹⁸ *Ibid.*, p. 138.

¹⁹ *Ibid.*, p. 137.

productivas nacionales ya eran bastante considerables, durante la formación de la burguesía nacional y de las naciones. De hecho, la burguesía era el principal portador de las ideas nacionalistas, dirigidas contra el feudalismo». Por otra parte, «en África, el nacimiento y desarrollo del nacionalismo siguió un curso distinto. Las fuerzas productivas nacionales no estaban desarrolladas. Su crecimiento se retrasaba artificialmente. De modo que en cierta medida era una reacción a la explotación imperialista y a la esclavitud colonial».²⁰ El nacionalismo garveyista surgió como respuesta directa a la explotación capitalista, el colonialismo y el racismo. No era la ideología de una burguesía nacional de una nación soberana como tal, aunque la burguesía nacional, especialmente en el Caribe, se benefició con el trabajo de Garvey. Pero las definiciones anteriores nos permiten comprender, por una parte, el contenido socio-económico del nacionalismo en Europa en el período de transición del capitalismo, en contraposición con el nacionalismo anticolonial surgido en África en el período de dominación colonial imperialista.

El nacionalismo garveyista, por supuesto, tenía sus rasgos negativos. Uno de ellos era inherente a la naturaleza racial de este nacionalismo, ya que adjudicaba la misma perspectiva y actitudes a todos los blancos. Consecuentemente, aducía que todos los negros debían tener la misma perspectiva y no comprendía verdaderamente el problema clasista desde un punto de vista teórico. Además, en el garveyismo tendió a desarrollarse una especie de exclusivismo racial. Esto afloró especialmente cuando el movimiento declinaba y estaba sometido a una intensa represión. En ocasiones condujo a subrayar la emigración a África como solución a su lucha, así como a la desafortunada idea de que los Estados Unidos era un país de blancos y que no había en ellos futuro que mereciera la pena para los negros. El dirigente comunista norteamericano William Z. Foster realiza la siguiente evaluación del garveyismo:

El desarrollo de la UNIA no tuvo paralelo en la historia negra. La base para su gran expansión en los Estados Unidos debe encontrarse en las severas condiciones de explotación y opresión que sufrían las masas negras. Era un tiempo de difíciles condiciones económicas en el sur, de migración masiva, de brutales linchamientos, disturbios raciales y de terrorismo del Ku Klux Klan. Detrás del descontento negro que todo esto produjo estaba también la enorme ofensiva de los empleadores y la lucha defensiva de los obreros durante ese período. Especialmente pronunciada fue la influencia de la gran revolución rusa, con sus inquietantes consignas de igualdad nacional y social, y también el espíritu revolucionario internacional de la clase obrera europea.²¹

²⁰ Varios, *The Revolutionary Movement of our Time and Nationalism*, Moscú, 1975, p. 256.

²¹ En John Henrik Clark, *op. cit.* p. 414.5.

El análisis de Foster pasa a subrayar la naturaleza de clase del movimiento en los Estados Unidos y sus factores negativos y positivos. Aduce que el deterioro del movimiento de Garvey se vincula directamente con «el apaciguamiento de la gran lucha de posguerra de los trabajadores de este país, y también con la calma temporal del profundo movimiento revolucionario que conmovió a Europa en los años que siguieron a la Primera Guerra Mundial».²² A causa de este declinar, Garvey abandonó sus demandas por los derechos del negro y se concentró en su «plan utópico para el regreso masivo a África».²³

Aunque ésta es en general una correcta evaluación de clase del movimiento garveyista, sus potencialidades para desarrollar una plataforma democrática no se agotaron con la experiencia norteamericana, como indican los años de Garvey en Jamaica, particularmente entre 1929 y 1934. Luego de ser perseguido, encarcelado y echado de los Estados Unidos, en una ofensiva en que J. Edgar Hoover y el Buró Federal de Investigaciones desempeñaron un importante papel, Garvey regresó a Jamaica. Su regreso marcó un punto de giro en el movimiento anticolonial de la isla. En 1929, fundó el primer partido político jamaicano y redactó un manifiesto anticolonial que demandaba una mayor autonomía. Propuso una serie de reformas económicas, tales como la jornada de ocho horas, el salario mínimo, compensación laboral, control de la renta, reforma agraria, electrificación rural, industrialización y reformas educacionales. Fue éste el programa político más radical de la historia de Jamaica.²⁴ De hecho, una vez en Jamaica, Garvey no hizo énfasis en el plan para la repatriación masiva a África. En primer lugar, la UNIA no tenía ya base financiera material que le permitiera idear planes de «colonización» en África similares al empeño de Liberia. Además, el movimiento se había debilitado considerablemente por la persecución política, las altas multas pagadas a los tribunales y la división de su dirigencia. En todo caso, la perspectiva nacional de la fase caribeña del garveyismo se debía al hecho de que Jamaica y los territorios caribeños poseían una mayoría negra y Garvey consideraba que debía plantearse la autodeterminación local.

De hecho, un editorial en el periódico de Garvey, el *Blackman*, planteaba que el Partido Político del Pueblo había sido «lanzado para despertar al campesino a la conciencia de su poder». La preocupación de Garvey por el campesinado se puso de manifiesto en su primer discurso de la campaña, cuando habló del problema de la reforma agraria:

Todos en Jamaica saben que la tierra de este país está verdaderamente en manos de unos pocos grandes propietarios. Tenemos una población de

²² *Ibid.*, p. 417.

²³ *Ibid.*, p. 417.

²⁴ Rupert Lewis, «Political Aspects of Garvey's Work in Jamaica», *Jamaica Journal*, marzo-junio de 1973

casí un millón de personas, y de ese número ni siquiera el cinco por ciento puede encontrar tierra para asentarse. El grueso de la tierra está en las manos de aproximadamente el uno por ciento de la población: propietarios ausentistas y residentes que no tienen más interés en Jamaica y en su pueblo que saquearle todo lo que desean y mandar el resto al diablo.

Tenemos en Hanover, Trelawny, Westmoreland, Saint James, Saint Thomas y Saint Mary miles de acres baldíos. En algunos asentamientos hay miles de personas que no tienen tierras que trabajar, mientras miles de acres de tierra permanecen ociosos: un hombre con 15 000 acres y 20 000 hombres sin lugar donde construir ni tierra que labrar.²⁵

Las siguientes tablas indican la situación contra la cual luchaba Garvey.²⁶

TABLA I

(Basada en el Censo de 1943 de Jamaica)

	Grupo	Número	Acres	Acres Promedio
Campesinos arruinados por la aparcería y el capitalismo	Menos 0,5	115 816	130 413	1,1
Campesinos medios	Menos 2,5	27 891	281 311	10,8
Campesinos acomodados	Menos 25-100	4 044	170 179	42,08
Granjas capitalistas	Menos 100-500	878	130 709	148,87
Terratenientes	Más de 500	540	1 067 497	1976,84

En la base de la escala, encontramos 115 816 campesinos arruinados con 130 413 acres, mientras 540 terratenientes poseían 1 067 497 acres. Las cifras muestran a los campesinos más pobres con un promedio de 1,1 acres y a los terratenientes con un promedio de 1 976. No debe olvidarse que la tierra de los campesinos pobres era relativamente poco fértil. Otra tabla de Robotham ofrece cifras sobre el origen racial de los campesinos en relación con la cantidad de tierra que poseen.

²⁵ *Blackman*, 12 de septiembre de 1929. Periódico publicado por Garvey en Kingston, Jamaica.

²⁶ *Essays on Power and Change in Jamaica*, editado por Carl Stone y Aggrey Brown, Kingston, 1977, p. 52 y 53.

TABLA II

	0-5 acres	4-25 acres	25-100 acres	100-500 acres	Más de 500
Negros	84,5	77,5	58,3	13,25	13,7
Mulatos	14,41	20,2	35,41	44,64	39,44
Blancos	0,27	0,92	4,05	19,58	46,11

Esta tabla muestra que el grueso de los grandes plantadores y granjeros capitalistas eran de los grupos étnicos minoritarios. En el grupo de 0-5 acres, encontramos una preponderancia de granjeros negros, mientras que en el grupo de más de 500, las tablas se invierten en favor de blancos y mulatos. Esto proporcionó las bases económicas a la opresión racial. El anticolonialismo de Garvey se relacionaba directamente con este asunto, puesto que quería más tierra y mayor asistencia financiera para los campesinos.

Llevó aún más lejos este ataque al criticar el papel de la multinacional United Fruit Company en el mantenimiento del retraso en la isla. Pidió el «mejoramiento obligatorio de las zonas urbanas de las cuales obtienen grandes ganancias los trusts, corporaciones, combinados y compañías»,²⁷ y muy concretamente señaló:

Si se visitan pueblos como Sav-la-Mar o Lucea, se les encuentra casi dilapidados, mientras en sus mismas puertas compañías tales como la United Fruit Company han hecho millones en pueblos portuarios como Annotto Bay, Port Maria, Saint Ann's Bay y Lucea. La United Fruit Company, desde la época del capitán Baker, ha hecho millones, y no ha construido ni siquiera un muelle decente en la región del norte. No ha construido ni siquiera un hospital a cambio de la amabilidad que ha recibido en Jamaica.²⁸

El programa del Partido Político del Pueblo estaba, por tanto, claramente dirigido al desarrollo de la economía nacional, la cultura nacional y la independencia nacional. Lo más trascendental es que el nacionalismo de Garvey no fue sólo anticolonialista, sino también antimperialista. Pero era precisamente este empuje revolucionario lo que condujo a los círculos gobernantes coloniales a librar una campaña dirigida a la frustración de su obra.

²⁷ *Blackman*, 12 de septiembre de 1929.

²⁸ *Ibid.*

Algunas de las razones básicas de este fracaso se analizan en el programa del Partido de los Trabajadores de Jamaica, adoptado en su primer congreso de diciembre de 1978:

Por una parte, la mentalidad reformista y colonial, especialmente en lo referente al problema racial, era demasiado fuerte en la burguesía nacional y la capa media. El impacto de la Gran Depresión en la masa trabajadora de Jamaica aún no se había sentido y no les había preparado para responder con vigor a los esfuerzos organizadores de Garvey.²⁹

Además, Garvey no logró vincular el movimiento nacional con el movimiento obrero y comunista internacional. Aunque en algunas ocasiones Garvey reconocía «la importancia histórica mundial de la Revolución de Octubre», en otras ocasiones fomentaba el anticomunismo.³⁰ Su anticomunismo se ve como resultado de «factores objetivos y subjetivos».³¹ Uno de estos factores objetivos era la heterogeneidad social del movimiento. El campesinado y la pequeña burguesía tenían una perspectiva que en parte reflejaba su propia participación, por pequeña que fuera, en un sistema de relaciones económicas y sociales basado en la propiedad privada. La posición media, especialmente de los pequeños comerciantes y terratenientes, y sus aspiraciones a mayor riqueza individual, los dejó expuestos a la ideología anticomunista. Pero estas personas también estaban abiertas, en virtud de su posición, a las ideologías progresistas, porque eran oprimidas por los gobiernos coloniales y los grandes terratenientes y hombres de negocios. En general, sin embargo, los británicos tuvieron éxito en apelar a sus aspiraciones a la propiedad y su miedo a la desposesión por medio de políticas radicales. Los colonialistas también aseguraron su conservadurismo al reforzar sus sentimientos religiosos y difundir ideas colonialistas por medio de los periódicos, la Iglesia y el sistema educacional. Por tanto, no es sorprendente que uno de los más fieros opositores jamaicanos de Garvey fuera el prominente maestro negro D. T. Wint, quien acusó a Garvey de sembrar la semilla del descontento en el pueblo. El pensamiento pro-colonial de Wint se hará evidente en este ataque a Garvey:

Doctrinas malévolas se inculcan en los cerebros de gente ignorante. Se siembran las semillas del desorden, y a no ser que nos unamos y arranquemos estas hierbas peligrosas, sumirán la isla. Debe detenerse el peligro, y detenerse ahora. Recordemos la rebelión de Morant Bay. Gordon y Bogle no predicaron la sedición al pueblo, no le dijeron que se rebelara, pero sentaron las bases para el estallido al sembrar en el pueblo las semillas de la inquietud y la discordia.³²

²⁹ First Programme of the Workers' Party of Jamaica, 1979, p. 34.

³⁰ *Ibid.*, p. 35.

³¹ *Ibid.*, p. 35-6.

³² *Daily Gleaner*, 17 de enero de 1930, p. 9.

De hecho, en las décadas del veinte y el treinta, las posiciones pro-coloniales similares a ésta a menudo se apareaban con el antibolchevismo.

El anticomunismo en el Caribe no sólo fue formulado por colonialistas caba-les, tales como Wint, sino por socialistas fabianos del Partido Laborista Bri-tánico, que aducían que las contradicciones del capitalismo podían superarse por medio de reformas sociales y económicas. Sus ideas influyeron conside-rablemente en la dirigencia de los movimientos anticoloniales en el Caribe después de la Segunda Guerra Mundial.

Los factores subjetivos que actuaban en la promoción del anticomunismo dentro del movimiento garveyista guardan relación con el carácter especifi-camente racial del nacionalismo garveyista. En la conciencia de muchos gar-veyistas estaba la creencia tenazmente mantenida de que el pueblo negro te-nía que crear su propia filosofía del cambio, y de que el marxismo era una ideología europea. Además, la experiencia personal del racismo por los gar-veyistas a manos de la clase obrera británica y norteamericana reforzaba esta perspectiva antiblanca. De modo que, dada la naturaleza racial del movimien-to de Garvey y su amplia composición clasista, el problema de su alianza con la clase obrera atravesando los grupos étnicos demostró ser complejo y difícil. No era sólo la perspectiva del movimiento garveyista mismo. La bur-guesía tanto europea como norteamericana había logrado inculcar en seccio-nes de la clase obrera un racismo antinegro. Mientras más extrema era la ex-presión del racismo, más tendía el garveyismo a retrotraerse a posiciones de exclusivismo racial y nacional.

Pero había momentos en que Garvey comprendía la importancia de obtener el apoyo de los trabajadores blancos para la causa anticolonial. En 1924 ins-truyó a uno de sus colegas:

Si se pudiera convencer al trabajador inglés de que no tiene motivo de quejas contra el negro, sería imposible que ningún gobierno de Gran Bre-taña hiciera algo que afectara adversamente los intereses de los negros.³³

La identidad de intereses entre el movimiento obrero internacional y el gar-veyismo fue percibida por Garvey en ocasiones tales como la muerte de Le-nin en 1924. El cable de Garvey al gobierno soviético decía en parte: «Para nosotros, Lenin fue uno de los mayores benefactores del mundo. Viva el Go-bierno Soviético de Rusia.» De nuevo, en un discurso titulado «La muerte del gran hombre de Rusia», calificó a Lenin de «probablemente el mayor hombre del mundo entre 1917 y la hora en 1924 en que respiró por última vez».³⁴ Y concluyó:

Lenin se destaca sobre todos los demás, porque era el representante de un número mayor de personas. En esta hora, no sólo el campesinado de

³³ Tony Martin, *op. cit.*, p. 48.

³⁴ *Ibid.*, p. 252.

Rusia llora a Lenin, sino también lo hace el campesinado de toda Europa, el campesinado de todo el mundo. No uno, sino los cuatrocientos millones de nosotros, debemos llorar la muerte de este gran hombre, porque Rusia constituye una esperanza no sólo para los negros, sino para todos los pueblos débiles del mundo... Los gobiernos de la clase capitalista se han negado a reconocer a Rusia como gobierno. Aún buscan y esperan que se produzca otra revolución en Rusia que arrebatase el poder y el control del gobierno de manos del campesinado y los devuelva a la clase privilegiada. En esa hora, todos los gobiernos que aún no reconocen a Rusia reconocerán este gobierno. Pero nosotros, los miembros de la Asociación Universal para el Mejoramiento del Negro, como dije, teníamos nuestras propias ideas y nuestra propia opinión en cuanto al nuevo gobierno de Rusia. Y no admitimos vacilaciones; sin reservas, no podemos dejar de estar en favor de la existencia de un gobierno democrático social en Rusia o en cualquier otra parte del mundo, porque somos de la clase que gobierna a Rusia y, naturalmente, nuestras simpatías deben estar con la gente que siente con nosotros, que sufre con nosotros.³⁵

Al realizar esta evaluación, el nacionalismo garveyista se distingue del nacionalismo burgués ordinario que no habría ido tan lejos como lo hizo Garvey al elogiar a Lenin, ensalzar el socialismo y señalar el importante papel del campesinado en la revolución. El aprecio de Garvey hacia la Revolución de Octubre se debía a lo que ésta había hecho para poner fin al colonialismo y la opresión nacional dentro del imperio ruso. Aquí, las simpatías e identificación de Garvey estaban marcadas por una fuerte identificación con las luchas de los oprimidos por su autodeterminación, más que por un enfoque racial estrecho de las metas políticas y económicas. Hablar tan osadamente en 1924 y en los Estados Unidos ilustra la fuerza del antimperialismo de Garvey, a pesar de los choques que se produjeron entre su movimiento y el Partido Comunista de los Estados Unidos en especial, y a pesar de sus planteamientos anticomunistas posteriores en general. Porque el movimiento de Garvey no era un movimiento proletario, ni era el garveyismo una ideología proletaria. Era un «movimiento nacional basado en la alianza del proletariado y la pequeña burguesía (...) bajo dirigencia pequeñoburguesa». Como tal, alentó el anticomunismo, y no sencillamente la «hostilidad al comunismo norteamericano».³⁶ Indiscutiblemente, las ideas anticomunistas de Garvey se formularon principalmente en relación con la situación norteamericana, y es cierto que dijo: «Estoy en contra del tipo de comunismo que se enseña en los Estados Unidos».³⁷ Pero esto no debe llevarnos a la conclusión de que de haber encontrado Garvey comunismo en otro lugar, lo hubiera abrazado. El comunismo es una ideología de la lucha de la clase obrera para abolir el capitalismo y construir relaciones sociales libres de la explotación de clase. Esta

³⁵ *Ibid.*, p. 252-3.

³⁶ *Ibid.*, p. 254.

³⁷ *Philosophy and Opinions*, vol. II, p. 333.

lucha por el socialismo no era, sin embargo, el problema principal que encabraba Garvey. Antes de ello, había que superar otros obstáculos históricos. El primer imperativo político de los tiempos de Garvey era la liberación de millones de personas sometidas al dominio colonial, incluido un número importante de negros, que eran oprimidos y explotados en cualquier parte del mundo que se encontraran. Éste era un requisito indispensable para el avance histórico posterior. Pero el encuentro entre los comunistas y el movimiento de Garvey dio a los primeros la gran responsabilidad de apreciar la naturaleza de clase del movimiento de Garvey, su significado histórico y la necesidad de trabajar con él para desarrollar su fuerte instinto democrático revolucionario y sus posibilidades de cambio. El encuentro fue también de importancia porque parte de los firmes dirigentes obreros de la década del treinta, entre ellos Hugh Buchanan, considerado el primer comunista jamaicano, pasaron del garveyismo al comunismo.³⁸

De hecho, el instinto de clase del movimiento de Garvey condujo a agudas posiciones ant imperialistas. El propio Garvey dirigió la crítica a las democracias burguesas:

Las leyes de nuestra civilización tienen sólo una interpretación para el pobre e ignorante; para aquellos de riqueza y poder, hay muchas interpretaciones. Por tanto, a los pobres generalmente se les condena por el único significado, mientras a los ricos se les libera por las muchas interpretaciones... Los ideales de libertad y rectitud sólo prosperan en el siglo XX cuando coinciden con el petróleo, el caucho, el oro, los diamantes, el carbón, el hierro, el azúcar, el café y otros minerales y productos deseados por los capitalistas privilegiados y los dirigentes que controlan los sistemas de gobierno.³⁹

En una petición al Senado y a la Cámara de Representantes de Liberia en 1924, después que la compañía Firestone había obtenido concesiones de tierra en el país, mientras se retiraban las concesiones de tierra a la UNIA por la presión de las potencias coloniales, Garvey escribió:

Es nuestra firme creencia que las concesiones a Firestone en Liberia le conducirán en última instancia a buscar la usurpación del gobierno, como ha ocurrido en la república negra de Haití, después que compañías blancas similares entraron allí bajo el pretexto de desarrollar el país.⁴⁰

En esta petición, Garvey advertía de los peligros que después tomaron el nombre de neocolonialismo. En otros planteamientos en que criticaba el monopolio de la burguesía, Garvey advertía:

³⁸ Rupert Lewis, «Hugh Clifford Buchanan Jamaica's First Marxist», *Socialism*, diciembre de 1974.

³⁹ *Philosophy and Opinions*, vol. II, p. 333.

⁴⁰ *Ibid.*, vol. II, p. 392

Los estadistas actuales cometen el mayor error de la era si creen que puede existir la paz sin equidad y justicia para toda la humanidad. Cualquier intento de desarme cuando la mitad del mundo oprime a la otra mitad es sólo una farsa, pues los oprimidos harán que más tarde o más temprano sus opresores se armen.⁴¹

También comprendió las fuerzas de mercado en competencia que conducen a las guerras. En el ensayo «El capitalismo y el Estado», escribió:

Las guerras modernas son en general producto de intereses capitalistas insatisfechos... A hombres como Morgan, Rockefeller, Firestone no debe permitírseles que embrollen al país en disputas foráneas que conduzcan a la guerra por satisfacer sus egoísmos personales, individuales o corporativos, y la codicia de más riquezas a expensas de las masas inocentes de los dos países.⁴²

CONCLUSIÓN

Este análisis del nacionalismo garveyista muestra que incluyó un fuerte elemento anticolonial que en ocasiones lo hacía señalar hacia conclusiones revolucionarias. La fuerza principal del movimiento, que le dio un filo radical, fue la creciente determinación de los negros pobres de obtener su libertad. El negro pobre tenía que soportar no sólo la carga de la explotación económica, sino también las de la opresión racial y colonial. Esta posición de los seguidores de Garvey, así como la propia conciencia de éste de la lucha de su pueblo por la dignidad y el lugar que le correspondía en el mundo, lo llevó a formular posiciones caracterizadas por una perspectiva genuinamente democrática. Los fracasos y logros de su activismo político deben constituir útiles lecciones en las luchas actuales contra el neocolonialismo y el imperialismo.

⁴¹ *Ibid.*, vol. I, p. 33.

⁴² *Ibid.*, vol. II, p. 72.

Antecedentes, desarrollo y agonía del Partido Unión de Puerto Rico

Haroldo Dilla Alfonso

El auge revolucionario que recorrió las Antillas hispanoparlantes en las tres décadas finales del siglo XIX, fue frustrado momentáneamente por la expansión imperialista norteamericana con la complicidad de los sectores burgueses con intereses afines a ella.

Desde principios del siglo actual Cuba y la República Dominicana habían quedado sujetas a la total dependencia neocolonial con respecto a Estados Unidos. El control comercial establecido en la centuria anterior fue remachado ahora con una avalancha de inversiones directas e indirectas, así como con la sujeción política más o menos encubierta, siempre con el «apoyo moral de las cañoneras». Ello acarreo notables reordenamientos internos, entre ellos la total subordinación de las incipientes burguesías nativas, las que, aún cuando tendieran a su integración a la dominación imperialista como burguesía dependiente, conservaban el control directo sobre la producción.¹

Las manifestaciones políticas e ideológicas opuestas a la penetración e injerencia norteamericanas en los primeros años de nuestro siglo, tuvieron su base social en los estratos más avanzados de la burguesía nacionalista, incluyendo aquí a la pequeña burguesía. Ya en 1929, Mariátegui alertaba acerca del con-

¹ «En Puerto Rico es difícil precisar al nivel actual de las investigaciones, una burguesía nacional con todos los atributos que ésta posee. Pero dado que, por causas que resultan obvias en el curso de esta exposición, la burguesía nativa fue capaz de expresar criterios nacionalistas en bloque; y en aras de simplificar la exposición del tema, llamamos indistintamente a esta clase con los calificativos de nativa, nacionalista, etc., a sabiendas de la diferencia abismal que existe entre este conglomerado social de hacendados agroexportadores, pequeños comerciantes e industriales, etc., y las burguesías nacionales de México, Argentina o Brasil». (Rodney Arismendi: «Acerca del papel de la burguesía nacional en la lucha antimperialista», en *El movimiento contemporáneo de liberación y la burguesía nacional*. Praga, Paz y Socialismo, 1911, p. 120.)

tenido peculiar del nacionalismo burgués en el área caribeño-centroamericana. Analizaba el brillante pensador marxista que en nuestros países, dadas las características agresivas que adquirió la expansión imperialista, la burguesía y la pequeña burguesía fueron más susceptibles de formular programas nacionalistas de corte antimperialista.²

En el caso de Puerto Rico, este fenómeno adquiere características más acentuadas. En la isla, antes de 1898, los vínculos económicos con Estados Unidos eran mínimos, a diferencia de Cuba y República Dominicana, donde la penetración económica yanqui, —aún cuando siempre iba acompañada de presiones extraeconómicas— precedió al impacto del «Gran Garrote». Por ello el anexionismo fue una corriente política tardía en Puerto Rico, aparecida sólo a fines del siglo, cuando la situación económica de los hacendados boricuas se hizo insostenible bajo el régimen colonial español, y muchos políticos oportunistas otearon en el horizonte las huestes invasoras de Guánica. Pero las figuras más relevantes del liberalismo, al menos hasta 1898, fueron antianexionistas. Uno de ellos, Mariano Abril, resumía así su convicción: «Con la anexión a los Estados Unidos, ¿que conseguiríamos?. Cambiar de dolor y nada más. Seguiríamos siendo colonias explotadas... pensar que los yanquis han de darnos todas sus libertades y todo su progreso por nuestra bonita cara es pensar cebada. Nos darían, sí, aquellas libertades que ellos juzgasen adecuadas a nuestra cultura a cambio de una explotación amplia y segura.»³

Al mismo tiempo, el proceso de penetración imperialista, iniciado en 1898, adquirió tintes dramáticos, por su rapidez y magnitud dentro de la dominación colonial. La burguesía boricua, asediada por presiones económicas y extraeconómicas; incapacitada por su debilidad intrínseca como ninguna de sus homólogas antillanas, no tuvo más alternativa que el retroceso. Por ello, las banderas del nacionalismo acogieron bajo sus sombras a un mosaico de sectores afectados por la omnipresencia imperialista, que iban desde politiqueros desplazados de las prebendas públicas, hasta patriotas sinceros, interesados, desde su óptica clasista, en el desarrollo nacional.

La gran tragedia de la burguesía nacional boricua fue haber debutado en los quehaceres patrióticos cuando su clase estaba doblemente condenada: a corto plazo por la absorción imperialista; a largo plazo por la inevitable negación que portaba en sí su sepulcra, la clase obrera. De aquí se desprende que sólo es posible un análisis objetivo de esta clase y su vocación política, si partimos de su ubicación social intermedia, entre la presión monopolista y las luchas sociales del proletariado emergente. En ello radicó la debilidad del nacionalismo boricua en las dos primeras décadas del siglo actual, cuyos reflejos directos fueron las vicisitudes y vacilaciones del Partido Unión de Puerto Rico.

² J. C. Mariátegui: «Punto de vista antimperialista», en *Ideología y política*, Obras completas, vol. 13, Lima, Amauta, 1974, p. 91.

³ Citado por J. L. Silén: *Historia de la nación puertorriqueña*, Río Piedras, Editorial Edil, 1973, p. 137.

EL LIBERALISMO DECIMONÓNICO: CRISIS ECONÓMICA Y OPORTUNISMO POLÍTICO.

«La patria está en pe'igro de perpetua esclavitud. La patria está pactando con España.»

EUGENIO M. DE HOSTOS

«El honor es un tesoro
del que lo sabe guardar
lo he visto cambiar por oro
esto no se ha de admitir.»

(Canto popular puertorriqueño)

Los antecedentes del nacionalismo boricua en los primeros años del coloniaje norteamericano, hay que buscarlos en los procesos socioeconómicos y políticos que se ventilaron en la isla durante los últimos 30 años de dominación española. Recordando a Fernando Ortiz es posible decir que la historia económica del país fue la del contrapunteo del café y del azúcar, lo que determinó notables diferencias regionales de organización socioeconómica. En realidad, el elemento que dio unidad al proceso socioeconómico boricua fue la intervención imperialista yanquí, sólo que en función de los intereses monopolistas foráneos.

Durante toda la primera mitad del siglo XIX fue el azúcar la actividad agro-exportadora predominante, tanto por sus niveles comerciales como por su dinamismo. A su lado vegetaban otros cultivos como el café y el tabaco, cuyos lentos crecimientos siempre operaban en detrimento del fondo agrícola de consumo. A partir de la década del 60 los volúmenes de exportación del azúcar tendieron al estancamiento y el porcentaje de los valores de exportación del producto se redujeron con respecto al café y al tabaco. En 1888 el azúcar había sido definitivamente superada por el café como renglón de exportación. En 1897 el valor del café exportado triplicaba al azúcar.

Más que un simple desplazamiento de uno a otro renglón, ello encerraba importantes cambios en la evolución socioeconómica de la isla. El problema no era tanto lo que se producía, sino cómo se producía. El azúcar representaba el desarrollo de formas superiores de producción. Su crisis se inscribe dentro de la debilidad del sistema socioeconómico insular y de la incapacidad de la burguesía azucarera para darle unidad al proceso económico colonial. El café no desplazó al azúcar, sino que prosperó sobre sus ruinas. La industria azucarera puertorriqueña, raquítica, con bajos niveles de concentración y productividad, huérfana en medio de la vorágine competitiva del mercado norteamericano, sucumbió ante sus émulos más capaces, principalmente el azúcar cubano. En 1896 la isla sólo exportaba 62 000 toneladas del producto, y cubría precariamente el 2% del mercado norteamericano.

El café representaba la consolidación de formas de producción doméstica, con bajísimos niveles productivos, basada en la pequeña y media propiedad.⁴ El

⁴ Al respecto pueden ser consultados el *Report on the Census of Porto Rico*, realizado por el War Department, Office Director Census of Porto Rico y publicado en

auge en la producción que se verificó a partir de 1870 estuvo vinculado directamente a la protección metropolitana, al aseguramiento de los mercados de Cuba, España y otros países europeos, y al ascenso de precios del producto a partir de 1876, cuando Estados Unidos liquidó las barreras proteccionistas al producto. Sin embargo, el café boricua nunca fue aceptado en Estados Unidos, donde predominaba su homólogo brasileño, más barato y de peor calidad.

Fue un auge menesteroso. En la década del 90 los productores cafetaleros estaban agobiados por los bajos precios del producto, en un mercado sobresaturado y afectado por las incidencias de la guerra de liberación de Cuba; y endeudados con los comerciantes peninsulares que controlaban el crédito de la isla.⁵ Se calcula que en 1898 una hectárea de terreno cultivado producía un promedio de 10 a 14 quintales de granos, pero no era raro que el rendimiento se redujera a un quintal. Es fácil comprender, con tales antecedentes, la situación precaria de los cafetaleros y la indefensión en que se encontraban cuando entró al país la avalancha de capitales monopolistas yanquis a principios de la actual centuria.

La dualidad azúcar-café sirve de base para explicar las características de las relaciones sociales de producción establecidas en la isla. A diferencia de sus vecinas caribeñas, la esclavitud nunca fue una relación fundamental en Puerto Rico. Por ello la abolición de la esclavitud fue inscrita, desde los primeros momentos, en las banderas del liberalismo político que propugnaban los hacendados criollos. No se trata de revivir el mito de la «esclavitud patriarcal», tan caro a los historiadores burgueses, sino de precisar que, dadas las condiciones específicas de la economía boricua, la abolición era una demanda de fácil solución. La contrapartida del abolicionismo fueron las exigencias de incrementar los mecanismos de control extraeconómico de la mano de obra libre. En 1837, bajo el gobierno del tenebroso López Baños, se dictó una disposición que establecía la obligación de todos los habitantes sin oficio o

⁵ El crédito era una función del comercio importador. Había cuatro bancos en la isla, tres de ellos en manos de los peninsulares. Los altos intereses del crédito habían enredado a los productores nativos en las mallas de los comerciantes españoles. Hacia el final del dominio español estos últimos habían contraído importantes intereses en la agricultura, lo que explica que hicieran frecuente causa común con los autonomistas en sus campañas económicas. Mucho más resistentes fueron algunos propietarios extranjeros, principalmente franceses, residentes en el país. (N. del Autor.)

Washington en 1900 y el libro de Edmundo Colón, *Datos sobre la agricultura de Puerto Rico antes de 1898*, publicado por la Editorial Cantero, San Juan, 1930. Aún con la reserva que inspira el hecho de que ambas fuentes —y otras análogas— tienden a trabajar con promedios nacionales y regionales en aspectos vitales como la propiedad de la tierra, muy variados según el cultígeno, la región, etc., algunos datos al respecto pueden ser ilustrativos. En 1898 una plantación azucarera del oriente de la isla tenía una extensión promedio de 107 cuerdas y una capacidad de molida por ingenio de 8 424 arrobas diarias. En el occidente, donde la industria azucarera nunca rebasó la modestia del trapiche, los promedios eran de 6 cuerdas y 819 arrobas respectivamente. El promedio de una hacienda cafetalera era de 7 cuerdas en el occidente y 4 en el oriente. Los dos extremos de esta distribución eran Humacao en el oriente y Aguadilla en el occidente. (N. del Autor.)

profesión reconocidos a emplearse en las haciendas. A ello se agregó en 1849 el establecimiento de las «libretas de jornaleros», cartillas de control que limitaban al máximo la libertad de movimiento de los peones. Estas medidas, que reflejaban la incapacidad de la incipiente burguesía rural para sujetar la mano de obra libre con métodos puramente económicos, fueron adecuadas de forma diferente al azúcar y al café. Aún cuando muchos ingenios fueron desmantelados con la crisis del azúcar, fue ostensible una tendencia a la expansión de las plantaciones cañeras en detrimento de la pequeña propiedad agrícola, de forma que los campesinos desplazados quedaban sujetos a la fábrica de azúcar en calidad de braceros. A cambio recibían una pequeña parcela de subsistencia que se combinaba, y fue paulatinamente sustituida, por formas más racionales de explotación como el pago de salario en forma de fichas o vales.

En los departamentos cafetaleros, en cambio, la tendencia fue al establecimiento de pequeñas estancias, bien en calidad de propiedades o de aparcerías. Esta relación, aún cuando significaba una forma de explotación clasista, se cubría con un manto de paternalismo. En realidad las condiciones de vida de los «agregados» y minifundistas cafetaleros dejaba poco lugar a la envidia.

Sobre estas formas de explotación se erigían las clases dominantes de la sociedad boricua: por un lado, los hacendados azucareros y cafetaleros, anteriormente descritos, y por otra la caterva de funcionarios, militares, comerciantes peninsulares, usureros, etc., que detentaban el poder político colonial. Ambos grupos se nuclearon en dos partidos, liberales y conservadores, respectivamente. Las luchas políticas entre ambos llenaron páginas tumultuosas de la historia boricua decimonónica. Los primeros optaban por reformas políticas que iban desde la asimilación hasta la autonomía; los segundos por el mantenimiento del *status quo* tradicional. La burguesía liberal boricua nunca fue independentista. Aún cuando algunos de sus miembros coquetearon con el independentismo durante los preparativos de la insurrección de Lares, las detonaciones épicas de San Sebastián del Pepino fueron demasiados estridentes para sus crispados nervios. La independencia se frustró temporalmente⁶ y los liberales se dedicaron al forcejeo legal, tratando de obtener de España lo que España misma no tenía. Desmantelados en 1887 por la represión integrista, los liberales se reconstituyeron en 1891 bajo la jefatura de Luis Muñoz Rivera con la denominación de Partido Autonomista. La historiografía burguesa ha reclamado dos méritos para el liberalismo boricua: la abolición de la esclavitud en 1873 y la carta autonómica de 1897. Dos méritos bastante discutibles.

El primero, la abolición de la esclavitud, fue una medida conservadora. La decadente institución no fue abolida, sino rematada después de una larga agonía prolongada por los elementos negreros. La abolición se hacía sobre la

⁶ Ver al respecto el artículo de Ramón de Armas, «El otro pasado de Puerto Rico», en revista *Casa de las Américas*. La Habana, enero-febrero de 1972, año XII, n. 70, y «José de Diego: una etapa del independentismo puertorriqueño» de H. Dilla y J. Gómez, en revista *Santiago*, Santiago de Cuba, diciembre de 1979, n. 36.

base de un préstamo de 35 millones de pesetas que embargaban las rentas internas de la isla. Los libertos quedaban en situación servil por tres años y sin condiciones políticas por otros cinco. El segundo mérito, la Carta Autónoma de 1897, entronca directamente con el proceso político posterior y por ello merece un especial análisis.

En los momentos en que José Martí inscribía en la base primera del Partido Revolucionario Cubano la independencia de Puerto Rico, y en que Betances, Hostos y otros separatistas sinceros se dedicaban con todos sus bríos a dar la batalla final por la soberanía nacional, la burguesía liberal se abocaba en un callejón sin salida, angustiada por su situación depauperada y temerosa de que la insurrección cubana se extendiera a Puerto Rico. Al igual que cuando Lares, se negaron a prestar su concurso a cualquier intentona separatista. En 1897 se produjo un levantamiento en Yauco con el objetivo de preparar condiciones para la independencia a través de una guerra irregular de hostigamiento. Incluso se enviaron algunos delegados del P.R.C. a Puerto Rico para contactar con las altas personalidades del liberalismo. Ambos hechos recibieron la misma respuesta. Batiendo palmas con los integristas, recibieron alborozados la noticia del fracaso de Yauco. A los delegados independentistas les dijeron, por boca de Muñoz Rivera: «...considero que la independencia de mi patria es absolutamente imposible. Nuestras masas están carentes de una educación cívica completa. Ellas nunca lucharán y nunca lucharon con la fuerza de las masas cubanas. Intentar esta fuerza equivaldría a un suicidio completo».⁷

Con un cinismo sin igual los liberales descargaban en las masas sus incapacidades para la vocación revolucionaria. Unos años antes otro ideólogo liberal, Vizcarrondo, había dicho: «No creo conveniente que siga Puerto Rico la buena o la mala suerte de Cuba... tenemos diferentes inclinaciones... y otras aspiraciones... vivamos en amistosa separación. Ya que no quiero mi isla colonia de España, sino provincia española, no querría verla nunca colonia de Cuba. El esclavo más infeliz es el esclavo del liberto».⁸ No por más franco, nos resulta esto menos repugnante, sobre todo cuando a la sazón, desde el lejano París, Betances confesaba no haber separado nunca la causa de Cuba y la de Puerto Rico, pues, le era difícil «renunciar a tan hermoso sueño».

El ascenso de Luis Muñoz Rivera a la dirección del partido otorgó nuevos bríos a la gestión reformista. Muñoz distaba leguas de la integridad política de Baldorioty, pero a la burguesía puertorriqueña lo que le hacía falta no era el talento y probidad de Baldorioty, sino la inescrupulosidad de Muñoz. Desde las páginas de *La Democracia*, libró una campaña propagandística encaminada a allanar el camino a las más mezquinas componendas. «No nos empeñemos en librar batallas inútiles y en perseguir anhelos de realización

⁷ Citado por E. Berbusse: *The United States in Puerto Rico*, The University of North Carolina Press, 1966, p. 51.

⁸ Ibidem, p. 242.

imposible... no gastemos nuestros bríos en fantásticas lides. Somos hombres de nuestro siglo, eminentemente positivistas en el sentido noble y generoso de esta frase; no es la época para generar sueños y dar forma a livianos espejismos. El platonismo a nada conduce en nuestra época».⁹

Los frutos del «pragmatismo» de Muñoz fue un acuerdo del Partido referente a establecer una alianza con algún homólogo metropolitano con posibilidades de triunfo y que prometiera, a cambio del apoyo insular, la autonomía. Al efecto partió para España en 1896 una comisión presidida por Muñoz.

Aún cuando muchos personajes del partido entendieron como única solución la alianza con un partido republicano, Muñoz fue más lejos, y se fusionó con el partido liberal-monárquico de Sagasta, de forma que el Partido Autonomista quedaba convertido en un apéndice del metropolitano. Esta fue la última carta jugada por la burguesía criolla para conjurar, desde el poder limitado, la crisis global que se le encimaba.

La fusión produjo una escisión interna en el partido. La mayoría quedó en las filas del Partido Liberal (fusionista) encabezado por Muñoz. Una minoría se separó para fundar el Partido Autonomista Histórico (ortodoxos o puros), encabezados por José Celso Barbosa. Una parte de los integristas, llamados «oportunistas», se alió con los liberales.

A fines de 1897 se puso en vigor la Carta Autonómica para Puerto Rico. Establecía un Consejo de Administración de 15 miembros y una Cámara de Representantes de 32. Todas las prerrogativas políticas del gobierno presidido por Muñoz podían ser anuladas en caso de dictarse el estado de guerra, justamente lo que hizo el General Macías en abril de 1898. En mayo los habitantes de San Juan conocieron directamente el estado de guerra cuando la flota de Sampson bombardeó la ciudad indefensa.

La «gran victoria» autonomista había durado apenas unas semanas. Tan dudosa como la abolición de la esclavitud, no sólo por su duración, sino porque al igual que aquella, sólo remataba un cuerpo agónico. El colonialismo español en Puerto Rico estaba condenado a muerte. La independencia era, como sigue siéndolo actualmente, una necesidad histórica. Fue precisamente ésta la que quiso evitar Muñoz. Por entonces escribía a Antonio Maura: «Hace un año uno podía observar los inicios de movimientos revolucionarios... pero hoy estas tendencias están desapareciendo en la isla. La isla está con nosotros, y nosotros estamos con España».¹⁰

⁹ Citado por Lidio Cruz Monclova: *Noticias y pulso del movimiento político puertorriqueño*, México, Editorial Orión, 1975, p. 63.

¹⁰ Citado por Berbusse: ob. cit., p. 56.

EL IMPACTO IMPERIALISTA. LA ABSORCIÓN ECONÓMICA Y EL DISLOCAMIENTO SOCIOPOLÍTICO.

«Perdonad, caballeros, al cielo y a la tierra que hayan hecho estas islas mucho antes de la guerra. Perdonad que estuviéramos tantos hombres nacidos sin que en ello mediaran los Estados Unidos.»

JOSÉ DE DIEGO

«...la propaganda yanqui volvió a adormecer la conciencia boricua. Aquietados nuestros recelos, ante los ojos de propios y extraños, se nos presentó como país gozando de extraordinaria prosperidad, debido exclusivamente a la presencia de la mágica bandera norteamericana.»

PEDRO ALBIZU CAMPOS

Un comentarista de la época calificó de «paseo militar» a la Guerra Hispano-Cubana-Americana. Aún cuando haga abstracción —muy mal intencionada, por cierto— de los tres años de guerra de liberación que le precedieron en Cuba, el juicio es válido para referirse a las «batallas navales» que culminaron con la rendición de España. En Puerto Rico particularmente, la guerra tuvo carácter carnavalesco. Las tropas yanquis, avanzando en cuatro columnas, ocuparon la isla en dos semanas a un costo de seis escaramuzas y cuarenta y cuatro bajas. En Yauco, un oficial español los recibió festivamente al grito de ¡Viva Puerto Rico Americano! El general Miles puso el imprescindible ingrediente farisaico en una proclama que anunciaba a los puertorriqueños el arribo de una nueva era pletórica de prosperidad, democracia y respeto a la propiedad.

Desde su lecho de muerte, en el lejano París, Betances advirtió la gravedad del hecho y propuso la única solución posible: esperar a los invasores con ejército y gobierno constituidos. Hostos, Zeno Gandía y otros patriotas honestos trataron inútilmente de conseguir la soberanía nacional. Los líderes liberales, que habían desplegado en meses anteriores una briosa combatividad verbal, prefirieron permanecer expectantes.

El 11 de abril de 1899 el Tratado de París estableció legalmente la posesión de Estados Unidos sobre la isla. El primero de mayo de 1900 ocupó su puesto el primer gobernador civil bajo el amparo de la Ley Foraker. Le habían precedido cuatro gobernadores militares. La historiografía tradicional destaca en ese período dos hechos: el ciclón de San Ciriaco y la Ley Foraker. El primero, chivo expiatorio de los males de la isla, destruyó viviendas, almacenes repletos de mercancías, cafetales y otros bienes. Los puertorriqueños habían conocido algunos similares y se habían repuesto de ellos. Lo que nuestros vecinos caribeños nunca habían conocido, y de lo que nunca se han podido reponer, fue del desquiciamiento socioeconómico que acarreó consigo la ocupación norteamericana.

El segundo hecho, la Ley Foraker, punto de referencia de todos los bandos hasta su derogación en 1917, fue simplemente el status legal a un hecho con-

sumado. Se definía como una ley para proveer «temporalmente, de rentas y un gobierno civil a la isla de Puerto Rico, y para otros fines». A Puerto Rico se le concedía el nada envidiable status de «territorio», eufemismo que escondía al descarnado régimen colonial. Sus habitantes, ciudadanos de Puerto Rico, gozaban del «privilegio» de la protección de Estados Unidos. El gobierno quedaba constituido por un gobernador civil con prerrogativas de virrey, entre otras el nombramiento de la Cámara Alta o Consejo Ejecutivo, compuesta de 11 miembros, 6 yanquis y 5 puertorriqueños; el derecho al veto; nombrar oficiales; el mando de las fuerzas armadas, etc. La Cámara Baja o de delegados, elegida por sufragio censal, se componía de 35 miembros, 5 por cada distrito. Cualquier proyecto de ley emanado de la Cámara de Delegados debía ser aprobado posteriormente por la Cámara Alta, el Gobernador y el Congreso norteamericano. De ahí que su poder fuera meramente representativo. Justamente para implementar estos mecanismos de sujeción política colonial, los legisladores yanquis ocuparon 22 de las 28 páginas del documento original. Pero lo que llevó el grueso del tiempo en las discusiones fue lo referente a las relaciones económicas entre la metrópoli y la colonia, condimentadas por las discrepancias entre los republicanos proteccionistas y los demócratas libre-cambistas. En este sentido la Ley Foraker sirvió para congeniar los intereses opuestos de los círculos monopolistas norteamericanos. Pero para los puertorriqueños, además del oprobio y la regresión que en todos los órdenes significaba con respecto a la Carta Autonómica de 1897, la ley sólo remachó y amplió lo establecido *manu militari* en los 20 meses y medio que le precedieron. Ya por entonces los puertorriqueños comprendían el verdadero significado de la proclama de Miles, mal traducida dos años atrás: donde el generalote yanqui decía prosperidad y propiedad, se refería a la de los grandes consorcios monopolistas; cuando hablaba de democracia, amenazaba en realidad con la «democracia» imperialista norteamericana.

De hecho, en el plano puramente competitivo, la economía tradicional boricua era incapaz de soportar la avalancha de capitales monopolistas que le pisaron los talones a los invasores de Guánica. Pero para acelerar el proceso, los métodos económicos de extorsión fueron apuntalados por otros de coacción extraeconómica que bien pudieran figurar en sitial de honor del fariseísmo tradicional de la política de Estados Unidos.

La isla fue visitada por varias comisiones de norteamericanos, encargadas de estudiar sus condiciones, e incluso fueron consultados diversos personajes, entre los que figuraban notorios anexionistas, yanquis recién instalados en la isla y funcionarios del gobierno colonial. Todos coincidieron en señalar que los males de la isla residían en el anacrónico sistema agrícola y la depredadora estructura de créditos. Resulta difícil y demasiado largo explicar aquí todos los «remedios» adoptados. Observemos algunos.

Un primer paso dado por el gobierno interventor fue derogar el Código Español, considerado inferior al norteamericano, incluyendo la disolución del gabinete autonómico que fue sustituido por algunos colaboradores incondicio-

nales. La derogación del Código, más que un acto formal, fue la destrucción del sistema legal que protegía la estructura socioeconómica vigente en la isla antes de 1898.

Centrados los objetivos norteamericanos en el azúcar y otros productos del agro, las primeras disposiciones se dirigieron a desplazar a los propietarios nativos y extranjeros —sobre todo franceses— establecidos en la isla. A la par, era necesario lograr el control de los mecanismos crediticios y mercantiles en manos de los comerciantes españoles. Por último, como una necesidad para obtener un mercado de fuerza de trabajo y tierras baratas disponibles, resultaba forzoso reinvertir el proceso predominante en el siglo XIX de expansión de la pequeña y media propiedad cafetalera, toda vez que el café boricua no tenía cabida en el mercado yanqui.

Los agricultores cafetaleros y comerciantes ligados al ramo sufrieron el primer golpe aniquilador con la pérdida de los mercados español y cubano y la afectación de los europeos, principalmente el mercado francés, debido a las tarifas gravosas impuestas por Estados Unidos al producto. Esto redundó en una baja constante de la producción cafetalera y de su valor absoluto y relativo como renglón de exportación.

Otra medida que incidió notablemente en la crisis de las propiedades agrícolas, no solamente cafetaleras, fue el nuevo sistema de impuestos territoriales. El sistema fiscal español incidía en primer lugar sobre las aduanas, consumo, etc., de tal forma que las contribuciones indirectas sextuplicaban las directas. Pero incluso las contribuciones fijadas sobre la propiedad agrícola tomaban en consideración la producción de la hacienda, no su extensión. Esto resultaba ventajoso para los propietarios boricuas, sobre todo si tomamos en consideración que si bien el 76% de la tierra estaba distribuida, sólo se cultivaba el 21%. El promedio nacional de extensión de las haciendas era 45 cuerdas y el promedio cultivado 12, algo más de un 25%. Argumentando el derroche de tierras incultas y el absentismo de los propietarios —fenómeno que en realidad no era usual— se instauró un nuevo sistema de impuestos que tomaba en consideración la extensión de la propiedad, de forma que los propietarios nativos debían pagar una contribución mayor con ingresos menores a los de 1898. La medida se complementó con el congelamiento de los créditos, por lo que los hacendados y campesinos se vieron obligados a vender parte de sus parcelas, a precios que, violando la «sagrada» ley de la oferta y la demanda, fueron fijados a bajos niveles pretextando combatir la especulación. El resultado fue que entre 1901 y 1903, fueron expropiados 600 propietarios por no pagar las contribuciones establecidas.

Otra medida, la más impúdica entre sus avezadas émulas, fue la Ley de 500 Acres que fijaba en esa superficie la extensión máxima de cualquier propiedad en la isla. Con verdadera rigurosidad fueron expropiados decenas de propietarios azucareros. Consumado este paso, las compañías yanquis abarcaron miles de acres y la ley se convirtió en letra muerta.

Los banqueros y comerciantes españoles fueron afectados por estas medidas, dados los intereses comunes con los propietarios boricuas. Pero para ellos la legislatura norteamericana modeló un tratamiento especial. De por sí, el cambio de orientación comercial de la isla redujo la capacidad de regateo económico de los comerciantes. En 1897 los comerciantes españoles, principalmente catalanes, controlaban el tráfico de importación y buena parte de la exportación. Ahora quedaba limitada a una fracción del comercio importador desde Estados Unidos, lo que se tradujo no sólo en un cambio de orientación geográfica, sino del tipo de producto traficado y de operaciones económicas. Muchos de ellos se arruinaron y emigraron a España. Otros, ubicados en San Juan y las ciudades costeras del norte, quedaron sometidos, en calidad de intermediarios, a las casas monopolistas yanquis.

En el campo crediticio, los sectores peninsulares no pudieron soportar la presión del capital financiero yanqui. Sin cortapisas, los comisionados norteamericanos aconsejaron la sustitución del sistema bancario español por otro, más flexible y adecuado al «crecimiento de los negocios y empresas industriales.» Desde 1898, la actividad de los bancos españoles quedó sujeta a estricta regulación por los interventores y se les prohibió la emisión de billetes de bancos. El 12 de febrero de 1899 el gobernador Henry hirió de muerte los negocios españoles al dictar la ley contra los juicios hipotecarios: «queremos por medio de la presente —expresaba el decreto— en el interés de la equidad, y para salvar la industria agrícola de la pérdida y la ruina, que la mencionada ley de juicios hipotecarios y todos los procedimientos legales y judiciales bajo ella referidos a la propiedad agrícola e industrial sean suspendidas por el período de un año... siempre que el interés de tales deudas sea pagado a un precio fijo, a razón de una cantidad que no exceda el 12% anual.»¹¹

Una de las medidas más abusivas y contradictorias fue el canje de la moneda. Los puertorriqueños conocían los efectos de estos procesos, pues bajo el gobierno colonial español habían sufrido cuatro canjes, el último de los cuales redujo el capital líquido de la isla en un 27%. La ocupación planteó nuevamente el asunto, pero en otros términos; el valor del peso español con respecto al dólar. La medida del canje demostró como ninguna otra la ceguera e ineptitud de la burguesía boricua y española. Dado que los hacendados estaban endeudados con los banqueros españoles, y sus capitales líquidos eran mucho menores que las deudas, aplaudieron la medida y propusieron un cambio de 50 centavos de dólar por peso español. Los comerciantes, con grandes *stocks* de mercancías acumulados, vieron en ello la posibilidad de vender a mayor precio, y apoyaron a los hacendados. La medida fue finalmente aprobada con la sola oposición de los banqueros peninsulares. El canje se efectuó a razón de 60 centavos de dólar por peso español, disminuyendo de un golpe el capital líquido existente en la isla, con el consiguiente aumento del costo de la vida que golpeó con crudeza a las masas desposeídas.

¹¹ Ibidem, p. 93.

Lo embrollado que resulta la descripción de este proceso parte de que cada disposición enlaza indisolublemente con las anteriores, como segmentos perfectamente engarzados de una misma estrategia. Por otro lado, confunde al historiador la reacción de las clases dominantes tradicionales, que pretendieron dirimir sus contradicciones finiseculares sin comprender que estas habían pasado a un segundo plano y que la «solución» se planteaba ahora mediante la absorción completa de la economía insular por los monopolios yanquis. Datos bastante conocidos hablan, sin necesidad de comentarios, acerca de la intensidad del proceso de penetración imperialista en la nueva colonia. A fines de la década del 20 pertenecían a las compañías norteamericanas el 60% del azúcar, el 80% del tabaco, el 60% de los servicios y bancos y el 100% de las líneas marítimas, con un monto total de inversiones ascendentes a 120 millones de dólares.

A excepción de los sectores peninsulares más afectados, cuyo portavoz más relevante fue el ultraconservador Vicente Balbás Capó, las clases dominantes tradicionales aceptaron la ocupación como una garantía para sus intereses e incluso se regocijaron con las utópicas ventajas de la incorporación al sistema federal norteamericano. Los partidos formados en 1899 fueron una mera prolongación de las fracciones «fusionistas» y «ortodoxa» del antiguo liberalismo. Los primeros, capitaneados por Muñoz Rivera, dieron lugar al Partido Federal, anexionista condicional, propugnador de la autonomía municipal, y con vínculos con el Partido Demócrata metropolitano. Los segundos, acaudillados por Barbosa integraron el Partido Republicano, anexionista a ultranza.

Muchos contemporáneos consideraron que las diferencias partidistas, eran en realidad discrepancias personales entre ambos caciques políticos.

Pero en la medida en que arreció el proceso de absorción monopolista, y las esperanzas anexionistas se desvanecieron, se crearon las condiciones objetivas y subjetivas para la diferenciación de ambos partidos y un nuevo encuadramiento de la burguesía nativa, que no puede a pesar de los liderazgos u otras manifestaciones, entroncarse directamente con las tendencias políticas decimonónicas. Muchos republicanos pasaron al campo del nacionalismo, y otros tantos nacionalistas renegaron del credo patriótico para dedicarse de lleno a las andanzas americanizantes.

El Partido Republicano fue desde entonces el cubil de los elementos imbricados medularmente con la economía monopolista y de los políticos profesionales testaferros del gobernador. Su programa, no por impúdico deja de ser diáfano: «Nos felicitamos, y felicitamos a nuestro país, por ampararse bajo la bandera norteamericana, el reconocido emblema de la libertad, y nos esforzaremos para desarrollar la civilización, enseñar la lealtad, amar las instituciones norteamericanas y honrar a Washington, Lincoln y McKinley, cuyos nombres son familiares en toda la nación».¹² La labor de los «pitiyanquis» del Partido

¹² Gould Lyman: *La Ley Foraker: raíces de la política colonial de Estados Unidos*, San Juan, Editorial Universidad de Puerto Rico, 1969, p. 49.

Republicano llenan páginas de incondicionalidad pro-imperialista que despreciaron hasta los propios políticos del Potomac. Su principal órgano de prensa, *El Tiempo*, estuvo siempre al servicio de las causas más afrentosas. Balbás Capó, que polemizó acremente con los republicanos, explicó con una frase lapidaria la actitud desvergonzada de los anexionistas: «¡A que extremo conduce el agradecimiento del vientre!»¹³

Los sectores políticos marginados del poder, los grupos de la burguesía nativa, principalmente cafetalera, cuyos intereses chocaban con la expansión monopolista y la élite intelectual más avanzada, se nuclearon en el Partido Unión, erigido sobre las ruinas del Partido Federal. Esta fuerza política, electoralmente predominante desde 1904, será objeto de un análisis especial posteriormente.

La tercera agrupación política surgida con la ocupación, y que tuvo características totalmente nuevas en la historia nacional, fue el movimiento obrero, representado por la Federación Libre y el Partido Obrero Socialista. El carácter contradictorio del movimiento obrero en este período fue que, representando en el orden social la tendencia política más avanzada, no inscribió en sus banderas la solución del problema nacional y se pronunció oficialmente por el anexionismo, cuestión que repercutió negativamente en la formación de una conciencia revolucionaria en la isla.

Tradicionalmente se identifica al movimiento obrero con la figura dirigente de Santiago Iglesias Pantín, refugiado en la isla desde el siglo anterior, y caracterizado por sus francas inclinaciones proyanquis. Aunque todavía queda mucho por estudiar sobre esta materia, han quedado claras dos cosas: la primera, que al margen de sus posiciones anexionistas, el movimiento sindical boricua luchó abnegadamente y en condiciones muy difíciles por lograr las reivindicaciones sociales imprescindibles; la segunda, que la identificación arriba señalada es inexacta, que no todos los líderes obreros fueron anexionistas ni se prestaron a los devaneos traidores de los Iglesias Pantín y los Bolívar Pagán.

No obstante, nadie duda que la ideología oficial de la Federación Libre fue pronorteamericana, lo que indica una correlación de fuerzas en la dirigencia favorable a la opción anexionista.

Las causas de esta orientación han sido explicadas de formas muy diversas. Pero es indudable que en ella incidieron una multitud de factores. Antes de la ocupación, el movimiento obrero boricua estaba atomizado en gremios

¹³ La polémica apareció en el *Heraldo Español*, periódico que dirigiera Balbás, en 1907. Este curioso «francotirador» de la política colonial en Puerto Rico, ha sido muy poco estudiado, lo que constituye un lamentable vacío para la reconstrucción del período. Su obra se encuentra dispersa, salvo una serie de artículos recopilados bajo el título «Puerto Rico a los diez años de americanización.» Por escapar a nuestros objetivos no nos detendremos en este político. (N. del Autor.)

particulares, perseguidos e ilegales. Con la ocupación, Iglesias se dio a la tarea de centralizar al movimiento obrero en una Federación Regional, mezcla de anarquismo con socialismo utópico, afiliada al Partido Republicano.

Las disensiones internas obligaron a Iglesias, junto a la mayoría, a fundar una nueva central: La Federación Libre, y un Partido Obrero Socialista, éste último como una sección del homólogo norteamericano.

A partir de aquí, los contactos con los dirigentes de la American Federation Labour fueron frecuentes, mediante subvenciones monetarias, gestiones ante el gobierno y asesoramiento técnico. En buena medida ello ayuda a explicar la inclinación precoz de los dirigentes sindicales puertorriqueños a las directivas del gremialismo amarillo norteamericano.

La prédica anexionista de la Federación Libre siempre estuvo salpicada de alusiones a la unidad del movimiento obrero boricua con el norteamericano y a la posibilidad que ofrecía la «democracia» norteamericana para luchar por reivindicaciones socioeconómicas. Es innegable que la ideología anarquista predominante en los núcleos proletarios nativos allanó el camino para, en pos de una pretendida unión internacional de los obreros, renegar del concepto de patria. Pero ello por sí sólo no explicaría el asunto. El anexionismo fue fomentado e inculcado a los líderes obreros directamente por la dirigencia sindicalista yanqui encabezada por Samuel Gompers, devenido así en agente activo de la americanización de la isla. Cuando en 1900 Iglesias visitó la sede de la A.F.L., Gompers se hizo cargo directamente de su adiestramiento. «El presidente Gompers —escribe Iglesias en sus memorias— sabía que yo procedía de una escuela socialista de origen revolucionario, y su empeño fue mayor en que aprendiera en la vida real lo que solamente era conocido por mí en teoría adquirida en un ambiente literario apasionado muy limitado para el completo análisis de las sociedades humanas».¹⁴ Aclaremos que si Gompers fue buen maestro, Iglesias fue mejor alumno. Regresó admirado de la sociedad norteamericana y terminó su triste y larga existencia convertido en declarado lacayo de las utilidades imperialistas en el Caribe.

Objetivamente, el sistema político norteamericano fue capaz de ofrecer un mayor margen de actividad sindical, dentro de los moldes de la democracia burguesa, más restringidos aún en un país colonial, que la fenecida dominación española. Pero no resulta demasiado aventurado señalar que en los primeros años de la ocupación yanqui, cuando la penetración imperialista exigía una modernización de las relaciones de producción, los intereses de estos dos polos coincidieron tácticamente. Medidas como los aumentos de salarios en moneda norteamericana —necesarios para formar un mercado interno y favorable a la banca yanqui—, la prohibición del pago en fichas o vales, la ruptura de la sujeción personal de los braceros del interior mediante la incentivación económica en las ciudades y zonas azucareras, y otros tantos aten-

¹⁴ Santiago Iglesias Pantín: *Luchas emancipadoras*, San Juan, Cantero Fernández and Co., I.N.C., 1929, p. 197.

tados económicos contra la burguesía nativa, fueron aplaudidos con sincero entusiasmo por los líderes obreros.

Resulta altamente sintomático que la mayoría de las huelgas exitosas que libraron los sindicatos en este período fueran dirigidas contra propietarios puertorriqueños, lo que provocó más de una vez la protesta airada de la élite liberal. Ingenuamente los líderes sindicales remitían la causa de la política colonial antiobrera a las intrigas de la «aristocracia criolla y española». Las ilusiones del coyuntural maridaje entre el gobierno y el movimiento obrero se desvanecieron pronto. Consolidada la propiedad monopolista azucarera y en otros ramos de la producción y los servicios, los huelguistas fueron invariablemente reprimidos por el ejército y las imprescindibles bandas paramilitares.

Sin embargo, el anexionismo dentro del movimiento obrero no fue únicamente el producto de las palabras melosas de Gompers o de la complacencia coyuntural de uno u otro gobernador.

Buena parte de la responsabilidad de esta nefasta desviación ideológica recae históricamente en la ineptitud de la burguesía nacionalista, que no pudo formular un programa social atractivo a las masas depauperadas, que rompiera a su favor el triángulo contradictorio cuyos vértices eran ella misma, el movimiento obrero y el complejo político y económico de dominación imperialista. Es cierto que el elitismo tradicional de los hacendados boricuas debió incidir, en el plano puramente ideológico. Pero la causa determinante de la incapacidad de la burguesía nacionalista para captarse a los sectores obreros industriales y jornaleros agrícolas, estaba ante todo determinada por factores objetivos, dentro del marco de las relaciones sociales de producción. Durante todo el siglo XIX las relaciones de los caficultores con sus peones y aparceros estuvieron marcadas por el sello del patriarcalismo.

Desde fines del siglo, acicateados por la crisis, los hacendados trataron de incrementar los niveles productivos mediante la renovación técnica; y a la vez, aumentar la norma de explotación de peones y aparceros. Pero con la ocupación norteamericana, ese proceso paulatino devino en brusco y desesperado forcejeo, toda vez que la sindicalización brindaba a los jornaleros mayores oportunidades de exigencia. Incapaces económicamente de afrontar la rigurosidad de la competencia monopolista, descargaron sus adversidades sobre las masas explotadas.

Un visitante norteamericano, en 1905, explicaba lúcidamente el problema: «... hace pocos años y especialmente desde las huelgas agrícolas, la actitud patriarcal del patrono para con el trabajador se está abandonando y está siendo reemplazada por una actitud muy diferente, basada en una relación puramente contractual. La aspiración del patrono al presente es la de asegurar trabajadores más baratos como le sea posible, y la de los trabajadores la de obtener los salarios más altos»¹⁵

¹⁵ Ibidem, p. 197.

Con su agudeza y conservadurismo habitual, Balbás, desde las páginas del *Heraldo Español* alertaba: «De ahí la gravedad creciente del problema obrero. De ahí las huelgas repetidas, cada vez más temibles».¹⁶

¿INDEPENDENCIA O ANEXIÓN?: LAS TENDENCIAS SOCIOPOLÍTICAS DEL PARTIDO UNIÓN

«En todo nacionalismo burgués de una nación oprimida hay un contenido democrático general contra la opresión y a este contenido le prestamos un apoyo incondicional, apartando rigurosamente la tendencia al exclusivismo nacional.»

V. I. LENIN

«Si algún fenómeno en la historia puertorriqueña clama por una aproximación crítica, es el nacionalismo puertorriqueño... Me refiero más bien a la necesidad imperiosa que existe de que se enfoque el nacionalismo boricua desde la perspectiva del pensamiento crítico, es decir, de la corriente teórica del materialismo histórico»

MANUEL MALDONADO DENIS

Las ambigüedades del Partido Unión fueron la expresión subjetiva, en el campo de la ideología política, de la ubicación objetiva de la clase dentro de la nueva estructura social engendrada por el capitalismo monopolista norteamericano en la colonia. De hecho la burguesía nativa, como su antigua rival, la burguesía comercial y usurera española, había dejado de ser una clase fundamental para convertirse en un sector intermedio entre el complejo de dominación socioeconómica imperialista y el movimiento obrero. La dialéctica de esta interrelación contradictoria tendía a la negación de la incipiente burguesía nacional, sea desplazándola hacia los intereses económicos norteamericanos en calidad de socio menor; sea hacia la proletarianización, de acuerdo con diversas variables como la capacidad de regateo económico frente a los monopolios o su ubicación dentro de la división internacional imperialista de la economía. Las líneas políticas dentro de la Unión respondían, por tanto, a estas tendencias de evolución de la burguesía nativa. En la medida en que se desarrollan en la isla los dos polos fundamentales antes mencionados —complejo de dominación socioeconómica imperialista y movimiento obrero— el radio de acción del Partido tendía a estrecharse. Los desgajamientos sucesivos a partir de 1910 y su extinción como entidad nacionalista en la década del 20 fueron el reflejo de la agonía de la incipiente burguesía nacional boricua.

Los enemigos del Partido Unión, desde la derecha o desde la izquierda, siempre coincidieron en echarle en cara sus pasmosas oscilaciones políticas. Bal-

¹⁶ Ob. cit., p. 178.

bás Capó consideraba que «...su carácter de agrupación fusionista le impide adoptar soluciones concretas». «Por de pronto, —señalaba Balbás— no hemos visto nunca en país alguno partidos tan opuestos como el unionista y el republicano... ¿Qué separa a los dos partidos? ¿la doctrina? La doctrina no, porque en la práctica marchan al unísono. ¿Los programas? ¡ah, los programas! No los tienen ni piensan tenerlos.»¹⁷ Iglesias, en sus memorias, aún reconociéndolo como partido mayoritario, lo acusaba del «...delito de cometer los más grandes y escandalosos fraudes electorales que corrompían la conciencia pública y las instituciones legales representativas del país, con el consentimiento del gobernador.»¹⁸ El republicano Barbosa, por su parte, gustaba mofarse de los dirigentes unionistas acusándolos de «jugar a la cuerda floja».

Resulta difícil reconstruir con precisión las tendencias políticas del Partido Unión. Tradicionalmente los autores concuerdan en señalar tres: anexionistas, autonomistas e independentistas, pero esto fue sólo la manifestación externa de un fenómeno cuya esencia era mucho más profunda. Partiendo del principio de la determinación socioeconómica de las ideologías políticas, creemos más oportuno definir las tendencias a partir de las actitudes adoptadas frente al imperialismo y al movimiento obrero, y no por las manifestaciones acerca de uno u otro deseo sobre el status de la isla, deseos que en realidad estaban frecuentemente influidos por coyunturas pasajeras de las políticas interna o metropolitana.

La tendencia dominante en el Partido Unión fue indudablemente la que proponía un acercamiento de la burguesía boricua a los círculos monopolistas norteamericanos, en calidad de socio menor, y una abierta hostilidad hacia el movimiento obrero. Genuinamente lo que llamaríamos un ala derecha. En el plano político esta tendencia osciló entre el reclamo de la estadidad (anexión) y la autonomía, criterios que se confundían frecuentemente. La autonomía, fórmula conciliatoria, predominó a partir de 1914 y maduró en lo que fue el testamento político de la entidad, el Plan Campbell del Estado Libre Asociado. Sus más notorios representantes fueron Tomás Huyques, Martín Travieso y Antonio Barceló, entre otros, activos opositores a la independencia y partidarios de la americanización. Cabe sin dificultad en este grupo una de las figuras más resbaladizas de la historia nacional: Luis Muñoz Rivera. Muñoz resulta a menudo un político indefinible. Hábil negociador, poseía un olfato agudo para conocer las mayorías y figurar entre ellas. De aquí que no haya tenido escrúpulos en expresar criterios contradictorios sobre un mismo tema; y que haya logrado siempre mantener su imagen de líder carismático hasta su muerte en 1916. Matienzo Cintrón lo calificaba como un exponente de la «guagüería tradicional». En esencia fue siempre un conservador en el orden social y político, y sus alardes independentistas se diluían

¹⁷ Ob. cit., p. 228.

¹⁸ Ob. cit., p. 314-5.

en un quehacer pragmático y oportunista familiar desde el siglo anterior. Nunca fue independentista. En una carta de 1912 explicaba farisaicamente su posición: «Entre mi desiderátum, que es la independencia, y mi *modus operandi*, que es la autonomía, encuentra mi espíritu de análisis contradicciones serias. La independencia es un ideal puramente abstracto. No puede realizarse, no se realizará nunca...»¹⁹ El contrapeso político de esta ala derechista, por lo menos desde 1909, fue la minoritaria, pero muy activa, ala izquierda del partido, encabezada por Rosendo Matienzo Cintrón, Eugenio Benítez, Zeno Gandía, Lloréns Torres y Nemesio Canales, entre otros. Este grupo se caracterizó por sus posiciones independentistas con matices antimperialistas y posiciones sociales sensibilizadas —hasta donde puede hacerlo la pequeña burguesía— con las necesidades de las masas. Explicaban su posición como una necesidad objetiva, dada la creciente proletarianización de la burguesía, y que Matienzo condensó en una frase lapidaria: «Abuelo hacendado, padre médico, hijo jornalero».

En el centro, un grupo de políticos encabezados por José de Diego avanzó paulatinamente hacia posiciones independentistas mediatizadas y sin una estrategia antimperialista. A diferencia del ala derecha, el grupo dieguista reconocía la presencia imperialista como un mal irremediable y propugnaba ingenuamente el desarrollo tangencial de la burguesía boricua en ramas como el café, no copado por estos intereses. De igual forma, aún recogiendo la herencia sentimental hacia el «jíbaro» de los liberales decimonónicos, siempre condicionó el programa social del partido a los intereses de la burguesía boricua y a la aceptación metropolitana, cuestión esta última determinada por la táctica política de luchar «contra el régimen dentro del régimen».

Tomando en consideración la correlación de fuerzas entre las tres tendencias, es posible determinar igual número de períodos dentro del Partido Unión: la primera que podemos llamar de formación, corre entre 1904 y 1911; la segunda, de apogeo nacionalista entre 1912 y 1914; la tercera abarca desde 1915 hasta 1922, año en que el partido renuncia a cualquier opción independentista y opta por Estado Libre Asociado.

LOS PRIMEROS AÑOS: EL ECLECTICISMO POLÍTICO

La fundación del Partido Unión, a pesar de las críticas de los contemporáneos y las reservas de los sucesores, constituyó un paso superior en la organización política de la burguesía nacionalista puertorriqueña. Por primera vez un partido político organizado en el interior de la isla se planteaba, aún con todas las limitantes posibles, la solución independentista. Con frecuencia se señala a Muñoz Rivera como el fundador del Partido. En realidad

¹⁹ Citado por Bolívar Pagán: *Historia de los partidos políticos puertorriqueños*, tomo I, San Juan, 1972, p. 149.

Muñoz hizo lo acostumbrado: se mantuvo alerta, tras las derruidas murallas del federalismo y se unió al proyecto cuando lo encontró provechoso. La iniciativa correspondió a los sectores más radicales encabezados por Matienzo Cintrón, y tuvo su base en la alianza coyuntural con el movimiento obrero. El alejamiento de los antiguos fusionistas del poder, reforzados por la parcialidad republicana del primer gobernador civil, Allen, impulsó a muchos federales —hasta entonces ultraconservadores— a iniciar coqueteos políticos con el movimiento obrero. Ya en 1899, desde las páginas de *La Democracia*, Muñoz salió en defensa del movimiento huelguístico, justificando la decisión de los obreros, aunque recomendando la moderación necesaria para evitar «...el retraimiento del capital para la ejecución de las obras en que los ameritados obreros hallan trabajo...» y porque los salarios altos estimularían «la emigración de obreros de otros países, lo que provocaría la anulación del obrero nativo». «Apretad filas —concluía— aunando todos los intereses, concordando todas las aspiraciones, para no dar paso al invasor, eso es lo patriótico.»²⁰

Las gestiones unionistas desde 1903 encontraron eco en el movimiento obrero y coincidieron con la táctica de Iglesias en el momento, el cual, si bien contaba con un partido político propio, concebía la Federación Libre como principal instrumento de acción y, al estilo norteamericano, presionar a través de ella sobre el partido más susceptible de establecer una alianza ventajosa. El pacto se selló durante un mitin obrero de la Federación Libre en el que Matienzo usó de la palabra:

Soy antirracista —dijo entonces— porque lo mismo amo al negro que al blanco, porque sé que la verdadera unión no admite antagonismos de raza ni de colores... no temo a nadie ni a nada al decir que soy socialista. Soy altruista porque trabajo por las ideas sin otro interés que el que me ofrece el amor a la miseria y el cariño de los pobres. También soy colectivista, porque aspiro al bien colectivo y deseo que las colectividades humanas disfruten de lo suyo. Y cuando el instante sea llegado iré sin vacilar a la gran revolución del proletariado. A la Unión debemos ir todos: blancos y negros; grandes y pequeños; obreros y acomodados; pues los que hoy viven regalados por medio de sus riquezas, mañana tal vez sus hijos o sus nietos rodarán a la miseria.²¹

De esta manera, la alianza con el movimiento obrero abrió nuevos cauces a la gestión política de la burguesía nativa.

La constitución del Partido Unión de Puerto Rico se realizó oficialmente en 1904. Del congreso que fundó la colectividad brotó una de las fórmulas políticas más ambiguas y eclécticas de la historia de los partidos políticos, reflejo de las contradicciones internas, y que es conocida como Base Quinta del Partido:

²⁰ Citado por S. Iglesias: *ob cit.*, p. 175-7.

²¹ *Ibidem*, p. 258.

Declaramos que entendemos factible, —postulaba—, que la isla de Puerto Rico sea confederada a los Estados Unidos de América del Norte, acordando que ella sea un estado de la Unión, medio por el cual puede sernos reconocido el *self-government* que necesitamos o pedimos; y declaramos también que puede la isla de Puerto Rico ser declarada nación independiente bajo el protectorado de Estados Unidos, medio por el cual también puede sernos reconocido el *self-government* que necesitamos o pedimos.²²

De forma que, en nombre del autogobierno, la entidad solicitaba dos status totalmente diferentes —independencia y anexión— que tenían como única base común la negación del sistema colonial contenido en la Ley Foraker. La ambigüedad de la declaración correspondía a la heterogeneidad clasista de los miembros de la Unión, la que estaba considerada inicialmente como una «asociación patriótica» y no como un partido político. Pero aún esta fórmula conciliatoria pudo adoptarse sólo en medio de agrias discusiones entre los sectores más reaccionarios y aquellos grupos que veían en la independencia una posible solución. Durante los debates, aprovechando la ausencia del más ardiente defensor de la inclusión de la opción independentista, José de Diego, la asamblea se opuso a cualquier mención a este postulado. Aunque posteriormente se restituyó, el sector conservador siempre se mantuvo en desacuerdo con ella. Uno de los líderes de esta ala, Herminio Díaz Navarro, se negó a figurar en el partido en semejantes condiciones. «De tal modo arraiga en mi espíritu ese convencimiento —señalaba Díaz Navarro— que si mañana los Estados Unidos declararan esa independencia de Puerto Rico, yo me des-terraria voluntariamente de mi país.»²³

Las elecciones de 1904 para los órganos locales y la Cámara de Delegados dieron un vuelco rotundo a la correlación de fuerzas electorales en el país. El Partido Republicano, que hasta entonces había contado con la mayoría de votos, fue derrotado por su nuevo opositor. La Unión de Puerto Rico recaudó más de 35 mil votos y controló 28 municipios y la mayoría de la Cámara, donde figuraban 6 delegados obreros. En la presidencia de este órgano figuraban Matienzo Cintrón y José de Diego. Incluso se establecieron contactos con el nuevo gobernador, Beckman Winthrop, el «gobernador bueno» de la historiografía burguesa.

La alianza entre el movimiento obrero y la burguesía nacionalista, por causas anteriormente señaladas, tuvo una efímera duración. En 1905 la situación

²² Citado por Manuel Maldonado Denis: *Mito y realidad*, Barcelona, Ediciones Península, 1968, p. 109. Es necesario destacar que la ambigua petición del *Self-government* coincidía plenamente con la A.F.L.; quien en 1904 presentó una resolución donde solicitaba protección al café boricua y un sistema político «similar al que ha establecido Gran Bretaña en Australia y Nueva Zelanda».

²³ Citado por Bolívar Pagán: ob. cit., p. 110.

de las masas obreras revelaría caracteres de tragedia. Las luchas sociales reivindicativas culminaron en este año con una huelga general que paralizó totalmente el sur del país y en cuya represión participaron activamente los líderes unionistas. A la par, el crecimiento de la Federación Libre —contaba entonces unos 16 000 miembros— se erigió como un peligro mortal para los propietarios nativos. En la propia Cámara de Delegados los obreros presentaron varios proyectos que fueron rechazados por la derecha alegando su contenido «extremista».

Fue justamente por esa vía por la que se produjo la ruptura formal. José de Diego, con su habitual táctica de «luchar contra el régimen dentro del régimen», abrió el fuego contra los delegados obreros:

Es importante que fijemos normas. La conducta del delegado Rosas en la Cámara es perjudicial a nuestro partido. No niego que haya buena fe en el señor Rosas, ni que la justicia inspire sus proyectos, pero estamos comprometidos en nuestra política y debemos cumplir nuestro compromiso derrotando toda medida radical... El año pasado cuatro proyectos presentados por el delegado Rosas y aprobados por la Cámara, fueron enviados al Congreso no sé por qué medios, proyectos que nos han presentado ante el gobierno americano como socialistas. Como pueden darse cuenta, esto es perjudicial a la isla y al Partido Unionista.²⁴

La ruptura con el movimiento sindical permitió la ofensiva de los elementos más conservadores del Partido. Los años que corren entre 1906 y 1911 están repletos de actos contrarrevolucionarios con el imperialismo y su sistema de dominación global en la isla; y de hostilidad al movimiento obrero.

La actividad política del Partido en el período denota la quimérica ilusión de la burguesía nativa de conciliar sus intereses con los del capital financiero yanqui, conservando intactos sus escudados reductos económicos. En 1907, convocada por el unionista Tulio Larrinaga, Comisionado Residente en Washington, se efectuó una reunión de personalidades políticas y empresarios ligados al café para discutir los medios de enfrentar las represalias aduaneras anunciadas por Francia contra el producto. Las proposiciones radicales de Balbás Capó de instrumentar un boycot a las mercancías norteamericanas, fueron rechazadas de plano. En su lugar, la reunión adoptó cuatro medidas. Tres de ellas hablan por sí solas de la vocación neocolonial de los participantes: activar las gestiones del Comisionado Larrinaga; incrementar la propaganda del café boricua en Estados Unidos; y enviar un cablegrama a Roosevelt solicitando su atención al caso. La cuarta medida, no por simpática menos trágica, parecía como un símbolo de la depauperación económica

²⁴ Citado por Antonio González: «Apuntes para la historia del movimiento sindical en Puerto Rico», en *Revista de Ciencias Sociales*, San Juan, vol. I, n. 3, septiembre de 1957, p. 464.

de estos sectores: costear entre todos el cablegrama al presidente norteamericano.

También en esta etapa prevaleció el criterio de que la concesión de la ciudadanía americana acarrearía el bienestar general. Es difícil encontrar un manifiesto público o una gestión de la Cámara y el Partido que no exprese el deseo de la ciudadanía norteamericana. Todavía en 1912 una comisión en la que participaban De Diego y Muñoz Rivera, gestionó ante Taft esta suelta ventaja. Durante los primeros años, a pesar de algunas discrepancias en torno a problemas sociales, el Partido Unión logró mantener la imagen de una entidad monolítica. Las primeras manifestaciones de la acción política de un ala radical se produjeron en 1907, cuando la derecha bloqueó la reelección de Matienzo en el cargo de Presidente de la Cámara, lo que motivó su renuncia a la Junta Central del Partido. De todas formas, nadie siguió a Matienzo y él mismo mantuvo su colaboración con la Unión fuera y dentro de la Cámara.

En realidad el conocido político había resultado la nota discordante en la política unionista, la que calificaba de «gubernamentalista». Matienzo no era por entonces un verdadero independentista, y se autotitulaba partidario de la americanización. Pero este concepto en Matienzo Cintrón adquiría un carácter diferente que en boca de los dirigentes de la Unión. La americanización significaba para Matienzo la posibilidad de adquirir, al contacto con Estados Unidos, las experiencias y prácticas, supuestamente superiores, de la democracia norteamericana. El proceso, por tanto, se limitaba al plano político e ideológico, en contraste con el nacionalismo económico que preconizaba. Al culminar este proceso de aprendizaje, el pueblo boricua estaría capacitado para ejercer sus deberes cívicos, en el marco de una independencia integrada a la confederación hispanoamericana. A pesar de la ingenuidad de esta concepción, salta a la vista su importancia política, sobre todo si nos atenemos al vigor con que Matienzo denunció los turbios negocios de los monopolios y la complicidad del unionismo con los políticos yanquis.

Una de las formas preconizadas por Matienzo para contrarrestar la absorción económica de la isla por las compañías extranjeras, fue la creación de cooperativas agrícolas. En compañía de Rafael López Landrón impulsó la fundación de la Fraternidad Social y Benéfica, proyecto utópico que fracasó antes de materializarse, pero que le ganó despiadados ataques de republicanos y unionistas.

Dos años más tarde la presencia de un ala izquierda en el partido y la Cámara era un hecho conocido y comentado públicamente, gracias a la tendenciosa información de la prensa republicana, que veía en cualquier división de la Unión la posibilidad de pescar en río revuelto.

La burguesía nativa recogió los frutos de su política conciliatoria en la crisis del presupuesto de 1909. Incapaces de controlar la política de la isla a través de la ineficiente Cámara de Delegados, sus miembros decidieron pre-

sionar al gobernador negándose a aprobar el presupuesto del año siguiente hasta que no se aprobaran algunos proyectos de ley. Como la Ley Foraker no contemplaba esta posibilidad, durante algunos días la beligerancia de la Cámara provocó una crisis en la política local.

Frustrados los esfuerzos de un acuerdo entre ambas cámaras, cada una envió una delegación para expresar sus puntos de vista a Taft. La actitud del presidente yanqui fue totalmente parcial: tras echar en cara de los comisionados de la cámara baja el haberse excedido en sus prerrogativas políticas, reformó la Carta Orgánica en el sentido de que, en casos similares, el presupuesto del año anterior quedaría en vigor.

Este hecho y otros similares fueron fortaleciendo en el seno del Partido las opiniones políticas independentistas, y la certeza, entre los elementos más radicalizados, de que nada podía obtenerse con los instrumentos legalistas inherentes al régimen. Por otro lado, sirvieron de alerta al gobierno norteamericano. La lucha por la derogación de la Ley Foraker, repudiada por los republicanos, unionistas y socialistas, podía convertirse en bandera de lucha de un amplio movimiento nacional que pusiera en crisis no sólo el andamiaje jurídico, sino todo el sistema de dominación socioeconómica y política del imperialismo.

La crisis precipitó la renuncia del autocrático gobernador R.H. Post y su sustitución por el abogado George Colton, proclive a un acuerdo con los unionistas. En las esferas políticas metropolitanas, la crisis determinó las primeras inquietudes en torno al status de la isla, que desembocaron en 1917 en la Ley Jones.

Si a pesar de sus vacilaciones el Partido Unión logró mantener la primacía electoral, fue debido al apoyo sincero de las masas populares, portadoras del sentimiento nacional independentista. Debemos destacar que en este período el movimiento sindical sufrió una regresión crítica, al punto que en 1906 habían sido desarticuladas casi la mitad de sus organizaciones de base y su membresía reducida a unos pocos miles de personas. En ello influyó la represión violenta y la campaña difamatoria libradas en su contra. Pero sobre todo determinó la crisis, el rumbo oportunista adoptado por Iglesias y camarilla, quienes hicieron dejación de los principios radicales de comienzos de siglo para entregarse de lleno al coqueteo reformista.

La actitud de las tendencias sociopolíticas del Partido Unión frente al movimiento obrero se pusieron de manifiesto durante las discusiones acerca del Templo del Trabajo. En 1910 se celebró el VI Congreso de la Federación Libre, que redefinió el papel sociopolítico de la Central Sindical. Convencidos de la bancarrota de las tácticas anteriores, los líderes gremiales optaron por la abstención electoral, la reorganización y fortalecimiento de las bases sindicales y una mayor atención a la legislación laboral. Como fórmula propagandística se decidió elevar una solicitud a la Cámara para la erección de un Templo del Trabajo, centro de las celebraciones en la isla.

Cuando el pedido llegó a la Cámara de Delegados, controlada por los unionistas, suscitó una violenta discusión entre derechistas e izquierdistas. Los primeros, encabezados por Huyques y Díaz Navarro, se opusieron resueltamente al proyecto, alegando que la Federación Libre había lanzado agudas críticas contra el Partido Unión. Los elementos radicales —Matienzo, Canales y Lloréns— apoyaron la petición. En un memorable discurso, Canales expresaba sus puntos de vista socializantes:

Señores, se acusa a la Federación Libre de ser política y se le acusa porque se asegura que nos atacó duramente; bien, ¿y qué? ¿Los trabajadores no tienen derecho a hacer política? ¿Quién les va a negar aquí el derecho a combatirnos?... Cuando se sufren arbitrariedades y atropellos, los apóstrofes más horribles salen de los pechos de los oprimidos... los hombres de la A.F.L. nos atacan y protestan de nosotros porque han pedido justicia y no la hallan; pues bien, señores delegados, yo soy partidario de la absoluta libertad de pensamiento, y si los trabajadores organizados se sienten oprimidos que protesten, y que sus protestas penetren por un boquete abierto en el techo de esta cámara para que sea escuchado por nosotros... el socialismo es hoy universal y millares de poetas y oradores de todo el mundo esparcen esos ideales de justicia social en libros, poemas y grandiosas oraciones.²⁵

En la misma sesión Matienzo retomaba su criterio de colaboración con el movimiento obrero basado en la creciente proletarización de la burguesía nativa. «Yo creo señores —dijo— que hay que ayudar a la clase obrera a que se organice y progrese, pues yo tengo la certeza de que los nietos de la mayor parte de los ricos y acomodados de hoy, serán los obreros del futuro, y cuanto mejor preparemos el camino de la clase trabajadora, más bendiciones recibiremos de nuestros nietos».²⁶

Todos los factores antes mencionados: la inestabilidad manifiesta del sistema político establecido por la Ley Foraker, la crisis del sindicalismo amarillo anexionista con la consiguiente canalización del apoyo obrero al Partido Unión y el avance de la economía monopolista destructora de los bastiones económicos tradicionales, contribuyeron a delinear las tres tendencias señaladas en el Partido Unión, y en particular, el fortalecimiento de los independentistas, moderados y radicales.

A partir de 1910 los acontecimientos se precipitan en el seno de la Unión. Muñoz Rivera logró vetar las candidaturas de los radicales para las elecciones insulares, lo que provocó el alejamiento de la izquierda. Se formaron varias asociaciones desligadas de los partidos tradicionales. Se abría así un nuevo período: el que se desliza entre 1912 y 1914.

²⁵ Citado por S. Iglesias: ob. cit., p. 375.

²⁶ Ibidem, p. 374.

El trienio 1912-1914 fue escenario de una incansable actividad de los sectores independentistas —hasta lograr el predominio en el Partido— y de retraimiento temporal de los conciliadores derechistas. Esto fue posible por la alianza de los radicales, que propugnaban una independencia total con un programa social avanzado y los moderados centristas, encabezados por De Diego, inclinados a una independencia mediatizada y desprovista de un programa social profundo.

Para el estudioso de la historia puertorriqueña en los primeros años del siglo actual, reviste especial interés la figura de José de Diego, indiscutible paladín del ideario independentista. Sin embargo, resulta intrigante que la distribución de las llamadas *Obras Completas* del prócer aguadillano —que engloban las «Nuevas Campañas» y «El Plebiscito», sólo consignan sus trabajos teóricos entre 1913 y 1917. Lo más curioso es que el propio De Diego organizó sus «Nuevas Campañas» y prometió las «Antiguas Campañas», que abarcarían sus trabajos durante la dominación española en el país. El lapso de 1900 a 1913 queda como un espacio en blanco en la actividad de este hombre incansable. Más que un olvido, la omisión responde a la propia evolución ideológica del autor, quien consideraba sus páginas más valiosas las que, a partir de 1913, indican su ruptura con las posiciones colonialistas y la toma de conciencia independentista. La pródiga obra teórica dieguista desde 1913 se encamina no sólo a exaltar el «ideal» independentista, sino a demostrar la viabilidad del estado nacional, política y económicamente. Es también ahora que dedica mayor atención a las «cuestiones obreras» y que impregnó, aún con las limitaciones señaladas, al programa unionista de un contenido social más avanzado.

La limitación determinante de José de Diego fue haber sido el más tradicionalista de todos los ideólogos del partido, quien reflejó con mayor claridad el *desideratum* de la burguesía boricua en el sentido de la conservación del status decimonónico, que, como una mistificación perfectamente dirigida, era presentado cual verdadero paraíso terrenal. En la nueva situación creada en el país, las aspiraciones socioeconómicas dieguistas, resultaban, en última instancia, meras utopías, proyectos irrealizables.

Como sector centrista, se convirtió en un verdadero malabarista político, tratando inútilmente de conciliar derechas e izquierdas, admirador sincero, o táctico, de la superioridad del sistema «democrático» norteamericano, murió convencido de su estrategia de «luchar contra del régimen dentro del régimen», que inflamó frecuentemente las más ingenuas ilusiones sobre el inminente arribo del estado nacional puertorriqueño. A pesar de sus ardientes proposiciones nacionalistas, nunca pudo superar las limitaciones de su desarticulada clase, y de hecho pugnó por un régimen neocolonial más favorable que el status colonial existente.

Es también en los umbrales de este período que aparece un artículo de Matienzo Cintrón con el criollo título de «La Guachafitafa», donde el autor rechazaba de plano la ciudadanía yanqui y expresaba su ruptura total con el reformismo unionista.

Ya es tarde, —señalaba Matienzo— no queremos más vuestro gobierno sin ciudadanía, ni con ciudadanía americana. Antes creíamos que la libertad no podía conseguirse sin vosotros. Después creímos que podía conseguirse con vosotros y sin vosotros. Hoy creemos que la verdadera libertad que lleva consigo la ciudadanía, el gobierno propio, no puede conseguirse con vosotros, sino sin vosotros, quizás contra vosotros. Mientras ustedes, los que mistifican la libertad y los códigos de su propia patria, gobiernen, gobernarán la mentira, los negocios feos y los *trust* en Puerto Rico.²⁷

La radicalización del ala izquierda del Partido dio lugar en febrero de 1912 a una de las experiencias más interesantes, pero lamentablemente frustradas, de la historia puertorriqueña: el Partido de la Independencia. «Hemos convenido asociarnos para defender el derecho de nuestra patria a ser constituida como nación independiente», proclamaba el programa del nuevo partido, planteando así, por primera vez, la independencia nacional sin ambages dilatorios. Pero además, también resultaba novedoso por haber intentado la vinculación programática de la liberación nacional con la liberación social. Contenía un atractivo conjunto de reformas que abordaban muchos problemas vitales de las masas desposeídas: reforma educacional; igualdad entre el hombre y la mujer; métodos cooperativos de producción, distribución y consumo; nacionalización de servicios públicos; salarios mínimos decorosos; jornada de 8 horas y protección estatal a los pequeños agricultores.²⁸

El hecho real de que este partido no haya logrado la franquicia electoral en el mismo año en que se fundó tiene su explicación lógica en las características de las luchas electorales: la imposibilidad, en tan poco tiempo, de realizar una adecuada campaña propagandística, por lo que el Partido Unión logró atraer los votos nacionalistas; y la cruzada de descrédito de que fue víctima. La muerte de Matienzo en 1913 malogró este importante factor en la evolución histórica del país.

El Partido de la Independencia se ganó la repulsa de los líderes unionistas más conservadores y de los republicanos. El propio De Diego, abocado en su política de unidad a todo trance, lo desautorizó, recabando para la Unión el monopolio del ideal independentista.

²⁷ En Iris M. Zavala y Rafael Rodríguez, *Libertad y crítica en el ensayo político puertorriqueño*, Barcelona, Ediciones Puerto, 1973, p. 176.

²⁸ Para un análisis de este partido y su programa ver de Luis Díaz Soler, *Rosendo Matienzo Cintrón*, I.C.P., Universidad de Puerto Rico, tomo I, p. 522-47.

La disolución final del Partido de la Independencia en 1913 permitió un acercamiento entre las tendencias separatistas en la Unión, en franca oposición a los manejos de Muñoz Rivera.

Una caricatura aparecida en *El Tiempo*, principal vocero anexionista, resumía en un verso, tan reñido con la estética como con las buenas intenciones, la situación del Partido Unión: «Dos medios tiene un entero / dos polos tiene la Tierra / y la Unión de Puerto Rico / tiene en uso dos banderas». Como siempre, De Diego salió al encuentro de esta propaganda jurando que la cohesión de la Unión no estaba en peligro.

El predominio momentáneo de los independentistas en la Unión fue alcanzado en 1913, durante una asamblea extraordinaria del Partido. Encabezados por José de Diego, lograron borrar la solución anexionista del programa y presentar tres soluciones: independencia absoluta, independencia con protectorado (como Cuba), o autonomía. La primera opción era considerada como el *desideratum*, la segunda como el mal menor, la tercera como una fórmula transitoria a la que deberían concurrir los esfuerzos solamente cuando la coyuntura no fuese propicia a la independencia. Con respecto a las «Cuestiones Obreras», aún destacando que «no prestará la Unión de Puerto Rico su apoyo a las doctrinas anárquicas, ni a sistemas perturbadores de la convivencia y armonía...», se declaraba la necesidad de reformas sociales que permitiesen al trabajador «...disfrutar mayor salario, alimentarse con suficiencia, vestirse, calzarse con decoro, reducir a un límite de 8 horas la faena diaria, poder gozar, en su triste condición, de todas las satisfacciones físicas y morales de la vida».²⁹

Durante 1913 y buena parte de 1914 los independentistas, radicales y moderados, mantuvieron la preeminencia dentro de la colectividad, lo que se reflejó en las intensas campañas patrióticas libradas desde la tribuna y la prensa. En particular, fue vigorosa la reacción contra el idioma inglés como asignatura obligatoria en la enseñanza elemental. De igual forma, la Unión rechazó la ciudadanía americana, discutida por entonces en el Congreso. En una primera resolución la Cámara de Delegados expresó que aunque «...reconoce los nobles propósitos del proyecto de ley para conceder la ciudadanía angloamericana a los puertorriqueños, ...solicita respetuosamente que no se tome en acción dicho proyecto. Representamos legal y positivamente la inmensa mayoría del país; consideramos un alto honor vuestra ciudadanía; pero no debemos ni queremos renunciar al amor de nuestra propia ciudadanía en toda su plenitud.»³⁰

En marzo de 1914 fue todavía más tajante: «...sostenemos firme y lealmente nuestra oposición a que se nos declare, contra nuestra voluntad expresa o

²⁹ El programa de la Unión de 1913, por haber sido redactado por De Diego, aparece en sus *Nuevas Campañas, Obras Completas*, tomo II, San Juan, Instituto de Cultura Puertorriqueña, 1975, p. 153-9.

³⁰ Citado por L. Lloréns Torres y E. Benítez, «Bajo los Yanquis», *Revista de las Antillas*, año 2, n. 2, abril de 1914, p. 52.

sin nuestro consentimiento, ciudadanos de ningún otro país que no sea la propia y amada tierra que Dios nos otorgara, como un don inalienable y como un derecho incoercible.»³¹

Nunca como entonces fue irregular y oportunista la actitud de Muñoz Rivera. Desde Washington, donde ocupaba el cargo de Comisionado Residente, se oponía públicamente a la ciudadanía yanqui, mientras tras bambalinas actuaba en favor de ella. En 1914, durante una comparecencia ante el Congreso, Muñoz se pronunció por la ciudadanía, rompiendo con los acuerdos del Partido, lo que provocó una fuerte censura de los independentistas. En un artículo con el sugerente título de «Bajo los Yanquis», Lloréns Torres y Eugenio Benítez calificaban a las doctrinas democráticas norteamericanas de «hipócritas y falaces» y cargaban contra Muñoz de forma velada. Si bien reconocían los «méritos patrióticos» del líder unionista, se preguntaban cómo se había dejado «mear» por los políticos americanos. «Triste es en verdad que un hombre de los arrestos y el patriotismo del señor Muñoz Rivera se despiste así del buen sendero», concluía.³²

En realidad el artículo era injusto, Muñoz nunca había sido un patriota ni un hombre de arresto, y eso lo sabía Lloréns. Lo del buen sendero, el propio Muñoz se encargó, en los dos años que le quedaban de vida, de demostrar lo diametralmente opuesto.

EL OCASO DEL PARTIDO UNIÓN: DE LAS REGLAS DE MIRAMAR AL ESTADO LIBRE ASOCIADO.

1914 fue un año decisivo en el devenir del nacionalismo puertorriqueño. En septiembre de ese año la asamblea ordinaria del Partido decidió revisar el programa independentista de 1913 por considerarlo inadecuado a las nuevas condiciones políticas; a saber, la farisaica propaganda de Wilson y los adelantos en la discusión de la Ley Jones. En realidad se trataba de imponer los criterios derechistas, lo que Muñoz preparó con verdadera dedicación. El resultado de la revisión fueron las Reglas de Miramar, nombre del documento aprobado, que si bien reflejaban una mutua cesión de independentistas y anexionistas, de hecho significaba un retroceso político de los primeros. Fue también el comienzo del ocaso del partido en cuanto a entidad nacionalista. Establecía que: «... el trabajo de la Unión debe dividirse en tres períodos: 1) Acción en pro de la plena autonomía insular; 2) Desenvolvimiento de la autonomía hasta que se demuestre, a juicio de la mayoría de los puertorriqueños, la capacidad que el pueblo de la isla tiene para gobernarse a sí mismo; y 3) Proclamación definitiva de la independencia de Puerto Rico.»³³ Si bien no se derogaba el principio independentista, la lucha por ella quedaba pos-

³¹ *Obras Completas*, tomo II, p. 52.

³² L. Lloréns Torres y E. Benítez, ob. cit., p. 53-5.

³³ Citado por Bolívar Pagán, ob. cit., p. 157.

puesta como una fase superior, y centraba la campaña política de la Unión en el reclamo de la autonomía.

En torno a las Reglas de Miramar se desenvolvió una aguda lucha interna que concluyó con la derrota de los independentistas. Para De Diego, las Reglas de Miramar no podían oscurecer los principios de 1913, en una hábil maniobra para minimizar los efectos de la nueva resolución. El ala derecha logró, sin embargo, complementar las Reglas con una censura total contra la propaganda independentista, al punto que quedó prohibido a todo dirigente del Partido reclamar la soberanía nacional. «La Unión ahora —expresó De Diego— se divide en dos grupos o castas, ambas privilegiadas: una con el privilegio de difundir y proclamar el ideal, a cambio de su eliminación para el desempeño de funciones para la junta central, en las juntas locales, en la Cámara y en el consejo ejecutivo; otra con el privilegio de estos cargos por el sacrificio de la abstención en el sostenimiento y la propaganda del ideal».³⁴

El único logro de los independentistas en la asamblea de 1914 fue la elección unánime de José de Diego. La unanimidad, sin embargo, contenía aspiraciones diferentes; los independentistas centraban en el tribuno incansable sus esperanzas de 1913; los derechistas veían en De Diego la posibilidad de mantener la unidad amenazada del Partido, particularmente tras el desastre electoral de 1914.

De los siete distritos de la isla, siempre ganados por los unionistas; habían perdido tres: Ponce, Mayagüez y Aguadilla, que pararon en manos de los republicanos. Más de 10 municipios siguieron la misma suerte. El caudal de votos, aunque creció en términos absolutos, disminuyó relativamente ante la competencia de su rival tradicional y otros partidos menores. Entre estos asomó uno llamado a convertirse en mayoritario en pocos años: el Partido Socialista, reorganizado por Iglesias con fines electorales.

Sin embargo, la posición intransigente del nuevo presidente con respecto a la independencia, determinó su destitución en una asamblea celebrada en 1915. Con ello perdieron los independentistas su principal trinchera. Asediados por la presión derechista que encabezaron Huyques, Travieso y Muñoz Rivera, se vieron obligados a abandonar el Partido para retirarse de la vida pública o actuar como francotiradores en la política insular. Quizás una de las mayores debilidades de José de Diego fue no haber comprendido que la inversión de la correlación de fuerzas en el Partido no respondía a una situación coyuntural, sino al desplazamiento de los intereses de la burguesía boricua hacia el capital monopolista norteamericano. Cuando los renunciantes a la Unión le propusieron fundar un nuevo partido, la respuesta fue tajante: «Aún cuando es muy triste saber y contemplar que el avance del sentimiento nacionalista en el seno de la Unión y en el alma del país está coartado y opri-

³⁴ Ob. cit., p. 272.

mido, creo que aún debe conservarse la esperanza de que la Unión de Puerto Rico vuelva al santo camino del ideal y podemos aún, dentro de la Unión, luchar sin desmayos por el honor y la libertad de nuestra patria.»³⁵

La historia posterior del partido se resume en una carrera desenfrenada hacia la claudicación. Una de las cláusulas de la asamblea de 1914 establecía la alianza con el Partido Republicano en pos de reformas políticas a la Ley Foraker. Aunque Barbosa rechazó de plano cualquier compromiso, de aquí en adelante el acercamiento entre ambos partidos fue evidente.

En realidad el Partido Unión siempre fue un engranaje dentro del aparato político colonial, pero mientras se mantuvo en la oposición fue una nota discordante, estridente en épocas de crisis como en 1909. Pero a partir de ahora la colectividad pasó a ser un mecanismo incondicional. En 1914 el unionista conservador Martín Travieso pasó a formar parte del Consejo Ejecutivo, hasta entonces totalmente integrado por norteamericanos y anexionistas nativos. En 1917 la alta directiva del Partido saludó alborozada la Ley Jones, que implicaba la ciudadanía yanqui y el acceso directo a la Cámara Alta, de la que fue presidente el líder unionista Antonio R. Barceló, quien estaba además íntimamente vinculado a la compañía azucarera Fajardo Sugar Co.

Esto explica una de las causas del descenso electoral del Partido: la renuncia al ideal patriótico que le había granjeado el apoyo sincero de las masas populares. Junto a ello, incidió en su bancarrota su actitud marcadamente hostil hacia el movimiento obrero y sindical. Las frecuentes huelgas que estremecieron la isla fueron en todos los casos violentamente condenadas por los unionistas. En 1919, haciendo causa común con el gobernador Yager, emprendieron una ofensiva contra los sindicatos, el Partido Socialista e Iglesias Pantín, a quién calificaban de «comunista». Resulta sintomático que la decadencia electoral del Partido Unión marchara de la mano con el ascenso del Socialista, propugnador de una ambigua, pero atrayente «democracia del trabajo» y de la autonomía política.

La segunda mitad de la década del 20 fue testigo de la renuncia final a la independencia, y la adhesión al «Estado Libre Asociado», así como a la «Alianza» con grupos republicanos disidentes encabezados por un alto funcionario de la South Porto Rico Sugar Co., José Tous Soto. Pero esto pertenece ya a otra historia, como también el hecho de que en 1922 se fundara el Partido Nacionalista, llamado a librar nuevas luchas por la soberanía nacional, bajo la dirección de Pedro Albizu Campos.

³⁵ Ibidem, p. 271.

Granada: el camino hacia la Revolución

Ian Jacobs, W. Richard Jacobs

Al hablar de la Revolución de Granada del 13 de marzo de 1979, Fidel Castro, el primer revolucionario del Caribe, la describió como «una revolución grande en un país pequeño». Quienes intentan realizar un análisis científico de las realidades caribeñas han llegado inevitablemente a la conclusión —como lo ha hecho George Beckford— de que «se necesita una verdadera revolución para lograr una mejoría importante en el bienestar del pueblo».¹

En Granada se ha producido una revolución así y ésta tiene las potencialidades para establecer un precedente para los pueblos caribeños, algunos de los cuales, por carecer de una tradición revolucionaria, están enfrascados en una lucha de liberación eterna. De hecho, ya se expresa en la prensa popular que Granada ha desencadenado un «viento de cambio» en el Caribe que amenaza afectar a otros países. Esto ha estimulado la intervención de intereses imperialistas en sus distintas formas nefastas en un esfuerzo por impedir el surgimiento de nuevas Granadas. Pero al igual que no ha habido «otra Cuba», difícilmente haya «otra Granada», en el sentido de que cada país encuentra su propio camino a la revolución. Y este camino lo dictan las circunstancias históricas del país y la naturaleza de los factores subjetivos y objetivos que de ellas dependen.

Un examen de los trescientos años de existencia del capitalismo en el Caribe nos permite demostrar que en Granada surgió un sector de explotadores —los principales dueños de los medios de producción— y un sector de explotados: los trabajadores. De estos dos sectores económicos surgieron las dos principales clases de Granada: la clase capitalista, los principales propietarios de los medios de producción, y la clase obrera —los que trabajan con los medios de producción— que se encaraban como explotador, la primera, y explotado.

la segunda. La realidad de esta posición fijó la escena para el surgimiento de la clase capitalista como detentadora del poder político, mientras la clase obrera existía en estado de indefensión.

Al observar el desarrollo y evolución de la economía política granadina, encontraremos que la economía de base agrícola, dominada por la plantación, condujo al surgimiento de varios estratos sociales dentro de las dos principales clases y, además, cada uno de estos estratos creó varios grupos aliados. Todos estos elementos se basan en la relación con el medio de producción más importante: la tierra.

De hecho, hasta 1979 el objeto de trabajo principal de Granada fue la tierra y la gran mayoría de los trabajadores utilizaban algunos de los instrumentos de trabajo más rudimentarios. Así, desde la época de la esclavitud —antes de 1838— hasta el período prerrevolucionario —1979—, la gran mayoría de los trabajadores utilizaba implementos manuales como la azada, la horqueta, el machete y el pico, y el nivel de mecanización agrícola era mínimo.

La situación se vio sin dudas fundamentalmente influida por la topografía montañosa y la economía de cosechas en árboles, con énfasis en la nuez moscada, el cacao y los plátanos. El azúcar es la excepción, pero incluso aquí el nivel de tecnología era verdaderamente primitivo.

Precisamente a causa de esta realidad, no era de esperar que la transformación de la sociedad tomara lo que dogmáticos y detractores llamarían un camino «ortodoxo». El llamado camino «ortodoxo», así como todos los otros caminos, está fundamentalmente influido por el sistema de relaciones de producción existente. Todas las sociedades tienen su propio sistema de relaciones de producción que conforman la estructura económica de la sociedad y constituyen la base de su vida política, cultural e intelectual. Como resultado de ello, cada sociedad toma su propio camino hacia la revolución. (...) Decir, por tanto, como hacen los dogmáticos e intelectuales burgueses, que para que se produzca una revolución socialista necesitamos la existencia de un partido de vanguardia marxista-leninista que movilice al proletariado urbano políticamente consciente con el fin de tomar el poder estatal y establecer la dictadura del proletariado de golpe, es perseguir fantasmas y, por supuesto, crear profecías falsas.

El mundo real muestra que muy lejos de este modelo idealista, en la situación de Granada tenemos el surgimiento de un partido de masas creado por la coalición de varias clases con la adopción de un programa no capitalista capaz de seguir el camino electoral parlamentario tradicional así como la estrategia insurreccional extraparlamentaria.

La naturaleza, organización y dirigencia de este partido están determinadas por el nivel de desarrollo de las clases dentro de la sociedad en su conjunto. En una economía política capitalista de base agrícola los trabajadores son tan subdesarrollados como el sector en que trabajan. La economía y quienes la

manejan explotan su trabajo. Carecen de los instrumentos y técnicas de la tecnología moderna, lo que no sólo los agota físicamente, sino que los deja atados a creencias místicas en el poder de la naturaleza. Son analfabetos y, como resultado de ello, no tienen acceso a nuevas ideas que pudieran liberarlos de la superstición y de la ideología capitalista y colonial establecida. Estos trabajadores, por tanto, poseen una conciencia social y política seriamente deficiente.

Los grupos de interés que surgen reflejan en general las características organizativas de la época. Como resultado de ello, las organizaciones obreras —como los sindicatos— son tan autoritarias y centralizadas como el sistema sociopolítico prevaleciente. Oprimidos y explotados toda su vida, incluso por sus propias organizaciones, los trabajadores carecen de confianza en su capacidad de efectuar cambios y adoptan actitudes fatalistas tanto hacia el presente como hacia el futuro.

Esta inercia política se debe principalmente al nivel de desarrollo de la clase obrera en su conjunto. La historia ha demostrado que el desarrollo de clases más avanzadas cambió el ritmo de la política en Granada.

Es en estas circunstancias que los aliados de la clase obrera —particularmente la *intelligentsia* progresista— asumen la dirigencia de la clase obrera. Brutents señala que «aunque la *intelligentsia* en los países coloniales y dependientes surge principalmente de los sectores acomodados, sus miembros están menos contagiados con el afán de obtener ganancias a toda costa, están más cerca de las masas, comprenden sus privaciones y en ocasiones adoptan los puntos de vista del obrero».¹ Pero de igual importancia es la observación de Andreiev de que «la *intelligentsia* nacional es capaz de dar expresión a las aspiraciones del pueblo trabajador, crear una cultura verdaderamente nacional y convertir en realidad sus potencialidades sólo en alianza con obreros y campesinos».² Esta sería la experiencia de Granada, pero no es en modo alguno única. Experiencias similares han de encontrarse en los casos de Patricio Lumumba en el Congo (Zaire), Kwame Nkrumah en Ghana, Amílcar Cabral en Guinea-Bissau, Ahmed Sekou Touré en Guinea, Modibo Keita en Mali, Julius Nyerere en Tanzania, Michael Manley en Jamaica y en una veintena de otros países en distintas partes del mundo.

Todas estas experiencias ilustran la dirigencia de las amplias masas por la *intelligentsia*. La existencia de una economía política capitalista dominada por la metrópoli conduce a una comprensión del camino no capitalista como opción intermedia más adecuada. Pero inevitablemente la orientación anticolonialista y nacionalista precede al enfoque no capitalista. En estas circunstancias tenemos lo que Andreiev identifica como «la marea de antieuropeísmo y anticapitalismo espontánea que puede verse como una especie de respuesta

¹ K. N. Brutents: *Las revoluciones de liberación nacional contemporáneas*, Moscú, Editorial Progreso, 1978.

² I. Andreiev: *The Non-Capitalist Way*, Moscú, 1977, p. 104.

a la destrucción de la sociedad (y creencias) tradicionales».³ En Granada esto tomó la forma de manifestaciones y militancia del «poder negro» y el sector de la *intelligentsia* que surgió para conducir a la vanguardia revolucionaria participó de inicio en estas campañas.

EL MOVIMIENTO DE LA NUEVA JOYA

El Movimiento de la Nueva Joya (NJM) surgió como realidad coherente en marzo de 1973. El nacimiento del movimiento en esta época estuvo indiscutiblemente vinculado a un sentimiento de frustración existente entre los elementos más progresistas de Granada, que habían esperado en vano la eliminación del GULP⁴ en las elecciones generales de 1972. Como ha manifestado un miembro importante de estos elementos progresistas: «Fue después que se perdieron las lecciones que decidimos organizar nuestro propio movimiento al margen de la escena convencional.»

Este comentario revela la importancia de los resultados de las elecciones de 1972 en el nacimiento de NJM. Pero este suceso electoral no fue en modo alguno la única causa de su surgimiento. De hecho, es evidente que las verdaderas raíces del NJM están en el surgimiento del Movimiento del Poder Negro en el Caribe a fines de la década del sesenta y principios de la del setenta. La realidad de esta afirmación se hace evidente en el desarrollo del NJM.

Así, es significativo que miembros importantes del NJM en 1973 hayan participado íntimamente en los disturbios del Poder Negro que se produjeron en Granada en 1970. Por ejemplo, los dos secretarios coordinadores del NJM, Maurice Bishop y Unison Whiteman, fueron arrestados por su participación en la manifestación de las enfermeras de diciembre de 1970, suceso que fue resultado directo de las manifestaciones del Poder Negro de mayo del propio año. Además, incluso antes de este suceso, Bishop había estado estrechamente vinculado con un grupo conocido como Forum, una organización que se había formado a partir de los disturbios del Poder Negro. El grupo Forum se formó en realidad en junio de 1970 y, según Bishop, su propósito principal era fundar un semanario como parte de las bases para crear un movimiento político dirigido a la obtención de cambios en Granada. Forum fue sólo una de tantas organizaciones surgidas en las Islas de Barlovento en ese momento —incluidas San Vicente y Santa Lucía— y como tal formó parte de la tendencia general hacia la radicalización de los elementos intelectuales pequeñoburgueses jóvenes dentro de la región.

Aunque Forum cerró a fines de 1970, la tendencia radicalizadora continuó en el país, y esto se evidenció en el surgimiento del Movimiento para el

³ *Ibid.*, p. 91.

⁴ Granada United Labour Party: Partido fundado por Eric Gairy en 1953, mediante la restructuración y organización del antiguo G.P.P. (N. del T.)

Avance del Esfuerzo Comunal (MACE) a principios de 1972. Como Forum, este grupo tenía un objetivo político, pero a diferencia de su predecesor, la membresía del MACE percibió el proceso de cambio en Granada con dos etapas básicas. Una primera etapa comprendería la investigación de los problemas socioeconómicos de la sociedad; la segunda, la aplicación de estas investigaciones al país por medio de la educación política de las amplias masas del pueblo.

Era evidente que el grupo MACE era mucho más preciso en la percepción de su papel político y del método para lograr sus propósitos que Forum, su predecesor. Esto es de especial importancia, porque aunque ambos, MACE y Forum, tomaran su dirigencia e inspiración de los profesionales jóvenes y la *intelligentsia*, era evidente que el primero se hacía cada vez más consciente de que el cambio político sólo podía surgir por medio de una organización de base masiva. Esta concepción indicaba un grado dado de desarrollo ideológico del que evidentemente carecía el grupo Forum.

Para octubre de 1972 se aclaró más la forma exacta de este desarrollo ideológico con la fusión del MACE en un nuevo grupo que se conocería como Movimiento para la Asamblea de los Pueblos (MAP). Bishop y Radix, ambos dirigentes del MACE, también dirigirían el nuevo grupo. El propósito del mismo era abiertamente político, porque, como indicó Bishop en una entrevista, la idea en que se basaba la organización era el logro del poder estatal y, en última instancia, la transformación del aparato estatal tipo Westminster en uno basado en un control más popular por medio de asambleas del pueblo. Estas ideas tenían un sentido socialista definido y, como pronto veremos, esta tendencia socialista se desarrollaría adicionalmente con la fusión del MAP en otro grupo conocido como el Esfuerzo Conjunto por el Bienestar, la Educación y la Liberación (JEWEL)⁵ en 1973. Fue esta última fusión la que dio lugar al NJM en marzo de 1973. Pero antes de pasar a estudiar este suceso, debemos comprender con claridad la naturaleza de JEWEL.

El grupo JEWEL surgió en marzo de 1972 bajo la dirigencia de Unison Whiteman, Esther Henry, Sebastian Thomas y Teddy Victor. A diferencia de otros grupos que aparecerían en el período posterior a 1970, JEWEL, que se inició en la parroquia rural de Saint David's, fue un movimiento de base predominantemente rural que buscaba movilizar al campesinado y al proletariado rural. El objetivo principal de esta movilización era socavar la base agroproletaria de Gairy al exponer las contradicciones de su personalidad y la brecha existente entre sus palabras y acciones, y al propio tiempo proporcionar, por medio de las cooperativas, una alternativa al programa de patrocinaje que Gairy había estado empleando para asegurar el apoyo de la clase subempleada y explotada.

⁵ En inglés las siglas forman la palabra *jewel*, joya. (N. del T.)

El surgimiento del NJM representó una continuación de la tendencia de radicalización que había comenzado en 1970 con la *intelligentsia* joven, principalmente de clase media, de la era de Forum. Con la dirigencia del NJM en manos de individuos tales como Maurice Bishop, Ken Radix, Selwyn Strachan y Unison Whiteman, era ahora evidente que el movimiento progresista de Granada estaba aún dirigido por la *intelligentsia* joven de clase media. Sin embargo, este carácter de clase no impidió que el NJM emergiera como vanguardia del movimiento revolucionario. Para comprender esta situación es necesario que comprendamos la naturaleza de este movimiento.

Al analizar al NJM se hace inmediatamente evidente que el movimiento no encaja en el modelo procapitalista del GNP⁶ ni del GULP. De hecho, el partido surgió con una tendencia no capitalista y mostraba alguna inclinación hacia el socialismo científico, especialmente en el dominio del centralismo democrático.

Poco después de la formación del partido en marzo de 1973 se emitió el Manifiesto del NJM. Desde el inicio, el programa del grupo afirmaba su preocupación por los problemas del pueblo. Así, el Manifiesto mantenía que:

Creemos que la principal preocupación de todos nosotros es, (1) evitar el aumento diario de los precios de toda nuestra comida, ropa y otros productos básicos..., (2) desarrollar un programa concreto para elevar el nivel de viviendas, ropas, educación, salud, alimentación y recreación para el pueblo.⁷

Es dentro de este marco que el Manifiesto propuso una estrategia nacional de alimentos que intentara organizar el cultivo de alimentos nacionales en una amplia escala para reducir a un mínimo la importación de alimentos extranjeros costosos. Esta proposición requería un cambio fundamental en el sector agrícola de Granada, y es aquí que el partido reveló su compromiso verdadero con una transformación democrática genuina de este sector con su llamado a:

Redistribuir radicalmente la tierra de Granada en granjas cooperativas de no menos de 40 a 50 acres de extensión.⁸

Dentro del contexto de los altos niveles de desigualdad en la distribución de la tierra de Granada, esta proposición debió de haber sido vista como una receta para la transformación fundamental del sector agrícola de la sociedad.

⁶ Grenada National Party, de tendencia socialdemócrata, fundado por John Watts. (N. del T.)

⁷ Manifiesto del Movimiento de la Nueva Joya, en Jacobs y Coard, eds.: *Independence for Grenada: Myth or Reality*, p. 143.

⁸ *Ibid.*, p. 147.

Además, no es éste un ejemplo aislado de preocupación por la transformación, puesto que fue una proposición acompañada por un programa cuidadosamente estructurado de transformaciones democráticas en otros sectores del sistema socioeconómico granadino.

Así, en los dominios de los servicios de salud y educación, hubo proposiciones tales como el establecimiento de la educación libre hasta el nivel secundario y la creación de un plan nacional de salud, los cuales abrieron nuevos horizontes a la población de Granada, en su mayoría trabajadora.

Una preocupación similar hacia los intereses mayoritarios fue muy evidente en las proposiciones del Manifiesto para introducir salarios mínimos reales y un plan nacional de salud que «cubriría compensaciones por accidentes de trabajo, desempleo, accidentes en general, seguros de vida y retiros».⁹

Sin dudas, eran éstas proposiciones importantes para la democratización de la estructura social y los servicios del país, los que dejarían de servir intereses minoritarios. Al propio tiempo, sin embargo, estas proposiciones serían sólo retórica hueca si la base económica de la sociedad no se hacía más productiva y si no se hacía que lo producido sirviera los intereses de la mayoría.

Sin dudas, éste fue un hecho que muy bien percibió el NJM, pues en su programa había proposiciones económicas de orientación marcadamente democrática.

En especial había un empeño de nacionalización de los intereses banqueros y de seguros del país con la intención de emplear estos activos para financiar los programas populares antes mencionados. Además, había una aceptación clara de la necesidad de una Junta Nacional de Importación, así como de una Junta Nacional de Exportación, a las que se responsabilizaría con la organización de las importaciones y exportaciones de Granada para servir los intereses de la mayoría de la sociedad. Por último, estaba el compromiso serio de comerciar con los países que ofrecieran los mejores precios para mantener el costo de la vida dentro de un límite razonable.

Dados los vínculos comerciales tradicionales de Granada con Gran Bretaña, Canadá y Estados Unidos, países que disfrutaban típicamente de términos favorables de intercambio con países en desarrollo tales como Granada, esta última estrategia constituía un posible artificio para retar el dominio imperialista en Granada. Sin embargo, como vimos en las proposiciones del Manifiesto, su posición antimperialista no era nueva. Es más, era un punto que reforzaba la afirmación del Manifiesto de una posición antimperialista y anticolonialista, una afirmación acompañada por un condena a las actividades imperialistas mundiales y con proposiciones concretas de crear un sistema estatal inmune a este dominio y basado en el control popular.

⁹ *Ibid.*, p. 150.

Era ésta la naturaleza de la perspectiva ideológica no capitalista del NJM y como veremos estuvo acompañada por una estructura partidista con características socialistas científicas definidas.

La principal característica socialista del NJM fue su compromiso expreso con el centralismo democrático y la práctica del mismo. Su compromiso hacia este principio cardinal se nutría en primera instancia de la estrecha relación personal y política que se desarrolló dentro de la dirigencia del NJM. Las experiencias de la propia vida, la necesidad constante de colaboración y coordinación en estrategias y tácticas, desarrollaron confianza entre los dirigentes. Había también aguda conciencia del hecho de que necesitaban el apoyo, la comprensión y la participación activa de las masas para alcanzar sus fines. En estas circunstancias, la responsabilidad colectiva se convirtió en rasgo característico de las actividades del NJM. Las peligrosas circunstancias en que vivían y luchaban inculcó en los miembros del partido un sentido de responsabilidad y una unidad de propósitos que hizo de la práctica del centralismo democrático un principio-guía y no un dogma. La flexibilidad se convirtió en rasgo central de las operaciones del partido y las realidades objetivas determinaron que predominara la democracia o el centralismo. Muy naturalmente, estas experiencias se institucionalizaron en la operación cotidiana del partido.

La decisión de seguir una vía no capitalista en lugar de pasar al socialismo científico de un salto estuvo regida por la necesidad de mantener la neutralidad, cuando no el apoyo, de la capa media. Además, la comprensión clara de esta etapa intermedia en el proceso de desarrollo de la conciencia socialista hubiera sido aceptable, y comprensible, para la clase obrera que poseía un subdesarrollo ideológico relativo.

A principios de 1970, el NJM parecía tener pocas posibilidades de trascender la posición no capitalista. Aún así, el partido demostró una comprensión cabal del funcionamiento de las fuerzas de clase en Granada, lo cual hizo posible que emergiera como vanguardia del movimiento revolucionario.

Un paso importante en esta estrategia fue el desarrollo de una alianza electoral en noviembre de 1976 con el GNP y el Partido de Unión Popular (UPP) para formar la Alianza Popular. El propósito esencial de la misma era la derrota del GULP en las elecciones generales del 7 de diciembre de 1976. Dada la manipulación de la maquinaria electoral por Gairy, no es sorprendente que este fin no se lograra. Pero aún así el NJM obtuvo cuatro escaños y pudo así establecer una presencia parlamentaria.

EL DESARROLLO DE UNA SITUACIÓN REVOLUCIONARIA

El primer suceso importante en la historia contemporánea de Granada, que fijó la escena para el desarrollo de una situación revolucionaria, fue la derro-

ta de los elementos e influencias de la plantocracia por Eric Gairy en las actividades de 1950-51. Esta victoria del agroproletariado lo liberó de las ataduras de superstición que le había hecho creer que sólo blancos o casi blancos eran capaces de proporcionar una dirigencia nacional. La victoria demostró en la forma más concreta que podían conformar sus propios destinos una vez que se organizaran para ello.

De esta victoria inicial surgió la formación de un sindicato que contribuyó al desarrollo de una conciencia de clases. Cada huelga, cada confrontación en el centro de trabajo imbuía a los obreros una conciencia de sí como clase y contribuía al desarrollo de relaciones antagónicas entre ellos y los empleadores.

Aunque el partido de Gairy —el GULP— sirviera siempre los intereses de la clase capitalista, su unión —el GMMWU— se vio obligada por su propia existencia a buscar mejoras en los salarios y condiciones de trabajo de sus miembros. Esto hizo que la plantocracia mejorara la productividad mediante la introducción de avances tecnológicos y disminuyera la fuerza laboral mediante su racionalización. Junto a una disminución de la fuerza laboral en las granjas agrícolas, Granada experimentó un aumento de la clase obrera en los sectores comercial y de servicios.

Estos sucesos, por supuesto, tuvieron el efecto de desarrollar adicionalmente las fuerzas productivas, mientras las relaciones de producción permanecían estables en tanto los patrones de propiedad mantenían sus viejas formas establecidas. El desarrollo de un conflicto de clase, como lo demostró la creciente inquietud industrial y la intensa competencia política entre la vieja élite y la clase obrera y sus aliados se debió en no poca medida al alineamiento erróneo de las fuerzas productivas y las relaciones de producción.

Con el surgimiento en 1967 del Estado Asociado, todo, salvo los asuntos exteriores y la defensa, cayó bajo el poder de las autoridades políticas locales. Para mantener y asegurar sus puestos, adquiridos por su lealtad hacia las autoridades coloniales, la burguesía burocrática tenía ahora que demostrar lealtad hacia Gairy. Mediante el extenso empleo del padrinazgo, especialmente en lo relacionado con la capa media, Gairy pudo crear por primera vez un electorado urbano seguro, si bien oportunista.

El logro del Estado Asociado significó también que el directorado político tenía acceso libre e irrestricto a los recursos financieros del Estado. Gairy usó esta posibilidad al máximo y al poco tiempo se convirtió en parte activa de la clase poseedora, incluso hasta el extremo de hacerse miembro de la Cámara de Comercio.

El control de los asuntos internos significaba que Gairy tenía el control de la estación radial y la policía por primera vez. La policía, como veremos, se convirtió en una extensión de la personalidad de Gairy y sus actividades

contribuyeron substancialmente al alto nivel de alienación popular que se produciría más tarde.

Estos sucesos en la vida política y constitucional de Granada dejaron la vía libre a la movilización rural por parte de los competidores políticos de Gairy, pero el GNP, con su orientación urbana, fue incapaz de aprovechar la oportunidad. En lugar de ello, se concentró en su tradicional apoyo urbano y, ante la competencia desigual de Gairy en el nivel de la movilización —su uso del padrino fue crucial— y en el nivel electoral, donde el fraude y el «pucherazo» estaban a la orden del día, el GNP perdió ignominiosamente las elecciones de 1972, y fue derrotado en todos los escaños de Saint George's por primera vez en la historia.

Como hemos visto, el período de 1946-1960 vio una aguda elevación en el número de personas que recibían educación secundaria. Setecientas cincuenta personas asistían a la secundaria en 1946 en comparación con 4 967 en 1970. Una elevación menos drástica, pero de profunda significación, se produjo también en el dominio de los profesionales universitarios en el período entre 1960 a 1970. Los graduados en 1960 eran 193 y para 1970 su número se había elevado a 352. Además, se estimaba que unos quinientos granadienses estudiaban en centros metropolitanos. Su exposición a ideas racionales y, más particularmente, su conocimiento de tipos europeos —principalmente británicos— en una escena metropolitana contribuyó a socavar el respeto deferente intrínseco que se había desarrollado en ellos hacia los británicos durante el largo período de dominación colonial. Toda afinidad que sintieran hacia el superordenado sistema sociopolítico británico comenzó a derretirse y la conciencia anticolonial comenzó a echar raíces.

Esta, por supuesto, no fue una experiencia única de Granada. Estos sucesos se desarrollaban en todo el mundo colonial. La independencia de la India en 1947 y de Ghana en 1957 avivaron el entusiasmo hacia la causa anticolonial y para 1962 Jamaica y Trinidad-Tobago en el Caribe de habla inglesa habían alcanzado también su independencia constitucional. La revolución cubana de 1959, con su empuje manifiestamente antimperialista y socialista, también incendió la imaginación de la *intelligentsia* que emergía. Como resultado directo de estas fuerzas en fusión, una oleada de antieuropeísmo, que se manifestó en el surgimiento y desarrollo de una filosofía de Poder Negro, se propagó por el Caribe.

El 10 de mayo de 1970 un amplio y representativo grupo de jóvenes granadinos, tal vez unos trescientos, bajo la dirigencia de un elemento profesional progresista en aquel entonces desconocido pero que luego surgiría como dirigente del Movimiento de la Nueva Joya, escenificó una manifestación en apoyo de los militantes del Poder Negro de Trinidad, pero centró su atención en la situación de Granada al exigir «más empleos ahora».

La respuesta del gobierno de Gairy fue rápida. El 21 de mayo, se implantó la draconiana Ley de Poderes de Emergencia que confería amplios poderes a la policía para buscar «literatura subversiva», armas y municiones, en locales privados, sin necesidad de orden judicial, restringir el movimiento de las personas, limitar el derecho a reunirse libremente y racionar servicios y bienes esenciales.

Los retos abiertos que siguieron a este movimiento, crearon una aguda distinción entre la estrategia, táctica y sobre todo decisión del NJM de derrocar a Gairy y el constitucionalismo letárgico, afanoso del GNP. En el proceso, el NJM desplazó al GNP como opositor legítimo y se estableció en las mentes del pueblo como la alternativa al régimen de Gairy.

Para octubre de 1971 la amenaza de Gairy cobró mayor importancia cuando en una transmisión radial al país él mismo anunció la formación de un «escuadrón de emboscada nocturna» y de una «fuerza policial secreta» para hacer frente, ostensiblemente, a los incidentes incendiarios. La *intelligentsia* progresista tenía poco tiempo para crear una posición colectiva y desarrollar una estrategia y carecía de organización para alcanzar sus fines. Las manifestaciones y movilizaciones habían acelerado el ritmo de la lucha contra Gairy y había lanzado a estos grupos progresistas al foro de la lucha contra el régimen. El grupo constituido por la *intelligentsia* progresista, por poco definido que estuviera, se vio fuertemente presionado a probar, más a los elementos del GNP que a los otros, que su oposición a Gairy era «seria».

La victoria electoral del GULP en 1972 tuvo importancia profunda en el futuro constitucional de Granada, porque Gairy la interpretó como un mandato para conducir al país hacia la independencia. El GNP y sus aliados tradicionales de la vieja élite vieron esto como una nueva maniobra de Gairy. Se opusieron firmemente a su enfoque e insistieron en un referéndum. Por el GNP, Blaize planteó que no estaba en contra del principio de la independencia, aunque tenía sus reservas en cuanto a método y oportunidad.

El NJM no podía en buena conciencia apoyar la independencia con Gairy ya que veía esta idea como «un movimiento oportunista inseguro destinado a fortalecer la tiranía y la corrupción». El partido, sin embargo, declaró su apoyo a la «independencia verdadera, la independencia genuina, la independencia significativa».¹⁰ Un amplio segmento de la población aceptó esta posición y el plan de la independencia con Gairy al timón contribuyó al desarrollo de grandes tensiones sociales.

La independencia llegó y pasó con un esfuerzo tibio y poco exitoso del Comité de los 22¹¹ por llevar a cabo una huelga general. Como había predicho el NJM, la independencia de Granada, para todos los fines y propó-

10. *Ibid.*, p. 143.

11. Unión formada por veintidós organizaciones de Granada opuestas a la brutalidad policial imperante durante el régimen de Gairy. (N. del T.)

sitos, significó arriar una bandera e izar otra, componer un nuevo himno, crear una nueva consigna, llamar al Gobernador «Gobernador-General» y al Premier «Primer Ministro», escuchar la banda, saltar y fiestear, limpiar y embellecer las calles. No hubo cambio sustancial de las disposiciones constitucionales.

Naturalmente, como país recién independizado, Granada se hizo miembro de la Organización de Estados Americanos y de las Naciones Unidas. La participación en estos organismos proporcionó a Gairy una oportunidad brillante para proyectar su personalidad en un nivel internacional y establecer alianza con países y personalidades de su calaña, que se le unirían en la defensa de sus predisposiciones ideológicas. En las Naciones Unidas Gairy amplió su reputación de bufón internacional pidiendo repetidamente a ese augusto organismo la creación de una agencia de «investigaciones psíquicas» sobre Objetos Volantes No Identificados, que él llamó «Ufología», el triángulo de las Bermudas y otros fenómenos psíquicos.

Todos estos sucesos y actividades proporcionaron ocasión a las amplias actividades educacionales en que se enfrascó el NJM después de la transición hacia la independencia política. Unió todos los rasgos característicos del régimen de Gairy bajo el título general de «Gairyismo»: corrupción, actividades antidemocráticas, arrogancia, personalismo, tiranía, violencia, criminalidad y bufonería. Al hacerlo, pudo exponer y comentar los rasgos negativos del sistema existente sin obsesionarse ni atascarse con ellos, pues en esta etapa la tarea más urgente era la educación de las masas hacia su propio programa alterno. Las actividades movilizativas del NJM, las actividades opresivas y de patrocinio del GULP se unieron con las dinámicas de la economía de la pobreza y el despilfarro para crear una situación de alienación general.

Por medio de un programa de reuniones públicas y un trabajo perceptiblemente duro y coherente entre las masas —especialmente los trabajadores urbanos, los desempleados, la juventud y las mujeres—, el NJM desarrolló un alto grado de legitimidad. Esto es así particularmente si se le compara con el perfil letárgico que mostraba la oposición oficial, el GNP.

El NJM emergió como el elemento principal de oposición y el dirigente parlamentario de ese partido, Maurice Bishop, se convirtió en dirigente de la oposición. Esta posición oficial dentro del sistema parlamentario contribuyó grandemente a ganarse parte de la capa media del GNP que era contraria a Gairy al lado del NJM, aunque por supuesto, en general, arrastraba consigo su mentalidad pequeñoburguesa retrógrada. Además, la posición del NJM como oposición oficial proporcionaba al partido acceso legítimo a las plataformas nacionales e internacionales que Gairy sólo podía negarle a riesgo de alienarse adicionalmente importantes electorados. El foro parlamentario también dio por primera vez al NJM una arena nacional desde la que podía articular por sus posiciones programáticas y filosóficas con seguridad un público nacional, no partidista. Y lo más importante, en lo referente al

NJM y su membresía, proporcionaba una oportunidad invaluable de demostrarle al pueblo en su conjunto la validez del planteamiento que había hecho en su manifiesto de que «la constitución actual es una farsa total, y sus estipulaciones se rompen, ignoran o rechazan por este gobierno como cosa cotidiana». Era éste el primer paso en la cumplimentación de su compromiso a preparar con el pueblo «una constitución significativa para una sociedad nueva y democrática».¹²

Mientras tanto continuaba la victimización de la sociedad y al aumentar el apoyo al NJM más y más personas eran convertidas en víctimas. La persecución obligó a la creación de una organización política más compleja basada en los principios más estrictos del centralismo democrático. También condujo al desarrollo de un ala clandestina del NJM, entrenada en la actividad insurreccional, que se convertiría en el núcleo del Ejército Revolucionario Popular (PRA). La tiranía de Gairy, y más específicamente, el vínculo que ésta estableció con Chile, contribuyeron al desarrollo de una fuerte solidaridad entre los granadienses de ultramar quienes se convirtieron en un eslabón crucial en la lucha, la comunidad progresista internacional que proporcionó el apoyo moral esencial, y la coalición local de clases que se había desarrollado bajo la dirigencia del NJM.

Ésta era precisamente la situación cuando Gairy abandonó la isla el 12 de marzo de 1979 en compañía de una serie de ministros y funcionarios en una de sus frecuentes parrandas en el exterior. Actuando según su propia comprensión personalizada y centralizada de la organización política, Gairy ordenó el asesinato de ocho dirigentes importantes del NJM, considerando que esto eliminaría de la escena la base de oposición.

La información sobre el plan de asesinatos de Gairy, que fue comunicada a la dirigencia del NJM en la tarde del 12 de marzo, condujo a la convocatoria inmediata del comité de dirigencia del partido: el Consejo de Coordinación. Tras aplicar estrictos principios de centralismo democrático, se decidió lanzar la insurrección a las 4 a.m. del 13 de marzo. El ataque, lanzado desde las lomas que rodeaban el cuartel del valle de True Blue, tomó por sorpresa a los centinelas y a los soldados que dormían. En una hora el cuartel había sido quemado, todas las armas y parte de las municiones habían sido capturadas y todos los soldados del ejército de Gairy habían huido a las lomas y a las llanuras aledañas, dispersándose y desintegrándose por completo. Fidel Castro describió esta operación como «un Moncada exitoso», al hacer referencia a un intento similar veintiséis años antes realizado por las fuerzas revolucionarias cubanas, contra las fuerzas armadas de Batista.

La dirigencia también instó al pueblo a tomar las calles en apoyo a la revolución y convocó a sus cuadros a la estación para recibir armas con que defender a la revolución. Así se creó el Ejército Revolucionario del Pueblo

¹² Jacobs y Coards, eds.: *op. cit.*, p. 152.

(PRA). El amplio apoyo a la revolución insurreccional se reflejó en el hecho de que ni un solo hombre se moviera en defensa del régimen de Gairy, ni local ni internacionalmente, aunque después se revelara que Estados Unidos consideró de inicio imponerle un bloqueo naval a la isla.

Transcurridas setentidós horas, el Gobernador General, la Administración Pública, la Cámara de Comercio y amplios segmentos de la población habían jurado lealtad al Gobierno Revolucionario del Pueblo (PRG) que se había creado tras la Revolución.

La naturaleza política de este nuevo gobierno quedó establecida desde las primeras etapas de la Revolución. El poder estatal, el índice de autoridad social, se lograron no sobre la base de una ley impuesta por una maquinaria estatal centralizada, sino por iniciativa directa del pueblo desde la base. Esta democracia directa fijó el tono del nuevo gobierno revolucionario. Para asegurar el mantenimiento de la democracia popular, tanto la policía como el ejército se reorganizaron de inmediato. Bajo el régimen de Gairy la policía y el ejército eran instituciones divorciadas del pueblo y opuestas al mismo. El gobierno revolucionario desarmó a la policía, desbandó el viejo ejército y emprendió un programa de armar directamente al pueblo mediante la institución del Ejército Revolucionario del Pueblo de base nacional.

Esta política, por supuesto, recibió la oposición de los intereses imperialistas que prefieren tratar con una dictadura centralizada que puede ser corrompida y manipulada más fácilmente que una democracia de base popular, que vigila la protección de los derechos del pueblo. Así, cuando el gobierno se acercó a los aliados tradicionales de Granada en busca de asistencia militar, especialmente en vista de la amenaza de una invasión mercenaria por parte de Gairy y sus relaciones con la Mafia, demostraron extremo desgano y adoptaron tácticas dilatorias evidentes. Los pueblos y los gobiernos de Cuba, Guyana y Jamaica fueron muy asequibles y, por tanto, el gobierno revolucionario recibió el apoyo material y personal necesario para afirmar la seguridad de la revolución y reforzar su naturaleza democrática. Los actos de solidaridad internacional de estos tres países en especial fueron de gran importancia en la consolidación de la revolución. Sin dudas, vivirán largamente en el recuerdo del pueblo de Granada.

La revolución de Granada, como todas las revoluciones, tiene sus enemigos y detractores tanto nacional como internacionalmente. Pero con el poder estatal firmemente en manos del pueblo, el pueblo armado, el partido organizado y vigilante y el país en su conjunto movilizado y decidido a luchar en alianza con las fuerzas progresistas del mundo, la victoria está asegurada.

Traducido del inglés por María Teresa Ortega.

Cien años de minotauro o la soledad de los patriarcas

Sergio Benvenuto

1. JANO Y EL MINOTAURO

Cien años de soledad y *El otoño del patriarca* integran juntos una sola imagen simbólica del hombre americano. Nunca se nos había dicho tan claro que nuestra realidad fuese fantástica. Tampoco hasta dónde era monstruosa. Y cómo es.

¿Por qué los desafueros absurdos del delirio pueden decir la verdad humana de nuestra América? ¿Cómo cabe tanta realidad en los infundios de la imaginación?

Macondo y el palacio son dos mundos. Pero esa misma dualidad es la clave que nos puede introducir en la significación cifrada de su universo realista y simbólico, épico y lírico, cómico y trágico al mismo tiempo. En *El otoño...*, Macondo brilla por su ausencia y ni siquiera se le nombra, como si estuviera ubicado del otro lado del mundo, es cierto, pero brilla de modo muy extraño en la memoria, cual una luz invisible que todo lo iluminara sin ser vista. El palacio gobierna macondos que no se ven.

Y si se mira desde Macondo tampoco se distingue el lugar simbólico inaccesible donde radica el control ilimitado y distante del déspota que regula el destino de todos los macondos, pero su *poder brilla* también con la siniestra luz de una ausencia que todo lo determina. A Macondo lo gobierna un palacio que tampoco se ve.

Luz y sombra, o sombra y luz, según cómo se miren, Macondo y el palacio se iluminan mutuamente. ¿Pero por qué una luz apaga la otra? ¿Por qué en el pueblo aparecen los efectos y no la imagen del poder que lo domina?

¿Y cómo desde el palacio se ve nada más que la soledad despótica que todo lo causa?

Macondo y el palacio son el mismo mundo. Sólo que aparecen bajo puntos de vista opuestos e incompatibles como dos imágenes de la realidad y no una, porque están comunicados de un modo tan incomprensible como esencial.

La oposición y la exclusión recíproca son su propio modo de comunicación. Algo que está presente en la trama de cualquiera de ambos textos, algo que comienza por contrastes evidentes y exclusiones inexplicables en la superficie del discurso narrativo, pero se prosigue «tierra adentro» de los textos, por cursos intrincados del espacio que se pierden en un vacío que interrumpe el tiempo. En cualquier momento pasa lo imposible y no se pueden hacer las cosas más elementales. Los acontecimientos incumplen las leyes naturales con la mayor tranquilidad del mundo, pero chocan con incapacidades inexplicables. El repertorio de lo posible y lo imposible es otro, no el que conocíamos. Y nada nos explica por qué. Hay algunas cosas que alternan su significado dentro del mismo texto, y otras que lo modifican de un libro al otro de modo claro y diametral. Pero hay también las que se prolongan fueran de la escritura y se integran en un territorio puramente mental, una especie curiosa de «lugar» inexistente, la intersección vacía y sin texto de ambos libros, que sólo surge como resonancia, poderosa y extraña como nunca, en nuestra memoria. Pocas veces la literatura ha tenido para nosotros igual poder de remoción. Pocas veces ha poblado tanto ese universo simbólico, invisible y omnipresente de la fascinación profunda en el cual se cruzan sombras proyectadas por ambos mundos literarios y forman como un tercer texto imposible y sin escribir para siempre en el cual se ilumina y se decodifica este pedazo de nuestro mundo americano. En un tercer país fantasmal y sin libro involucrado por las narraciones, país poblado por sus imágenes literarias y nuestra memoria y nuestra vida, lo que sabemos y recordamos, lo que conocimos y lo que ignoramos de esta América nuestra que nos devuelve bajo forma mitológica el díptico monumental de *Cien años...* y *El otoño...*, en la confrontación implicada de Macondos y palacios, Aurelianos y patriarcas, gitanos y embajadores yanquis.

Entre el palacio y la aldea falta algo: queda un hueco en el tiempo y el espacio en el cual surge esa tierra de nadie, integración nula de ambos mundos, superpoblada de símbolos y fantasmas. Región utópica e inexistente, ni campo ni ciudad, nada, donde sin embargo habitan misteriosos mecanismos invisibles e imponderables que todo lo trastocan virando las cosas al revés. Región encantada de lo ausente, espacio y tiempo míticos como el «topos uranos» o la ciudad de Dios, pero al revés: residencia inicua de un Dios inverso y malo que le quita sentido al mundo y eterniza su absurdo «reino de pesadumbre» con una desviación sistemática del orden cósmico. Región la más turbia del aire y de la tierra, yermo de la incomunicación esencial que separa ambos universos precisamente porque no hay desconexión verdadera sino una comunicación determinada pero inversa y mucho.

más temible que la simple incomunicación que los une. Toda vez que se permuten los valores de los signos al pasar de un conjunto a otro distinto, y se torne positivo lo que era negativo y viceversa, entonces la comunicación *no es nula* e inexistente, sino realmente *inversa*. Como los números cuando pasan del más al menos, o del debe al haber. Como el puñal, que significa lo contrario cuando comunica al asesino con la víctima.

El discurso de la comunicación inversa no es un monólogo sin eco que se desvanece en el vacío. Es un mismo diálogo cuando dice exactamente lo contrario para cada interlocutor. La palabra o el acontecimiento entonces unen porque permutan su significado y no porque lo conserven.

El vacío que hay entre las dos novelas queda así *determinado* por la mutación de los signos. Símbolo el mismo, implica la brutal incomunicación que une y separa a la vez ambos mundos. La ausencia puede ser tan determinante como la presencia. Macondo y el palacio son caras de la misma moneda, dos rostros de Jano con la mirada perdida en direcciones opuestas, unidos por la incomunicación.

Cosa grave, si la hay, porque es la incomunicación de la sociedad con el poder y, por tanto, con el control de su propio destino.

No fue, entonces, que la poesía o el arte vinieran a sustituir la realidad por lo arbitrario, sino a descubrirnos lo arbitrario de la realidad.

Ambos países, pues, iguales o distintos, imaginarios o reales a la vez, son el mismo país o cualquiera de los nuestros, pero se identifican en la tierra de todos de una geografía simbólica evidente de América Latina. En bloque, son como las mitades incomunicadas entre sí de la única verdad de una sola y misma realidad descoyuntada. Pero los fragmentos, dentro de uno o de ambos textos, indistintamente, también integran la misma, doble verdad. Ambas obras componen un todo orquestado que combina sus elementos en la versión simbólica dualista de la vida real de nuestra América. Mundo de símbolos, historia y geografía míticas, no respetan mapas ni cronologías. Allí radica su insólita libertad. Pero sí cumplen la secreta servidumbre de una significación codificada que combina símbolos de mil modos isomórficos y los torna capaces de irnos dando como por horadaciones sucesivas la realidad verdadera de la verdadera realidad, oculta tras los infinitos acontecimientos de todos los días y todos los años y todos los sitios.

Una geografía simbólica manipula irrespetuosamente el paisaje y la *imagen del espacio*. No bojea ni releva golfos o altitudes, kilómetros y meridianos. Juega, sin medida, con significaciones. Levanta mapas incalculables y describe paisajes imaginarios que descodifican la vida de los hombres. Los animales y las cosas, sin respeto alguno por la ciencia, hablan por el hombre. El fetichismo que oculta lo humano detrás de las cosas muestra su revés: si desde el origen de nuestro mundo americano las cosas habían invertido su función y usurparon el lugar de las relaciones entre los hombres,

ahora la lectura inversa de las cosas devuelve y descifra lo humano. Ellas intervienen en los acontecimientos, aunque no hablen directamente como en los cuentos infantiles, pero participan desembozadamente en la acción y el flujo de las significaciones. El mundo parece mágico porque su determinismo ciego no se ve y hay que descubrirlo, y, solo, nadie puede.

La imagen del tiempo no cambia menos que la del paisaje y el espacio. Sus cursos diferentes descifran el destino, su falta y su por qué. De un libro a otro, de un mundo al otro, el sentido de la duración gira diametralmente: el tiempo colectivo de la estirpe de Macondo parece lineal e irreversible pero pronto acaba siendo un tiempo doble y cíclico, hasta que por último explota en el instante fatal e imposible de coincidencia final y apocalíptica de la profecía con el acontecimiento.¹ En cambio, el tiempo individual del monólogo solitario del patriarca es revuelto e introspectivo, rumiado y recurrente, pero al fin de cuentas resulta ser lineal, regido y anunciado por profecías equivocadas que no se cumplen.

El calendario de Macondo lo gobierna Dios como un turco estafador acortando las medidas del tiempo, acelerándolo, robándolo a la vida de la gente que lo sufre como un ciclo recurrente, pero percibe sin embargo el desgaste, la entropía creciente, la ligera desviación del eje giratorio hasta que sólo el penúltimo de la estirpe descubre en un instante fulminante de aceleración excesiva que su verdadera dimensión cósmica es un tiempo irreversible que no deja «segunda oportunidad en la tierra».

El tiempo del patriarca, en cambio, parece detenerse y se alarga indefinidamente como si fuera cada vez más lento hacia el camino de una muerte que parece no llegar nunca, sólo marcado por el poder supremo de los embajadores yanquis que se suceden como las hojas del almanaque y cambian de nombre como los meses, infaltablemente. El turco ladrón ya no es Dios sino el imperio ausente e invisible que todo se lo roba, desde el mar hasta los mendrugos de la mesa.²

¹ «Macondo era ya un pavoroso remolino de polvo y escombros centrifugados por la cólera del huracán bíblico, cuando Aureliano...empezó a descifrar el instante que estaba viviendo.» *Cien años de soledad*, La Habana, 1968, Ediciones Casa de las Américas, pág. 469.

² En Macondo, en cambio, todo era «irrepetible desde siempre y para siempre, porque las estirpes condenadas a cien años de soledad no tenían una segunda oportunidad sobre la tierra». (ob. cit., p. 469)

Dios «hacía con los meses y los años las mismas trampas que hacían los turcos al medir una yarda de percal». (ob. cit., p. 281). El patriarca «le vendió el mar a un poder extranjero y nos condenó a vivir frente a esta llanura sin horizonte de áspero polvo lunar cuyos crepúsculos sin fundamento nos dolían en el alma». *El otoño del patriarca*, Barcelona, Plaza Janes Editores, 1975, p. 50. «...sintió que el barco del universo había llegado a un puerto...» (ob. cit., p. 102). «...se acabó el aire, el tiempo cambiaba de rumbo...» (ob. cit., p. 102). «Durante el fin de semana los gallinazos se metieron por los balcones de la casa presidencial, destrozaron a picotazos las mallas

La redundancia de la estirpe comunal de Macondo repite los mismos nombres colectivos de individuos que quieren ser y no pueden, y quieren sin embargo volver a ser; el patriarca, monarca anónimo, es un individuo solo que no tiene ningún nombre, salvo para la muerte que lo llama Nicanor como a todos los hombres.³

La imagen del amor y la imagen de la poesía también son opuestas en ambos mundos. En Macondo el amor recorre todas sus formas y conoce la plenitud de todas sus frustraciones y la frustración de todas las plenitudes, desde el «terremoto» hasta el barroquismo de la lujuria, desde lo rudimentario hasta lo descomunal, desde el incesto hasta la ternura.⁴ Y la poesía también es excesiva, metida en la cocina entre las cacerolas, desde que llegó con los gitanos para quedarse para siempre y desaparecer solo al final, con todo, O, para quedarse aún así, después de todo... resonando en la memoria.

Mientras tanto, el animal siniestro y despótico que puede tanto que no puede nada engendra solo animales. Rebaños de sietemesinos que parecen terneros sin nombre, paridos entre la bosta de las vacas que nacen también con su marca hereditaria.⁵ Convive con rehusas de mujeres y soldados fornicando en los rincones del harén promiscuo e indiferenciado en el cual desfoga su erotismo rudimentario, su impotencia larvada de animal desubicado de su destino biológico hasta que con el curso de los años de desgaste inexorable los pájaros de la realidad debiliten progresivamente el sonido de su canto. En Macondo cantaron tanto que Ursula Iguarán hubo de clavar sus pies en la tierra, tapándose los oídos con cera de abeja para que tanta poesía no le hiciera perder el sentido de la realidad.⁶

Pero el hijo anónimo y sin identidad ni líneas en su mano sin destino, parido por una pajarera falsificadora de poesía, una vez que llega a ser déspota entumecido pierde el sentido de la realidad no por la saturación del canto o la

³ Ob. cit., p. 268.

⁴ Todo había ocurrido «para que ellos pudieran buscarse por los laberintos más intrincados de la sangre, hasta engendrar el animal mitológico que había de poner término a la estirpe». *Cien años...*, p. 469. «¿Qué se siente», pregunta Aureliano; «es como un temblor de tierra», responde José Arcadio (ob. cit., p. 34).

⁵ El único hijo reconocido del patriarca fue un «engendro sietemesino que tenía el mismo tamaño y el mismo aire de desamparo de animal sin hervir de un ternero de vientre». (*El otoño del...*, p. 180)

⁶ *Cien años...*, p. 10.

de alambre de las ventanas y removieron con sus alas el tiempo estancado en el interior, y en la madrugada del lunes la ciudad despertó de su letargo de siglos con una tibia y tierna brisa de muerto grande y de podrida grandeza.» (ob. cit., p. 5). «el tiempo incontable de la eternidad había por fin terminado», nos dice la última línea del libro. (ob. cit., p. 271).

poesía de los pájaros, sino por el exceso de poder, y porque los ciclos del tiempo de su falsa eternidad lo aíslan cada vez más, flotando en el laberinto interior de su propia soledad decrepita y sin nombre de animal sobreviviéndose malamente. Es el rostro ciego de Jano, que mira hacia el pasado y no ve nada.

El amor le llega tarde y mal, sólo un relámpago fugaz seguido del retorno a la degradación instantánea. Como la poesía de Rubén Darío, el «minotauro espeso... voz de centella marina» que lo «sacó en vilo de su sitio y de su instante y lo dejó flotando sin su permiso»⁷, pasmado entre una gloria verdadera. Así también el amor, que nunca llega y se eclipsa en un eclipse, o es la descarga torpe y fugaz de su animalidad decrepita. Por fin, cuando aparece de verdad, ya es el descubrimiento demasiado tardío de la plenitud senil de un orgasmo de mierda.⁸

2. LA TRAICIÓN DE LA BESTIA

Mientras el patriarca absorbe más poder del que puede gobernar, los macondos de América sufren un mundo de impotencia absoluta en la interioridad del cual no hay siquiera conocimiento de la realidad histórica vivida y por tanto no hay ninguna posibilidad de predicción de su futuro. La necesidad humana de conocimiento, sin embargo, no desaparece por eso; es apremiante y requiere de todos modos una imagen del porvenir sin la cual el presente sin rumbo queda indeterminado. Pero esa imagen la proporcionan los mitos predictivos. Es la otra cata del destino que mira hacia el futuro sin tampoco ver nada. Sólo sueños. El retorno de tiempos antiguos y bienaventurados, el regreso ansiado de dioses o reyes ancestrales, de muertos y magos, o héroes legendarios y caudillos rebeldes o libertarios. Las profecías satisfacen la necesidad de predicción pero no sirven. Algunas se cumplen, pero son siempre catastróficas. Sólo se cumple en Macondo la extrapolación mítica de un presente de extinción paulatina y malthusiana que necesariamente acaba en una catástrofe final, y un aniquilamiento completo.

Destruccion del presente y por tanto del futuro, agente de la fatalidad, el patriarca, caudillo decadente que si acaso alguna vez lo tuvo perdió su destino individual como portador de un destino colectivo en el azar de los caminos que lo condujeron al poder, no tiene en cambio, siquiera, una profecía verdadera. Asesinó con sus propias manos, la primera y última vez que lo hizo sin intermediarios, a la única profetiza que le anticipó el futuro,

⁷ *El otoño del...*, p. 194.

⁸ Ob. cit., p. 168.

por lo demás falso. Y compaginó la parodia de su cumplimiento en una ficción del destino que no tuvo.

Macondo y el palacio se unen por el dorso de un modo barroco. Sólo tienen en común el hecho mismo de un destino común porque están monstruosamente unidos por esa propia carencia gemela, presente y pasado de un futuro solidario. Macondo es el destino enajenado. El patriarca, en cambio, el destino abjurado traicionándose en el poder de anular el porvenir de los de abajo para servir al presente de los de arriba y el futuro de los de más arriba. Singular intermediario de la alienación colectiva, es como la ampliación de un vulgar mayoral de latifundio, o un cacique político corrompido de aldea. El excaudillo, o pseudocaudillo, degeneró en mayoral-presidente, instalado como fanteche servil del imperio. Desde entonces acata para mandar.

Pero, en cambio, la stirpe prometeica de los Buendía desacata la fatalidad, esa servidumbre de causa desconocida. Lucha furiosamente por ser humana pero no *puede*, porque el patriarca detenta, aunque ella lo ignore, un *poder* inmenso e inhumano que no lo permite, poder del cual sólo se conocen los efectos, extremos, remotos é inexplicables, y que aparece en la aldea mistificado e invisible como si fuera un impedimento cósmico de una naturaleza que triunfa sobre la humanidad del hombre, precisamente porque la controla el gobierno invisible de la animalidad del hombre. El patriarca, que absorbe más poder del que puede gobernar, usurpa e inhibe el poder de los macondos, sin que se sepa cómo, ni por qué, ni para qué, ni siquiera quien. El mal que se padece es lo único cierto: es el fatalismo.

Entonces de nada sirven cien años de lucha empecinada de la aldea contra la amenaza interna y latente e involutiva del triunfo de la propia animalidad: ella ha de sobrevenir de todos modos al final en la forma temida de la reproducción endogámica: el incesto. Fatalidad de un destino aldeano sin destino, puro presente y eterno encerrado en sí mismo, en la soledad y la anomia, conduce al último engendro monstruoso con cola de cerdo. Es la *imagen biológica* que acompaña puntualmente las imágenes del tiempo, del espacio y del poder. Si no podemos ser humanos sólo podemos ser animales. La historia es un error. Macondo acaba así barrido de la tierra como algo que no debió ser, derrotado sin esperanza de retorno, tal cual estaba escrito en la profecía de Melquiades, se tráfuga universal, mensajero de la historia antigua, portador del pasado remoto que anuncia el futuro de la repetición babilónica, que es la ausencia del futuro.

El estado intermedio recesivo entre el animal y el hombre es una desviación inestable. Es la involución. Como mito, se extrapola en el destino absurdo

⁹ La adivina fue «el único ser de este mundo, humano o animal, a quien le hizo el honor de matarlo de su propia mano». (*El otoño...*, p. 97-8). No obstante, «prefiguró a la perfección hasta los detalles más ínfimos que él había visto con sus propios ojos en las aguas premonitarias» fingiendo su propia muerte (*El otoño...*, p. 30). p. 30).

de la reducción progresiva de la vida hacia el regreso a la animalidad y la extinción. El animal no tiene futuro.

El patriarca, en cambio, visto desde fuera pareció no morir nunca, en una virtual eternidad durante la cual muere dos veces, una en falso y la otra también, fingiendo cumplida la profecía equivocada. Pero por dentro siempre estuvo como muerto.

Hasta la sombra de su propio cuerpo, lo teme todo, excepto la oscura conciencia de su propia animalidad predominante. Monstruo consumado, deambula monologando en el laberinto de su establo palaciego. Cebú en descomposición, *minotauro* decrepito, en fin, el patriarca es el animal *vencedor*.¹⁰

La derrota del hombre, que se arrastra en el silbido de su testículo vacuno de bestia introspectiva, desvaneciéndose poco a poco como hombre muerto, muerto vivo, en la indigestión rumiante de la gloria imposible de su poder ilimitado que es tanto poder que acaba siendo ninguno. Poder de la bestia, nada puede sobre lo humano del hombre, sólo se comunica con su parte animal. En sí mismo y con los demás. La solidaridad, la lealtad, el amor o la poesía, la moralidad del hombre y la vocación por su destino, le son ajenos. Todo lo humano le es ajeno. Solo lo atrapa al sesgo mediante el terror y la mentira, la muerte y la tortura, la traición y el soborno. Nuestro leviatán es impotente. Subordinado a fines externos y ajenos, su potencia es también un mito, aunque se materialice en forma bestial. Y por ser mitológica, para poder seguir dominando, tiene que ser todavía más bestial.¹¹

Gracias a esa traición de la bestia y su paradójica impotencia, la historia no ha transcurrido, brutalmente paralizada en la eternidad circular de una existencia maldita, y estamos en el palacio y la aldea de la Creta del Minotauro tanto como en América Latina, hace cuatro mil años igual que ahora; somos descubiertos por el Almirante o cambalacheamos cuentas de vidrio y lo mismo vemos por la ventana un acorazado yanqui que las tres carabelas¹², en un laberinto redondo de tiempo y espacio, de animales y hombres revueltos y confundidos, entre el Apocalipsis y la guerra civil, el fascismo y la sumisión.

¹⁰ «sabíamos que había alguien en la casa civil porque... quienes se atrevieron a acercarse oyeron desastres de pezuñas y suspiros de animal grande detrás de las paredes fortificadas, y una tarde de enero habíamos visto una vaca contemplando el crepúsculo desde el balcón presidencial... una vaca en el balcón de la patria.» (*El otoño...*, p. 9). Una «bestia decrepita» (*El otoño...*, p. 262). «En los extremos últimos de su vejez... el ministro de la salud le arrancaba con unas pinzas las garrapatas de buey que le encontraba en el cuerpo. (*El otoño...*, p. 259.) Véase parte 5, nota 25.

¹¹ «Usted no es presidente de nadie ni está en el trono por sus cañones sino que lo sentaron los ingleses y lo sostuvieron los gringos con el par de cojones de su acorazado, que yo lo vi cucaracheando de aquí para allá y de allá para acá sin saber por dónde empezar a mandar de miedo... y si no se desmontó de la silla desde entonces ni se ha desmontado nunca no será porque no quiere sino porque no puede, reconózcalo, porque sabe que a la hora que lo vean por la calle vestido de mortal le van a caer encima como perros para cobrarle... el sartal de recursos atroces de su régimen de infamia.» (*El otoño...*, p. 29.)

¹² *El otoño...* (p. 44-6).

En un desorden tal que llega al anonimato ontológico, faltos de un destino humano en la historia. Provistos de otro, antihumano, antidesestino bestial. Nihilismo gobernante, desorden institucionalizado, lucha desesperada de un poder que ya no puede. Fascismo antedatado, matriz y germen autóctonos de la impotencia que nace de la combinación siniestra del atraso con la dependencia, regulada desde fuera de nuestra vida y nuestro mundo latinoamericano, causa de nuestra historia sin historia.

3. UN ORDEN SINIESTRO

Nuestro déspota es un animal inepto para el amor y la poesía porque tiene una función histórica y social bien determinada; subordinar el *poder natural* invencible de la especie al *poder social* de la dominación malthusiana de la bestialidad del hombre. Gobernar es disipar en la nada el poder potencial e incommensurable de los miles de macondos desconocidos e inutilmente portentosos, crear sus vías de incomunicación, unificarlos en una red laberíntica a escala nacional en todo el continente. Mandar desde el rostro bestial de un minotauro invisible, establecer la diacronía del tiempo, las duplicaciones y bifurcaciones, pliegues y artillamientos que enturbian su curso; regular la perfecta incertidumbre del espacio, sostener la no correspondencia entre la historia y el destino. «Corregir los errores de Dios», en una palabra, mandar en la realidad, sin intermediarios y prohibirla directamente.¹³ Tal es la función de este poder bestial y descarnado del hombre sobre el hombre.

Es preciso que resulte así para garantizar la racionalidad, el control y el esplendor de un mundo todavía más distante, allende el mar, en el cual se mata con más delicadeza y se explota con más disimulo. Un mundo lejano que es al palacio como el palacio a Macondo, que gobierna al que gobierna y lo disipa también, prisionero de su «olimpio tibio de mierda de vaca de los establos».¹⁴ Olimpo secundario, el establo-palacio no pertenece realmente

¹³ «Los aduladores impávidos... lo proclamaban corregidor de los terremotos, los eclipses, los años bisiestos y otros errores de Dios» (*El otoño...*, p. 12.) «No había otra patria que la hecha por él a su imagen y semejanza con el espacio cambiado y el tiempo corregido por los designios de su voluntad absoluta.» (*El otoño...*, p. 171.) Era un «animal vetusto que parpadeaba con los ojos abiertos en un espacio propio reservado en otra edad del mundo». Y cuando «se oyeron los ruidos viscerales de las máquinas de los relojes en el silencio de un abismo final», entonces dijo: «que nadie se mueva, nadie respire, nadie viva sin mi permiso» y los mandó «cenarse» al «ministro de la defensa». (*El otoño...*, p. 127.) Es su manera de gobernar «esta patria que no escogí por mi voluntad sino que me la dieron hecha como usted la ha visto que es como ha sido siempre con ese sentimiento de irrealidad, con ese olor a mierda, con esa gente sin historia que no cree en nada más que la vida». (*El otoño...*, p. 159.) Pero también al patriarca «el torrente incesante de la realidad... se lo iba llevando hacia la tierra de nadie de la compasión y el olvido». (*El otoño...*, p. 34.)

¹⁴ *El otoño...*, p. 195.

al tercer mundo relegado de los macondos. Más bien parece un mundo segundo —que es vano querer buscar en otra parte— un mundo intermediario también relegado por el primero, sede del control. Los Pinochet y los Somoza no pertenecen al llamado tercer mundo, son mayores del primero y sólo los falsos amos del tercero. Son habitantes espectrales de un mundo secundario, reino bestial intermediario y sin destino.

Para asentar el «reino de pesadumbre» americano tienen que estabilizar el ciclo de sobreexplotación cuyo límite permanente y nunca alcanzado por completo es la disolución babilónica de todos los macondos, deben deshumanizarlos y borrarlos del mundo, de la vida y la verdad, para que puedan desaparecer una y otra vez realmente según oscila la necesidad de un azar lejano, todavía más invisible, de las fluctuaciones imperiales que determinan apariciones y desapariciones fantasmales de bananeras y latifundios, culturas y regiones cíclicamente pobladas y despobladas en el tiempo retorcido del eterno retorno de la dependencia.

El poder acumulado así parece bien el conjunto vacío de la suma de todas las faltas de poder de todos los macondos, el saldo unificado de sus impotencias simultáneas, concentradas y anudadas en la cúspide de la pirámide social, entrelazadas en el olvido, la dispersión y la incómunicación totales, que es la entropía, que es la muerte. Bajo la carátula del orden y el progreso transcurren el desorden, la entropía y la involución cíclica.¹⁵

La irracionalidad es indispensable. Un espacio imponderable en la sincronía difusa de los calendarios incompatibles de un tiempo malo y redundante, en los vacíos agrestes e imposibles de un espacio incierto, así, necesariamente, son la historia y la geografía del subdesarrollo dependiente, implicadas como realidad sólo simbólica, sin ton ni son, para poder oponer y unir a la vez ambos mundos incompatibles e inseparables, el palacio y los macondos.

La irracionalidad indispensable no es por eso una herencia pasiva, supervivencia arcaica o residuo tradicional de un pasado inamovible. Muy por el contrario, es exclusiva producción del presente y como tal, es también el futuro, el proyecto futuro de conservarlo todo tal como es ahora, el que la determina. El futuro es como el presente, por eso no hay futuro ni hay tampoco presente. Igual que los animales. Y en su brutal anarquía, la imaginación subdesarrollada está en el poder con un determinismo fatídico dos veces más fuerte que el cartesiano. Sus coordenadas se arrugan o estiran y los vectores serpentean como les da la gana entre el arbitrio despótico, la obsesión

¹⁵ La historia es como un engranaje de repeticiones irreparables, una rueda giratoria que hubiera seguido dando vueltas hasta la eternidad, de no haber sido por el desgaste progresivo e irremediable del eje». (*Cien años...*, p. 447). «Lo último que iba quedando de un pasado cuyo aniquilamiento no se consumaba, porque seguía aniquilándose indefinidamente, consumiéndose dentro de sí mismo, acabándose a cada minuto pero sin acabar de acabarse jamás» (*Cien años...*, p. 454). «Los años de ahora ya no vienen como los de antes». (*Cien años...*, p. 275). Ursula «concebía confusamente... un progresivo desgaste del tiempo». (*ibid.*).

paranoica, el delirio del ensueño, la bestialidad salvaje, el maquiavelismo barroco y los sortilegios de la magia. La realidad es cubista, barroca, surrealista, fantástica. En nuestra América sí parecería falso que «la naturaleza imite al arte», porque en realidad se le anticipa.

Pero así se cumplen inexorables leyes probabilísticas perfectamente desconocidas para todos, excepto para el patriarca. En el instinto de la bestia, un dualismo consumado y múltiple de sueño y profecías, voluntarismo ilimitado y senil vacilación, espejos y regresiones, no hay error: el ser y la nada siempre permutan sus disfraces. El pasado; el presente y el futuro, idénticos, se anulan recíprocamente. Es la nada.

Déspota títere, aunque haya subido al poder por medio de una rebelión de los macondos contra «la instauración del desorden» desde que traiciona su destino y se subordina al imperio, el patriarca tiene, como Jano, una cara en el poder y otra en la impotencia, pero una mirando al pasado y la otra también. Su misión es poder que los demás no puedan, por eso necesita tanto poder para no poder nada, por eso no tiene destino ni deja tenerlo. Entre una cola de cerdo y una cabeza de toro está encerrado, cifrado, nuestro destino americano.

Tras el desorden evidente y exacerbado, lo que se oculta es un *orden siniestro*, regulado por el metasistema supremo que ordena nuestro desorden con la probabilidad rigurosa de un flujo mercantil invisible y desigual. Cifrado en los desarreglos del tiempo y el espacio, el poder y la gloria, el amor y la poesía, la impotencia y el destino, lo humano y lo bestial, el díptico de García Márquez es la alegoría del imperialismo.

4. LA AUSENCIA DOMINANTE

Las guerras del coronel Aureliano sobre todo, pero también las utopías de José Arcadio Buendía, los amores de Amaranta y las empresas de Úrsula son casos ejemplares de la ruptura del destino por el continuo desencuentro entre la actividad y sus fines. Son el efecto acumulado de una constante estructural que todo lo desvía. Pues la repetición del propio desencuentro se traduce a la larga en incremento del desajuste, en pluralidad de desvaríos. Cada derrota alimenta la repetición de un nuevo intento que ha de acabar en otro fracaso. Y luego, cuando se sufre el desastre, la conciencia del nuevo desajuste refuerza como aferencia de retorno o retroacción, la propia fuente de una ideología fatalista originaria de la discordancia. Y así al infinito.

El deseo de luchar contra el desorden institucionalizado promueve la guerra que conduce a la derrota y agrava el mismo desorden que la motivó. Progresivamente desconectada de sus posibilidades remotas de victoria estratégica, la actividad táctica, aun cuando fuera victoriosa, marchará cada vez

más «en sentido contrario al de la realidad» como lo resume finalmente el propio coronel.¹⁶

Cuando la acción produce lo mismo que no hacer nada, entonces hemos llegado al límite de toda posibilidad y el desaliento es absoluto. Pues eso indica que somos prisioneros de un sistema cuyas reglas no entendemos y que, por tanto, todo lo que hagamos habrá de cumplirlas a ciegas. Pero si, pese a todo, renegamos del desánimo porque sentimos que sería la muerte en vida, entonces la nueva acción empeora las cosas, y estamos en el infierno: no hemos llegado al límite último, lo hemos sobrepasado. Sólo nos queda, como nuevo límite, la opción entre la extinción, el suicidio o la locura. Aunque todo florezca en medio de una incansable alegría de vivir...

Este ciclo diabólico simboliza la historia de todas las luchas de nuestro continente terminadas en fracaso. Desde Tupac Amaru hasta Zapata, desde las rebeliones de gauchos y llaneros de la independencia hasta el presente siglo, entre guerras civiles y huelgas, insurrecciones campesinas, mineras o urbanas, una interminable lista de fracasos encadena sólo utopías y frustraciones.

El político, el revolucionario, el dirigente, el combatiente, el militante, el intelectual o el historiador saben o pueden saber que no hay otra vía que los fracasos previos para el progresivo esclarecimiento de los caminos que conducen a una lucha final y victoriosa. Toda victoria es fruto de muchas derrotas precedentes. Pero los que cayeron sin saberlo, los que sobrevivieron, los que creyeron de modo espontáneo e ingenuo, esos nunca lo saben. Porque cuando lo llegan a saber ya dejan de ser actores ingenuos y están en el camino de la clarividencia que conduce al éxito futuro, más tarde o más temprano. Son, entre tanto, vanguardia, y son minoría, incluso cuando son muchos en la derrota.

Pero en el interior del mundo subdesarrollado —donde y cuando éste no se encamina dentro de un proceso revolucionario— las cosas son muy distintas. La ideología burguesa desarrollada, tanto como la ideología revolucionaria, están, por definición, fuera de sus fronteras. El *subdesarrollo ideológico*, para ser cabalmente comprendido, tiene que ser enfocado y visto por dentro desde la perspectiva propia de la *ideología del subdesarrollo* que ya es otra cosa bien distinta, aunque se escriba casi igual.

Esa es, precisamente, la visión interiorizada del subdesarrollo, que domina, como perspectiva, en el díptico de García Márquez. No obstante, nada más alejado de la complacencia en la frustración humana. No es una elegía del derrotismo o el elogio de la fatalidad, ni la apología del atraso. Porque nos descubre la presencia simultánea de una alegría de vivir contradictoria que se sobrepone no sabemos cómo al lúgubre peso de una vida insoportable.

Entre los vencidos y los marginados todo es tinieblas, excepto esta empuñada e indestructible voluntad de seguir viviendo pese a todo y de seguir

¹⁶ *Cien años...*, p. 151.

creyendo en su derecho a una vida humana, aún a ciegas. Sin la testaruda persistencia de ese afán de vivir jamás se podría encauzar y desarrollar lucha alguna, porque de ser así sólo se lucharía por lo que estuviera asegurado de antemano, es decir, por aquello que no hace falta luchar.

Todo es tinieblas, menos la poesía. Que, entre paréntesis, con la obra de García Márquez consuma una verdadera revolución heliocéntrica dentro de la estética del realismo literario novelístico. En ambos textos la descripción y la poesía han intercambiado sus lugares y funciones. La poesía acontece. Se instala en el lugar de los hechos y se intercala naturalmente entre los objetos. Es protagonista en vez de narradora. Se describe el acontecimiento poético con la prolijidad minuciosa de la observación realista, como si fuera un personaje o un objeto natural, pero también, a la vez, con el desenfado de un cuento de hadas.

La poesía no se limita a reforzar el texto como prosa poética, se presenta entre los acontecimientos como protagonista del realismo literario. Aparece en el mundo significado, no en el puro lenguaje. Pasó de la sintaxis a la semántica, alternando con la monstruosidad y la abyección, que así es como no vino a sustituir la realidad por lo absurdo, sino a ayudarnos a descubrir lo absurdo de la realidad. Y, también, a darnos la pauta de un realismo poético y activo, que *participa en la transformación del mundo* mostrándonos cómo es y, a la vez, cómo no debiera ser. Otro mundo, distinto y opuesto, que en los textos no aparece por ningún lado está involucrado por todas partes, y sale reforzado por este realismo de la anticipación simbólica. La ideología revolucionaria que lo inspira no aparece a la vista, sólo está presente e implicada en la conciencia del autor —para volver a estarlo en la conciencia del lector— como el proyecto futuro de la transformación necesaria del mundo actual.

Pero esa perspectiva es totalmente extrínseca al acontecer narrado, es la ideología que no tienen ni pueden tener los personajes de las dos novelas. Pues ellos están encerrados en el universo y en la ideología del subdesarrollo dependiente, limitación que se manifiesta también con todo su poder a escala individual. Cuando no se pueden regular siquiera los comportamientos a mediano y corto plazo conforme a sus fines, entonces la actividad se torna simple locura. La locura extrema de la disociación enajenada, pérdida completa del sentido de la realidad: esquizofrenia pura. No regula nada, ni siquiera lo más inmediato, como no sea la estabilidad del propio instante eterno y absoluto, sin pasado ni futuro y fijo para siempre en la imbecilidad perfecta.

Es el límite al cual tiende cada vez más el patriarca. Pero es también al que llega, del lado opuesto y de un salto directo hacia la locura clarividente, José Arcadio Buendía el fundador, luego de haber agotado todas sus posibilidades utópicas y de haber recorrido de ida y vuelta todos sus sueños comprobando la circularidad perfecta de los mismos, detenido en la muerte por el dedo

tutorial de Prudencio Aguilar.¹⁷ La sublime Remedios la Bella, por su parte, tonta o santa, o ambas cosas a la vez, vive instalada en ese mismo límite hasta que un improbable accidente de las sábanas acabe desligándola de la ley de gravedad.

Poderes impotentes, excesivos, fuerzas gigantescas latentes pero irrealizables, un inmenso potencial de energía ligada, obligado a circular sobre sí mismo como los electrones, componiendo átomos de vidas inútiles y sin sentido. Así se confunden los extremos del poder y no poder en los círculos del absurdo que son los de este infierno. Porque en todos los casos, en cada quien a su manera, a su nivel y su escala, lo que *falta siempre es la correspondencia entre el flujo de los acontecimientos y una ideología rectora global y nuestra, colectiva que anticipe el futuro hacia el cual confluyen*. O, si se quiere decir más claro a la inversa, lo que *sobra es otra ideología* distinta, intercalada y dominante, rectora pero no de la comunidad de todos sino de algunos, que *asegura la confluencia de los acontecimientos*, cualesquiera sean, hacia los fines no de toda la comunidad, sino de sus clases dominantes. Entre ambas ideologías existe un vínculo, un operador invisible que todo lo permuta y que liga la conciencia y la realidad de unos y otros por lazos de *comunicación inversa*. Pues entre la ideología de los sectores, grupos y clases dominadas, en la medida que lo sean, y la ideología dominante en la sociedad, tal dualismo es la única correspondencia posible.

Entonces surge esa imagen colosal del mundo nuestro, subordinado, ese submundo marginal de la vida, rayana en la nada, en el cual las *propiedades de la dominación que lo determinan todo están ausentes*. No hay, para nosotros, proyecto a largo plazo, no hay futuro porque la dominación es absoluta y es ajena y es distinta. Y, por tanto, tampoco hay presente. La diferencia radical entre Macondo y el palacio, sin embargo, desde cierto punto de vista esencial, desaparece en un aspecto. No encontramos, en el palacio, la sede del poder. El centro de control. El núcleo regulador de la realidad. Nada de eso: sólo establos llenos de bosta, todo un desorden absurdo y las manías seniles de una arterioesclerosis despótica que pretende «corregir los errores de Dios».

La libertad del patriarca, de puertas para afuera de su palacio parece ser mucha, pero es sólo aparente. El patriarca es un lacayo senil en su «olimpio de tibia mierda», totalmente incapaz de gobernar su «burdel de negros», como se lo anunciaron con sorna en los días lejanos del origen de su falso poder ilusorio los propios portavoces del poder real, supremo y lejano, que lo instalaron en el trono con su poder verdadero, dominante, regulador del descomunal desorden necesario a sus fines.¹⁸ Un orden supremo y remoto es

¹⁷ *Cien años...*, p. 157

¹⁸ «Los gringos le gritaron que ahí te dejamos con tu burdel de negros a ver cómo te las compones sin nosotros». (*El otoño...*, p. 29). «Desangrados por la necesidad secular de aceptar empréstitos para pagar los servicios de la deuda externa desde las guerras de independencias y luego otros empréstitos para pagar los intereses de los

el que subordina los acontecimientos y regula nuestro desorden. El patriarca es sólo intermediario.

Es un juguete menos libre aún que sus propios subordinados. Desclasado de origen, caudillo arribista y aventurero que ha venido a degradarse sin siquiera saberlo, al convertirse en integrante de una clase lacayuna, dominante y dominada a la vez, intermediaria por función, de un proyecto regulador que no es el propio sino ajeno, excéntrico y mil veces más poderoso que sus veleidades lúgubres y sus mezquinas ambiciones de impotencia poderosa.

Porque la *teleonomía en el tiempo*, el proyecto futuro regulador de nuestra acción presente dirigida hacia su destino, está interferida y truncada por completo. Otro proyecto paralelo pero superior le superpone una previa *teleonomía en el espacio* que subordina y anula la nuestra. En vez de regular nuestro presente orientándolo hacia nuestro futuro en la dirección del tiempo, el vector transversal de la dominación y la dependencia tuerce el destino que se regula así por el presente paralelo de otro sistema dominante, dirigido hacia su propio futuro y no hacia el nuestro.

Nuestro destino es entonces residual y secundario, derivado; en suma: nuestro futuro también es dependiente. Es un porvenir impropio en función de un proyecto ajeno.

En última instancia, la constante sustitución del tiempo por el espacio, que aparece de mil modos diferentes entre Macondo y el palacio, no es más que redundancia simbólica, determinada por la invariante traslación de la dependencia respecto de *nuestro futuro* hacia la dependencia del *presente ajeno*. Nuestro referencial de tiempo y espacio está adulterado, desfasado. No tiene arreglo. Mientras la dependencia no desaparezca, las correspondencias más elementales no podrán establecerse. Y, por ley natural, biológica y social, así como por evidencia matemática, *sin control del futuro no hay autonomía presente* en ninguna actividad, dominio o nivel de la existencia.

Desprovista de imagen del futuro, la realidad de nuestro presente latinoamericano deviene irreal. El presente, sin dejar de ser el lugar material de la creación del futuro, se desintegra en infinitos pedazos. Todos los actos, todas las formas se dispersan en el desorden, no convergen hacia nada, o confluyen hacia la repetición de un presente eternamente igual en su sin sentido.¹⁹ La imagen real del propio futuro, exhaustivamente concebida no se

¹⁹ «Es como si el mundo estuviera dando vueltas» (*Cien años...*, p. 333) «Es como si el tiempo diera vueltas en redondo y hubiéramos vuelto al principio». (*Cien años...*, p. 218.).

servicios atrasados, siempre a cambio de algo, mi general, primero el monopolio de la quina y el tabaco para los ingleses, después el monopolio del caucho y el cacao para los holandeses, después la concesión del ferrocarril de los páramos y la navegación fluvial para los alemanes, y todo para los gringos por los acuerdos secretos... cuyo gobierno se constituyó en garante de los compromisos europeos a cambio de un derecho de explotación vitalicia de nuestro subsuelo». (*El otoño...*, p. 224 y 225).

puede siquiera pensar, por supuesto. Está necesariamente vacía. Sólo el símbolo la suple indirectamente si llega hasta ella, pese a todo, creándola como anticipo sintético y contradictorio por el simple expediente de penetrar hasta el porvenir del presente actual por encima y por debajo de su realidad aplastante e incompleta.

La imagen viva y real de *Cien años de soledad* y *El otoño del patriarca* se construye sobre ese vacío doloroso de la realidad actual, que apunta hacia el porvenir, recombina sus elementos. El arte llena de imágenes-símbolo los vacíos de la realidad, aquellos que ella no puede cubrir pero necesita llenar para poder realizarse mediante la conciencia humana y su participación indispensable en lo único que la realiza: la acción concreta de los hombres construyendo su futuro.

El arte descodifica el presente a la inversa. Bajo la dominación de un proyecto social aplastante, descubre el proyecto humano reprimido y lo trae a la luz, poblando el paisaje de vidas mitológicas y relaciones simbólicas que leen a contramano del curso del déficit o de la adulteración del presente, su futuro y verdadero destino social y humano. El arte nos dice cómo los hombres quieren ser y no pueden. Es su modo de proyectarse hacia el futuro y de participar en la creación de la realidad.

Pero, por supuesto, antes que el arte, llegó a ese punto y mucho más lejos la conciencia ideológica y política revolucionaria, y, más lejos aún, la acción misma. Otras realidades, otros presentes y otros mundos siguen otro curso. Cuba por ejemplo, isla del espacio en su tiempo propio —espacio y tiempo excepcionales—, avanza en el sentido inexorable de la historia mediante una revolución integral de la realidad presente en América Latina. Pero para eso hay que recorrer el camino inverso de los patriarcas y los macondos. De lo contrario, el laberinto es largo y sinuoso, y siempre devuelve al mismo punto de partida.²⁰

5. CAUDILLOS Y PATRIARCAS

El camino del patriarca podría haber sido distinto, como el del coronel Aureliano Buendía. Y viceversa: el caudillo de las 32 guerras perdidas pudo bien llegar a ser como el patriarca. Estuvo a un paso, pero no cruzó el Rubicón ambiguo que conduce al palacio. Se retiró a tiempo hacia el olvido, cuando el ciclo de la eterna guerra contra el caos instaurado comenzaba a convertirlo en una desordenada bestia sin destino. Es el momento preciso en que se está transformando en lo mismo que combate: un animal, pero sin cola de cerdo. Los símbolos de la animalidad tienen también su rango y sus jerarquías.

Pero es su madre, la inagotable Úrsula Iguarán, custodia secular de la amenazada humanidad de su estirpe quien interrumpe su camino de animaliza-

²⁰ «La incertidumbre del futuro les hizo volver el corazón hacia el pasado». (*Cien años...*, p. 191).

ción inconsciente al anunciarle: «te mataré con mis propias manos»... «Lo mismo que hubiera hecho si hubieras nacido con cola de cerdo».²¹ Es así como el coronel renuncia a su camino desviado y lo endereza hacia una última guerra para acabar con la guerra. Y «nunca fue mejor guerrero que entonces» para «conquistar una derrota que era mucho más difícil, mucho más sangrienta y costosa que la victoria».²²

El coronel regresa a Macondo «otra vez convertido en un ser humano» y cambia el ciclo repetitivo de la guerra por el juego más apacible y estéril, superordenado pero absurdo de fabricar y desfabricar pececitos de oro para volverlos a hacer de nuevo y acabar muriendo en paz y en silencio «como un pollito», después de orinar sin saberlo sobre el fantasma prometeico de su padre, amarrado al castaño.²³

Infierno circular de la vida subhumana: en el interior del sistema cualquier trayectoria conduce al mismo resultado, al mismo estado de destrucción del hombre. Sólo una acción dirigida hacia la transformación futura del propio sistema puede cambiar las cosas. Pero eso, en Macondo todos lo intuyen y nadie lo sabe. La ruptura del sistema sería la revolución. Algo bien distinto de la rebelión interna, que sólo devuelve al mismo punto, previo desgaste y empeoramiento. No es aquí la acción la que transforma al sistema sino el sistema el que transforma cualquier acción y la distorsiona conforme a sus fines ocultos y desconocidos pero regulados por el poder de control externo, lejano e inaccesible y todavía más desconocido que no se puede modificar desde abajo y desde dentro.

El patriarca, en cambio, lejos de renunciar a su destino sin destino y regresar a su origen para combatirlo, como el coronel, sigue adelante y lo asume. La suya es una manera completamente distinta de no tener destino. Cruzó el Rubicón, afiebrado e inconsciente, huyendo de un sino primario de buey o de iguana para convertirse en un animal antológico despreciable como falso caudillo. Sombra fantasmal y mítica, sostenida en su poder en andas del fervor equivocado de un afán masivo de destino verdadero insoluble y desviado por un imperio que los suple, controla y subordina, al porvenir; el poder y la gloria.²⁴

Minotauro moderno, el patriarca no tiene la humilde cola de cerdo del campesino de Macondo, pero sí un rango más alto de animalidad confusa en la

²¹ *Cien años...*, p. 190.

²² *Cien años...*, p. 191.

²³ *Cien años...*, p. 192 y p. 300.

²⁴ «...hasta en los caseríos más indigentes de los médanos de la selva donde al cabo de tantos años de olvido vieron volver a media noche el vetusto buque fluvial de rueda de madera con todas las luces encendidas y lo recibieron con tambores pascuales creyendo que habían vuelto los tiempos de gloria, que viva el macho, gritaban, bendito el que viene en nombre de la verdad, gritaban... para brindarle tributos de sumisión al poder invisible cuyos dados decidían el azar de la patria...» (*El otoño...*, p. 141).

majestad de su trasero de buey, su levantarse vacuno, sus sueños que ronan ruidos nocturnos de pezuñas, y sus garrapatas seniles en la pelambre de caudillo de vereda convertido en buey. Evolución anómala de la vida, por cierto, pero también resumen simbólico de la historia americana: transformación decadente y recesiva, este Cebú decrepito rodeado de vacas de su propia especie que «heredan su marca palaciega», dejó en el camino de la falsa gloria un pasado de centauro y un «ímpetu de bisonte» sólo para buscar un mar que acabó vendiendo y lo convirtió en otra especie de animal marino florecido de rémoras que se acerca a la muerte anunciando «el regreso espontáneo del mar», obsesionado por la culpa. Biología mítica, no es otra cosa que la descomposición final del caudillismo en el poder. Del centauro al minotauro, del hombre a la iguana. De los llanos y las montañas al mar de los doctores y los gringos, para acabar de vendérselo.²⁵

Hay poca distancia de la era de los caudillos ascendentes, portadores de la autoafirmación de un mundo marginado a la era de su negación rotunda por políticos vacunos que desertan su destino en el poder y anticipan el fascismo. Los caudillos se corrompen o bien fracasan, o caen asesinados como héroes, tanto más si asoman a la clarividencia. Cada héroe tiene su traidor. Cada Sandino tiene su Somoza. Cada Aureliano su patriarca.

La rebelión espontánea de los caudillos es la rebelión de un destino ya imposible y pequeño pero propio y conocido que pertenece para siempre a un

²⁵ «...como había vendido él en el tumulto de la guerra con un trapo colorado en la cabeza gritando en las treguas de los delirios de las calenturas que viva el partido liberal carajo, viva el federalismo triunfante, godos de mierda, aunque arrastrado en realidad por la curiosidad atávica de conocer el mar...» (*El otoño...*, p. 142), «se pensaba que era un hombre de los páramos por su apetito desmesurado de poder, por la naturaleza de su gobierno, por su conducta lúgubre, por la inconcebible maldad de corazón con que le vendió el mar a un poder extranjero...» (*El otoño...*, p. 49). «...se levantó del suelo con aquella enorme y ardua maniobra de buey de primero las ancas y después las patas delanteras y por último la cabeza aturdida con un hilo de baba en los bellos...» (*El otoño...*, p. 207), «...el testículo herniado era lo único que habían eludido los gallinazos a pesar de ser tan grande como un riñón de buey...» (*El otoño...*, p. 10), «...sus tiempos cabizbajos de buey de ocupación...» (*ibidem*, p. 54), «...no se encontró con el anciano lelo que se quedaba dormido en las audiencias sino con el antiguo carácter de bisonte...» (*ibidem*, p. 119), «me ví yo mismo en la televisión y me encontré mejor que nunca, como un toro de lidia, dijo muerto de risa...» (*ibidem*, p. 259), «...enorme buey de cemento que no quiso quitarse la ropa militar...» (*ibidem*, p. 265), «un bisonte de lidia...» (*ibidem*, p. 167), «...buscándose a sí mismo en el agua salobre de sus lágrimas general, en el hilo manso de su baba de buey...» (*ibidem*, p. 168), «...mejor vivir con vacas que con hombres...» (*ibidem*, p. 263), «...se vio a sí mismo uno por uno hasta catorce generales repetidos... vio una vaca despatarrada bocarriba en el fondo del espejo... vaca, vaca, dijo, estaba muerta... una vaca muerta dentro de un espejo...» (*ibidem*, p. 267). En «...sus provincias privadas... proliferaba sin cuento ni medida una especie nueva de vacas magníficas que nacían con la marca hereditaria del hierro presidencial...» (*ibidem*, p. 130), «...sin que nadie se atreviera a molestarlas porque conocíamos la marca congénita del hierro presidencial que las hembras llevaban en las ancas y los machos en el cuello...» (*ibidem*, p. 221).

pasado patriarcal y autónomo que no ha de volver jamás, rebelión contra otro destino universal, posible y probable e inminente y avasallante pero ajeno y desconocido. Es la tragedia universal del campesino en su forma americana.

En esa contienda el caudillo surge y se forja. Es el hombre de la tierra que se destaca entre sus iguales. El que conoce un mundo sin mapas y una naturaleza sin botánicos, lo respeta el tigre y conoce la serpiente. Allí donde no hay caminos ni instituciones racionales, ni leyes, intercambios y fetichismos, es el hombre excesivo, directo y completo que hace el amor o la guerra con la misma naturalidad con la que caza o siembra, juzga y manda él mismo e, igual entre sus pares, sólo acata al que destacan por encima suyo las mismas virtudes y los mismos poderes. Es el hombre americano cuando y donde todavía no ha llegado el manto oscuro del poder lejano de la mercancía, las diferencias laberínticas de la división del trabajo y las triquiñuelas de la ley y las instituciones, que cuando asoman en el horizonte ya se lanza a la rebelión. Y se opone a la racionalidad institucionalizada del estado centralizado por su contrafigura, el Doctor urbano y capitalino, oligarca unitario por esencia, creador del estado dependiente directamente unido a los intereses transnacionales del mercado mundial.

El caudillo suple el vacío de la comunicación racional institucionalizada y ausente de su mundo social primitivo con su sabiduría lugareña, directa y tradicional. Y suple el poder institucional con el carisma arquetípico de la acción y el ejemplo, contrarrestando la vocación unitaria de las capitales con

«estaba convencido de que aquellos retoños de acantilados eran apenas los primeros síntomas del regreso espontáneo del mar que ustedes se llevaron, mi querido Johnson...» y que «había de ver de nuevo las tres carabelas del almirante de la mar oceana...» (*ibidem*, p. 258). «...no eran garrapatas, doctor, es el mar que vuelve...» (*ibidem*, p. 259).

«...si no era mi compadre de toda la vida quien lo había vuelto buey por tratarle de quitar la pelambre natural de caudillo de vereda para convertirlo en un inválido de palacio incapaz de concebir una orden que no estuviera cumplida de antemano...» (*ibidem*, p. 101). «...sátrapa indescifrable cuyos ojos de iguana no dejaron traslucir la menor emoción...» (*ibidem*, p. 158; 145-46).

«caballo guarnecido de recados de guerra... que se quite los arneses general...» (*ibidem*, p. 166). «...era alguien que se había metido a caballo en el agua...» (*ibidem*, p. 165).

La prefiguración de Aureliano es casi textual: «...sus órdenes se cumplieran antes de ser impartidas, aun antes de que él las concibiera, y siempre llegaban mucho más lejos de donde él se hubiera atrevido a hacerlas llegar. Extraviado en la soledad de su inmenso poder, empezó a perder el rumbo» (*Cien años...*, p. 187). Pelea solo por orgullo (p. 153), por el poder (p. 189). «Te estás pudriendo vivo», le anuncia Gerineldo Márquez (p. 185). «...a medida que la guerra se iba intensificando y extendiendo, su imagen se fue borrando en un universo de irrealidad» (p. 181)... «de tanto odiar a los militares... has terminado por ser igual a ellos» le dijo el general Moncada (p. 179). «A este paso —concluyó— no sólo serás el dictador más despótico y sangriento de nuestra historia, sino que fusilarás a mi comadre Úrsula tratando de apagar tu conciencia» (p. 180).

un federalismo fanático, que pronto se anula en la derrota, la traición o la fatalidad disgregadora de su propio horizonte limitado y anárquico.²⁶

Cuando Bolívar vio el furor de los centauros del llano arrasar la ciudad de Caracas durante la derrota de su primera campaña, comprendió que nada podía hacerse contra ellos, desde fuera hacia adentro, desde arriba hacia abajo. Y comenzó a preparar su segunda y victoriosa campaña continental desde tierra adentro y desde abajo hacia arriba. Ante la imagen de Boves, Bolívar había comprendido que el doctor y el caudillo debían ser uno solo. Que así es como la historia va hacia adelante en nuestra América: con la unidad improbable de lo opuesto, en la alianza con los intereses propios de las clases populares. Pero, sin embargo, hubo de luchar una y otra vez contra el regreso de sus lugartenientes a sus localidades de origen. Combatían como fieras tierra adentro, en su mundo y sus proximidades, pero perdían iniciativa y combatividad a medida que se alejaban de él. Y, algo más allá de cierto límite volvían grupas hacia el pago, desentendidos de una estrategia continental y un proyecto histórico que estaba por encima de su horizonte rural localista.

El caudillo emancipador sabe por instinto que su poder es como el de un Anteo local, arraigado en el terruño donde nació y se hizo hombre como centauro. Fuera de su radio de acción —el campo— pierde sus propiedades de caudillo. Hombre feudal, el suyo es un poder personal arquetípico y carismático que suple todo lo que falta en su mundo primitivo, a la vez que rechaza todo lo extraño. Representa la resistencia de la vida local. La auto-defensa de la producción directa para el consumo no mercantil lugareño, que se opone a la invasión avasallante de un poder ajeno. El rechazo de la penetración forzosa y coactiva de un flujo internacional absorbente, determinado por lejanos poderes de producción industrial en gran escala para el mercado mundial capitalista.

Aquel mecanismo de *regulación heteronómica* que llamamos dependencia, y que, infinitamente más poderoso que los nuestros, primitivos, fragmenta en mil pedazos desorganizados los débiles equilibrios propios de los pastos y las vacas, maizales o huertos, talabarterías y telares, arados y tornos de madera.

6. LA VIOLENCIA

Desde los primeros tiempos de América se anticipó esa monstruosa forma de subordinación: la dependencia del atraso propio en función del porvenir de

²⁶ «...se destacaba una autoridad tenebrosa»... «un indio puro, montaraz, analfabeto, dotado de una malicia taciturna y una vocación mesiánica que suscitaba en sus hombres un fanatismo demente». «Hay que matarlo» le dicen a Aureliano. «No esperen que yo dé esa orden —dijo— ...«Pero quince días después... fue despedazado a machetazos». (*Cien años...*, p. 186). De la anarquía a la traición sólo hay un paso.

Un «sentido del gobierno inmediato», caudillezco, hay en el patriarca que «no logra ba concebir nociones abstractas». (*El otoño...*, p. 91 y p. 189).

los otros. Ser como puercos para que otros coman carne de toro. Y el caudillo rebelde fue siempre, desde antes de la Independencia, un lugareño arrancado a su destino por esos aluviones cósmicos y lanzado a una guerra ciega y sin victoria posible contra la complicidad dominante de las oligarquías portuarias capitalinas, eslabones indispensables, intermediarios de la dependencia, subordinados a poderes todavía más lejanos y más incomprensibles.

Es la suya la rebelión de un mundo *local* no mercantil contra la subordinación *nacional*, desde arriba y desde fuera, a la economía supermercantil *transnacional*. Esa destrucción de la regulación del equilibrio interno, que integra los fragmentos del desorden resultante, sin solución de continuidad, al flujo dominante de un sistema lejano y extraño mil veces más poderoso y grande, hoy asentado en la nación privilegiada que controla el mundo capitalista.

Las comunidades rurales descalabradas por el desorden gobernante, abren su herida que sangra hombres hacia un *mercado interno* que no existe o es marginal, flotando en destinos improductivos fantasmales abarrotados en cinturones de miseria urbana. El desorden sistemático rompe la estabilidad relativa de las parcelas familiares y las torna migrantes, puebla y despuebla, rotura y veda y vuelve a roturar más lejos y más alto en las montañas, las mesetas o las selvas, borra de la memoria una y otra vez el latifundio patriarcal o la parcela familiar y lo puebla con mayoresales de látigo y fusil de las plantaciones, comprime el consumo autoabastecido hasta más allá del hambre y la miseria e implanta la tienda del patrón con sus pagos nominales que endeudan y esclavizan, y las rentas en trabajo y en especie, todo para sobrecargar los vagones de un tren amarillo que se pierde en el horizonte.

Un poder mucho más grande que el imán de Melquíades²⁷ y que data de los orígenes, arranca de las casas los metales y las maderas, y de los huertos de todos los macondos miserables arrastra también los vegetales y los frutos y de los hombres toda la vida, hacia un torrente centrífugo que conduce a las regiones lejanas del otro lado del mundo, hacia otro destino absorbente y centrípeto que reina desde allá.

La rebelión de los caudillos fue el secreto reclamo de una ley de *proporcionalidad* violada desde el origen de la conquista por la subordinación de lo pequeño, local y tangible, a lo gigante y absoluto de una fuerza abstracta y universal e incontrolable. Pecado original de América, inducido por los demonios de un poder económico duplicado de un poder coactivo extraeconómico complementario e indispensable. Es la violencia directa de nuestro sistema, sin la cual la desproporción misma sería ingobernable, la regulación imposible, la adaptación a los grandes fines mundiales inalcanzable. Desde entonces la violencia es un requisito de nuestra estructura. Seguimos con-

²⁷ *Cien años...*, p. 1.

servando entre nosotros la barbarie directa que nuestros amos actuales implantaron primero como regla y luego dejaron atrás y a un lado como excepción. Pero nos la dejaron, precisamente del mismo lado del camino donde estábamos nosotros. Porque la violencia directa fue gradualmente sustituida en las metrópolis por la violencia indirecta o esporádica, el control extra-económico por el económico; lo cual les permitió parecer civilizadas y reservar sólo a las colonias y las neocolonias, o las guerras imperialistas y coloniales, la brutalidad desembozada.

Una vez superados los primeros tiempos difíciles de ahorcar vagabundos rebeldes en Londres o más tarde indios y ladrones de caballos en las praderas norteamericanas, exterminando así los excedentes demográficos de inadaptados sociales, legaron a nuestras oligarquías dependientes la sucia tarea de la violencia directa sistemática.

Desde entonces, la imposibilidad de regulación económica automática exige la permanencia y la primacía de la violencia material como un componente estructural, como un regulador indispensable. Esa barbarie no es una herencia del pasado, ni un rasgo aleatorio y recesivo o marginal de idiosincrasia cultural o racial. Es el presente y es el futuro, necesarios hasta la revolución. Porque es función de la dependencia misma.

Es inherente a la propia desproporción con la cual se distorsionan medios pequeños e insuficientes, subordinados a fines fuera de escala y demasiado grandes, forzándolos necesariamente. Tal como cuando en un orden material puramente físico se necesita meter lo que no cabe, o cubrir lo que no alcanza. Comprensión y dilatación por la violencia, esa es la desproporción constante de nuestro sistema. Un desequilibrio invariante y estructural que genera mas desequilibrios y violencias funcionales. Que produce la demasia, la excesividad desproporcionada, características de toda nuestra historia, nuestra sociedad y nuestra cultura y su carácter radicalmente anticlásico e inarmónico.

En esencia, esa *contradicción*, en vez de ser *dinámica* y reguladora del crecimiento, es una suerte de *contracción estable*, regulada e irregular. Según como se mire, es algo que sobra o algo que falta más allá del límite tolerable. En cualquier sistema autorregulado, el equilibrio entre su potencial expansivo y la estructura estable de las relaciones de producción a largo plazo, como se sabe desde Marx, es insostenible. Pero en nuestro caso lo esencial es que *no hay autorregulación interna precisamente porque todo está regulado desde fuera por otro sistema*. La autonomía interna no existe, porque existe la regulación externa; o sea, la de un sistema mayor, que incluye y domina al nuestro. Porque somos, en suma, un sistema subordinado y desprovisto de su propio mecanismo de control, reemplazado por los centros del sistema dominante. Por lo mismo, la contradicción interna de nuestro subsistema deja de ser *insostenible* a partir del momento en que es *sostenida* por los poderosos fines mercantiles externos supranacionales reguladores que

nos controlan. Poderes y fines que no se corresponden con la escala del nivel interno de nuestro subdesarrollo. Con el imán de Melquíades no se puede contrarrestar una central atómica. Las fuerzas dominantes superan miles de veces a las de nuestros subsistemas que, interferidos, tampoco regulan sus diferentes partes entre sí.

He ahí por qué la contradicción, en vez de habernos conducido en cincuenta años al cambio evolutivo o a la crisis estructural, a la «modernidad» y el desarrollo autónomo, persiste estática casi al cabo de quinientos, o se reproduce y amplía tal como es, sin transformación de su estructura, ni, mucho menos, inversión de la relación de dependencia. Todo crece pero nada se desarrolla. Sostenido por un control externo superior, lo inestable se ha hecho estable y la desproporción estructural.

La *contracción* de nuestras fuerzas productivas dentro de un marco estrecho viene impuesta desde fuera por otras fuerzas productivas mucho más poderosas que les exigen crecer y les impiden desarrollarse bajo el control regulador del intercambio mercantil y la interdependencia desiguales, a través de las relaciones de producción y de cambio dominantes, que son la propia dependencia. Pues la *dependencia, en si misma, no es otra cosa que una relación de producción desigual, dominante y reguladora*. La expansión de nuestras fuerzas productivas choca contra ese límite que, reforzado «desde arriba» contrae el desarrollo interno hasta mucho más allá de lo que sería posible sin ese poder adicional inmenso y desproporcionado con el nuestro. Y el desarrollo se esfuma en crecimiento. El crecimiento se torna circular o recesivo, expandiendo y creando formas de producción «anticuadas» o «primitivas» que nacen todos los días. Oprime por arriba, expande por abajo. Limita la productividad, pero dilata la producción en el eterno retorno de la dependencia y el atraso.

En nuestro medio rural abunda el ejemplo de fuerzas productivas de estilo tradicional, de bajísimo nivel, forzadas a dilatarse, intensificando la producción y la jornada, comprimiendo el consumo por debajo de los límites de la subsistencia y estancando la productividad a la vez, al ser requeridas por el flujo de una demanda de relaciones de producción superiores, demasiado altas, fuera de escala, que todo lo regulan desde lejos. El látigo y el fusil son tan necesarios como las ametralladoras en las minas, o el ejército en las ciudades. La violencia y el fascismo crónicos son función estructural de la dependencia y su inevitable desproporcionalidad.

La pérdida de la independencia de cualquier sistema es la supresión de sus propiedades de autocontrol. Si nunca las perdió porque nunca las tuvo, entonces fue siempre dependiente. Y, desde el momento y por lo mismo que es dependiente, o sea, regulado y no regulador, deja de ser autónomo. Inserto en el interior de un supersistema que lo determina y controla, nuestro sistema social regulado por otro no es autónomo; en un régimen de *interdependencia desigual* regido por un ciclo de intercambio desigual dentro del marco de una división del trabajo definida y complementaria, sólo auto-

regula y reproduce sus propias formas de dependencia, que se confunden directamente con sus formas de existencia. La dependencia reproduce dependencia. Propiedad estructural reguladora del sistema subordinado, su mismo funcionamiento la reproduce.

El control es exógeno y la regulación heteronomía, el desorden repetido se convierte en orden. Y el orden externo estabiliza el desorden interno con la fuerza de un determinismo absoluto. La constante operativa que todo lo enajena es el desfaseamiento entre el sistema social y el sistema de control. *El sistema de control no está ubicado en el interior nacional sino en el metasisistema transnacional que gobierna el destino actual y planifica hasta sus detalles el futuro dependiente de nuestras comunidades pasadas, presentes y futuras.* Hasta la revolución, es claro, única fuerza capaz de romper la estructura del sistema y liberarlo de la dependencia. Entre tanto, el *equilibrio inestable* propio de los sistemas autónomos queda sustituido e impedido por el *desequilibrio estable* de los sistemas subordinados.

¿Cuántos nacimientos espúreos y artificiales, muertes ciclónicas y resurrecciones abortivas y fantasmales de aldeas y parcelas no están ya planificadas en esa nueva versión de El Dorado que es la inmensa locura involutiva de la colonización amazónica, emprendida como última quimera por las transnacionales industriales que buscan su equilibrio en plena recesión, dedicadas ahora a desviar sus excedentes y la migración rural explosiva hacia la creación de superlatifundios ganaderos en plena selva y la explotación masiva del sobretrabajo neofeudal y neoesclavista más primitivo pero en gran escala, para proveer de proteínas al mercado metropolitano deficitario del año dos mil?²⁸

¿Puede pedirse mejor ejemplo de desproporcionalidad? De exógenesis de nuestro futuro. De descontrol interno. De teleonomía exógena y subordinante. De regulación externa del *desequilibrio estable* para garantizar el *equilibrio inestable* de las metrópolis. De heteronomía, en fin, de reproducción ampliada de la dependencia y la regresión proyectadas como futuro. ¿Hay acaso algo que explique mejor la abyecta necesidad y la función lacayuna y dependiente e intermediaria de los generales fascistas de la hora, patriarcas modernos, decadencia senil y envilecida de otra decadencia precedente y ya padecida?

7. DOS CARAS DE LA MONEDA

La historia de América viene dando vueltas en redondo en torno a la imposibilidad de síntesis entre las dos caras del país, el campo y la ciudad

²⁸ «Even firms, like Electro-Radiobraz, Volkswagen do Brasil and various banks which until recently had nothing to do with farming, have begun to invest capital here in recent years». «When all 318 projects have been realised, the cattle population is expected to increase by 5 051 million head.» *The Integration and Colonization of the Brazilian Portion of the Amazon Basin*, Nijmegen, 1975, p. 53 y 60.

—Macondo y el palacio— que no se acoplan en un todo armónico regulado por leyes de desarrollo homogéneo. Y que, en cambio, se integran por completo en un sistema de desequilibrio máximo y estable. Porque no los relaciona internamente un crecimiento endógeno y autorregulado que nunca se produjo, sujetos como están desde el principio de su historia colonial al carro del destino ajeno. Unidos por fuera y desde fuera por ferrocarriles artificiales trazados en Londres y Nueva York, que llegaron sin aviso donde nadie los esperara. Como siglo antes llegaban las flotas, los contrabandistas o los piratas. Medio milenio de *exogénesis* de la historia americana.

Dos mitades de una realidad que es imposible unir armónicamente: Sarmiento y Facundo. Pero también Porfirio y Zapata. Dos mitades que no alcanza a reunir el odio paradójico y enamorado e inevitable de Sarmiento hacia Facundo, cuando quiso deslindar ambos mundos en barbarie y civilización, separando en un antes y un después del progreso lo que era integración simultánea entonces y lo sigue siendo ahora. Pues el voluntarismo utópico nada pudo ni puede contra la realidad. Sobre todo si es el de un proyecto hipnótico impropio y dependiente.

La ideología del modelo euronorteamericano importada durante el siglo XIX, creó una imagen analógica. Un profundo error de base, un desfaseamiento en el enfoque del problema americano que todavía sigue arraigado como mecanismo mental, y que, como todo mecanismo piensa por nosotros. Hace ver el campo y la ciudad como *estados* sucesivos de un mismo desarrollo *en el tiempo* y no como sistemas simultáneos e integrados *en el espacio*, precisamente por su desproporcionada diferencia complementaria. Sobre la base fantástica de esa sustitución de tiempo por espacio surge la proyección de un porvenir mítico: la transformación autónoma futura del campo en ciudad, del atraso en progreso, de lo tradicional en moderno, a la manera del desarrollo capitalista clásico inglés o norteamericano, independiente y autorregulado. Abstracción hecha, claro está, de una relación previa y determinante de dependencia, que anula toda analogía posible, y en la cual campo y ciudad habían sido, son y serán un subsistema perfectamente integrado por la combinación de ambos elementos. Elementos sucesivos de un mismo sistema, que constituyen otro modelo, distinto, subordinado, necesario y paralelo al desarrollo de aquel mismo modelo metropolitano.

Toda la teoría del dualismo estructural en sus diversas variantes, lo mismo que sus refutaciones simplistas, no son más que extrapolaciones desviadas de esa realidad compuesta, dual, que han complicado innecesariamente la imagen de América Latina. Ver el dualismo de la sucesión cuando se tiene ante los ojos el dualismo de la coexistencia, o el de la incomunicación, cuando lo evidente es la dependencia, es totalmente gratuito y absurdo. Como lo es el monismo simplista de igualarlo todo, y eliminar las diferencias ostensibles. No hay un pasado «tradicional» sobreviviéndose y coexistiendo con

un presente «moderno», independiente. Y mucho menos «un atraso» a la espera de su tiempo de modernización, proyectado naturalmente hacia la homologación futura por obra de sus propias contradicciones dinámicas. No. Lo que hay, por el contrario, es un «pasado» rigurosamente contemporáneo y tan creado en nuestro presente como el «presente moderno», que por estar integrados bloquean el futuro de su contradicción dinámica y transformadora. Su equilibrio externo es estable, no dinámico. Por mucho que, como salta a la vista, sea un equilibrio asombrosamente desproporcionado y, en tantos sentidos —sobre todo internos—, desequilibrado.

El sistema compuesto crece pero no cambia, se reproduce sin transformar su estructura esencial. Y sólo en la medida que su dependencia externa se debilita parcial o transitoriamente, se dinamiza por dentro y tiende, proporcionalmente, a cierta autonomía. Pero no es la naturaleza «teóricamente» incompatible de ambas mitades de nuestro mundo la que por serlo contiene el futuro desarrollo. Al contrario, sólo contiene el presente y su eterna repetición, salvo, claro está, el caso de la revolución, que consiste ante todo en romper la dependencia que los integra y reproduce como son. Porque lo «teóricamente» incompatible está *prácticamente* muy bien compatibilizado, como es más que evidente. Que la ideología dominante diga lo contrario no hace sino duplicar el suplicio de la alienación material con la ideológica y sus mitos dependientes e inadecuados, que refuerzan el absurdo de los hechos con el de las ideas que circulan «en sentido contrario de la realidad».

Las diferencias entre ambas partes del conjunto social por agudas y desproporcionadas que puedan ser, no excluyen la integración ni siquiera teóricamente. Pues todo sistema se compone de sistemas sin que sea obligatorio —ni siquiera lo más probable— que lo tengan que integrar elementos y estructuras idénticas o de la misma especie. Por lo general los subsistemas integrados no son homogéneos, son anamórficos, o sea, no poseen propiedades de isomorfismo con el sistema que integran, no sólo en la sociedad sino también en la vida biológica. Suponer lo contrario es transportar los criterios descriptivos de la clasificación de las especies a la integración funcional de los sistemas. Un simple paseo por la lógica de conjuntos basta para disipar ese error sin embargo tan arraigado.

La alternativa simplista de *dos o uno*, por lo demás, dualismo o uniformidad, es un puro sin sentido lógico. El *dos en uno*, o integración dual, no sólo es posible sino, incluso, siempre lo más probable. Y, en nuestro caso, lo evidente. Ignorarlo es tanto como no querer ver los hilos que todo lo unen, o borrar en la mente las diferencias más notorias para contribuir de ese modo, voluntaria o involuntariamente, a la alienación ideológica. En concreto, significaría suprimir mentalmente la existencia del flujo de intercambio entre ambas partes del sistema social, que las vincula y, a la vez, las requiere *tal como son*.

No las unen la homogeneidad ni la comunicación directa, sino la heterogeneidad y la incomunicación parcial. Pero sabemos que la incomunicación puede ser de dos clases distintas y significativamente opuestas: comunicación nula o comunicación inversa. Y nuestra historia puede bien resumirse en el tránsito de la una a la otra. Del aislamiento localista hacia la dependencia externa, saltándose la etapa intermedia de autonomía y autorregulación nacional, que hubiera comportado el desarrollo de formas de comunicación positiva y directa, y la tendencia a cierta homogeneidad. Pero así es el modelo de nuestra evolución. No fue del aislamiento hacia la integración de un desarrollo plural de las localidades y las regiones dirigidas hacia la creación de naciones independientes. Fue la violencia, la dominación, el acoplamiento de lo desigual desde fuera y por arriba, desde las metrópolis hacia las capitales y los puertos y desde estos hasta el campo. Una violenta falta de correspondencia entre los medios y los fines. Medios locales propios y pequeños, subordinados a fines mundiales ajenos y muy grandes, fuera de escala respecto de los nuestros. La «falta de escala» quedó desde entonces incorporada como una ley de «desproporción de los factores» que sin embargo se integraron en sistema.

En una palabra, la repetición que nos esperaba pese a las ilusiones analógicas, no era la del ciclo clásico e irrepetible, del crecimiento económico metropolitano autorregulado hacia el capitalismo nacional independiente. Era el de un crecimiento marginal *dentro* de ese mismo ciclo, en la forma dependiente del ciclo propio e irreversible del subdesarrollo subordinado al capitalismo mundial.

Ignorarlo implicaba la imposibilidad absoluta de comprender la realidad. Escindida para siempre en un ser y un deber ser incomunicados. Barbarie y civilización. Dos caras de la moneda. Jano. Dos tiempos y dos espacios incomunicados porque están unidos por un vacío. Pero un vacío muy real: falta entre el campo y la ciudad el resultado material de una historia que nunca se produjo y que sin embargo flota todavía como un proyecto utópico: utopía de referencia, si cabe, bloqueada para siempre como lo imposible, desde que había existido otra historia completamente distinta, que esa utopía enturbia haciéndola más incomprensible todavía porque interfiere la imagen real.

La expansión endógena y autorregulada de los macondos no existió ni pudo existir nunca. No hubo la transformación paulatina del localismo cerrado en un mundo abierto, internamente comunicado por el intercambio, y articulado, racionalizado y proporcionado por la división del trabajo local a través de su crecimiento y el del mecanismo regulador de la circulación interna de mercancías y hombres, técnicas y costumbres. Un crecimiento en etapas concéntricas de expansión endógena hacia afuera, de la localidad a la región, de ésta al país y del país al mundo. Del autoabastecimiento a la especialización y el intercambio crecientes.

No existió tampoco otra búsqueda del mundo distinta de la que hubo. No fue la creación de un mundo propio que se extiende y universaliza hasta el mundo de los otros. No. Fue la búsqueda del mundo que ya estaba hecho y apareció por su cuenta y de golpe como si se nos viniera encima tal como cuando lo trajo Úrsula²⁹. No fue, en suma, un mundo de colonizadores, sino de colonizados, el que nos tocó descubrir primero.

No se creó, para unir, una red de itinerarios radiantes, de caminos que van y no sólo vienen, puentes, pueblos y ciudades, y relaciones entre las partes de un todo autodeterminado. No fuimos el nodo de salida: sólo fuimos punto de llegada. Y sin embargo, una y otra vez creímos todo lo contrario. Pero incommunicados con la cara positiva del progreso, los macondos sólo conocen la cara opuesta de la entropía, como lo descubriera la inexorable Úrsula: «lo que pasa es que el mundo se va acabando poco a poco».³⁰

Desde entonces, desde Faulkner para acá —y desde el Norte hacia el Sur, desde antes hacia ahora— por debajo de la frontera del polo dinámico del desarrollo capitalista, que pasa sobre el Sur de los Estados Unidos, la literatura descubre esos pueblos fantasmales, universos simbólicos perdidos e incommunicados en la nebulosa trasnochada de la marginación histórica, pasando del autoabastecimiento a la autodigestión ideológica, de la parálisis a la fermentación mítica, como los de Rulfo, Onetti y sobre todo el de García Márquez.

Su incommunicación tiene la forma de una materialización negativa *en el espacio*. Es la ausencia física de un mundo intermedio, de una red urbana nacional y una infraestructura económica y urbanística relativamente armónica, continua, y no violentamente desigual y discontinua como la nuestra. *En el tiempo*, también se materializa en los ciclos fantasmales de aparición y desaparición de los pueblos al vaivén de flujos intermitentes de orígenes lejanos.

Entre los extremos falta el puente, el medio. Faltaron las clases medias de un desarrollo más armónico, al menos en su apariencia. Faltó el mercado interno, causa y a la vez efecto del crecimiento clásico, que cubre el espacio económico y lo racionaliza; que desarrolla y esconde la desigualdad y el desequilibrio en la regulación del crecimiento y la secreta e invisible extracción y concentración de la plusvalía, devuelta en el futuro como nuevo ciclo de expansión y acumulación y desarrollo capitalista nacionales. Que unifica en el intercambio, ese regulador que confronta los tiempos de trabajo necesarios de los grupos sociales y señala, como un vector determinante, hacia dónde ha de ir la acumulación, siguiendo la dirección de la más alta productividad.

²⁹ «Encontró la ruta que su marido no pudo descubrir en su frustrada búsqueda de los grandes inventos... «a sólo dos días de viaje» (*Cien años...*, p. 1). Así se llenó Macondo de «mercachifles de la realidad cotidiana» que trafan «puros y simples accesorios terrestres puestos en venta sin aspavientos». (*Ibid.*)

³⁰ *Cien años...*, p. 207.

Tiempo medido, regulador, tiempo estadístico irreversible del trabajo obrero, pero también del capital, tiempo rectilíneo del progreso desigual pero dinámico y acelerado. Y no este tiempo empantanado y miserable de aldea, que anda suelto, dislocado, sin ton ni son, falto de bornes, indeterminado, que gira en redondo y sigue el curso opuesto del aumento del desgaste y la dispersión entrópica, atascado en niveles productivos primitivos trabados y en ciclos estáticos pero devastadores.

El presente capitalista existe así, en América Latina, como reproducción de la ausencia de desarrollo, como desorden institucionalizado, como violencia estructural. El sistema dependiente de un capitalismo externo carece de la propiedad esencial que justificó históricamente al capitalismo: su dinámica interna autorregulada, su racionalidad. Nos dejó clavados a mitad de camino en el tiempo y el espacio, y con el norte cambiado. En una realidad desconocida y con un proyecto impropio. En la integración desigual y desproporcionada de áreas no mercantiles, semimercantiles y subimperiales.

El progreso nunca llegó, sólo fue un tren amarillo que apareció de pronto y sin aviso en vez de los gitanos, sin que se sepa cómo ni por qué. «El inocente tren amarillo que tantas incertidumbres y evidencias, tantos halagos y desventuras, y tantos cambios, calamidades y nostalgias había de llevar a Macondo»³¹. Como el infierno del banano, la plantación y la mina o el latifundio que llegan desde fuera con el contubernio de los doctores y los marines y se implantan como supradestino que aplasta el destino local, larvado, comprimido, distorsionado una y otra vez, ya sin lugar ni tiempo para siempre...

Pero no. Hubo y habrá destino. Cuando la generación de Bolívar creyó que insertarnos en el flujo de la libre circulación mercantil internacional aseguraba la liberación definitiva y el enriquecimiento mutuo, pagó tributo inevitable al horizonte ideológico y científico limitado e insuperable de su tiempo. Un siglo antes de que Lenin escribiera su análisis sobre el imperialismo. Cuando no había siquiera nacido Carlos Marx y nadie podía saber que la mercancía era el mecanismo regulador del sistema de intercambio que dirigiría necesariamente su flujo hacia la retroalimentación positiva y unilateral del capital acumulado en la producción industrial metropolitana. Era la época del reino ideológico absoluto de la mecánica clásica: el equilibrio es estable y reversible; el intercambio, equivalencia; el orden genera orden; la forma repite la forma; la evolución reproduce la evolución. La energía va del más al menos y tiende al equilibrio.

Después vinieron los Sarmientos, que profundizaron en la dirección del mismo error. Así llegamos a la paradoja de subordinar al orden y los fines mercantiles transnacionales una sociedad compuesta por áreas no mercantiles, semimercantiles y subindustriales. Un siglo y medio de patriarcas había de suceder a Bolívar y su generación en un largo *impasse* de frustración histórica

³¹ *Ibid.*, p. 250.

continental de América Latina. Empujados hacia el poder como el patriarca de García Márquez, en un regreso cíclico de la barbarie, plantaron en los palacios de gobierno sus patas de animales insomnes. Como el lumpen campesino llegado por error buscando el mar, detritus del hombre de tierra adentro instalado en la capital portuaria, cumple su servicio lúgubre de lacayo imperial. Nada más que la imagen cabal del caudillismo en una estación intermedia en la cual ya no sirve pero tampoco puede ser sustituido por el imperio y la oligarquía. Es el caudillismo en estado de putrefacción, que anticipa el fascismo actual —este sí modernizado y más dependiente, de los militares de esta hora sombría—, que es su corrupción sistemática, generalizada y fraudulenta.

Pero el primer siglo de los patriarcas todavía no había concluido cuando un Martí y un Maceo renovarían la gesta de independencia sobre nuevas bases. Verían las cosas de modo bien diferente, en una época en la cual ya se sabía que la vida y la sociedad no obedecen a la mecánica. Y que en ellas la energía va del débil hacia el fuerte, del menos hacia el más, e integra desequilibrios estables y relaciones desiguales. América no comenzó a ser *nuestra* hasta que hombres como Martí dejaron de mirarla a través del modelo euro-norteamericano y la descubrieron de nuevo, viéndola por primera vez tal como era, y viendo también «las entrañas del monstruo» en lugar del modelo hipnótico norteamericano. Se rompió la dependencia ideológica colonial de mirar sólo hacia el más de las metrópolis y se comenzó a ver el menos de nuestra miseria colonial. Se comenzó así a comprender que el orden y el progreso de los que dominan son el desorden y la entropía de los dominados, como las dos caras de la misma moneda.

8. EL REVERSO

Cuba es hoy la excepción y la antítesis obligatoria del actual destino latinoamericano. Como lo fue también ayer. El modelo de referencia ya no es utopía, está instalado en nuestra realidad. Cien años de soledad, es cierto, no son cien años de lucha por un porvenir determinado, sino exactamente lo contrario. En cambio, cien años que siendo los mismos fueron de lucha dirigida hacia la creación de un destino futuro, han sido todo menos soledad.

Dos proyectos de futuro incompatibles y excluyentes se disputan hoy el destino de nuestra América. El presente y Cuba. Porque Cuba es ahora su propio presente distinto en la medida y por las mismas razones que es el futuro anticipado de América y no es su presente actual.

Con un costo humano cada vez mayor, la «construcción» utópica y fallida del desarrollo capitalista autorregulado en América Latina ya no tiene razón de ser ni como sueño. Luego de dos siglos transcurridos en ese empeño errático, el futuro esplendor capitalista esperado en vano no es otro que la miseria creciente del presente actual, cuya «construcción» tiene un costo in-

humano intolerable, hoy mil veces mayor. Su conservación como presente requiere la no correspondencia entre el proyecto social vigente y el proyecto social reprimido, más o menos explícito y consciente según los casos, o incluso, aun cuando sea parcial o totalmente desconocido o inconsciente para sectores masivos del pueblo. El fascismo es el ejercicio represivo sistemático de la relación de no correspondencia del proyecto gobernante y el proyecto social masivo, latente o explícito.

La violencia, la represión y la inversión ideológica sistemáticas emergen hacia la superficie. Antes patrimonio de pequeños países más atrasados que los otros, es ahora una realidad dominante en los grandes estados del continente. En plena crisis general del sistema capitalista mundial, el fascismo dependiente asoma su pezuña y se hace cada vez más indispensable para que el futuro siga siendo como el presente. La construcción del socialismo revela por eso mismo, con mayor claridad, su carácter de alternativa inevitable. Pues, en definitiva, es la simple comunicación o correspondencia directa —y no inversa— entre los intereses de los pueblos y el control de la regulación social. El hecho mismo de que el socialismo se convierta en el proyecto futuro inmediato de sociedades en las cuales la clase social que es su portador espontáneo, el proletariado industrial, apenas es incipiente o comienza a surgir luego, en el propio camino de su construcción, muestra a las claras que constituye la única alternativa posible al proyecto de conservación inherente al capitalismo.

Es el orden de subordinación inverso al capitalismo: subordinación de los fines sociales al mercado o subordinación del mercado a los fines sociales. Los intereses privados subordinan a los intereses sociales, o los intereses sociales subordinan a los privados. Control privado, control social.

Es el orden de subordinación inverso al imperialismo: control trasnacional, control nacional. La regulación de cada uno de ambos sistemas depende de esa forma de control, razón por la cual el capitalismo es necesariamente recesivo: no tiene más futuro que conservar su propio presente. Carece de futuro teleonómico. El socialismo, en cambio, es él mismo ese futuro transformador, proyectado antes de la revolución, y es el comunismo después de realizado. Su camino es el destino manifiesto de los pueblos.

El pasado de Cuba también fue diferente en un punto crucial: última colonia española liberada en nuestro continente, su independencia tardía está más cerca en el tiempo, pero en cambio, fue mucho más allá en su alcance político. Por lo mismo que se realiza en una época más avanzada, hombres como Martí y Maceo unieron en la acción revolucionaria las dos caras de nuestro mundo. El intelectual, poeta, líder y combatiente, y el caudillo de la guerra campesina se aunaron en una lucha solidaria que vislumbró en el futuro común la sombra de la amenaza imperialista. Prepararon así el porvenir de la victoriosa lucha antimperialista ulterior.

Cuba no conoció las guerras civiles del XIX latinoamericano, ni el largo camino de putrefacción del caudillismo, ni los equívocos prolongados del liberalismo bajo la dependencia neocolonial británica. Cuba pasó brusca y di-

rectamente del colonialismo español más recalcitrante al dominio neocolonial imperialista norteamericano. Así tampoco sufrió los efectos hipnóticos del canto de sirena del modelo de desarrollo norteamericano idealizado, sino su brutal dominación directa. Martí, a diferencia de otros líderes anteriores de la independencia latinoamericana, no idealizó el modelo norteamericano como la imagen futura, vio con sin igual clarividencia la específica heterogeneidad de la que llamó nuestra América y las relaciones de expansión y dominación que la amenazaban. El papel directo de la intervención yanqui en la guerra de independencia llevó la amenaza a vías del hecho y rompió toda la posibilidad ilusoria respecto del «buen vecino».

Última colonia en liberarse de España, primera en caer bajo el imperialismo yanqui, primera también en escapar a su dominación y encaminarse hacia el socialismo.

Martí, «autor intelectual del Moncada», como declaró Fidel Castro en el célebre juicio, también lo había sido de la revolución antimachadista de los años treinta, en la cual ya floreció una izquierda antimperialista y marxista, a la cual Mella había impreso su señal y su sentido latinoamericanos. A Machado se opone un Mella, a Batista un Fidel Castro, uniendo en uno solo al doctor y al modelo de caudillo emancipador, al hombre del campo y de la guerra con el dirigente político clarividente y anticipador. Como a Bolívar en el siglo anterior, la primera derrota le enseñó el camino efectivo de adentro hacia afuera y de abajo hacia arriba, comenzando por la Sierra Maestra. Y si alguna vez la anticipación histórica ha estado a la vista en la superficie y en la conciencia de un líder, fue en el propio título de *La historia me absolverá*.

La fidelidad al proyecto futuro y regulador de la autonomía o independencia verdadera, condujo a Cuba hacia el socialismo. La revolución liquidó la dependencia y el poder de las oligarquías intermediarias en un solo y mismo movimiento. Y hoy, sólo veinte años más tarde, toda la sociedad encamina su esfuerzo consciente y sistemático hacia un futuro desde ya proyectado como estrategia de desarrollo hacia el año dos mil.

Los macondos del pasado cubano están desapareciendo por completo. Unidos por caminos materiales, les llega una luz nada simbólica, o si se quiere también de simbolismo inverso, por obra y gracia de un poder regulador efectivo independiente y propio, ni divino ni lejano, simple poder humano latente en la sociedad subdesarrollada y dependiente, ahora libre y correspondiente con el proyecto de la sociedad toda. Les llega el saber, la salud y la verdad integrándolos como nación en un todo armónico y regulado, plenamente dueños de su destino colectivo presente, arraigado en su historia pasada.

El poder existe y es la simple acción colectiva libremente encaminada hacia un futuro anticipado como proyecto nacional. No es el mítico suplicio de Tántalo, inalcanzable búsqueda de lo que nunca llega. La historia existe y consiste en la realización de procesos creativos que determinan el curso de

la realidad, construyéndola, tornándola humana. Es la racionalización de la vida. Los mitos del pasado se sobreviven como folclor o tradición cultural pura. Historia, pasado, presente, futuro destino, realidad e ideología son diametralmente lo opuesto de la América de las estirpes desaparecidas sin «segunda oportunidad en la tierra», en la soledad y la involución.

Anteos universales, hijos y nietos de mambises, los aurelianos insulares de ahora aprenden a vivir realmente en una tierra que es propia y a cultivarla, y a producir mejores cosas que pececitos de oro, pero también saben morir, incluso en tierras lejanas y ajenas, fieles a la inherente excesividad latinoamericana, hoy asombro del mundo en sus treintidós guerras del presente, guerras nada mitológicas que expanden el socialismo por el planeta.

Pero no hay sólo acción transformadora, acción pura, también *vive la palabra*. El discurso político ejemplar y universal de la Revolución Cubana ha resucitado la eterna verdad de la acción del verbo en nuestro continente, recordándonos que el lenguaje no es solamente el vehículo de la mentira y la alienación, y que las palabras sin las cosas no son nada porque las cosas sin palabras tampoco son humanas. Después de todo, el hombre es el único animal capaz de matar o morir por una palabra.

Un curioso dibujante martiniqueño en la Cuba del siglo XIX

Adelaida de Juan

...Llevaba su libro en blanco y su lápiz admirable, que trabajaba solo según dicen, bien que es de suponer que ayudaban los dedos...

...La facilidad, gusto y exactitud de su dibujo...

...Gusta de sacar un pequeño bosquejo...

Quienes en Cuba escribieron tales frases encomiásticas a lo largo de la segunda mitad del siglo pasado, no fueron críticos de arte ni se estaban refiriendo a la obra académica de pintores jerarquizados. El científico Felipe Poe y, el industrial Justo G. Cantero y el novelista Cirilo Villaverde evocaban¹ a tres dibujantes que los habían acompañado en sendos recorridos por diversos lugares de la Isla y que han dejado documentos testimoniales de tales recorridos. Estos tres artistas comparten aún otros rasgos comunes: de nacionalidad francesa, se vincularon por algún tiempo a la vida de la aún «siempre fiel isla de Cuba». Federico Mialhe, sin duda el más talentoso, aquel cuyo lápiz admirable parecía trabajar solo, llegó a ser director de la Academia San Alejandro (1850-1852); pero cuando acompaña a Poe y en su recorrido por los cayos lo hace a la manera del fotógrafo documental de hoy. Eduardo Laplante está estrechamente vinculado (y no sólo por la exactitud de su dibujo) al desarrollo de la industria azucarera en nuestro país a mediados del siglo XIX. Y en cuanto al tercero, el que acompaña al gran novelista en su excursión a

¹ Felipe Poe y, «Viaje a los cayos», en *Cuba literaria*, La Habana, 1861, p. 46; *Los ingenios*, Texto de Justo G. Cantero, láminas dibujadas del natural y litografiadas por Eduardo Laplante, La Habana, 1857. (La cita corresponde a la introducción escrita por Cantero.) Cirilo Villaverde, *Excursión a Vueltabajo* (1839), publicada en la imprenta El Pilar, La Habana, 1891. (La paginación mencionada en el presente trabajo corresponde a la edición del Consejo Nacional de Cultura, La Habana, 1961.)

Vueltabajo, podemos apuntar algunos datos adicionales que lo hacen peculiarmente interesante.

Villaverde sale de La Habana hacia Vueltabajo el 20 de marzo de 1839. Va «en compañía de Mr. Alejandro Moreau, hábil pintor y paisajista» y del Pbro. Francisco Ruiz, catedrático del Seminario de San Carlos.

Según Villaverde, el «viaje del primero, que acababa de llegar de Europa y de tomar algunas vistas del interior del país, tenía por propósito recoger objetos de historia natural que remitir a Francia disponiéndose en tanto a admirar nuestra espléndida naturaleza» (p. 53). En realidad, este «Mr. Moreau (...) nacido y criado largo tiempo de su infancia en la Martinica» (p. 78), parece haber sido algo más que el «hábil pintor y paisajista [cuyo] lápiz corría sobre el papel con increíble velocidad» e impresionaba así a cuantos le vefan dibujar minuciosamente una *vista* tras otra. Villaverde, por su parte, no deja de apuntar con cierta zumba, la atención que despertaba el «aspecto y traje de Moreau, que vestía levita verde abrochada de alto a bajo, traía colgada de través una bolsa de cuero, donde guardaba su álbum y lápices y sus cabellos rubios y bigotes retorcidos, al uso del s. XVII, le daban aire militar, y extranjero además, que era el suyo» (p. 68).

No son estas las primeras menciones que encontramos, en la bibliografía cubana del siglo XIX, de quién se firmaba A. Moreau de Jonnés. Una de las más significativas antecede por algunos meses el viaje a Vueltabajo. Con fecha enero 15 de 1839, Moreau escribe una extensa carta a Domingo del Monte,² quien en esos momentos se encontraba en Matanzas. Merece una especial atención esa comunicación, por la luz que arroja sobre el panorama de su época. Empieza aclarando que es su «deber dar cuenta de nuestras actuaciones a quien, por habernos abierto la ruta, deben interesarle nuestros primeros pasos». El «nosotros» en cuestión no se refiere sólo a un uso del plural de cortesía: Moreau se había asociado a Francisco Miguel Cosnier para la fundación de una imprenta litográfica en La Habana, con «obreros (...) y cuatro bultos de instrumentos litográficos» traídos de Francia. De hecho, año y medio antes, ya José Luis Alfonso había escrito desde Dieppe a Del Monte, aprobando la suscripción que a su nombre ha hecho éste «a una acción de 100 pesos en la nueva empresa de la imprenta tipográfica, previniéndole sagazmente, como luego habría de comprobarse, que tenga «ojo alerta con Mr. Cosnier, no sea uno de los muchos aventureros que a la sombra de hermosos proyectos, se llenan los bolsillos y toman luego las de villadiego». A partir de la fecha de esta carta de Alfonso —agosto 14 de 1837— y hasta inicios del 39, hay varias alusiones a Cosnier y Moreau en la correspondencia delmontina. A Moreau se le espera en París (octubre de 1837), está a punto de salir de ésta hacia La Habana (octubre de 1838), se le quedan unos bultos

² Las citas de la correspondencia delmontina están tomadas del *Centón Epistolario de Domingo del Monte*, t. I, a. VI, La Habana, ed. Academia de Ciencias, 1923 a 1933.

de libros para Don Domingo en El Havre... lo importante es que el jueves 3 de enero de 1839, en el *Diario de La Habana*,

M. Cosnier pone en conocimiento del público y de los Sres. suscriptores al establecimiento litográfico de la Real Sociedad Patriótica, que su compañero Mr. Moreau ha llegado de París con los mejores dibujantes, escritores e impresores que pudo hallar en aquella capital; y que dicha litografía queda establecida en la calle del Teniente-rey n. 13 donde se enseñarán las muestras ejecutadas (*sic*) con la más rara perfección; comenzará sus trabajos dentro de 5 o 6 días.

Quince días después, «se estrenan las prensas de Cosnier con las papeletas de convite para un baile regio que va a dar el Príncipe Joinville (hijo tercero de Luis Felipe, quien llegó a La Habana el 5 de mayo de 1838) en la fragata *Ifigenia*».

En la misiva de Moreu a Del Monte que citamos, hay, de entrada, un punto que interesa destacar: el financiamiento del taller. Moreau agradece a Alfonso el préstamo «en condiciones muy generosas, por lo menos en este país», para la instalación inicial del taller (arreglos, alquiler, salarios, alojamiento, gastos de aduana) pero pide a Del Monte que éste le procure «accionistas para que nos sostengamos durante los primeros meses». De hecho, a las pocas semanas, en febrero, el «taller de los franceses» ha tomado, como hemos visto, el nombre de la Real Sociedad Patriótica de La Habana, y ya ha lanzado, entre otros proyectos, el plan para tirar un álbum de paisajes cubanos de Federico Mialhe y Alejandro Moreau; Mialhe litografió algunos de los dibujos hechos por su compatriota durante la excursión a Vueltaabajo: apunta Villaverde al llegar a Los Portales que «el señor Moreau hizo de esta Rotunda una hermosísima vista, que el señor Mialhe publicó litografiada entre las muchas de la colección de la *Isla de Cuba Pintoresca*» (p. 150). Este álbum, como era usual en esa época se hacía por entregas, las cuales continuaron durante varios años (1839-1842), llegando Mialhe a emplear un daguerrotipo para la vista de la Fuente de la India (1841). Se hizo cargo del taller, además, de la ilustración, a partir de su sexta entrega, de la revista *El Plantel*, una de las cinco que se publicaban al iniciarse el año de 1839.

Los prospectos del taller planeaban también la edición de las cartas geográficas de Felipe Poey y de los planos topográficos de Rafael Rodríguez. En efecto, en la carta citada de Moreau, este afirma que «nuestros antiguos amigos los Sres. Pepe de la Luz, Poey, Ruiz, Palma, están llenos de buena voluntad y de actividad para servirnos». Pepe de la Luz, Poey, Palma, Villaverde, Del Monte: tal parece que Moreau está haciendo un pase de lista de los criollos ilustrados que propiciaron, a fines de la década del treinta, la primera imagen coherente de la cultura cubana, manifestación de la creciente conciencia de nacionalidad. Los proyectos de la litografía tropezaron de inmediato con la competencia de un taller rival, el «de los españoles», fundado

casi simultáneamente por los hermanos Francisco y Fernando de la Costa, provenientes de Madrid. Ellos propusieron a los franceses, de entrada,

[...] la fusión de los dos establecimientos [...puesto que] si es cierto que nosotros tenemos a los habaneros, ellos cuentan con los españoles resueltos a sostener el establecimiento de Costa con todas sus fuerzas; por esto la han titulado; Imprenta Española. Hemos contestado a Torrente³ que no dudábamos estar apoyados por las personas inteligentes del país que veían en nuestro establecimiento una cuestión de progreso y de patriotismo [...] Debo, no obstante, comunicarle con disgusto que nuestros rivales se han apoderado de los trabajos de la Administración y del gobierno.

(Carta de Moreau a Del Monte, 15 de enero de 1839)

En efecto, la Litografía Española de Costa, Hno. y Cía., perdió a inicios de 1839 el contrato con *El Plantel*, que pasó a los franceses, pero hizo las ilustraciones de *El Obsequio de las Damas*, y a partir del año siguiente, se llamó Litografía del Gobierno, para luego añadir «y de la Capitanía General». Entre 1841-1842 publica, para competir con el álbum de Mialhe, el *Paseo Pintoresco por la Isla de Cuba*, con litografías de Fernando de la Costa y Laureano Cuevas, sensiblemente inferiores en calidad e impresión. La relación de los franceses —tanto los que establecen talleres litográficos como los que dibujan para ellos— con los criollos se hace evidente; así como el rechazo de éstos hacia la vinculación con artistas de la metrópoli colonizadora. Recordemos cómo *El Lugareño* habla en 1842 de

la pelotera que nuestro amigo Mr. Sawkins ha venido a armar aquí [en Puerto Príncipe], o sea, yo, si quisieredes, por encomendarle el retrato del Po. Valencia [...] Me han caído y dicho sendas desvergüenzas; pero yo les he hecho ver que *no tengo miedo* como lo vereis vos, por los dos últimos artículos que os acompaño. [...] Han dicho que yo protegía al inglés porque es inglés y no al español porque es español...⁴

Resalta, pues, que la rivalidad entre estos dos talleres litográficos no es sino un aspecto de la dicotomía mayor, de carácter ideológico y político, establecida entre la metrópoli —las autoridades y comerciantes españoles—, y la colonia —los criollos, Sociedad Patriótica de La Habana por un lado, Gobierno y Capitanía General por otro; los Costas apoyados por Mariano Torrente

³ Mariano Torrente, escritor español, publicó una *Biblioteca Selecta de Amena Instrucción*, 1836-1837, la cual contó con más de mil suscriptores en Cuba y Puerto Rico. Cf. A. Fornet, «Literatura y Mercado en la Cuba Colonial (1830-60)», en *Casa de las Américas*, n. 84, mayo-junio 1974, p. 45).

⁴ Carta de Gaspar Betancourt Cisneros (*El Lugareño*) a Domingo Del Monte, 24 de septiembre de 1842. En ella menciona a James Gay Sawkins, artista inglés (1806-79), que viajó por la Isla en 1840; realizó varias litografías y algunos retratos por encargo.

y la administración metropolitana, los franceses propiciados por los delmontinos. Desafortunadamente para éstos, la advertencia de Alfonso sobre Cosnier se vio cumplida: en agosto 5 de 1839, a medio año de su llegada a Cuba para el establecimiento de la litográfica, Moreau escribe a Del Monte para explicar su retiro de la dirección de la imprenta («pensando que así hacía bien al establecimiento y porque presumí que V. lo deseaba»), por los serios disgustos económicos provocados por Cosnier. Ramón de Palma no titubeó, unos meses después, en calificar su actuación como «la fuga de Mr. Cosnier [...] ¿Qué le parece a Vd. del rectangular de Mr. Cosnier?» (Carta a Del Monte del 9 de marzo de 1840).

Dos años después, en 1842, se publica en París, firmado por A. Moreau de Jonnés, un trabajo cuyo título es *Recherches Statistiques sur l'esclavage colonial*⁵. Si como parecen indicar el nombre y la fecha, se trata de la misma persona de la cual nos hemos ocupado, algunas indicaciones de Villaverde sobre su compañero de recorrido por Vueltabajo adquieren una nueva connotación. Una y otra vez Villaverde subraya la «rapidez y exactitud de los apuntes» de Moreau y resalta su interés constante y su poder de observación. «Aunque el Señor Moreau en la Martinica [...] había visto diversos ingenios de azúcar [...] nos apeamos en el de San Francisco» (p. 67); ante una visión panorámica de «los primeros ingenios establecidos en Vuelta Abajo, [Moreau] no pudo menos de sacar su álbum y dibujar siquiera un trozo de aquel hermoso paisaje...» (p. 69). La presencia de un artista trabajando siempre despertaba una natural curiosidad. Moreau no era ajeno a tal interés y tenía cierta habilidad para lograr sus verdaderos propósitos: cuando la atención de todos se fijaba «particularmente en el artista, que con sus álbumes sobre la rodilla, fingía hacer el croquis de una casucha y varios árboles de mango que había enfrente, siendo así que copiaba el cuadro de la familia ahí reunida...» (p. 85). Sin embargo, lo más significativo en este orden de cosas, lo constituye un incidente revelador que Villaverde califica de «escena cómica» (pp. 70 y ss.). En ella, un boyero que ha pasado, al parecer indiferente ante el pintor y sus acompañantes, da la alarma en el ingenio y el mayordomo de la finca se presenta inmediatamente ante el grupo. Han creído que los dibujos de Moreau eran los apuntes de un agrimensor, cosa que ha despertado una gran alarma ya que las instrucciones precisas del dueño son las de impedirle el paso a tal género de funcionario. La agilidad de Moreau lo llevó a bosquejar rápidamente no sólo el paisaje de la fábrica azucarera sino también el boyero y los carreteros, y, mientras refutaba al mayordomo, a incluirlo también a él.

Es necesario ver también la alarma de este mayordomo (posiblemente incrementada por el temor a que se verificara algo más que la extensión de la tierra del ingenio) en el ámbito de las Antillas todas. En esta época convulsa en lo que toca a la esclavitud, se suceden sublevaciones de los esclavos

⁵ Citado por Eric Williams en *From Columbus to Castro. The History of the Caribbean 1492-1969*, 2ª ed., Londres, 1971, p. 546.

en el Caribe: Guayana Británica, Barbados, Jamaica, Antigua, Cuba, son escenarios de rebeldía producidas tras el ejemplo victorioso de Haití. Inglaterra, por razones de su propio desarrollo industrial, suprime la esclavitud en sus colonias en 1838 y requiere entonces, para mantener los mercados en condiciones de igualdad, que sea abolida en las colonias de las otras metrópolis europeas. Ejerce, en este sentido, presión en varias direcciones. Por una parte, envía misioneros negros abolicionistas procedentes de Jamaica que realizarán en Cuba una activa labor proselitista; hace circular propaganda escrita y nombra como cónsul en Cuba a David Turnbull, quien en 1840 realiza una visita a Puerto Rico, Jamaica y Cuba, la cual dará lugar a la publicación de sus *Travels in the West Cuba with notes on Puerto Rico and the Slave Trade*. (Por cierto, J. G. F. Wurdemann ofrece⁶ en 1844 un relato, no exento de elementos rocamboleros, sobre los afanes de Turnbull y como fueron burlados por el Capitán General y los oficiales españoles en Cuba.) Inglaterra presionará a las restantes metrópolis para el cumplimiento real de los acuerdos ya firmados décadas atrás sobre la supresión de la trata. La potencia colonial francesa, que había sufrido un rudo golpe con la pérdida de Haití, accede, en el Congreso de Viena de 1815, a suprimir la trata en sus colonias restantes: no será hasta 1848, época del triunfo de la producción remolachera, que liberará a los esclavos de las plantaciones cañeras de sus colonias americanas.⁷

Es evidente, pues, que la época en la cual Alejandro Moreau de Jonnés pasa por nuestra historia, está marcada en gran medida por las luchas alrededor de la economía y la cuestión esclavista en el Caribe. A nuestras tierras llegan numerosos viajeros; buscadores de fortuna, convalescientes o enfermos en busca de un clima benigno, turistas, estudiosos, aventureros. Algunos dejarán testimonios literarios o plásticos: después de todo, es la época de los «viajes pintorescos». Uno de ellos será el de este martiniqueño venido de Francia a Cuba como dibujante, y establecido en La Habana como litógrafo; el que acompañó a Villaverde para «recoger objetos de historia natural que remitir a Francia» y publica luego una oportuna «investigación estadística sobre la esclavitud colonial». ¿Qué era este hombre en realidad? ¿Un artista curioso? ¿Un abolicionista encubierto? ¿Un agente? En este último caso, de cuáles intereses? Su figura novelesca, digna de un Carpentier, incita a averiguar más sobre él.

⁶ J. G. F. Wurdemann, *Notes on Cuba*, Boston, 1844. Citado por F. W. Knight, *Slave Society in Cuba during the XIX Century*, University of Wisconsin Press, 1970, p. 254-5.

⁷ Cf. Eric Williams, *Capitalismo y esclavitud*, La Habana, 1975, p. 135.

La cultura de los pueblos que habitan en las tierras del Mar Caribe *

Alejo Carpentier

Este mapa, inútil es decirlo, nos muestra el conjunto del área geográfica del Caribe, tanto las islas como los elementos de la tierra firme que lo integran. Cualquier cubano medianamente culto sería capaz con índice seguro de decirnos: pues ahí están las Bahamas, aquí Jamaica, República Dominicana, Haití, Puerto Rico, Trinidad, Curazao, Aruba, Barbados, Santa Lucía, Saint Kitts, Bonaire, etcétera.

Como vivimos en el Caribe, como pertenecemos al mundo del Caribe, tenemos la impresión así, *a priori*, de que conocemos muy bien el Caribe, y aunque parezca extraño, paradójico, decirlo, es muy probable que los europeos actualmente, con la inmensa corriente turística que está afluyendo hacia las islas del Caribe a través de las agencias de viajes, es muy posible que el europeo conozca mejor ciertas islas del Caribe que nosotros mismos, del mismo modo que muchos habitantes de las islas del Caribe conocen mejor ciertos países de Europa que las islas más próximas al lugar donde han nacido.

Como nuestras islas de las Antillas están situadas en un área geográfica sometida a análogas condiciones de clima, nuestra vegetación tiene bastante semejanza, nos vemos muy llevados a creer que las islas de las Antillas se parecen entre sí más de lo que se parecen en realidad. Porque yo, que he tenido la inmensa fortuna de visitar una gran parte, si no la totalidad de las islas del Caribe, puedo decirles que algo absolutamente maravilloso, algo que están descubriendo los turistas del mundo entero en este momento, es la diversidad, la singularidad, la originalidad del mundo del Caribe.

* Comparecencia de Alejo Carpentier por la televisión cubana, el 19 de julio de 1979, con motivo de la celebración de Carifesta'79. Fue publicada en el Resumen Semanal del periódico *Granma* del 26 de agosto de 1979.

La vegetación se parece de una isla a otra, pero no es la misma. Difiere mucho entre unas parcelas de tierra y otras rodeadas por las olas del mismo mar. Además, las hay que tienen las particularidades más singulares, más raras, más características. Veamos, por ejemplo, al norte: actualmente se está publicando toda una literatura en torno a lo que se ha llamado el *triángulo de las Bermudas*, los *ciclones de las Bermudas*, las *tempestades de las Bermudas*, y de esto hay que decir que Shakespeare habló hace varios siglos ya en una de sus más bellas obras, la comedia de *La tempestad*, que ha traído al mundo las figuras inmortales de Próspero y Calibán.

Hablamos de las islas la Martinica y Guadalupe. Y en las islas de la Martinica y Guadalupe ya presente la personalidad histórica de Josefina de Beauharnais, la esposa de Napoleón. E, incluso, esto ha dado lugar a un litigio de tipo histórico sumamente pintoresco y divertido: durante muchos años los historiadores de Martinica y Guadalupe han discutido sobre si la emperatriz Josefina, la futura emperatriz Josefina, había nacido en esta o en la otra isla. Al cabo de muchas investigaciones y de ver muchos documentos se llegó a la conclusión de que la futura emperatriz Josefina había nacido en la Martinica, pero no por ello se dieron por vencidos los historiadores de la Guadalupe, pues dijeron «La emperatriz Josefina nos pertenece de la misma manera por una razón muy sencilla: si bien nació en la Martinica, fue concebida en Guadalupe».

Tomemos la isla de Trinidad con la originalidad de su música, con la población hindú que en ella podemos encontrar. Tomemos la pequeña isla de Aruba, situada cerca de Curazao, isla singularísima, isla que casi no tiene vegetación, isla donde las lavas volcánicas removidas por siglos y siglos de vientos encarnizados han sido esculpidas como verdaderos árboles. En la isla de Aruba casi no hay árboles vegetales, pero hay árboles de piedra de una extraordinaria belleza, con troncos, con encrepamientos de hojarasca.

Tomemos la isla de Barbados. En Barbados nos encontramos con una suerte de civilización completamente original, una cultura extraordinaria. Barbados nos ha dado prosistas notables, y recuerdo haber leído en Barbados un periódico donde he encontrado uno de los mejores ensayos sobre la revolución inglesa de Oliverio Cromwell. Periódicos redactados de una manera maravillosa, y donde se lleva una vida que tiene sus caracteres propios, incluso en la elección, de la gran música clásica que difunden diariamente para la cultura colectiva las estaciones de radio. Creo que es la isla donde más se ha oído la música de Haendel y, en particular, el *Mesías* de Haendel, cuyo famoso coro *Aleluya* sirve de tema a una de las estaciones locales.

Cuba, sabemos ya que fue la primera descubierta, y por ella se introdujo el paisaje de América en la literatura universal.

En la República Dominicana comenzó la colonización propiamente dicha de América. Pero hay más. Hay puntos comunes. Conocemos las fortalezas construidas en el ámbito del Caribe por los ingenieros militares de Felipe II, los

Antonelli. Sabemos que varias fortalezas cubanas son obra de los Antonelli. Sabemos que en Cartagena de Indias, en Colombia, hay obras de los Antonelli, pero ignoramos la maravillosa fortaleza construida en las salinas de Araya por los Antonelli, que es un castillo ciclópeo, almenado, dramático, negro, que se yergue como una visión fantástica sobre una tierra tan totalmente blanca —pues se compone casi exclusivamente de sal y arena blanca— que parece una cosa inverosímil, una visión de cuadro surrealista, de cuadro fantástico.

El mundo del Caribe está lleno de personajes universales en la historia y universales en la historia de América. Aquí no solamente nos encontramos con la sombra de la emperatriz Josefina, sino que en una pequeña isla llamada la María Galante nació madame de Maintenon, la última esposa de Luis XIV, a la que se debió la funesta revocación del Edicto de Nantes que determinó la expulsión de los protestantes de Francia y el comienzo de una guerra fratricida.

[Paulina Bonaparte, en Haití, el mariscal Rochambeau, y no hablemos de los grandes navegantes, corsarios, filibusteros... hombres como Walter Raleigh, el favorito de Isabel I de Inglaterra, que pretendió remontar el Orinoco y, equivocándose, penetró en el Caroní, torciendo el camino, y de esta manera sin poder llevar a Inglaterra las riquezas que él hubiera esperado. Y no hablemos, en fin, de las figuras nuestras, a las que me referiré dentro de unos minutos, que han poblado el ámbito del Caribe durante siglos forjando nuestra historia.

Dentro de esa diversidad extraordinaria pareciera que hay un denominador común. Ese denominador común es el de la música. A las islas de las Antillas hubiese podido aplicárseles aquel nombre que dio el gran clásico del Renacimiento francés, Rabelais, a unas islas que llamó *las islas sonantes*. Todo suena en las Antillas, todo es sonido. Las Antillas tienen, vuelvo a decirlo, el denominador común de la música. Puede ser la extraordinaria música cubana en su larga evolución, de la que no tengo que hablarles, y que ha invadido el mundo entero; puede ser la *plena* dominicana, tan parecida y tan distinta, sin embargo, a la música cubana; puede ser el extraordinario, el endiablado *calypso* de Barbados y de Trinidad; pueden ser las orquestas de *steel band*, esas que podríamos llamar no bandas de instrumentos de cobre, sino de instrumentos de acero, en el sentido de que, como ustedes saben, los músicos de las islas de Trinidad y de Barbados, con las tapas de los tambores de gasolina y de petróleo, achichonadas de cierta manera a martillazos, han creado un instrumento de una riqueza de notas, de posibilidades y de expresión tal que están ejecutando en esos instrumentos genuinamente antillanos hasta música de Bach.

Doquiera que vayamos en las Antillas suena la música. Y no hablemos de las creaciones recientes de las extraordinarias orquestas jamaicanas. No hablemos de las *beguines* de Fort-de-France, de Pointe-à-Pitre, y de la música de Guadalupe y Martinica. No hablemos de las distintas músicas que pueden

diversificarse hasta el infinito, conservando, sin embargo, un extraño aire de familia. Está por emprenderse todavía un estudio paralelo y comparativo de la música de las Antillas.

Pero no he venido a hablarles solamente de la música de las Antillas, elemento creativo, elemento creador profundamente vital —no folclor muerto como el de otros países donde el folclor se debe a investigaciones de archivos, sino folclor vivo, por cuanto cambia, se enriquece, se diversifica cada día con nuevas aportaciones, nuevas invenciones, nuevas combinaciones instrumentales—. Hay algo, mucho más, que confiere una importancia especial y primordial al Caribe: el Caribe ha desempeñado un papel privilegiado, único, en la historia del continente y del mundo.

En primer lugar, lo dije hace un momento y ustedes lo saben: el descubrimiento del paisaje americano, de la realidad de otras vegetaciones y de otras tierras aparece en el diario de viaje de Cristóbal Colón. Con ese libro de viaje y con las cartas que Cristóbal Colón manda a los Reyes Católicos narrando sus viajes sucesivos, se instala América en las nociones del hombre y cobra el hombre por primera vez una noción cabal del mundo en que vive. Ya conoce su planeta, ya sabe que es redondo, lo va a explorar ahora a sabiendas de a dónde va. Por primera vez en la historia sabe él en que mundo vive.

Este acontecimiento es tan trascendental y tan importante que hemos de decir que es el acontecimiento más importante de la historia. Porque existe en la historia universal un hombre anterior al descubrimiento de América, y un hombre posterior al descubrimiento de América.

Ha sido descubierta América y de repente, por una serie de circunstancias que ustedes conocen, resulta que nuestro suelo, y muy particularmente el suelo caribe, se hace teatro de la primera simbiosis, del primer encuentro registrado en la historia entre tres razas que, como tales, no se habían encontrado nunca: la blanca de Europa, la india de América, que era una novedad total, y la africana, que, si bien era conocida por Europa, era desconocida totalmente del lado acá del Atlántico. Por lo tanto, una simbiosis monumental de tres razas de una importancia extraordinaria por su riqueza y su posibilidad de aportaciones culturales y que habría de crear una civilización enteramente original.

Ahora bien, apenas se ha llevado a cabo el descubrimiento y empieza a conocerse este Nuevo Mundo, como le llamaban, se produce un elemento negativo, que va a ser compensado con un elemento positivo.

Pero empecemos por el elemento negativo: la noción de coloniaje nace con el descubrimiento de América. Ya se sabe que antes de venir a la América los españoles, esos otros navegantes extraordinarios que fueron los portugueses habían llegado a los confines del Asia, habían explorado lo que llamaban las *islas de las especias*. Pero esos navegantes, portugueses princi-

palmente, algunos ingleses, algunos franceses, que pronto llegaron hasta India y navegaron a lo largo del África, jamás pensaron en crear colonias en el sentido propio de la palabra. Ellos creaban unos almacenes de intercambio comercial, iban a buscar mercancías y recibían mercancías a cambio. Negociaban, comerciaban, podía haber puntos donde hubiera diez, doce, quince familias de colonos, que eran familias de los mismos empleados de ese comercio, pero no había una noción de colonización.

España sí entra en América con la noción de colonización. Y el primer gran colonizador que entra en América después del descubrimiento es el hijo primogénito de Cristóbal Colón, don Diego Colón, que llega nada menos que con su esposa, doña María Toledo, que era sobrina del duque de Alba. Funda una pequeña corte renacentista en Santo Domingo, en cuyas calles paseaba a menudo aquel intelectual que era Gonzalo Fernández de Oviedo, que iba a ser el próximo cronista de Indias, y pronto se fundan universidades, se representan piezas teatrales.

Esta idea de colonización parece ya perfectamente afianzada, instalada. Pero la historia tiene sus sorpresas, y no se contaba con un elemento imprevisto: el de los esclavos africanos. Traídos del continente africano, como se sabe, por una infeliz inspiración de fray Bartolomé de las Casas, que con esa importación de mano de obra del continente negro pretendía nada menos que aligerar las labores intolerables impuestas al autóctono americano, que moría a consecuencia del trabajo de las minas y de labores a las cuales no estaba acostumbrado, resulta que el negro que llega a América aherrojado, encadenado, amontonado en las calas de buques insalubres, que es vendido como mercancía, que es sometido a la condición más baja a la que puede ser sometido un ser humano, resulta que va a ser ése precisamente el germen de la idea de independencia. Es decir que, con el transcurso del tiempo, va a ser ese paria, va a ser ese hombre situado en el escalón más bajo de la condición humana, quien nos va a dotar nada menos que del concepto de independencia. Esto merece una pequeña explicación.

Si tuviésemos un mapa donde pudiésemos encender un bombillo rojo dondequiera que ha habido sublevaciones negras, de esclavos negros, en el continente encontraríamos que desde el siglo xvi hasta hoy no habría nunca un bombillo apagado, siempre habría un bombillo rojo encendido en alguna parte. La primera gran sublevación comienza en el siglo xvi en Venezuela, en las minas de Buría, con el alzamiento del negro Miguel, que crea nada menos que un reinado independiente que tenía hasta una corte y tenía incluso un obispo de una iglesia disidente creada por él.

Muy poco después, en México, se produce la sublevación de la «Cañada de los negros», tan temible para el colonizador que el virrey Martín Enríquez se cree obligado a imponer castigos tan terribles como la castración, sin contemplación de ninguna índole, sin juicio, para todo negro que se hubiera fugado al monte. Poco tiempo después surge el palenque de Palmares, donde

los negros cimarrones del Brasil crean un reinado independiente que resistió a numerosas expediciones de colonizadores portugueses, y se mantuvo independiente durante más de 60 años.

En Surinam, a fines del siglo XVII, se produce el levantamiento de los tres líderes negros Sant Sam, Boston y Araby contra el cual se rompen cuatro expediciones holandesas.

Hubo la «Rebelión de los sastres», en Bahía; hubo en Cuba la que encabezó Aponte, pero merece mención particular por su trascendencia histórica, el Juramento de Bois Caiman. ¿Qué fue el Juramento de Bois Caiman? En una noche tormentosa se reunieron en un lugar llamado Bois Caiman o sea bosque del caimán, las dotaciones de esclavos de la colonia francesa de Santo Domingo, hoy Haití, y juraron proclamar la independencia en su país, independencia que fue completada y llevada a plena realidad por el gran caudillo Toussaint Louverture, cuyo nombre es uno de los cinco que aparecen patrocinando en espíritu este Carifesta'79 que se está celebrando en La Habana.

Es curioso que con el Juramento de Bois Caiman nace el verdadero concepto de independencia. Es decir que al concepto de colonización traído por los españoles a Santo Domingo, en la misma tierra se une el concepto de descolonización, o sea el comienzo de las guerras de independencia, de descolonización, las guerras anticoloniales que habrán de prolongarse hasta nuestros días.

Me explico: cuando tomamos la gran *Enciclopedia*, la famosa Enciclopedia redactada por Voltaire, Diderot, Rousseau, D'Alembert a mediados del siglo XVIII en Francia, y cuyas ideas tanta influencia tuvieron sobre los caudillos de nuestras guerras de independencia, nos encontramos que, en esa gran Enciclopedia, el concepto de independencia tiene un valor todavía meramente filosófico. Se dice independencia, sí, independencia del hombre frente al concepto de Dios, frente al concepto de monarquía, el libre albedrío, hasta qué punto llega la libertad individual del hombre, pero no se habla de independencia política. En cambio, lo que reclamaban los negros de Haití —precursores en esto de todas nuestras guerras de independencia— era la independencia política, la emancipación total. J

Yo sé que a esto surge una objeción fácil. Muchos me dirán: ¡Un momento, el Juramento de Bois Caiman tiene lugar en 1791, pero ya mucho antes había habido la independencia de los Estados Unidos! ¡Pero quién lo niega! No hay que olvidar que cuando las trece colonias americanas se emancipan de la autoridad del rey de Inglaterra y pasan a ser un país independiente que ya no es tributario de la corona británica, no ha habido un cambio de estructuras en la vida de esas colonias: los terratenientes siguieron siendo los mismos terratenientes; los grandes propietarios, los grandes comerciantes siguieron viviendo exactamente como antes. A nadie le entró en la cabeza que pudiera haber una emancipación de esclavos. Para llegar a esa eman-

cipación de esclavos habrá que esperar a las Guerras de Secesión. Es decir que en los Estados Unidos se siguió como antes después de la proclamación de la independencia, después de Jefferson, después de Jorge Washington.

¡Ah, pero es que en América Latina no ocurrió la misma! Porque a partir de las revueltas de Haití, que fueron seguidas muy poco después por la serie de guerras de independencia que lograrían su victoria final en 1824, en la victoria de la batalla de Ayacucho, las estructuras de la vida, las estructuras sociales, variaban de una manera total y variaban de una manera total por la aparición en el primer lugar del escenario histórico de un personaje que políticamente no había sido tomado en cuenta si bien humanamente existía. Y ese personaje es el criollo. La palabra criollo aparece en viejos documentos americanos a partir del año mil quinientos setenta y tanto. ¿Qué cosa era el criollo? *Grosso modo* el criollo era el hombre nacido en América, en el continente nuevo, bien mestizo de español e indígena, bien mestizo de español y de negro, bien incluso sencillamente indios nacidos pero conviviendo con los colonizadores, o negros nacidos en América, es decir, no negros de nación. Eso eran los criollos, entre los cuales, desde luego, el mestizo habría de ocupar una posición privilegiada. Sin embargo el criollo se sentía postergado. Simón Bolívar, el Libertador, en ese documento trascendental que es la carta de Jamaica, uno de los documentos más importantes que nos ha dejado la historia de América, habla de la condición de criollo, incluso de clases acomodadas, en las épocas anteriores a las guerras de independencia que él promovió. Dice Bolívar: «Jamás éramos virreyes ni gobernadores, sino por causas muy extraordinarias. Arzobispos u obispos pocas veces, diplomáticos, nunca; militares sino en calidad de subalternos: nobles sin privilegios reales. No éramos, en fin, ni magistrados, ni financistas, y casi ni aún comerciantes.»

La historia de América tiene una característica muy importante y muy interesante. Es una ilustración constante de la lucha de clases. La historia de América toda no se desarrolla sino en función de la lucha de clases. Nosotros no conocemos guerras dinásticas como las de Europa, guerras de sucesiones al trono, no conocimos guerras de familias enemigas como la Guerra de los Cien Años, que fue una lucha de feudos; no conocimos las guerras de religión en el sentido estricto de la palabra. Nuestra lucha constante de varios siglos fue primero de la clase de los conquistadores contra la clase del autóctono sojuzgado y oprimido. Lucha del colonizador contra el conquistador, porque los colonizadores, que llegaron inmediatamente después de los conquistadores, trataron de bajarles las ínfulas a los conquistadores y de crear ellos una oligarquía, es decir, de ejercer la autoridad, y lograron destruir la clase de los conquistadores, que, como ustedes saben, terminaron casi todos pobres, miserables, asesinados, desterrados. Muy pocos tuvieron un fin feliz.

El colonizador se volvió la aristocracia, la oligarquía en lucha contra el criollo, el criollo definido por Bolívar en el párrafo que acabo de leer. Finalmente,

con las guerras de independencia, fue la sublevación del criollo, del nativo de América, contra el español, que, según las latitudes, se llamó el godo, el mantuano, el chapetón, etc. Pero el criollo vencedor crea una nueva oligarquía contra la que habrán de luchar el esclavo, el desposeído y una naciente clase media que incluye casi la totalidad de la *intelligentsia*: intelectuales, escritores, profesores, maestros, en fin, esa admirable clase media que va creciendo durante todo el siglo XIX hasta desembocar en el nuestro.

Y en esa fase de la lucha que habrá de prolongarse hasta mediados de este siglo y sigue aún, habrá de afianzarse el sentido nacional de los países americanos. Es decir que el criollo, al vencer en todo el continente, empieza a buscar su identidad particular, y surge la noción de nacionalismo, y ese mundo criollo, ese mundo americano, se vuelve un mundo donde hay, con conciencia de serlo, venezolanos, colombianos, mexicanos, cubanos, centroamericanos y, más adelante, con los movimientos crecientes de independencia en las Antillas, surgirá la conciencia de ser jamaicano, martiniqueño, curazoleño, en fin, de las distintas islas que forman nuestro vasto mundo caribe y que ya han adquirido caracteres propios con conciencia de poseerlos.

En el siglo XX, los países de nuestra América, dotados de una fuerte conciencia nacional, lucharon y luchan contra el imperialismo, aliado de la gran burguesía criolla, por el logro de una independencia total, unida a un anhelo de progreso social. Y esta segunda parte del siglo XX se ha caracterizado y se caracterizará por la intensificación de esa lucha en todo ese ámbito del Caribe, lucha por una independencia total, independencia total ya lograda en Cuba.

Cuando consideramos el ámbito del Caribe quedamos atónitos ante la galería de grandes hombres que nos ofrece. Citando tan sólo algunas personalidades porque no voy a hacer aquí un recuento enciclopédico, nos encontramos con figuras como Francisco de Miranda, el precursor de todas las independencias americanas, nacido en Venezuela; Simón Rodríguez, maestro del libertador Bolívar, aquel que decía: «La América no ha de imitar servilmente sino ser original», noción de originalidad, noción de nacionalidad; Simón Bolívar: no he de hablar de su gesta: es demasiado conocida para que yo me extienda en ella. (No olvidemos que fue apoyado en su guerra por el almirante Brion, que era de Curazao). Se va haciendo cada vez más la integración del Caribe. Toussaint Louverture era el héroe nacional, el libertador de Haití, Pétion, presidente de Haití, fue aquel que pidió a Bolívar, a cambio de la ayuda moral y de la ayuda material en su guerra, la abolición de la esclavitud en Venezuela, que, si bien no se produjo inmediatamente, fue una de las primeras en producirse. Heredia, el gran poeta romántico, el más grande poeta romántico, que era cubano, y era hijo, sin embargo, de venezolano, del gerente Heredia de Venezuela. Máximo Gómez sabemos que era dominicano. Los padres de los Maceo habían peleado en la guerra de independencia de Venezuela. Hostos nos viene de Puerto Rico; Finlay, cubano, y desde luego que no olvidamos en esta enumeración muy

somera al inmenso José Martí, cuyo pensamiento precursor habría de animar la gesta del Moncada, que, guiada por el comandante Fidel Castro, otra egregia figura de nuestro mundo caribe, habría de culminar en la Revolución Cubana, que pudo celebrar este año el vigésimo aniversario de su irreversible afirmación, de su triunfo ejemplar.

Los grandes hombres cuyos nombres acabo de citar vienen a demostrar que existe lo que podríamos llamar humanismo caribe. Nuestros grandes hombres nunca limitaron su acción, su pensamiento, su ejemplo, al ámbito propio, sino que se proyectaron hacia los pueblos vecinos. Hubo intercambio de hombres como hubo interpenetración de ideas. Hubo siempre entre nosotros un anhelo de entendimiento mutuo dentro de aspiraciones que nos eran comunes. No olviden ustedes que la trayectoria americana de José Martí, esa que lo lleva de Venezuela a Centroamérica, México, a los Estados Unidos, desde luego, Tampa y Cuba es una trayectoria que, quitando el tiempo que vivió en Nueva York y el viaje que realizó a Europa, su trayectoria política e histórica inmediata es la que va a culminar en nuestra guerra de independencia decisiva, se desarrolla en el ámbito todo del Caribe. ¡Y cuántas páginas emocionadas, cuántas páginas llenas de veracidad, llenas de hondo amor, no ha escrito Martí sobre Venezuela, sobre Guatemala, sobre México, sobre los países del Caribe en general!

Ha habido siempre dicho intercambio de hombres: Máximo Gómez, peleando por la independencia de Cuba; un cubano, Francisco Javier Yanes, firma el acta de independencia de Venezuela... Los ejemplos son incontables. El lugarteniente favorito de Maceo, Aurecochea —lo llamaban el mambí venezolano—, era venezolano. Hubo intercambio de hombres, hubo comunidad de ideas y por ello es que el Caribe, con las zonas continentales de México, las zonas de la tierra firme de Venezuela, de Colombia, las mismas zonas por extensión que fueron habitadas, que fueron pobladas por esclavos africanos traídos del continente en el mismo proceso de colonización, como los hallamos en el Perú, como los hallamos en Guayaquil, como los hallamos en el Brasil, también vienen por extensión a formar parte de ese conglomerado caribe que empezamos a ver en su conjunto y que empezamos a entender en su conjunto.

De ahí que Carifesta'79 es algo más que un conjunto de regocijos y de músicas, es algo más que una fiesta, es algo como un ritual de identificación. Habrá días de alegrías, de danzas, de holgorios, pero días que serán algo más, porque en ellos podremos confrontar lo que nos une y lo que nos distingue, lo que nos hace semejantes y a la vez lo que nos singulariza, lo particular y lo general, lo que es genuinamente de unos y lo que es patrimonio de todos.

Mucho de esto sabremos gracias a las jornadas artísticas de este Carifesta'79 que habrá de celebrarse ahora en Cuba. Cinco hombres egregios, cinco grandes humanistas de nuestro ámbito caribe habrán de presidir en espíritu

esta jornada: Simón Bolívar, Toussaint Louverture, Benito Juárez, José Martí y Marcus Garvey. Cinco humanistas, cinco guiadores de pueblos que hubiesen podido aplicar al ámbito caribe que les era propio las palabras que nuestro Apóstol dirigía a la América toda: «Estoy orgulloso de mi amor a los hombres, de mi apasionado afecto a todas estas tierras preparadas a común destino por iguales y cruentos dolores.»

El Caribe es una espléndida realidad y su común destino no deja lugar a dudas. Tomar conciencia de la realidad del Caribe es ampliar y completar la conciencia de una cubanía exaltada por el triunfo de nuestra revolución, cubanía que se inscribe en un ámbito geográfico que desempeñó un papel primordial y decisivo en la historia de América, Nuestra América, la América de José Martí.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Carifesta en Cuba

Jaime Sarusky

Carifesta'79 en Cuba fue durante siete días —del 16 al 22 de julio— un jolgorio intenso y monumental de los representantes del arte y la cultura caribeñas y el pueblo cubano. Este tercer Carifesta confirmaba una vez más lo que ya sabíamos: que la riqueza y diversidad de la cultura y el arte caribeños eran, precisamente, características notables, entre otras, de su original singularidad. Alborozados y sorprendidos así lo habíamos descubierto en los encuentros de Guyana en 1972 y en el de Jamaica en 1976.

La noche inaugural en el Coliseo de la Ciudad Deportiva de La Habana desfilaron las delegaciones de los 29 países participantes ante la tribuna que presidían Fidel Castro, Presidente de los Consejos de Estado y de Ministros de Cuba y otras personalidades y dirigentes cubanos y de los países caribeños. Más de doce mil espectadores saludaban calurosamente al paso de cada delegación con sus abanderados al frente.

Antes, en una pizarra humana compuesta por más de mil niños, van apareciendo las imágenes de los próceres que presiden Carifesta'79: José Martí, Toussaint Louverture, Simón Bolívar, Benito Juárez y Marcus Garvey.

Se escucha la canción tema de este Festival, original del compositor Juan Pablo Torres en la voz de Omara Portuondo y la delegación de Jamaica —sede del anterior Carifesta— inicia el desfile que culmina con una representación de la delegación cubana.

Se dirigen a los allí reunidos y a millones de cubanos que presencian y escuchan el acto a través de la televisión y la radio, Vincent R. Teekah, ministro de Educación, Desarrollo Social y Cultura de la República Cooperativa de Guyana; Arnold Bertram, ministro de Movilización Nacional y de

Información y Cultura de Jamaica y Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura de Cuba.

Entonces aparecen decenas de niños que se mezclan con los delegados y les entregan, en gesto cargado de simbólica emotividad, sus dibujos.

Luego vendría la presentación artística de cada delegación intercalada con la poesía en la voz de sus propios creadores: Nicolás Guillén, René Depestre, Robin Dobru, Edward Braithwaite y Louise Bennett.

Sonaron unidas tumbadoras, tambores y cencerros en una conga colosal donde todos arrollaron en el júbilo que más que culminar la noche inaugural anunciaba el inicio de la gran fiesta del arte de los pueblos del Caribe.

Santiago de Cuba, la otra sede de Carifesta'79, inauguraba la noche siguiente el Festival en su ciudad ante unos quince mil espectadores reunidos en el anfiteatro «Mariana Grajales». Carifesta adquiría allí una connotación particular por ser Santiago una ciudad raigalmente caribeña y coincidir el evento con los tradicionales carnavales que envuelven al pueblo santiaguero en un clima de exaltada euforia.

En otras locaciones al aire libre y teatros de la ciudad se presentaron cada día agrupaciones musicales, solistas y conjuntos danzarios de muchos de los países presentes en Carifesta así como de la propia ciudad. Igualmente tuvo lugar un encuentro de escritores y artistas santiagueros con intelectuales caribeños, en tanto, en varias galerías se presentaban exposiciones de pintura, escultura y carteles.

Para los visitantes, deseosos de conocer la rica tradición histórica de Santiago, se organizaron visitas a varios escenarios de la epopeya revolucionaria como el cuartel Moncada y la Granjita Siboney, hoy convertidos en museos que recuerdan la primera acción de los héroes de aquel 26 de julio de 1953.

Pero las fronteras de Carifesta en Cuba no se limitaron a La Habana o Santiago de Cuba. En Matanzas también se presentaron, en el Teatro Sauto y en la Casa de la Cultura José White, grupos y solistas de varios países caribeños. Por otra parte, en varias localidades de la provincia Habana como San José de las Lajas, Jaruco y San Antonio de los Baños fueron inauguradas exposiciones del cartel en Cuba y de artes plásticas del Taller de Creación Infantil. Delegaciones caribeñas asistieron a éstas así como a la actuación de un grupo de teatro infantil y a su vez, actuaron para los habaneros de extramuros.

Más que partir de un concepto estrictamente geográfico en la participación de los países en Carifesta'79, la proyección, más abarcadora, tomaba en cuenta las raíces comunes histórico-culturales, una identidad histórica a par-

tir de los rasgos comunes de un proceso similar: la plantación, la esclavitud, los similares orígenes de la música y la danza —el arte en general— de los países y pueblos del Caribe y de Nuestra América. Un examen de los países participantes en Carifesta confirma lo antes dicho:

Bahamas, Barbados, Belice, Brasil, Cayena, Colombia, Cuba, Dominica, El Salvador, Estados Unidos de Norteamérica, Granada, Guadalupe, Guyana, Haití, Jamaica, Martinica, México, Montserrat, Nicaragua, Panamá, Perú, Puerto Rico, República Dominicana, Surinam, Santa Lucía, St. Kitts-Nevis, Saint Vincent, Trinidad-Tobago y Venezuela.

Total; 29 países.

Ni el cerco, ni la hostilidad permanente, ni las agresiones, ni el bloqueo económico, político, diplomático y cultural impuesto por los gobiernos norteamericanos a la Revolución Cubana durante veinte años impidieron que la participación de los artistas y escritores de esos países en Carifesta'79 en Cuba fuera un éxito. Se presentaron, incluso, varios músicos y un actor negro de Nueva Orleans.

En el traslado de las delegaciones hacia La Habana se utilizaron vuelos *charter* de Cubana de Aviación y las líneas aéreas de Jamaica, Venezuela, Bahamas, Belice, Trinidad-Tobago y México. Las delegaciones de Guyana y de las islas Saint Vincent, Saint Kitts, Santa Lucía, Montserrat y Granada viajaron en la motonave cubana «XX Aniversario». En este sentido es de resaltar la colaboración y el apoyo prestados por la UNESCO.

Los 1545 artistas de los países que participaron en el Festival se alojaron en la Escuela Formadora de Maestros «José Martí» en Cojímar, atractivo pueblo de pescadores, al otro lado de la bahía habanera. En tanto la delegación cubana, integrada por unos 500 artistas, en su mayoría pertenecientes al Movimiento de Aficionados se albergaban en las instalaciones de la Escuela Formadora de Educadoras de Círculos Infantiles, unida a la anterior por sus verdeantes campos deportivos.

En ambas villas los delegados disponían de dormitorios, salones de ensayo, teatros, cines, comedores, cafeterías, áreas deportivas, bares, zonas de recreación, tiendas, un hospital y otros servicios.

Una vez terminada la ceremonia la noche inaugural allí se produjo un encuentro entre los residentes de ambas villas, un encuentro con música, bailes y cantos donde todos exteriorizaban su júbilo por compartir juntos la gran fiesta del arte caribeño en suelo cubano. Días después, en un desbordante ambiente de alegría, todos festejaron la victoria sandinista del pueblo nicaragüense.

Amadou Mahtar M'Bow, director general de la UNESCO envió un mensaje dirigido a Armando Hart, ministro de Cultura de Cuba, a través del cual saludaba a los organizadores y participantes de Carifesta'79, Festival que «marca una etapa en la afirmación de la identidad cultural de los pueblos del Caribe, demostrará como el de Guyana en 1972 y el de Jamaica en 1976, la unidad profunda y la diversidad de esta región que ha dado origen a estilos de música y danza que han sabido expresar con elocuencia la pena y la alegría de los hombres». Y más adelante concluía su mensaje afirmando que el Tercer Festival «contribuye a afirmar vuestra voluntad común de tomar en manos propias vuestro destino. Vuestra música, vuestra danza y vuestro teatro llegarán al mundo entero como un mensaje de fraternidad humana y un aporte inestimable a la cultural universal.»

Más de 40 locaciones situadas en los distintos centros de la capital de Cuba y en los municipios más próximos permitieron el desarrollo de las más diversas actividades de la fiesta caribeña. Los Espectáculos de Gala presentados por cada país tuvieron lugar en cuatro céntricos teatros y en el Anfiteatro del Parque Lenin; el Festival de Canciones y Música del Caribe tuvo como escenario el teatro «Carlos Marx», el de mayor capacidad ya que cuenta con 4 800 lunetas; Los Recitales y Conciertos de Música Popular del Caribe se presentaron a unos pasos del litoral, en el Anfiteatro de La Habana; otros tres teatros fueron marco del Festival de Danza del Caribe. El Encuentro de Música y Danza del Caribe tuvo como sedes tres anfiteatros y la Verbena próxima al Hotel Habana-Riviera. Por su parte el Encuentro de Teatro del Caribe se desarrolló en tres teatros y junto al Castillo de la Fuerza, uno de los más antiguos de América. En la Sala Teatro del Palacio de Bellas Artes se presentaron los Recitales y Conciertos de Música Coral y de Cámara. Entre las actividades especiales resaltaban las que se presentaron en el Parque Almendares adonde acudía, sobre todo, un público joven que compartió tanto las programaciones regulares como las «descargas» de los ejecutantes que informalmente allí se reunían cada noche. Entre las actividades colaterales hubo varias exposiciones, sobre todo de jóvenes artistas plásticos cubanos, que se presentaron en galerías, bibliotecas y Casas de Cultura.

El lema de Carifesta: Un arcoiris de pueblos, un mismo sol caribeño.

El emblema, obra del pintor y diseñador Umberto Peña, es una esfera azul, sobre serpentinas que evocan el mar. Y se destaca el amarillo del sol sobre un cielo escarlata articulado en forma de espiral.

Otros artistas gráficos cubanos diseñaron varios carteles cuyo tema central, realizado en las formas y estilos más diversos, era Carifesta.

El Simposio sobre la Identidad Cultural del Caribe que se desarrolló en la Casa de las Américas fue, sin dudas, el acontecimiento de mayor trascendencia ideológica y cultural en los días de Carifesta.

La apertura del Simposio fue presidida por Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura de Cuba, Haydée Santamaría, presidenta de la Casa de las Américas, Julio García Espinosa, viceministro de cultura y director general de Carifesta⁷⁹, Mariano Rodríguez, vicepresidente de la Casa de las Américas, Roberto Fernández Retamar, también vicepresidente de esa institución y moderador del Simposio, los escritores Alejo Carpentier y Juan Bosch, ex-presidente de la República Dominicana, y Frank Pilgrim, asesor de asuntos culturales en el CARICOM, entre otras personalidades.

Intelectuales caribeños que han estudiado o se han especializado en la cultura de la región, intervinieron en el vivo y fructífero debate que tuvo lugar durante los dos días que sesionó el encuentro.

Al Simposio asistieron más de 500 personas. En el mismo participaron 17 invitados extranjeros y 4 cubanos y estuvieron presentes, además, 30 observadores. Se presentaron 17 ponencias y se produjeron dos intervenciones especiales de los destacados escritores Alejo Carpentier y Juan Bosch.

Al referirse en su intervención durante el Simposio a los primitivos habitantes de esta región, los caribes, que le dieron nombre a la misma, el intelectual venezolano César Rengifo expresó:

...Los conquistadores, mediante todos los medios comunicativos de entonces, se dieron a deformar hábilmente la imagen del pueblo caribe, creando en torno a él, toda una mitología de barbarie y, ferocidad que lo mostraba con facetas casi monstruosas. Cuidadosamente el invasor mediante esa imagen logró hacer una simbiosis entre caribe y caníbal suscitando odiosidades y repulsión para aquel pueblo. De esa manera se iba creando una justificación para combatir, esclavizar y hasta exterminar a la población caribe, y arrebatarle sus territorios y los principales productos económicos de su cultura. Esa propaganda sutil trascendió de tal manera tanto en tierras de América como de Europa, que el término Caribe señalaba ya a un individuo feroz y más cercano a la bestia que al ser humano.

Rex Nettleford, de Jamaica, afirmaba:

...Nadie le ha negado seriamente a este proceso —de cambio— el imperativo de una dimensión cultural —en otras palabras, la necesidad, para esa dinámica que nos mueve creadoramente, de descubrir el amplio muestrario (*wide range*) de expresiones autóctonas que legitiman la identidad que nos distingue no sólo como seres del Caribe sino como miembros de la raza humana plenamente reconocidos...

En tanto Kenneth Ramchand de Trinidad-Tobago expresaba en uno de los párrafos de su exposición:

Los intelectuales y artistas tienen que desempeñar un papel en la educación y en el desarrollo de la conciencia de las masas; deben tener la integridad de devolverle al pueblo no una imagen exótica de sí mismos ni aquella que estimula la autosatisfacción, sino una imagen de sí mismos (el pueblo) integrante con los otros (el artista, el pensador, el hombre de acción) que los auténticos intelectuales en el mayor grado de sinceridad están tratando de edificar para su propia liberación y realización.

En el curso de su intervención, Jan Carew de Guyana, afirmaba:

...Existen dos tendencias diferentes en la historia de los colonizadores y los colonizados. Una se establece cuando el colonizador se dispone a justificar sus más bajos hechos y a glorificar sus propios logros a expensas de sus silenciosas víctimas; y la otra tendencia sólo comienza a manifestarse cuando los silenciados comienzan a hablar, porque son silenciados a la fuerza por sus opresores y tienen que recurrir a secretas claves de afirmación para mantener viva la verdadera historia de su pueblo.

En nuestra América y en el Caribe, —añade Carew— la voz más poderosa que se alzó en nombre de aquellos que fueron silenciados fue la de José Martí. Enunció por nosotros la verdad con una lucidez sin par cuando declaró que el mismo golpe que abatió al indio, cayó sobre nosotros con igual fuerza. Nos redefinió la visión de nosotros mismos en el Nuevo Mundo en relación con el indio, el esclavo, el desposeído, el señor y el sirviente, los que tienen y los que no.

Manuel Moreno Fraguas de Cuba expuso, entre otras consideraciones que:

El interés colonial o neocolonial ha tratado de perpetuar el sentido de la diversidad cultural caribeña. A la barrera real de los idiomas diferentes se ha agregado una barrera comunicante o distorsionadora de la comunicación, que pretende que cada isla se sienta y actúe como mundo cultural —y por ende, político— diferente. Y en algunos casos se pretende que la isla busque su identidad en la metrópolis o en tierras extrañas, y no en sí misma. Pero el proceso histórico y la realidad en sus manifestaciones artísticas muestra lo contrario. La identidad real pretende ser discutida y, a la larga, borrada. Artistas y científicos sociales caribeños tienen hoy una tarea más importante que la búsqueda simplista de elementos africanos en su cultura, o el análisis comparativo con culturas africanas actuales: es el estudio de las integraciones específicas y de las formas simbólicas comunes desarrolladas en el Caribe durante el proceso de consolidación de sus nuevas sociedades.

Marina Maxwell, de Trinidad-Tobago, propuso la creación de una red, un movimiento de artistas caribeños. Según sus palabras, «una organización cultural caribeña que sustituya la presencia colonial en cada faceta» para combatir la nociva presencia norteamericana. Sugirió que este movimiento estuviera dirigido por Cuba con el objetivo de promover el desarrollo de la cultura caribeña y de sus artistas frente a la penetración colonial y neocolonial en todos los aspectos de la cultura en el Caribe.

Dennis Williams, intelectual de Guyana, desarrolló el tema de la cultura en las sociedades colonizadas del Caribe, elemento que, invariablemente, deliberadamente, era separado de lo político y lo económico. Con la introducción de formas extranjeras, las formas autóctonas en el arte y la cultura se divorciaron de la voluntad del pueblo. De esa forma, las artes del territorio colonial perdieron su autenticidad; el paisaje colonial se hizo visiblemente inauténtico ya que era conformado por la mano imperial. Por tanto, las sociedades coloniales son, por definición, culturalmente inauténticas. De ahí que la sociedad posterior a la colonia está más claramente definida en términos de estructuras y estrategias políticas y económicas que en términos de estructuras e ideales de una cultura autónoma. Por tanto, la reintegración de las estructuras culturales con las estructuras políticas y económicas predominantes deben ser contempladas como un problema cardinal en todas las sociedades postcoloniales en el Caribe. De esto se desprende que en las sociedades caribeñas el problema de la creación se convierte en un asunto de reconciliación con los problemas de la inautenticidad histórica.

Y como culminación de sus tesis, Williams propone la creación en el Caribe de un sistema integrado de museos como el de la Revolución, el de la Tecnología, del Indio, del Esclavo, etc.

George Lamming de Barbados se refirió al viaje como tema recurrente en la literatura del Caribe «empezando con el cruce del océano desde el hogar ancestral hasta territorios que no constituían la elección conciente de aquellos que viajaban».

Lamming se refiere al poeta Edward Brathwaite, «impaciente por su búsqueda de oportunidades a través de Europa y África, hace el dramático descubrimiento de que existe un subsuelo negro que es preciso excavar bajo la misma tierra que lo vio nacer. La tarea es —siempre ha sido— clara y más allá de toda discusión. Es la tarea —para usar la frase de Rex Nettleford— de indigenizar la experiencia caribeña, de devolver la sociedad a sus propios cauces».

Lamming concluye su ponencia en el Simposio en estos términos:

Pero pienso que en el orden de las prioridades, la lucha política sobresale como la más urgente de nuestras tareas. Y ahora tenemos un ejemplo de hazaña en el nacimiento y florecimiento milagrosos de la Revolución Cubana. La lucha fue llevada a cabo por el pueblo cubano, pero no fue

ganada sólo para el pueblo cubano, y debe ser eternamente agradecida con un abrazo de todo el Caribe, y defendida, cuando sea necesario, con el valor y la firmeza de todo el Caribe.

El poeta haitiano René Depestre desarrolló el tema del mito y la identidad en la historia del Caribe. Al analizar ese proceso histórico dijo, entre otras cosas:

La unilateralmente llamada América Latina o anglosajona, proclamada arbitrariamente «blanca» o «negra» o «india», es, en verdad, el resultado de la creatividad histórica conjunta de múltiples etnias, o aborígenes, u originarias de diversos países africanos y europeos. Es el producto etno-histórico de un fantástico proceso de mestizaje y de simbiosis que, con el rigor de un fenómeno de nutrición, ha transformado e incluso transmutado de identidad tipos sociales originales, las múltiples sustancias y los muchos aportes africanos, europeos, indios, para engendrar etnias y culturas de una riqueza en la diversidad absolutamente nueva dentro de la historia de las civilizaciones.

Luego, afirma Depestre:

Si la vida es, en general, un viaje, y la vida en el Caribe un viaje específicamente americano, un nuevo viaje hacia nosotros mismos comenzó con la aventura histórica de Cuba. Sabemos en qué consiste el camino inverso de la «trata», el camino inverso de la «raza», el camino inverso de los mitos que han subdesarrollado la identidad del Caribe. El cinturón histórico está convirtiéndose en anillo.

Servidores de esta mesa, en esta casa americana del Caribe, tenemos la feliz sorpresa de ver que los nuevos cimarrones, de los cuales ha hablado Lamming, pueden ser «blancos», «negros» o «mulatos».

Y concluyó Depestre:

Otro cimarronaje cultural ha comenzado aquí, y las enfermedades del Caribe, gracias a Cuba, se están convirtiendo en la suprema salud de nuestra nueva historia.

Durante el Simposio el historiador cubano José Luciano Franco abordó el tema de los cimarrones en el Caribe. Explicó que la primera acción de los esclavos africanos cimarrones se produjo en Santo Domingo en 1522 en el ingenio azucarero del almirante y gobernador Diego Colón. En su exposición, Franco esclareció que el término cimarrón se aplicó en Cuba, primeramente, a los aborígenes que huían de la brutalidad de los colonizadores. Al concluir su disertación sobre el proceso histórico de los cimarrones en el Caribe, afirmó:

Sin embargo, la lucha de los africanos y sus descendientes por romper las cadenas de la esclavitud, primero, y después, pasado el período heroico de los cimarrones, para alcanzar los más elementales derechos humanos, continúa llevándose a cabo en todas las colonias europeas del inquieto Caribe, sin tregua ni descanso hasta después de la Segunda Guerra Mundial.

Carlos Dore basó la argumentación de su ponencia sobre la identidad cultural en el caso dominicano, su patria. Entre otras reflexiones expuso:

Mientras las clases dominantes guardan generalmente silencio frente a los negros, levantan el argumento indigenista como un arma de doble filo, tanto para ocultar a los dominicanos una de sus fuentes originales, como para inducirlos a creerse una derivación importante de los primitivos habitantes de la Isla. De esta manera el neocolonialismo interpone un alto valladar a la brega dominicana por encontrar su identidad, dejando por medio un extraordinario vacío en la memoria nacional, pues mientras los indios desaparecen desde antes del siglo xvii, se les pretende dar continuidad en períodos en que no existían.

Más adelante afirma que «es urgente que en nuestro país se trabaje por el rescate de nuestra identidad, permitiendo a todos los sectores nacionales tomar conciencia de los diversos componentes de su cultura y del peso específico de cada uno de estos componentes; sólo así la capacidad creadora de nuestro pueblo no se verá entorpecida por la imposibilidad de poder reconocerse libremente en sus propios actos»

Y añade Dore:

Como se puede ver, no estamos negando la falta de una cultura nacional, sino corroborando su existencia, pero poniendo en evidencia que lo que se nos presenta como tal cultura, por la naturaleza entreguista de las clases dominantes y su gobierno, dista mucho de las actividades y existencia cotidianas de los dominicanos.

Y concluye sus planteamientos expresando:

Por tales razones se puede afirmar que buena parte de nuestro patrimonio cultural se encuentra perdido o abandonado, lo cual hace sumamente vulnerable nuestra cultura nacional, en el sentido de que por falta de conocimiento de nuestros patrones históricos culturales, las influencias externas, provenientes sobre todo de los Estados Unidos de América, penetran diariamente, contribuyendo a un trastocamiento de nuestros auténticos valores nacionales, profundizando cada vez más el desarraigo de la dominicanidad.

La identidad cultural de Panamá y sus problemas en relación con el Caribe fue planteado por Nils Castro quien en uno de los párrafos de su intervención afirmó:

El pequeño istmo es, pues, un complejo mosaico; en buena parte, un mosaico de enclaves: el enclave colonial gringo, con sus ghettos militares y civiles para blancos y sus ghettos para negros antillanos; los enclaves angloantillanos en las ciudades terminales panameñas; los grandes enclaves indígenas, con tres fuertes culturas de diferente raíz; los enclaves chinos, hebreos, y de otras minorías europeas y asiáticas, y las mayorías criollas, blancas y mestizas, regionalmente diversificadas a lo ancho de los llanos del Pacífico, desde la capital hacia el occidente, hasta la frontera centroamericana. Este mosaico lo es también idiomático. Excluyendo algunas pequeñas minorías (comercialmente poderosas), en Panamá predomina la modalidad andaluza del castellano, que convive con tres grandes lenguas indígenas, junto al *créole* y al *patois* antillanos, que hoy son lenguas propiamente panameñas (lo cual, desde luego, excluye al sureño inglés de los colonos zoneitas). Otro tanto puede decirse de la dieta, a la vez mestiza, criolla y antillana (a la que se suma la aportación china), y de las tradiciones musicales y danzarias.

Luego expresa Nils Castro que «junto a una raigal herencia chola, mestiza, aquí se unieron por lo menos tres brazos de comunicación con el Caribe: el de la costa colombo-venezolana, el de las Antillas hispanoparlantes, y el angloantillano. Durante este siglo neocolonial, el imperialismo norteamericano nos sumergió en una historia común, abarcada en las redes del gran garrote, tejidas por sus cañoneras: hemos vivido casi los mismos calendarios y los mismos términos para las intervenciones, los procónsules, la imposición de tratados políticos, militares y comerciales, y también para las dictaduras, los populismos y las rebeliones. Más que por las diferencias idiomáticas o étnicas, la región fue recortada por las dominaciones rivales de potencias colonialistas e imperialistas, situadas fuera del área».

Y más adelante afirma:

Dentro del contrastante mosaico panameño, tan hondas han sido las diferencias entre esos enclaves puestos a convivir por decisión de potencias extrañas, que en tiempos no han podido reconocerse entre sí hombres que, por encima de pieles o lenguas, pertenecen a la misma clase de fondo aunque hayan sido empujados a sobrestimar las diferencias de forma, hasta el punto de ocultarse que criollo, cholo, indio o antillano aquí comparten bajo un solo sol de sudores y sangres a los que los unió el mismo explotador. Pero este mosaico se ha fundido en una sola y misma pieza, haciendo suyos los aportes de todos esos brazos, cuando han compartido un proyecto común, que es fundamentalmente el de quitarse de encima a ese mismo explotador. No hay cultura panameña cuando un solo cantón étnico

domina y subordina a los demás, la hay cuando cada grupo hace suyas las contribuciones que los otros traen a la misma vida, que es la misma lucha.

Y finaliza expresando:

Así también, hay Caribe sólo cuando intercambiamos nuestras herencias y descubrimientos para un fin común, y no cuando los cultivamos por separado. Las importantes diferencias que median entre unas y otras esquinas de este mundo merman en el mismo grado en que las cadenas neocoloniales se quiebran o aligeran. En la medida en que completamos y fortalecemos nuestras respectivas independencias, más nos enlazamos entre nosotros, más descubrimos solidaridades y recíprocas identidades pues sólo el imperialismo y nuestros respectivos explotadores nativos nos compartimentan, en su pretensión de sacrificarnos por separado. Es mucho lo que traemos de común, bajo un solo cielo y alrededor del mismo mar, a través del cual hemos entrelazado nuestras historias y nuestras descendencias. Pero en la medida en que rompemos las cadenas que nos atan a diferentes amos, es mucho más lo que compartimos: compartimos el futuro.

Para el puertorriqueño Roberto Márquez «la unidad cultural del Caribe constituye un hecho histórico consumado y, simultáneamente, algo aún por hacerse. Esta es una conclusión que, como en el caso de toda cultura viable y vital, me parece todavía enteramente válida».

Y abunda sobre estos conceptos afirmando:

Pese a su evidente diversidad, el Caribe constituye una misma región geográfica, etnohistórica y cultural. Esto, creo, es algo fuera de toda discusión. La raíz de esa organicidad indiscutible se encuentra, como señala Labat, en el proceso de una historia compartida y común. La singularidad de lo que se ha llegado a llamar nuestra civilización antillana se fragua en el crisol del conflicto y la contradicción, en el cebadero de la revolución, en la confrontación inevitable de clase y casta que todavía da contextura al proceso de nuestra vida colectiva. Nuestra identidad cultural caribeña es, ante todo, producto reflejo de la más sobresaliente de nuestras realidades.

Se refiere Márquez al proceso ininterrumpido de *creolización* dialéctica del Caribe; a las etapas de ese proceso que «se manifiesta con particular nitidez en las transformaciones por las que pasa nuestra literatura».

Y concluye su estudio expresando:

La Revolución Cubana es, pues, sin lugar a dudas, el hecho cultural más contundente y ejemplar de esta última etapa neocolonial en que nos encontramos todavía. Con ella, como con la Revolución Haitiana, se abre

un nuevo período histórico en el Caribe: el de la segunda y definitiva independencia. La victoria y los logros de la primera revolución socialista en este hemisferio ponen al descubierto la caducidad del antiguo sistema que rige aún en la mayoría de nuestras islas e inicia una especie de renacimiento a lo largo y ancho de nuestra América. Se hace evidente hasta qué punto la cultura aquí sólo se garantiza haciendo la revolución. Con ella también cobra palpable impulso nuestra antillanía. No es casual, por cierto, que sea Cuba el país donde, de manera más consistente y con ahínco creciente, se practique una política cultural de envergadura genuinamente pancaribeña. Ejemplo claro de esa conciencia de solidaridad y pertenencia es la labor realizada por la Casa de las Américas y el carácter multilingüe de su premio literario anual. La revolución no sólo da realidad sólida a lo que hasta entonces —en cultura y en política social— es mera potencialidad y aspiración: nos anticipa, en este nuevo mundo, un mundo nuevo en que la *reindigenización* —en todos los niveles— es un hecho irrefutable con respaldo estructural. Para el resto de nuestros países esto es todavía una aspiración. Es, además una meta que nos une, como nos une nuestra historia. Es en ese sentido que se hace indispensable el creciente acercamiento entre nuestros pueblos —entre nosotros mismos—, si es que queremos realizarlo, y con ello, salvaguardar tanto nuestra personalidad particular de pueblos y la identidad que nos une bajo un mismo sol caribeño. Es en este sentido que —repito, para concluir, lo dicho en un principio— nuestra antillanía, además de hecho histórico consumado, constituye algo aún por hacerse.

Sobre diversos aspectos de la cultura caribeña y, en particular, la de Jamaica trató en su análisis V. S. Reid.

Las culturas —dijo— asumieron formas básicas, valores intrínsecos y pujanzas, a partir de las fuerzas políticas e históricas que las habían alimentado, dado que es inverosímil que para su crecimiento y desarrollo se alejaran de la diversidad de las *culturas* del Caribe, en el más amplio sentido antropológico del término. De acuerdo. Es mejor ser montañoso que liso como un desierto. Pero, de forma providencial para el sentido común caribeño, en la nueva esperanza que nos había llegado, la esperanza de nuestro ser inmediato, de la creación del magnífico hombre caribeño lleno de vitalidad y de admiración que trabaja por la continuación del crecimiento, lleno de orgullo, de apasionado amor por su tierra y su mar, cada uno de nosotros, afortunadamente, nativo o colonizador de estos puertos, posee las fuerzas históricas y políticas de cada uno sin contradicción. Excepto en lo tocante al tiempo, el lugar y el nombre del bastardo que nos golpeó, unas veces con el látigo o bien con la represión del abalorio hemos transitado caminos paralelos. La identidad de nuestras culturas se sitúa en una suerte maravillosa que nos ha forjado fuera de la opulencia de antiguos gobiernos y razas, en el enclave más hermoso de la tierra: un rosario de islas y territorios integrados cual un collar, y aún

separados. El reconocimiento de nuestra cultura está en ese conocimiento y en la celebración de las similitudes.

Los intelectuales participantes en el Simposio sobre la Identidad Cultural del Caribe emitieron una Declaración al finalizar las sesiones de trabajo. En uno de sus párrafos afirmaba:

El imperialismo dedica cuantiosas sumas de dinero a la propaganda dirigida a confundir a nuestros pueblos. Usa todos los medios de difusión posibles para escamotear los valores culturales de nuestros países, pretendiendo así desvirtuar nuestras aspiraciones más puras y genuinas, perpetuar el colonialismo y la explotación.

Y a renglón seguido enfatizaba:

Denunciamos a las fuerzas que se empeñan en someter a nuestros pueblos, a través del colonialismo, el neocolonialismo, el racismo, y de una supuesta superioridad material e intelectual, a la ignorancia, el analfabetismo, el aislamiento y al fraccionamiento de nuestras culturas, de sus más profundas raíces populares, conquistadas a lo largo de medio milenio de historia.

Afirmamos, pues, nuestro derecho a la diversidad de idiomas que nos define y enriquece, a la comunicación y acercamiento entre nosotros mismos, a una expresión artística, y al reconocimiento de nuestra historia propia que entraña el pleno derecho a la autodeterminación.

Hacemos un llamado a todos los escritores y artistas, a todos los hombres de nuestras tierras, a unirnos estrechamente en defensa de los valores de nuestra cultura, que el Tercer Festival de las Artes Creativas del Caribe ha confirmado en su riqueza y diversidad como patrimonio cultural común.

Igualmente, los intelectuales y artistas caribeños reunidos en el Simposio redactaban y firmaban una declaración de solidaridad con Nicaragua y saludaban la victoria del pueblo nicaragüense y del Frente Sandinista de Liberación Nacional, victoria que coincidía con la celebración de Carifesta en La Habana.

El niño caribeño también estuvo presente en Carifesta. Y no podía ser de otro modo en el Año Internacional del Niño. En la sede de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba se llevó a cabo un Coloquio sobre literatura para niños donde participaron escritores y especialistas caribeños y cubanos. Fueron presentadas tres exposiciones. Una en la Casa de Cultura del Municipio Plaza donde era posible admirar la destreza y el colorido de los

dibujos trazados por niños caribeños de varios países. En tanto en el Liceo Artístico y Literario de Guanabacoa se presentaba la exposición titulada «¿Cómo viviré en el año 2 000?» convocada por la UNESCO. Allí se verían excelentes dibujos enviados por niños de todo el mundo, que abordaban el tema que daba título a la exposición. En los salones del Museo Nacional se exhibía una exposición de fotografías de niños caribeños, forjadores del futuro de nuestras islas y tierra firme.

A las 724 presentaciones de los 28 países que participaron en los espectáculos programados para Carifesta en la Ciudad de La Habana asistieron más de 270 mil ochocientos espectadores. A esta cifra deben añadirse los millones de cubanos que vieron o escucharon a través de la televisión y la radio estos espectáculos transmitidos también en programas especiales por la radio internacional. Al mismo tiempo, más de 29 mil personas asistieron a las exposiciones, encuentros y otras actividades organizadas en las dos provincias habaneras y en Santiago de Cuba y Matanzas.

112 periodistas de 26 países cubrieron las múltiples actividades de Carifesta en tanto el personal de la prensa cubana superaba la cifra de 500 entre periodistas, fotógrafos, técnicos, personal de apoyo y otros que contaron con un Buró de Prensa en el hotel Habana Libre. La radio y la televisión cubanas dedicaron decenas de programas a la gran fiesta caribeña y Radio Habana Cuba difundió a los países del área las actividades fundamentales del Festival.

Armando Hart Dávalos, ministro de Cultura de Cuba se reunió con representantes oficiales del tercer Carifesta en uno de los salones del teatro «Carlos Marx». En nombre del Gobierno y del movimiento artístico y cultural cubanos, Hart expresó su agradecimiento por los esfuerzos realizados en la organización del evento, y muy especialmente por el apoyo y la colaboración recibidas del Comité Organizador Cubano, del Comité Asesor de Carifesta'79, integrado por Guyana, Jamaica, Barbados, Surinam y el país sede; del CARICOM, la UNESCO y el Comité de Desarrollo y Cooperación del Caribe (CDCC) y por la participación de los 2 100 delegados de 29 países para el intercambio de experiencias artísticas y culturales de la región. Ese reconocimiento se hacía extensivo al Poder Popular de las provincias Ciudad de La Habana, Santiago de Cuba, Matanzas y provincia Habana y a todos los organismos y organizaciones de masas, sociales y juveniles que participaron en Carifesta'79.

Obras de casi un centenar de artistas plásticos caribeños se exhibieron en la Exposición Internacional de pintura, escultura, grabado y dibujo que tuvo como sede los salones del Museo Nacional de Cuba. Esa exposición era, tal

vez, la más completa que se ha exhibido de los artistas y el arte caribeño. Mostró la diversidad de estilos, corrientes y tendencias que predominan hoy en el arte plástico de la región.

En tanto, los salones de la Casa de las Américas servían de marco a la exposición de Artesanía Popular Caribeña donde estaban presentes las obras de los artesanos de las islas y tierra firme trabajadas en materiales tales como cobre, fibras, yarey, madera o cuero.

Otras exposiciones que enriquecieron el universo de colores y formas e imágenes de Carifesta fueron las presentadas por artistas cubanos —la mayoría de ellos jóvenes integrados en diversas corrientes de la plástica contemporánea— tales como la Exposición Colectiva de Plástica Cubana, la de los Jóvenes Plásticos Cubanos, la Exposición del Grupo Antillano, la del Grupo Origen, la de Grabado del Taller de Gráfica de la Plaza de la Catedral y la del Cartel Cubano.

Una explosión de júbilo en medio de Carifesta fue la reacción de los artistas caribeños y cubanos al confirmarse la noticia de la victoria revolucionaria nicaragüense de los patriotas sandinistas. En las villas de la solidaridad se improvisaron actos que manifestaban la alegría de todos y la voluntad de apoyar y solidarizarse con el pueblo nicaragüense. En horas de la noche del mismo día de la victoria, el 19 de julio, tenía lugar un acto en homenaje al rebelde pueblo de Sandino en el Teatro Musical de La Habana. El ministro de Cultura de Cuba, Armando Hart Dávalos presidió el acto y el Secretario General de la Central de Trabajadores de Cuba, Roberto Veiga, tuvo a su cargo las palabras de resumen. Allí actuó el grupo nicaragüense Los Palacagüina, integrado por militantes del Frente Sandinista de Liberación Nacional (FSLN).

Durante Carifesta'79 se presentaron dos exposiciones de libros organizadas por la Dirección de editoriales del Ministerio de Cultura y la Casa de las Américas. Se publicaron, además, una serie de títulos nuevos relacionados con el tema del Caribe.

Libros cubanos sobre el Caribe, así como mapas de la región fueron expuestos en la librería «Fernando Ortiz», en tanto la biblioteca «José Antonio Echeverría» de la Casa de las Américas era sede de la exposición de libros y publicaciones periódicas de casi todos los países representados en Carifesta.

La editorial Casa de las Américas publicó para esa ocasión los siguientes títulos: *Les armes quotidiennes/Poésie quotidienne*, del poeta haitiano Paul Laraque, Premio Casa de las Américas 1979; *One a Week with Water*, del poeta Shake Keane, de la isla St. Vincent, Premio Casa 1979; *In the Hills*

where her Dreams Live, Premio Casa 1979, del poeta jamaicano Andrew Salkey; *En el castillo de mi piel*, de George Lamming; *Tres documentos de Nuestra América* que contiene la Carta de Jamaica de Simón Bolívar, «Nuestra América», de José Martí y la Segunda Declaración de La Habana, todos en español, francés, portugués e inglés; *Haití, la crisis ininterrumpida*, del ensayista haitiano Gerard Pierre Charles; *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, de Miguel Acosta Saignes y la novela *Una vida*, del escritor guyanés Angus Richmond, Premio Casa 1978.

La editorial Arte y Literatura publicaba *Calibán y otros ensayos* del poeta, ensayista y director de la revista *Casa de las Américas*, Roberto Fernández Retamar. La Academia de Ciencias, en coordinación con el Ministerio de Cultura, publicaba *Premisas geográficas de la integración socio-económica del Caribe* y el *Atlas regional del Caribe*.

Además, las revistas *Unión*, *La Gaceta de Cuba*, de la Unión de Escritores y Artistas de Cuba y *Revolución y Cultura*, del Ministerio de Cultura, publicaban números dedicados al tema del Caribe y su cultura.

El Comité Asesor de Carifesta'79, compuesto por los ministros de Cultura de Guyana, Jamaica, Barbados, Surinam y Cuba emitió una Declaración en la cual expresaba, entre otros aspectos, que los ministros de los países mencionados «realizaron entre sí consultas informales y exploratorias, cuyos resultados se consideró oportuno fueran del conocimiento de las delegaciones gubernamentales participantes en el Carifesta'79».

Después de saludar la iniciativa del Primer Ministro de la República Cooperativa de Guyana, Forbes Burnham, quien dio inicio a estos festivales y de tomar nota de la gestión del CARICOM, el Comité Asesor reconoció que «Carifesta constituye el evento cultural más importante del Caribe». Expresó «la necesidad de continuar perfeccionando los mecanismos organizativos que garanticen y contribuyan cada vez más a la sistematización y elevación constante del prestigio de esta actividad» evitando siempre no desviar la esencia de estos eventos ni limitar en sentido alguno la autoridad del país sede». Subrayaron la importancia del hecho de que en Carifesta'79 participaron 2 100 artistas e intelectuales de 29 países del área, «lo que muestra la fuerza alcanzada por estos festivales y su importante rol en el conocimiento e intercambio de experiencias artísticas y culturales». Destacó la significación del Simposio sobre la identidad cultural caribeña realizado en Casa de las Américas y «recomendaron el estudio de sus conclusiones». Saludaron «la victoria de la libertad y la independencia» de Nicaragua; exhortaron a todos los países del Caribe a que «brinden el máximo de cooperación y apoyo al gobierno de Barbados, país sede del próximo Carifesta»; reconocieron la contribución de la UNESCO al éxito del evento y expresaron su confianza «en las posibilidades de estrechar cada vez más la cola-

boración con dicha institución»; apreciaron el papel desempeñado por el Comité Asesor «en el éxito alcanzado por el Tercer Festival de las Artes Creativas del Caribe celebrado en Cuba. Por último, «saludaron el éxito de Carifesta'79 y su importante contribución al estrechamiento de los vínculos culturales entre los pueblos del Caribe y agradecieron al pueblo y gobierno de Cuba su cálida hospitalidad.»

En las tardes y noches de Carifesta, el Parque de la Juventud, a orillas del río Almendares, se colmaba de un público ávido, joven y entusiasta que acogía calurosamente la poesía y la canción caribeña de sus más jóvenes poetas y músicos en lo que se llamó el Festival de Jóvenes Artistas y Escritores.

En tanto en el Anfiteatro de la Avenida del Puerto, a unos pasos de la bahía habanera y rodeado por las áreas del carnaval, la música y los bailes del Caribe en toda su riqueza y diversidad quedaban plasmados ante miles de espectadores con los Yoruba Singers de Guyana; el Ballet Folclórico de Tabasco, México; Black Stalin y su grupo, de Trinidad-Tobago; el Ballet Nacional Dominicano; el Conjunto Folclórico Nacional de Panamá; el grupo Kaseko Masters de Surinam y otros solistas y grupos representativos de la música y el baile caribeños.

En el Anfiteatro del Parque Lenin se presentaron los «espectáculos de gala» noche tras noche en el escenario flotante donde más de 2 400 espectadores, como promedio, ovacionaron a las delegaciones artísticas que allí actuaron.

Por otra parte, el Festival de Danza del Caribe se celebraba simultáneamente en los teatros Mella, García Lorca y la Sala Universal de las Fuerzas Armadas Revolucionarias.

Escritores, poetas y especialistas de doce países caribeños intervinieron activamente en los encuentros sobre temas literarios que se desarrollaron en la Unión de Escritores y Artistas de Cuba. Algunos de los tópicos abordados por los participantes se referían a los problemas de la creación poética en general y sus perspectivas y la defensa del lenguaje.

El coloquio sobre Literatura para niños estuvo conducido por el poeta cubano Eliseo Diego.

El encuentro sobre la narrativa, presidido por el narrador Onelio Jorge Cardoso, presidente de la Sección de Literatura de la UNEAC, abordó el problema de la variedad de lenguas y dialectos que se hablan en el Caribe, lo cual plantea problemas de comunicación, pero también se insistió en la necesidad de que el habla creada por los pueblos se defiende y preserve como un modo de afirmación nacional.

El encuentro sobre la poesía caribeña, en la voz de los creadores del área, insistió en la necesidad de intensificar y ampliar el conocimiento mutuo de la labor creadora en nuestros países, de manera que sean superadas la nociva fragmentación heredada del colonialismo. Estos debates fueron conducidos por el poeta Luis Suardíaz, vicepresidente primero de la UNEAC.

En tanto, el Coloquio sobre Teatro y Danza del Caribe se desarrollaba durante dos días en el Parque Lenin. Allí estuvieron presentes y tomaron parte 85 delegados e invitados de 12 países. El Coloquio, auspiciado por el Centro Cubano del Instituto Internacional de Teatro (ITI), de la UNESCO y el Ministerio de Cultura de Cuba, esclareció y estimuló la creación de una mayor y más lúcida conciencia de la identidad cultural en el teatro y la danza caribeños; resaltó experiencias comunes y el papel del arte como fuerza liberadora. La integración de diferentes manifestaciones artísticas en el espectáculo teatral y danzario fue el tema central discutido durante el fructífero encuentro.

El joven e incipiente cine caribeño también estuvo presente en Carifesta: 64 películas, en su mayoría cortometrajes, fueron presentados en la Cinemateca de Cuba. Llamaron la atención algunos largometrajes como *Los caminos de la libertad*, un análisis de la historia haitiana, dirigido por Arnold Antonin; *The Harder They Come*, de Perry Henzell que aborda la vida de Jimmy Cliff, intérprete jamaicano del ritmo «reggae»; *Bim*, película de Trinidad-Tobago, realizada por Hugh Robertson que enfoca las luchas raciales y de clase y *Destino manifiesto*, dirigida por José García que enfoca la dramática historia de Puerto Rico.

El ciclo abordó los más diversos temas sobre 12 países del Caribe reflejando las inquietudes y problemas más acuciantes de nuestras tierras e islas.

La Comisión Nacional Organizadora del III Festival de las Artes Creativas del Caribe ofreció una recepción a las delegaciones asistentes al evento, la cual contó con la presencia del Comandante en Jefe, Fidel Castro. Durante dos horas, Fidel departió con los miembros de las delegaciones caribeñas, artistas y escritores participantes e invitados en una atmósfera cordial y amistosa. De ese modo culminaban las actividades oficiales por Carifesta'79.

No podía haber tristeza en la última noche de Carifesta, y el júbilo de los carnavales, los tambores sonando a lo largo del malecón habanero, el río multicolor de las carrozas, farolas y comparsas fluyeron incontenibles. Carifesta'79 se resistía a decir adiós a los amigos del Caribe que durante siete días llenaron de fraternos encuentros y abrazos la vida cultural de Cuba. Y la alegría, la música y la fiesta donde se bailó todo el rico, diverso y rítmico muestrario de

músicas caribeñas prolongaron la noche más allá del Malecón hasta la Villa de la Solidaridad, y todos, caribeños y cubanos, saludaron la mañana como saludaron la noche inaugural: con música y bailes, los tambores sonando, siempre sonando, y una atmósfera de quienes se saben hermanos; que saben que el reencuentro no será lejano; se prefiguraba ya en la imaginación de muchos el cuarto Carifesta y el próximo apretón de manos en Barbados'81.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Patrimonio cultural

Kenneth Ramchand

Señor presidente, distinguidos colegas de la mesa y no menos distinguidos amigos observadores:

Deseo comenzar por señalar algunas de las tendencias y temas que me han llamado la atención en las ponencias presentadas hasta el momento:

a) Parece existir consenso sobre la necesidad de un acercamiento racional, analítico, al problema de la identidad cultural; la sentimos fuertemente, y haremos uso de nuestra inteligencia.

b) Todos compartimos el criterio de que los distintos elementos de la cultura caribeña deben investigarse individualmente, en sí y por sí mismos, o con el propósito de comprender combinaciones y síntesis.

c) Aunque no se ha hecho gran énfasis en ellos, han aflorado los siguientes puntos específicos:

i) la relación recíproca entre la identidad del individuo y la vitalidad de la cultura,

ii) la naturaleza fundamental del problema de la lengua como medio de autoexpresión y reflejo de la cultura.

iii) la condición y el papel del artista/intelectual en el proceso cultural.

iv) La participación del Estado en el desarrollo o promoción de la cultura.

* Ponencia presentada al Simposio sobre la Identidad Cultural Caribeña, efectuado en la Casa de las Américas, los días 17 y 18 de julio de 1979 con motivo de Carifesta'79.

d) Es evidente, por lo que se ha dicho o se ha dejado de decir hoy, que existe un vínculo explosivo entre la actividad cultural y la situación política existente en nuestros territorios.

Sería difícil tratar de profundizar en demasiados puntos, pero intentaré apretar algunas clavijas y darles una o dos vueltas más yo mismo.

Todo país del Tercer Mundo sabe que la independencia política es un cambio de guardia carente de sentido si no va acompañada por el reconocimiento de la identidad cultural. La expresión más extrema y devastadora de este estado de cosas en la literatura del Caribe angloparlante es *The Mimic Men* de Vidia Naipaul, porque el protagonista de la obra de Naipaul ve la migración al Nuevo Mundo no como un trasplante sino como una remoción incurable; el Nuevo Mundo es un medio hostil que amenaza con el ahogo al final de cada horizonte; y para él la actividad política es una forma de teatro en que el actor/político manipula una masa a la que desprecia pero necesita como pieza de utilería. La imagen más penetrante de la obra es la del naufragio y la deriva, y uno de los logros analíticos de la misma es la claridad con que muestra cómo la ausencia de raíces contribuye al empobrecimiento del ser. Los mimos de Naipaul, que no sienten que pertenecen ni a un pueblo ni a un lugar, se hunden a mayor profundidad que la mera imitación de la cultura metropolitana; intentan desesperadamente actuar como hombres. Y así, al final, y lógicamente, el protagonista de Naipaul opta por apartarse de su doble inautenticidad y se sepulta.

Empleo la palabra reconocimiento porque debe ser evidente que no estamos inventando, imponiendo, o siquiera estableciendo una cultura: encaramos el hecho de que existe y se ha estado gestando a todo lo largo de la vida de nuestros pueblos. Fola, la protagonista de *Season of Adventure* de George Lamming, no inventa la *tonelle* donde descubre una extensión esencial de sí misma; tampoco el musicólogo de Carpentier en *Los pasos perdidos* conjura la comunidad a la que con tanta fuerza se siente atraído.

Debe tomarse la palabra «reconocer» en dos sentidos principales. Primeramente está el sentido psicológico de «aceptar como parte de uno mismo». Esto es más complicado de lo que generalmente se cree. El problema se manifiesta más corrientemente en la relación entre el intelectual de clase media, que lleva la carga de lo que nos agrada llamar «cultura metropolitana», y el campesinado o el proletariado, portador, en muchos casos portador inconsciente, de la cultura más autóctona. Ya no le es al individuo de clase media tan difícil como le era conceder que no hay estigma vinculado a algo sólo porque surja de las vidas de los condenados de la tierra. Tampoco el peligro actual está en la romantización *per se*. Lo que debemos señalar es una tendencia a reconocer la vitalidad e importancia de la cultura popular, pero sin prestar atención a las condiciones sociales y económicas en las que trabajan la mayor parte de sus exponentes. Lo que tenemos no es una acep-

tación, sino una forma de idealización explotadora que, de ser impugnada, trata descaradamente de justificar su conciencia roma diciendo temer que perdamos «lo nuestro» si se mejoran las condiciones materiales y se estimulan el pensamiento y la educación. «Con frecuencia —escribe Derek Walcott— es el poeta privilegiado y educado quien enmascara su educación y privilegio bajo el falso exotismo de la pobreza y lo pastoril... Hubo la traición del oficinista, y ahora vemos la traición de los intelectuales.»¹ En Literatura, esta actitud en ocasiones se revela en la creación de personajes exóticos, en descripciones detalladas de rituales y ceremonias religiosas, culinarias y mundanas y en un empleo premeditado de lengua criolla que constantemente llama la atención sobre sí misma y se interpone entre el escritor y su objeto. Pero como ya se ha insinuado, esto no es lo peor.

Porque consideramos básica como señala Mario Benedetti que la capacidad de comprensión que antiguamente se limitaba al esfuerzo aislado, individual, solitario del intelectual, se convierta lo antes posible en patrimonio colectivo.² Los intelectuales y artistas tienen un papel que desempeñar en la educación y en el desarrollo de la conciencia de las masas; deben tener la integridad de devolver al pueblo no un reflejo exótico, sino una imagen de sí mismo (del pueblo) integrada con el otro (el artista, el pensador, el hombre de acción) que los propios intelectuales cuando son más sinceros intentan construir para su liberación y realización propias, pues una aceptación de la cultura popular implica algún grado de reciprocidad en las relaciones.

El Estado que comienza a fomentar las artes y artesanías de las aldeas debe estar preparado para invertir en el mejoramiento de las condiciones sociales en que viven sus habitantes; y debe estar dispuesto a continuar su trabajo con el establecimiento de centros culturales en el corazón de las comunidades que intenta revivir o crear. El Estado, además, debe utilizar a sus miembros experimentados para distinguir, al menos, tres tipos de cosas: las artes folclóricas relacionadas con la comunidad viva; las expresiones que son sólo piezas de museo semicomprendidas producto de investigaciones parciales, y aquellas formas sintéticas y devitalizadas surgidas a partir de imágenes importadas de los medios masivos y el impulso turístico.

En una novela recién publicada, *The Dragon can't Dance* (1979), el novelista trinitario Earl Lovelace toma como base una comunidad pobre en las lomas de Laventille. La novela describe los cambios que se producen en la vida de esta comunidad desde mediados de la década de 1940 hasta principios de 1960, y lo hace con gran efectividad presentando al propio tiempo lo que ocurre con la *steel-band* y el carnaval trinitarios. Se nos lleva desde

¹ Derek Walcott, «The Muse of History», en Orde Coombs, ed., *Is Massa Day Dead?*, 1974.

² Mario Benedetti, «Sobre las relaciones entre el hombre de acción y el intelectual», pronunciado en el Congreso Cultural de La Habana, 1968; versión citada en: Andrew Salkey, *Havana Journal*, 1971.

el momento en que las tamboras del *steel-band* se colgaban del cuello y los músicos viajaban a pie, hasta la época de las carrozas y las plataformas sobre ruedas; desde el tiempo en que los disfraces y trajes del carnaval reflejaban el espíritu de las comunidades específicas hasta la actual centralización administrativa y el asalto de los grupos adinerados que pueden elaborar vestuarios más espléndidos y ornamentales. Lovelace ve la captura de estas formas autóctonas por parte del Estado que pretende crear un espectáculo y el intento de espectacularidad de los grupos acomodados como la eliminación de la auténtica expresión del pueblo y la ruptura de una forma de organización popular. Consciente de esto, y con el fin de oponérsele, un grupo de pobladores de una aldea asalta un yipi policial, captura a dos policías y dos fusiles, y viaja por toda la ciudad haciendo que la gente se pregunte qué violencia o locura sobrevendrá, hasta que se les acaban la gasolina y las energías y son arrestados. Cuando Aldrick regresa de sus cinco años en la cárcel, el fiero y humeante Dragón de la vieja comunidad encuentra que habrá una banda completa de elegantes dragones. Aldrick se niega a unirse a ella porque comprende que, con hechos de esta índole, el Dragón no puede bailar y el ser humano ha sido echado a un lado. El Dragón pensante comprende que La Loma se ha adaptado cínica e impotentemente a su condición, carente de palabra e identidad.

A todo lo largo de la calle Alice, Aldrick, quien regresaba a La Loma después de cinco años de cárcel, había recibido de quienes lo vieron una bienvenida que al principio, por un breve instante, creyó que era la de un héroe que volvía; pero pronto comprendió que era más bien el saludo consolador al guerrero derrotado de una banda de desertores que hacía mucho había hecho la paz con el enemigo. Sentía que su propósito al pagarle tragos e invitarle a pollo frito y a escuchar música de las vicrolas en el bar de Freddie era poderle decir una y otra vez, en distintos tonos de consuelo y júbilo: «por eso fue que desertamos. Mucho antes que tú lo supieras, comprendimos que no podíamos ganar. Tú tuviste que luchar y ser vencido para comprender; nosotros lo supimos de antemano. No tenemos municiones; ellos son fuertes; la victoria sobre ellos es un sueño que no tenemos oportunidad de lograr. Sé bienvenido ahora a la realidad; sé bienvenido a la loma de la conciliación.»

Pero el dragón de Lovelace no ha sido sometido. Lovelace termina la novela cuando Aldrick se libera y busca un nuevo comienzo.

The Dragon can't Dance es una excelente ilustración del vínculo entre la identidad del pueblo y las formas culturales surgidas de él, así como de su vulnerabilidad, en conjunto, ante las fuerzas políticas y económicas; constituye un buen ejemplo del reconocimiento de la cultura autóctona por el artista/intelectual y la comunicación de la imagen de sí y sus posibilidades, incluso aquellas asfixiadas. La clara comprensión de Aldrick de que el dragón

no puede bailar se plantea como un punto creciente en la conciencia de una búsqueda de identidad y autoexpresión.

El segundo sentido importante en que se emplea la palabra «reconocer» se relaciona con la comprensión intelectual. Una de las tareas más importantes a realizar es el análisis de nuestra cultura y el descubrimiento de sus distintos elementos o niveles sin erigir las usuales oposiciones basadas en simplificaciones históricas y sociológicas. Es cierto que existen dualidades: zonas urbanas y rurales, ciudad y aldea, clase media y campesinado, ricos y pobres, blancos y negros, dialecto o *créole* y lengua standard³ e innumerables más. Fragmentos de nuestros distintos patrimonios —indios autóctonos, africanos, europeos, cimarrones, asiáticos, mulatos (la balada de nuestros doscientos abuelos)— flotan como fuentes posibles de conflictos tribales, a no ser que alguna visión armonizadora pueda contenerlos. Si los elementos en sí no son nuevos, existe un reto en el concepto de una sensibilidad compleja que los diga a todos, y de una cultura que una todos estos elementos contradictorios y que ha sido llamada «una vívida síntesis proteica». No es una proposición fácil, pero los escritores caribeños han estado mostrando y explorando el camino. En la obra teatral *Dream on Monkey Mountain*, Derek Walcott mueve a la figura principal, Makak, por todos los niveles y etapas de la sensibilidad caribeña, lo despoja de todas sus capas contradictorias (revelando con ello la existencia de éstas como constituyentes y no determinantes), y lo deja como la figura adánica del verde comienzo; en *Season of Adventure*, George Lamming lanza a Fola a la busca de Fola y lo que no es Fola; en *Other Leopards*, Denis Williams explora la angustia de un mestizo cultural que intenta mantener su territorio propio contra las tribus e intereses que intentan adoptarlo y limitarlo; en *Los pasos perdidos*, Cyprien plantea el problema en términos conmovedores, aunque pesimistas —o tal vez irónicos—, y Wilson Harris elabora y explora en una novela tras otra la posibilidad de una sensibilidad caribeña única al tiempo que universal surgida del choque y fusión de culturas en el Nuevo Mundo. En la novela de Harris *The Whole Armour*, Cristo explica a Sharon parte del significado de todo esto:

Todos los espíritus inquietos y descarriados de todos los evos —que creíamos embalsamados para siempre— regresan a descansar en nuestra sangre. Y tenemos que recomenzar de nuevo donde ellos comenzaron a explorar. Tenemos que recoger de nuevo las semillas donde ellos las dejaron. De nada sirve adorar el tronco del árbol o la tacuba más podrida en su suelo

³ Un antillano educado de origen campesino no puede ver distinción cabal entre los distintos niveles de dialecto y los distintos niveles de lengua standard que posee como un continuo. Reconoce que su dialecto y su lengua standard tienen un mismo sistema de sonidos y se enriquecen continuamente entre sí. Es un patrimonio que no entregaría ni a los que desean abolir el dialecto ni a los que pretenden abolir la lengua standard. Son una lengua, *su* lengua.

histórico. Hay un mundo entero de ramas y sensaciones que nos hemos perdido y tenemos que empezar de las raíces hacia arriba, aunque no parezcan importantes. Sangre, savia, carne, venas, arterias, pulmones, corazón: la patria, Sharon. Somos los primeros posibles padres que podemos contener el hogar ancestral. ¿Demasiado jóvenes? No lo sé. ¿Demasiada responsabilidad? El tiempo lo dirá. Tenemos que encararlo. O será demasiado tarde para impedir que todo y todos escapen y caigan de ca-beza.⁴

De un análisis objetivo de los elementos de nuestra cultura se derivarán otros beneficios. La posibilidad de establecer comparaciones y contrastes entre un territorio y otro y atravesar barreras lingüísticas es suficientemente clara. Pero la idea de que tratamos con elementos o constituyentes de una cultura implica lógicamente una totalidad, y necesitamos del marco regulador que proporciona el sentimiento de un complejo total cuando decidimos ensalzar o estimular de cuando en cuando un elemento u otro, o poner de relieve formas que han sido despreciadas o ignoradas por no haberse comprendido su función. El énfasis actual en la investigación y el estímulo ofrecido a la cultura popular con referencia especial a las características orales, no deberá impedir un cambio de énfasis en otra etapa, de surgir otras necesidades. Los peligros del chovinismo, del tribalismo intransigente, son muy grandes. Debemos tener confianza en que quienes presenten sus investigaciones sobre uno y otro grupo étnico no promuevan al mismo como raza dominante, sino que se preparen para el desarrollo ulterior de la síntesis de lo que ha estado ocurriendo en nuestros territorios.

Implícito en lo que hemos dicho hasta ahora está el criterio de que concebimos la cultura no como algo estático, sino como una entidad viviente siempre en proceso de formación y transformación. Es dudoso que podamos determinar este proceso o influirlo en alguna forma que no sea ayudándolo a hacer uso de su propio peso. Pero en un mundo en rápida expansión, un firme asidero intelectual de nuestra vida nos ayuda a hacer frente al reto que plantean las otras culturas con confianza en nosotros mismos, flexibilidad para aceptar influencias de otros lugares e inmunidad ante elementos que nos invadirían si permaneciéramos en un estado en que no pensamos ni desarrollamos nuestros anticuerpos culturales. Porque no hay muchos países en el mundo que puedan permanecer lo suficientemente retrasados durante un tiempo lo suficientemente largo para hacer del aislamiento algo más que una respuesta a corto plazo a los círculos siempre crecientes del mundo.

Al hablar sobre el reconocimiento y el desarrollo de la identidad cultural inevitablemente nos ocupa la relación cambiante que surge, por una parte, entre las formas y actividades culturales vinculadas de manera bastante evidente a los patrones e influencias metropolitanos y, por la otra, las formas cultura-

⁴ Wilson Harris, *The Whole Armour*, p. 115-6

les que son evidentemente más autóctonas y/o se relacionan con otras ramas de nuestra cultura ancestral. El papel del estado y del intelectual en este proceso se ha mencionado de cuando en cuando. Antes de ir más adelante, es necesario realizar algunas definiciones y bosquejar algunos obstáculos.

En primer lugar, deben tomarse en cuenta las relaciones de poder y la discontinuidad existente entre el poder y la autoridad moral en la mayor parte de nuestros países. Existe el gobierno más o menos electo. Luego hay un grupo de hombres y mujeres que se aferran al gobierno, tienen el poder de frustrarlo o el dinero para controlar sus políticas. En muchos casos, es halagador pensar que existe algún conflicto esencial entre estos grupos, pero con demasiada frecuencia se traslapan y son idénticos en su indiferencia a las necesidades materiales o espirituales del pueblo que constituye la masa de la nación. Flotando en torno a este complejo están los artistas e intelectuales susceptibles a todo tipo de corrupción o condenados al rechazo. Hablar del papel del Estado o del intelectual sin reconocer lo que constituye una separación radical de intereses y el divorcio del poder de la autoridad moral/cultural es no ponderar a cabalidad el problema.

Seguidamente debemos tomar en cuenta la facilidad con que los nuevos ricos —especuladores de la tierra, rentistas, intermediarios, compradores y vendedores de basura importada— logran prominencia en nuestras sociedades; y cómo la ostentación de los símbolos materiales de su éxito por parte de seres cínicos y nada creativos socava la obra de aquellos interesados en la promoción de los valores. Somos mucho más impresionables de lo que nos agrada creer, y todo salvaje que hace un millón de dólares en tres años constituye un revés a la obra de los nacionalistas de la cultura.

Hay otro tipo de obstáculo surgido de una fuente inesperada. Ningún individuo del siglo xx puede oponerse al impulso hacia la ciencia y la tecnología en nuestros tiempos. Sin embargo, en muchos de nuestros países existe una separación de la tecnología —que se persigue asiduamente— y la ciencia pura —que se considera una irrelevante torre de marfil—. En última instancia, el impulso tecnológico nos lleva a confiar en la tecnología de otros países que han invertido en la investigación científica y en la ciencia. Así, cuando nos libramos del dominio de nuestros antiguos amos culturales de la metrópolis, estos se elevaron otra vez cobrando nuevo asidero sobre nosotros, porque dependemos de ellos en el campo tecnológico. Cuando evitemos el error de separar la tecnología de la ciencia, debemos asegurarnos de que el énfasis necesario no conduzca a la negación del papel de las Artes y las Humanidades en lo que John Stuart Mill, en un momento de crisis individual, llamó «la propia cultura de los sentimientos». Uno de los legados del siglo xx es un sentido más seguro de las afinidades cruciales existentes entre las Artes y las Ciencias, y de la forma en que se enriquecen y complementan entre sí para desarrollar al hombre integral.

En sentido general debemos estar seguros de que un Estado que toma en cuenta estos obstáculos y que promueve un reconocimiento de la cultura en los sentidos descritos anteriormente en esta ponencia, habrá aceptado la necesidad del debate y la dialéctica dentro de sí; con sensibilidad hacia sus muchas voces y conciencias, no sentirá la necesidad de invocar la censura o la represión. Aquí desearía exponer mi opinión de que el trabajo de Casa de las Américas, dirigido entre otras cosas a contribuir a la eliminación de las barreras lingüísticas en el Caribe, también me parece que ofrece un excelente modelo de cómo puede el Estado participar en el desarrollo de la identidad cultural.

El intelectual comprometido en la lucha de que hemos estado hablando tal vez no esté haciendo nada tan drástico como prepararse para «la abolición del intelectual como encarnación de la cultura», pero participará en muchos cambios. Al saber, como ya lo sabe, que no existe vínculo necesario entre la comodidad individual y la productividad, puede muy bien tener que considerar ahora, entre otras cosas, si puede existir un nexo entre la productividad y las ganancias en las artes en el sentido convencional. Existen problemas aún más profundos. Por el momento, el intelectual caribeño puede ser descrito como un intelectual occidental con base caribeña. En la próxima generación podremos ver tal vez el surgimiento de un nuevo intelectual caribeño, un criollo cuyos patrimonios múltiples le permitirán vivir plenamente en su contacto autóctono en todos sus niveles. Pero estar asentado en su suelo no quiere decir que esté aislado. El nuevo intelectual caribeño deberá al fin ser capaz de utilizar sin miedo las ventanas abiertas a todas las culturas del mundo.

Ensayo de definición de las culturas caribeñas*

Henri Bangou

Toda tentativa de definición comporta en sí dificultades y riesgos que no siempre se pueden superar. No podría ser de otra manera si se trata de definir las culturas caribeñas y precisar sus diversos componentes.

Esto, tanto más cuanto que no puede haber un súbito acuerdo sobre el calificativo «caribeños» y por consiguiente sobre los países que este término encierra.

¿Se trata de países insulares y continentales que bordea el mar Caribe o sólo de las islas del Caribe?

¿Se trata de territorios insulares y continentales cuyas civilizaciones han sido impregnadas en un estadio dado por las culturas caribes en el sentido étnico del término?

¿O conviene prestar a la palabra «caribeños» un sentido geopolítico, haciendo intervenir cierta identidad socio-étnica y económico-política de una región que ha conocido masivamente la exterminación de los amerindios (caribes y arahuacos), la esclavitud de los africanos y el poblamiento de los europeos, la colonización y la economía de plantación, y, en cuanto a algunos países, el neocolonialismo ligado al imperialismo que todos, de una manera u otra, confrontan en la hora actual?

Cualquiera fuese la elección de lo tenido en cuenta, a propósito de «culturas» sería difícil desatender los parámetros de esa concepción geopolítica, pues son por excelencia generadores de cultura.

El presente texto, con ligeras modificaciones, constituye una ponencia presentada a la Reunión de Expertos sobre la Cultura del Caribe, organizada por la UNESCO, que se celebró los días 18 al 22 de septiembre de 1978, en Santo Domingo.

Comprenderíamos mejor el propósito de la Unesco si se nos hubiese pedido hablar de «culturas caribeñas» y no de la «cultura caribe o de los caribes».

IDENTIDAD CULTURAL DE LAS CULTURAS CARIBEÑAS

En cuanto a la región considerada hay, en efecto, una identidad de cultura que resulta de la identidad de su historia.

Países o territorios explorados y sometidos por los colonos europeos practicando el genocidio de los aborígenes, y donde se crearon nuevas sociedades humanas por la yuxtaposición o braceaje de lo que restaba de los amerindios, colonos europeos, africanos reducidos a la esclavitud, después libres, aportes asiáticos de la segunda mitad del siglo XIX —identidad también en cuanto a las estructuras económicas de esas sociedades elaboradas como apéndices de las economías de las metrópolis coloniales; identidad, por consiguiente, en cuanto a la naturaleza de las luchas mantenidas secularmente por esos pueblos para acceder a la libertad, a la dignidad y a la libre disposición de sí mismos y de los recursos de los territorios que han fecundado con su sudor y su sangre.

Identidad, en fin y sobre todo, de las características de formación de las culturas de esos países, es decir de la manera en que los pueblos han hecho perennes las culturas originales yuxtapuestas o confrontadas, adaptándolas a situaciones sociales concretas.

SU ESPECIFICIDAD

Pero, paralelamente a esta identidad, también se han desarrollado los elementos de una especificidad cultural que vuelve difícilmente reductible la cultura de uno de esos países a la de otro. Pues en el seno de ese molde histórico común y global, intervienen factores específicos particulares a tal o cual de esos territorios, ya por la identidad de la metrópoli colonizadora (España, Países Bajos, Francia, Inglaterra), ya por el porcentaje más o menos grande en que intervenía el esclavo africano en el seno de dichas sociedades, ya por las modalidades de explotación de los recursos naturales de esos países.

Otro factor de diversidad son las desiguales resistencias opuestas por esos pueblos a su aculturación por las civilizaciones europeas, diferencias debidas a las proporciones del territorio, a la densidad y a la concentración de las poblaciones amerindias o africanas, de igual modo que a la política y a la historia de las naciones colonizadoras mismas.

Para ilustrar nuestras razones, bastaría considerar dos países insulares, además de ello vecinos: Cuba y Haití, o incluso dos países de una misma isla: Haití y República Dominicana, para a la vez justificar ampliamente su deno-

minación de caribeños, su «identidad cultural caribeña» tanto como su especificidad cultural, aunque no fuese más que desde el punto de vista del idioma.

Estas consideraciones preliminares me parecían necesarias antes de emitir respuestas a las cuestiones planteadas en relación con los trabajos realizados en Guadalupe sobre el problema de las culturas caribeñas.

PAPEL DEL CONTEXTO POLÍTICO Y REGIONAL

Ellas muestran la necesaria ligazón que existe entre las contribuciones de un país dado a esas investigaciones y la naturaleza política de las instituciones que en ellos han tenido curso.

Parece excluido *a priori* que instituciones coloniales de hecho puedan encarar la afirmación de una especificidad cultural del pueblo sometido, y, con mayor razón, las investigaciones adecuadas para reforzar esa afirmación o para favorecer la expansión de esa cultura específica.

Igualmente, es lógico pensar que los aportes que conciernen a tales preocupaciones culturales dependen de los esfuerzos de un pueblo por la edificación de la conciencia nacional, con el objeto de contrarrestar las empresas de deculturación y de asimilación de la nación colonizadora, y, en una palabra, para llegar a la libre disposición de sí mismo.

Lo que es cierto respecto de la cultura propia de un territorio determinado, lo es también respecto de la cultura regional y la «concientización» de una potencial unidad de esas culturas.

Es así que pueden ser registradas en Guadalupe manifestaciones culturales que constituyen actos de especificidad mucho antes que naciera la conciencia de esa especificidad y las motivaciones de su afirmación.

LA LENGUA CRÍOLE

Entre éstas, las obras literarias en *créole*, a pesar del ostracismo oficial que golpea a esta lengua aún en nuestros días, y cuyas primeras publicaciones se remontan a mediados del siglo XIX eran, o bien traducciones de autores franceses del siglo XVII (fabulistas o dramaturgos), o poesías inspiradas en la vida cotidiana de Guadalupe.

El autor en quien recae ese mérito escribió entre los años 1820 y 1850 obras que sin embargo no fueron exhumadas del olvido en que estuvieron sumidas mucho tiempo sino en las ediciones de 1936 (*Oeuvres créoles, 1820-1850*), ejerció la profesión de notario en Basse-Terre (capital administrativa de la Isla) y publicaba con el seudónimo de Fondoc (su verdadero apellido era Baudot).

Es, por otra parte, en esa época (los años 30) cuando escritores de Guadalupe reanudaron esta tradición, y es preciso mencionar entre ellos al ensayista Gilbert de Chambertrand y a Serge Denis, quien publicó *Notre créole aux Antilles* (Orléans, G. Luzeray, 1935).

Cuatro años antes, en 1931, aparecían las *Fables de La Fontaine travesties en patois créole par un vieux commandeur* (Peyronnet et Cie.)

Igualmente, la señora Schont publica, en ocasión del tricentenario de la reincorporación de Guadalupe y Martinica a Francia, una colección de cuentos en *créole* (Basse-Terre, 1935).¹

Algunos años más tarde va a surgir, bajo el impulso de Rémy Nainsouta,² un verdadero foco del renacimiento del *créole*. El fundó, con la colaboración, entre otros, de Roger Fortuné,³ Maître Larive, Williams, Bettino Lara,⁴ Gaston Bourgeois y señora, una academia de *créole* denominada «ACRA» y una *Revue Guadeloupéenne* en la que publicarían resonantes enfoques de la lengua *créole*.

Algunos títulos de artículos y conferencias subrayan la importancia de ese período en la historia de las empresas de valorización del *créole*: *Le langage créole, ses origines, ses beautés, ses particularités caennaises* —Imprimerie Officielle, 1940—; *Sésame! et les clés de la phonétique créole* —1943—; «Notes sur le patois», nro. 1, septiembre 1945, de la *Revue Guadeloupéenne*; «Créolisme», nro. 2, octubre 1945; «Contributions du terroir», nro. 3, noviembre-diciembre 1945; «Note sur le patois, son intérêt, son rôle», marzo-abril 1946; «Notes sur le patois, ses inconvénients», nro. 7, julio-agosto 1946; «De quelques particularités lexicologiques et grammaticales», nro. 8, septiembre-octubre 1946. Presentación del cuento en lengua *créole*: «Le mariage de Zagaya» (por Ivandoc), enero-febrero 1947.

Su avanzada edad y la enfermedad interrumpirían prematuramente la obra de Rémy Nainsouta. Algunos de sus colaboradores prolongarían su empresa con algunas producciones en *créole*, particularmente en forma de conferencias (Williams),⁵ de obras de teatro y veladas mortuorias grabadas en discos.

Se debe sin duda a su acción el hecho de que los Juegos Florales, cuya creación se remonta a esa época (1947), introdujeran en las categorías de obras premiadas producciones de prosa y poesía en *créole*, en las que cada año compiten autores de valor.⁶

¹ Un trabajo científico a este respecto fue escrito y publicado por el señor René Antoine, antiguo profesor en la Escuela Normal de Poitiers y actualmente profesor en Nantes, titulado *Les dialectes français et les dialectes*. Massonneuve et Larose, Francia, 1979.

² Inspector General Veterinario retirado y escritor, durante muchos tiempo Consejero General y Alcalde del Municipio de Santa Clotilde.

³ Actual director del Servicio de Turismo en Guadalupe.

⁴ Director durante largo tiempo de la Imprenta Oficial de Guadalupe.

⁵ Actualmente Secretario General de la Cámara de Comercio de Basse-Terre.

Sea de ello lo que fuere, los años que siguieron a la Segunda Guerra Mundial fueron también la época de una toma de conciencia más aguda, por parte de los pueblos colonizados, de su identidad y de su vocación nacional. Lo que, a propósito del *créole*, no era más que una voluntad de rehabilitación de una parte del patrimonio cultural, debía legítimamente transformarse en reivindicación fundamental y constituir uno de los eslabones de la lucha por la descolonización y la liberación nacional de Guadalupe y Martinica.

En ese marco se inscribe muy particularmente la acción de un maestro, Gérard Lauritte, depuesto de sus funciones precisamente a causa de sus ideas sobre el papel del *créole* en la formación de los jóvenes guadalupéños, quien fundó en los años 50 una institución privada donde el *créole* era la lengua de la enseñanza elemental.

Igual ocurre con la radicalización de la acción del poeta Sonny Rupaire, quien se dio a conocer con poemas premiados en los Juegos Florales y producía indiferentemente en ambas lenguas, *créole* y francesa (particularmente en *Cette igname brisée qu'est ma terre natale* de 1971) y que después se consagra exclusivamente a producciones en *créole*, que considera su lengua nacional.

EL CRÉOLE COMO INSTRUMENTO DE TOMA DE CONCIENCIA NACIONAL

Con Sonny Rupaire —en el contexto sociopolítico cultural de Guadalupe y Martinica— se llega al corazón de un debate, en lo adelante expuesto, sobre la función del *créole* y su utilización en el proceso de toma de conciencia nacional de nuestros pueblos y como instrumento en las luchas de liberación nacional.

Debate en que intervienen no solamente la toma de posición de los poetas como Sonny Rupaire o la organización política o sindical en que la agitación hablada y escrita se hace completamente en *créole*, sino donde intervienen lingüistas como Dany Bébel-Gisler en la tentativa de evaluar el papel de la lengua como instrumento de sumisión del colonizado por el colonizador, como Jean Bernabé, profesor de literatura antillana en la UER, Centro Universitario Antillas-Guyana, quien, con algunos colaboradores, creó hace algunos años un círculo de *créolophonie* cuya problemática sigue siendo similar. Por otra parte, este debate tiene tanto más peso cuanto que, paralelamente a esas iniciativas que acabamos de citar, han sido publicados en estos últimos decenios trabajos de universitarios antillanos tendientes a sentar científicamente la identidad lingüística del *créole*. Citamos de memoria *Du français aux parlers créole* de Elodie Jourdain (Paris, Klincksieck, 1956); *Le vocabulaire du parler créole a la Martinique*, 1956, pero sobre todo la tesis de Hazael-Massieux *Phonologie et phonétique du créole de la Guadeloupe*, 3 tomos, 1972.

⁶ Citamos a Guy Cornélié, Paul Rosan, Max Ganoy y, sobre todo, a Sonny Rupaire.

Junto a esas obras científicas habría que hacer notar *La langue créole, force jugulée* de Dany Bebel-Gisler, edición de L'Harmattan, 1976. La reciente aparición de obras de vulgarización como *Proverbes créoles en Guadeloupe*, por Zagaya,⁷ con prefacio de Guy Lasserre, 1965; *Grammaire créole*, por el R. P. Germain, Editeur Du Vin, 1976, e igualmente *Langue créole*, de Auguste Bazerque, Guadeloupe, Ed. Artra, 1969.

Todo lo que acaba de ser dicho prueba con evidencia que, pese a la acción secular de alienación cultural del sistema colonial, de sus esfuerzos de aculturación en la civilización de la nación colonizadora, y la soberana imposición de la lengua dominante, el grupo humano sometido y disminuido en el período esclavista ha elaborado en nuestras islas una lengua que ha sobrevivido a la institución, que se ha impuesto al conjunto de esta sociedad, comprendidos en ella los amos y sus descendientes, y que no tiene, a pesar de las condiciones que siempre le han sido impuestas, un valor de oralidad simplemente sino también de creatividad.

Es de igual modo evidente que su defensa está estrechamente vinculada con el combate más general de nuestros pueblos por liberarse de la opresión colonial y a la vez con la expansión de su personalidad cultural.

No es menos patente, sin embargo, que se trata de un elemento ciertamente importante, pero que merece ser de nuevo situado en un contexto de conflictos más amplio, contexto que subraya los límites de ese elemento si se considera que el problema de la identidad cultural y de su afirmación es un problema ligado directamente a la acción sometidora de las políticas coloniales, neocoloniales e imperialistas en esta región. De donde la doble gestión, que ahora vamos a considerar, emanante de organizaciones políticas o de personalidades, tiende por una parte a sentar el movimiento de liberación de esos países en la prueba terminante de su identidad cultural, y, por otra, a mostrar la inserción de esa identidad en una unidad cultural regional que resulte de la historia misma de esta región.

Dejaremos de lado en esta retrospectiva manifestaciones literarias que, por ser parte de nuestro patrimonio cultural, no dependan de una toma de conciencia de su especificidad.

INVENTARIO DE OBRAS LITERARIAS QUE VAN EN EL SENTIDO DE UNA TOMA DE CONCIENCIA NACIONAL

Por el contrario, citaremos con gusto la obra de O. Lara, quien por primera vez en 1921 publica una historia de Guadalupe en que los protagonistas no son ya los gobernadores y los intendentes de las islas, sino los hombres y las mujeres que componen la sociedad guadalupeña y particularmente los negros y mulatos.

⁷ Se trata de un seudónimo.

Dos años más tarde publicó una novela-manifiesto titulada *Question de couleur* en que exhorta a sus compatriotas a asumir con altivez su originalidad, empezando por la de su raza.

Fue de algún modo el precursor en Guadalupe del movimiento que, algunos años más tarde en Martinica, con *Légitime Défense* de René Ménil y *Cahiers d'un retour au pays natal* de Aimé Césaire, marcó las etapas de la «negritude» en Martinica.

Esta será representada, en Guadalupe, por novelistas poco conocidos, como Suzanne Lacascade (*Claire Solange, âme africaine*, 1924) o poetas de talento, como Guy Tirolen (*Prière d'un enfant noir*).

Consideramos a la «negritude» en efecto, como una etapa importante en la concientización de la identidad de nuestros pueblos y de la asunción de esa identidad.

En atención a la historia de nuestro país, a las imágenes deformantes de nosotros mismos que los esclavistas y el colonialismo habían impuesto a las conciencias, la «negritude» ha constituido una etapa de nuestra *desalienación cultural* mucho más útil sin duda en nuestras sociedades mestizas y víctimas de una política asimilacionista desde hace más de tres siglos, que en sociedades unirraciales o ya bien estructuradas en el momento de su colonización.

Al lado de estas manifestaciones, a partir de los años 50, impulsado por el Partido Comunista Guadalupeño o como resultado de su análisis de la realidad social de Guadalupe, surgieron publicaciones o conferencias tendentes a sistematizar esta búsqueda de la identidad y de la especificidad cultural de nuestro pueblo.

Damos abajo la lista de las manifestaciones y publicaciones que ilustrarán esta gestión política en la búsqueda de una identidad como parte de una gestión más general de la vocación nacional del pueblo de Guadalupe y de la reivindicación de su soberanía en cuanto tal.⁴

⁴ Independientemente del congreso constitutivo del Partido Comunista Guadalupeño en 1958 y de los documentos de ese congreso así como de los que le siguieron, hay que hacer notar especialmente: el «Informe de la Conferencia de los Intelectuales Comunistas en Pointe-à-Pitre» bajo la presidencia de Rémy Nainsouta, y algunas de mis investigaciones en ese campo y en el marco de mis preocupaciones políticas: «Por la expansión de la personalidad guadalupeña» —conferencia ofrecida en Pointe-à-Pitre el 24 de agosto de 1960, Paris Province Impressions —26 rue Clavel; *Problèmes de culture et de personnalité antillaises*, Techniques du livre —Paris 14ème— 1967; «Les supports du patrimoine culturel des Antilles», conferencia durante el curso de verano de 1969 a los estudiantes latinoamericanos y caribeños del Centre International d'Études Françaises; la *Histoire de la Guadeloupe* en tres volúmenes, cuyas primeras ediciones datan de 1962, 1963, 1970 (Edition du Centre Caraïbe) y una edición ilustrada (Edition Francaraiibe, 1976); *Raison présente* Nro. 13, Edition Rationaliste; *Personnalité et Culture*, Paris 5.

Esos esfuerzos, sus resultados, en lo que se relaciona con la afirmación de una especificidad cultural del pueblo guadalupeño distinta de la del pueblo francés y susceptible de legitimar nuestra reivindicación de pueblo, lógicamente deberían tomar en cuenta, para ser más creíbles, el parentesco existente entre los patrimonios culturales de otros países de la región, cuya historia, circunstancias de formación y destino político eran más o menos idénticos a los de Guadalupe, comenzando por la isla de Martinica, y el de nuestro país.

Dicho de otra manera, planteábamos de golpe la ligazón entre una especificidad por país y una especificidad regional, y, por consiguiente, hablábamos de personalidad «antillana» y «caribeña».

Para ilustrar este paso, hay que citar el «Coloquio sobre la novela antillana» organizado en Pointe-à-Pitre, donde por primera vez fue emprendido un esfuerzo de presentación de la producción literaria novelada del conjunto de las islas del Caribe.

Igualmente, en el boletín municipal de la ciudad de Pointe-à-Pitre, Alain Buffon publicaba un estudio bibliográfico muy interesante sobre la mayoría de las obras de prosa, poesía e historia del conjunto del Caribe, o de obras escritas sobre el Caribe.

La acción que nos parece más significativa, por ser más global, es la emprendida por el Servicio Municipal de Cultura de Pointe-à-Pitre, que desde hace una decena de años desarrolla una política sistemática de divulgación, en el seno del público y los estudiantes guadalupeños, de los patrimonios culturales de los países latinoamericanos y caribeños: constitución de una importante reserva de libros especializados en esas regiones; creación de un centro «José Martí», con tres salones especializados, uno de ellos en países latinoamericanos; creación de un club de lectura en que son presentadas, por turno, publicaciones en prosa o verso de cada uno de los países de la región de que se trata, etc

Sin embargo, no es nueva esta gestión emprendida en los últimos años y en el marco de una voluntad política de manera organizada y continua con los medios de una institución municipal.

Rémy Nainsouta, ya citado, había subrayado también la utilidad y la oportunidad de tales indagaciones culturales en el plano regional, y, en ese ánimo, había puesto mucha esperanza y energía en la extinta «Commission des Caraïbes» creada después de la Segunda Guerra Mundial, y cuyas sedes han sido sucesivamente San Juan de Puerto Rico y Port of Spain, Trinidad.

Igualmente habría que citar, por no considerar más que las gestiones poco conocidas (las de Bolívar, Firmin y Martí son conocidas ampliamente), la de Victor Schoelcher, que ya en la primera mitad del siglo XIX escribía esto:

¡A pesar de las antipatías actuales que entre las dos razas ha creado la esclavitud, puede contarse con su futura alianza, imborrablemente escrita en la similitud de su especie! Es todavía el tiempo que necesitamos aquí.

Y esta alianza producirá quizás grandes cosas.

Examinando la posición de las Antillas en medio del Océano, agrupadas entre Europa y América, mirando el mapa donde se les ve casi tocarse, hace presa en nosotros el pensamiento de que ellas *bien podrían un día constituir juntas un cuerpo social aparte en el mundo moderno*⁹ como el que las islas jónicas formaron en el mundo antiguo. *Pequeñas repúblicas independientes, estarían unidas confederativamente por un interés común y tendrían una marina, una industria, artes, una literatura que les sería propia.* Esto no se hará quizás en uno, en dos, en tres siglos; antes será preciso que los odios de rivalidad se borren para que ellas *se unan y se liberen todas juntas de sus metrópolis respectivas*; pero esto se hará, porque esto es natural. Entonces, también, apenas puede dudarse de ello, las islas confederadas de las Indias Occidentales tendrán una población especial y particular, una población mixta; pues habiendo cesado para siempre la trata, la raza que actualmente subsiste deberá fundirse a través de las edades en la raza de sangre mezclada por sus continuas alianzas con ella, de igual modo que la raza blanca que será, siempre, pese a sus emigraciones, demasiado poco numerosa para formar una especie aparte. Si el hombre blanco y el hombre negro formaban una dualidad, si, como se ha dicho raramente, el hombre negro y el hombre blanco eran el macho y la hembra de la humanidad que deben por su unión y el acuerdo de sus cualidades propias crear un género que participe de los méritos de sus dos generadores, podría esperarse ver salir de las Indias Occidentales nuevos prodigios que asombrarían al Universo. Dualidad macho y hembra aparte, que no se sea demasiado incrédulo en esos destinos lejanos y ocultos del mar de las Antillas, que se sueñe en todo lo que el pequeño islote de Siracusa ha provisto de luz, de ciencia y arte, en provecho del mundo. Haití es apenas menos grande que Inglaterra.

FUNDAMENTOS DE UNA CULTURA NACIONAL EN GUADALUPE

Dicho esto de lo esencial del aporte ya elaborado de Guadalupe y los guadalupéños a la afirmación y expansión de las culturas caribeñas, que es preocupación de la UNESCO, conviene despejar lo que con respecto a nuestro país ha podido emerger como fundamento de una cultura original, específica, y lo que, entre esos fundamentos, está suficientemente presente en las otras culturas de los países de la región para fundamentar cierta identidad de cultura regional.

⁹ El subrayado es nuestro. (N. del A.)

Nos parece, en efecto, que ha sido demasiado a menudo desatendida, a través de las exposiciones que nos han sido sometidas, la vía consistente en ir de lo particular a lo general, para atenerse a consideraciones históricas, económicas, étnicas, folklóricas muy generales, en las que cada uno de los países interesados corre el riesgo a veces de no ver su propia cultura lo suficientemente definida, captada.

Por consiguiente, vamos a considerar los parámetros que nos parece deben ser tenidos en cuenta como fundamentos de una cultura, e indicar, a propósito de cada uno de ellos, lo que nos es específico y lo que nos es común con otros países de la región, precisando, sin embargo, que nosotros *no concebimos la cultura de cualquier pueblo como algo acabado, cerrado definitivamente en un momento dado*. Al contrario, pensamos que *esa cultura está en perpetuo movimiento y se enriquece día tras día al contacto, no solamente de otras culturas, sino de los acontecimientos que intervienen en la evolución de la sociedad considerada*.

1. La historia de un pueblo nos parece ser el primer elemento que funda la especificidad de su cultura.

La historia tiene componentes étnicos, económicos, sociales, institucionales, etc. Pero una historia que no consista sólo en acontecimientos, que no sea sólo anecdótica, o puramente una compilación, una historia que por el contrario dé cuenta de los hechos al mismo tiempo que aporte una explicación orgánica del acontecimiento histórico, teniendo en cuenta el peso relativo de las diferentes clases sociales como agentes históricos. Es apenas necesario hacer notar que la historia de Guadalupe no podría ser confundida con la historia del pueblo francés, ni en el plano étnico, ni en el plano económico, ni en el plano social, ni en el plano institucional, y lo asombroso es comprobar hasta qué punto el colonialismo francés ha podido ocultar esta evidencia. Historia distinta, por consiguiente, de la de la nación colonizadora pese a la voluntad asimilacionista de esta última, pero idéntica en más de un punto a la de los países de la región del Caribe: circunstancias de la penetración europea, poblamientos precoloniales, destino trágico de esos poblamientos; economía de plantación; caña, tabaco; esclavitud de los negros de África traídos a esta región; relaciones sociales jerarquizadas sobre la base racial, confundándose casi siempre con el rango social; ausencia de facultad de decisión económica y política local, etc

Como se ve, este parámetro permite una indagación más precisa y a la vez más fecunda, tanto de la especificidad de nuestras culturas en relación a la de las naciones colonizadoras, como de la relativa identidad de las culturas de nuestras regiones.

Decimos relativa, pues esa historia subraya también las particularidades locales debidas al hecho de las condiciones geográficas en las cuales se ha desarrollado: dimensión de los países, sus configuraciones, sus recursos naturales, los poblamientos precolombinos, las metrópolis colonizadoras, el por-

ciento respectivo de los grupos étnicos, las particularidades de sus luchas por la libertad de los esclavos y por la liberación nacional, etc.

2. El segundo elemento de fundación de esta cultura nos parece ser la *lengua*; también aquí es indiscutible que la lengua natural y materna de los guadalupeños no es el francés, sino el *créole*, y que es un elemento de diferenciación consecuente de dos culturas, francesa y guadalupeña.

Este elemento es también común, matices aparte, a la cultura de más de un país de la región: Haití, Dominica, Santa Lucía, Martinica, Guyana; pero es evidente que este elemento lingüístico, no comprendido en la cultura de un país que forma parte indiscutiblemente de la región, no podría ser considerado como un criterio *sine qua non* de las culturas caribeñas. Esto, tanto más cuanto que los países que usan esta lengua han asimilado igualmente la lengua dominante hasta el punto de haber producido, a lo largo de sus historias respectivas, obras en esta lengua que son, sin embargo, auténticamente martiniqueñas, guadalupeñas, haitianas, tratándose del francés; barbadenses, trinitarias, jamaicanas, en cuanto al inglés; cubanas, dominicanas, puertorriqueñas, en cuanto al español.

3. El tercer parámetro que tomaremos en consideración es el del *género de vida* que engloba en sí todos los modos de adaptación del individuo a las condiciones de vida natural, social, a las que es confrontado. Este parámetro está más directamente en relación con el grupo étnico que entra en la composición humana de la sociedad guadalupeña tal como ésta se ha constituido al hilo de los siglos.

De modo que ahí se encuentran en grado diverso y según su importancia numérica o las condiciones de segregación o de fusión que les han sido dadas, elementos del género de vida original de las etnias. Es así que, a pesar de la exterminación de los *amerindios* arahuacos y caribes, han persistido en Guadalupe muchas huellas de sus culturas, comenzando por la *actividad cultural* de la utilización de la yuca en la alimentación (harina, casabe, etc.). Ello es así con respecto a la técnica de la alfarería y de la cestería, algunos de cuyos utensilios se reconocen todavía en sus usos originales, como ciertos cestos caribes. El conocimiento de las virtudes medicinales de ciertas plantas fue directamente transmitido por los *amerindios* a los primeros esclavos negros que protestaron de ser propiedad del amo y que a menudo vivían en los bosques con la ayuda de los aborígenes; muchos hábitos alimentarios y términos caribes han seguido estando en uso en nuestro país: el *ouassou*, pequeño cangrejo, el *calalou*, el *matéié* y muchos otros términos evocan el linaje original de nuestros pueblos. Ello es así con mayor razón con respecto al poblamiento africano que ha marcado fuertemente la vida cotidiana de la colectividad guadalupeña en todos sus aspectos: la sintaxis y el vocabulario de la lengua *créole* han tomado préstamos a las lenguas africanas, las tradiciones familiares con el respeto debido a los viejos y el apego al niño, la importancia de las veladas mortuorias así como su desenvolvimiento

(con las danzas de combate del palo, los cantos y las danzas; con las creencias en la presencia permanente del espíritu de los muertos; con las figuras de carnaval —máscaras congo, diablitos, etc.).

Todo esto es muy particular a nuestros países y los distingue de las metrópolis coloniales de las que, sin embargo, han tomado préstamos en todos los dominios, pero adaptando esos préstamos a las condiciones específicas de los países y las sociedades locales.

4. De ello resulta un *sincretismo cultural* que es también propio de nuestras culturas y está generalizado en todas estas regiones, incluso cuando los elementos de la mezcla no son en todos los puntos los mismos o no intervienen en el mismo grado.

La *santería* cubana, el *shango* trinitario, el *vodú* haitiano o el *candomblé* brasileiro son variantes de los cultos africanos adaptados a las condiciones de imposición del culto católico por los colonizadores, y donde no existe el vodú o la santería, como en Guadalupe por razones físicas y geográficas precisas, la práctica del catolicismo ha sido deformada por el animismo y el fetichismo africano.¹⁰

Este cuarto elemento depende del patrimonio cultural y artístico de nuestros diferentes países, no siendo reductible el contenido de este último al de los patrimonios de otros países de la región sino en algunos aspectos próximos por su simbolismo o por sus motivaciones.

5. Restarían, en fin, como parámetro importante de la especificidad y a la vez de la unidad de nuestras culturas, *las luchas mantenidas* por nuestras colectividades humanas respectivas, en su aspiración a la *libertad*, a la *dignidad* y a la *responsabilidad*, luchas emprendidas con la mayor frecuencia contra la nación dominante; las regionales, e insisto en esta palabra, de los arahuacos y los caribes contra la penetración europea en el Caribe y la cuenca del Orinoco, desde el siglo xv al xvii; lucha de los cimarrones africanos o de los esclavos por su libertad; lucha de los negros y mestizos contra las secuelas raciales de la esclavitud y la jerarquización estética sobre una base racial (eso fue la negritud o en ciertos casos el indigenismo); lucha por la liberación nacional, lucha por la independencia económica y contra el neocolonialismo, lucha contra el imperialismo yanqui que, además de la explotación directa de los recursos de esos países, se ha servido de esos pueblos para hacer la guerra a otros pueblos, pueblos frecuentemente de la misma región. Desde este punto de vista la identidad de los sistemas opresivos que han marcado la historia de los pueblos de esta región desde hace tantos siglos, debería no solamente tener un impacto pasivo en cierto modo, sino también y sobre todo cimentar la identidad de una toma de conciencia, por todos los pueblos, de su *responsabilidad* en el acontecer del momento, anhelada por todos los pueblos cuyas culturas son oprimidas y donde

¹⁰ No obstante hay que señalar que ciertas creencias acúndes en Guadalupe, como las del «soucouan» derivan directamente de esos cultos yoruba o dahomeyanos.

el imperialismo, debilitado por las luchas victoriosas que habremos mantenido en nuestras regiones, desembarazará para siempre a la humanidad de su espectro horroroso.

Para concluir, diremos que si no ofrece duda la afirmación de la especificidad de los patrimonios culturales de los países del Caribe, la necesidad de defenderlos, de ayudarlos a expandirse, y a la vez de cierta identidad cultural de la región caribeña cuyos fundamentos respectivos he intentado despejar en esta exposición, queda mucho todavía por hacer en el marco de las prerrogativas de la UNESCO e independientemente de las luchas propias de cada pueblo interesado, para confrontar las condiciones del éxito.

Aunque sólo fuera para disminuir el margen existente aún a nivel de cada país como a nivel de la región entre la objetividad de esta especificidad y de esta unidad y su subjetividad, es decir, la toma de conciencia por los pueblos interesados. Margen debido a la historia colonial e imperialista, pero también a factores inmediatamente accesibles, como la *lengua*; de donde la necesidad del plurilingüismo o, por lo menos, del trilingüismo en esos países; como el obstáculo de la *tabicación artificial* entre regiones próximas (se necesita una semana para ir y volver de Pointe-à-Pitre a Caracas, mientras que esas dos ciudades están a una hora de vuelo); de donde la necesidad de una acción en las compañías aéreas y de encuentros de trabajo periódicos en esos diferentes países y del acuerdo de facilidades para el intercambio de espectáculos, de las empresas de artes y artesanía entre esos países, etc.

Este encuentro en la República Dominicana en su nuevo contexto histórico, permite augurar bien del porvenir y de los resultados de los esfuerzos sostenidos de la UNESCO para ayudar a nuestros pueblos a afirmar y defender su cultura.

P.S. Innecesario añadir al respecto de esas acciones propias de la UNESCO, entre ellas el Simposio sobre la influencia de África en las literaturas antillanas celebrado en Santa Clara en 1968, las emprendidas por la Cuba socialista desde los años 60 que son extremadamente importante, y Carifesta 79, aportará sin ninguna duda un brillante testimonio de ello.

Traducido del francés por Francisco de Ozaá.

El esclavismo en Cuba: análisis de su bibliografía

Julio Le Riverend

Nadie entre nosotros tiene duda alguna acerca de la importancia que reviste la esclavitud como tema científico. Y, desde luego, en las vísperas del centenario de la abolición (1880-1886) se nos va afinando la convicción de que hubo entonces el primer y decisivo cambio social de nuestra historia. Cerrábase una larga, y sobre todo profunda, crisis del régimen instaurado tras la conquista. Las estructuras económicas, sociales y políticas requerían una transformación ajustada a las nuevas condiciones internas e internacionales. En suma, el crecimiento de la producción, de la población y de la conciencia del pueblo cubano mostraba la necesidad de una organización social capaz de responder a la demanda de ese crecimiento que venía inducido por la expansión del capitalismo a escala universal. De ahí la necesidad del tránsito del esclavismo al capitalismo en el orden interno, paso que, a su vez, genera toda una nueva situación caracterizadora de la historia del país y de su gente hasta 1959, año en que se inicia la transformación definitiva. No es preciso subrayar cómo la Revolución nuestra supera toda la historia precedente.

Si en el orden nacional el esclavismo constituye un problema central para la comprensión del pasado, y su abolición proyecta hasta nuestros días el reflejo de condiciones capitalistas a la sazón no realizadas plenamente, tanta o más importancia tiene para la investigación y el debate sobre el esclavismo en escala universal.

* Intervención especial ante la Conferencia Científica sobre la Historia de la Esclavitud en América, organizada por el Instituto de Ciencias Sociales de la Academia de Ciencias de Cuba, celebrada del 24 al 26 de septiembre de 1979.

1. LA CRISIS DEL ESCLAVISMO COLONIAL (1772-1848).

En efecto, el tema aparece en la bibliografía internacional desde la crisis primera del sistema en la segunda mitad del siglo XVIII, cuando surge el movimiento abolicionista británico¹ y como consecuencia del desarrollo industrial de Gran Bretaña comienzan a enfrentarse dos formas de explotación colonial: la una, basada en la explotación del africano fuera de África, originada en el descubrimiento de América, continente en el cual brotó una duradera y poderosa organización esclavista; la otra, generada por las posibilidades de explotación capitalista de los países asiáticos y africanos, donde se preveía la explotación de productos naturales y de recursos humanos cuantiosísimos, y se podrían aprovechar con ese fin instituciones y jerarquías sociales autóctonas, a diferencia de lo sucedido desde el siglo XVI. En verdad, el tema esclavista queda inscrito de modo permanente en la ciencia cuando esa coyuntura crítica pone de relieve la necesidad de conocerlo a fondo, y como después de aquel momento se habrían de producir otras crisis, el esclavismo, sus caracteres y sus repercusiones mostró su presencia generalizada en el mundo moderno, reveló su densidad como experiencia social. La historia de la expansión del capitalismo y las crisis por ella generadas mostraron las numerosas implicaciones y los incontables fenómenos vinculados al esclavismo.

Huelga explicar que, por otro lado, el mundo conocido antes del descubrimiento de América había pasado por una etapa esclavista en la antigüedad lo que, independientemente de los desfases y las variantes de organización, mostraba que aparecía un fenómeno de estructura mucho más universal de lo que parecía deducirse de la bibliografía dieciochesca. En efecto, el trabajo científico realizado en Europa Occidental, principalmente sobre el período histórico greco-romano, daba a mediados del siglo XIX una dimensión superior, si se quiere, al esclavismo. La sistematización del conocimiento de la sociedad en general, aunque sobre todo, la que sirve de base desde el siglo XVIII a la formación de un grupo de países desarrollados, proporcionó los elementos requeridos para la elaboración de una visión general de la historia en la cual el esclavismo constituye una forma de organización, un modo de producción, una formación social, por la cual han discurrido prácticamente todos los pueblos del mundo. Bastaría recordar a este efecto la periodización social de la humanidad que se halla en la base de la comprensión marxista de la historia. Claro está, que más tarde, esto es, en el siglo XX, se lograría iniciar una diferenciación entre el esclavismo «clásico» y el moderno como resultado de la investigación de sociedades dejadas al margen por los científicos del siglo precedente. Pero esto, aún siendo de suma importancia teórico-práctica, no invalida el carácter universal y la recurrencia del esclavismo.

La distancia que separaba a la Europa capitalista de sus orígenes esclavistas y la cercanía —presencia inmediata— del feudalismo determinó que la esclavi-

¹ Reginald Coupland, *The British Anti-Slavery Movement*, London, 1933; de concepciones apoloéticas justamente criticadas por Eric Williams. Ver nota 18.

tud no fuera preferida como laboreo científico y que la bibliografía fuese muy influida por las cuestiones del esclavismo moderno, especialmente sus implicaciones y resonancias coloniales. Hubo por ende una cierta bifurcación y diversidad en razón de las dos vertientes causales del trabajo científico sobre el tema; de un lado, como parte del desarrollo científico de la protohistoria, se perfilaban los elementos factuales y teóricos de la esclavitud como etapa general del desarrollo social y, de otro, se acumulaban nuevos elementos científicos por el contenido de numerosos libros y folletos que participaban de una u otra manera en el conflicto colonial antiesclavista.

2. LA SEGUNDA CRISIS (1848-1888)

Otra crisis del esclavismo moderno dejó profunda huella científica. Me refiero al período en que, tras de la abolición en las colonias británicas y francesas (1833-1848), se liquida el régimen en EE. UU., en Cuba y en Brasil, tres grandes significativos casos de organización esclavista moderna. Como es sabido la primera crisis centrada en las colonias británicas y francesas se resuelve con la abolición en un tránsito, digamos pacífico; le habían precedido hechos de cierta importancia como la abolición decretada por la Revolución Francesa, el cese de la trata en muchos países y la abolición en las nuevas repúblicas de nuestra América.

Puede apreciarse que los cambios acontecidos desde hace un siglo aproximadamente, constitutivos de nuevas definiciones de clases y de un desarrollo capitalista en diversos países del mundo, están en la raíz de nuestro siglo y sus profundos problemas. Bastaría señalar que en la huella de la crisis del esclavismo de la segunda mitad del siglo XIX se abre el continente africano a la plena explotación colonial contemporánea.

El peso de esa segunda crisis en la historia de la esclavitud moderna es, a no dudarlo, de indisputable calidad. En el orden científico dio al esclavismo una vigencia temática excepcional subrayando su característica fuerza generadora de sociedades. La bibliografía se enriqueció desde entonces con cientos de libros sobre los temas del esclavismo moderno en América. No sería juicioso intentar siquiera una relación selectiva de títulos y autores. En todo caso advertimos desde ahora que entre esas obras se halla la *Historia de la Esclavitud* del bayamés José A. Saco,² el primero que intentó una síntesis *in extenso* del conocimiento del régimen en todos los tiempos, clásicos y modernos. Proeza científica que indudablemente obliga a los cubanos a laborar con esforzada dedicación en los niveles actuales.

² José Antonio Saco, *Historia de la esclavitud desde los tiempos más remotos hasta nuestros días*, 2ª. ed., 6 ts., La Habana, 1936-45. La primera edición data de la segunda mitad del siglo pasado (1875-1879), en Barcelona y París.

Llegados a este punto, pasemos por alto que hubo una tercera crisis, esta propia del siglo XX, provocada por la perduración de formas y tráfico esclavistas en zonas africanas, de lo cual supieron organismos internacionales como la Sociedad de Naciones y el Buró Internacional del Trabajo surgidos apenas terminó el año 1918 la Primera Guerra Mundial.³ Cuando se evidencian los hechos característicos de esta supervivencia del régimen, con el cual andaban bien alineados los nuevos colonialistas⁴ se genera una bibliografía abundante de vario carácter sobre la cual todavía no han ejercido sus análisis y síntesis los científicos actuales. Desde luego, ese esclavismo escandaloso, aunque residual, ya que no constituyó un carácter predominante en las sociedades africanas, queda enmarcado en una variadísima gama de procesos y hechos propios del dominio imperialista, aparece, naturalmente, en las obras actuales sobre el desarrollo y la liberación de los pueblos negros.

4. AL MARGEN DE LA BIBLIOGRAFÍA

En el marco de una copiosa bibliografía provocada por esas crisis, el esclavismo moderno ha sido objeto de algunos estudios llamados a formar un verdadero grupo de obras clásicas, una y otra vez citadas, bien para descubrir en ellas elementos perdurables de análisis e interpretación, bien para subrayar lo que contengan de insatisfactorio al nivel actual de comprensión histórica. Nos limitamos aquí a ciertas obras generales y monográficas que abordan especialmente los grandes temas; sería imposible seleccionar en otro tipo de bibliografía.⁵ Traspuesta la fecha de publicación de la *Historia...* de José A. Saco, consi-

³ Puede consultarse otra obra apologética del «idealismo» británico: Edmund B. d'Auvergne, *Human Livestock*, London, 1933.

⁴ Jules Harmand, *Domination et colonisation*, París, 1918, es enfático: para él la esclavitud es la fórmula que garantiza el trabajo en las colonias. Un testimonio de 1902, relativo a Kenia, lo inserta Jack Woddis, *África. Las raíces de su rebelión*, Buenos Aires, 1960; decía un militar inglés: «El trabajo obligatorio es el corolario de nuestra ocupación del país», ya que después de «robar» la tierra a los nativos precisaba robarles los brazos. C. R. Bell, *The Road to Independence*, Dar-es-Salaam, 1972, fija la abolición de la esclavitud en Tanganyika el año 1922. Robert Cornevin, *L'Afrique noire de 1919 à nos jours*, París, 1973, afirma que la esclavitud en África se mantuvo hasta 1930.

⁵ En efecto, las obras ocasionales (folletos pro y antiesclavistas o de otro tipo), son numerosísimas. Los autores más recientes citan algunas de ellas. En lo que hace a las publicaciones británicas desde el siglo XVIII muchas de sus páginas dedicadas a la esclavitud se encuentran diseminadas en libros de viajes, en opúsculos y libros sobre las colonias; su comercio y su industria azucarera. Está claro, que para los ingleses la esclavitud era un problema importante solamente en función del imperio, lo cual todavía hoy es bastante característico de su literatura histórico-económica.

deramos necesario adentrarnos en el siglo xx^a. Podría afirmarse que desde 1900 se abre un período de elaboración de materiales y de críticas hasta nuestros días. Claro está que no faltan obras de corte tradicional fundadas en concepciones histórico-fácticas o situadas en marcos de referencia anclados en la periferia ideológica de la actividad social y, por ende, de la propia esclavitud. No obstante, el conjunto supone una acumulación de datos y pruebas así como de juicios que rinden sus frutos hoy día aproximándonos a una mayor inteligencia crítica de los problemas del esclavismo.

Destacaríamos en primer lugar, la obra de H. J. Nieboer⁷ que intenta, a partir de una indagación etnográfica, dilucidar las condiciones sociales aceleradoras del régimen esclavista, en todos los tiempos. Tuvo, por lo menos, el indudable valor de poner un elemento teórico como trasfondo del laboreo científico precedente, de modo que la relación proporcional tierra-población-esclavismo, predominó desde entonces en la bibliografía aun cuando anteriormente había sido expresada en forma menos sistemática.

Una obra sumamente importante —hoy olvidada— del marxista italiano Ettore Ciccotti⁸ le había precedido. Interesaba al autor la transición del esclavismo al feudalismo, aspecto en el cual la obra puede ser aún de utilidad como experiencia histórica para comparar con la transición moderna. Queda, además, como el primer ensayo marxista que aborda el tema de la esclavitud en detalles. También de los primeros años del siglo, la obra de Georges Scelle,⁹ aun cuando abarca solamente las colonias españolas, tiene una riqueza de información sobre la trata que aún hoy la mantiene como un hito importante en la bibliografía. Al parecer, como conjunto no ha sido superada si bien se ha aumentado la información sobre el comercio de esclavos. Desde luego, aborda la cuestión desde el punto de mira internacional casi exclusivamente.

⁶ Salto que nos fuerza a dejar fuera de nuestras consideraciones obras como la de T. P. Buxton, *The African Slave Trade and its Remedy*, London, 1840 y las de Auguste Cochin, *L'Abolition de l'esclavage*, París, 1861 (conozco dos tomos); el *Précis de l'abolition de l'esclavage dans les colonies anglaises*, 2 ts., París, 1841; J. E. Cairnes, *The Slave Power*, 2da. ed., 1863, o. más tardías como la de W. E. B. Du Bois, *The Suppression of the African Slave Trade to the United States of America, 1638-1870*, 1896; inicio de la notable vida científica y política de su autor, negro norteamericano. Digna de especial consideración es la obra de L. Peytrand, *L'esclavage aux Antilles avant 1789*, París, 1897.

⁷ H. J. Nieboer, *Slavery as an Industrial System. Ethnological Research*, The Hague, 1910; aunque se cita mucho una edición de 1900, ésta es la que conozco.

⁸ Ettore Ciccotti, *Il tramonto della schiavitù nel mondo antico*, Milano, 1899; conozco una edición española, 3 ts., Barcelona, 1910. Verlinden (v. nota 20) la considera insuficiente en cuanto a hechos y abundante en hipótesis; esto último parece reflejar su rechazo de las tesis marxistas.

⁹ George Scelle, *Histoire politique de la traite négrière aux Indes de Castille*, 2 ts. París, 1906.

Pudiera considerarse que la obra de Fernando Ortiz¹⁰ es un gran resumen de las investigaciones hasta sus días, pero al servicio de un intento de trazar un cuadro detallado de la esclavitud en Cuba. Constituye una obra difícil de superar por su extraordinaria movilización de fuentes y la amplitud de las conexiones temáticas; serviría de base al resto de sus investigaciones sobre la naturaleza interétnica de la historia y la cultura cubanas. No hubo antes de ella parejo estudio general de los problemas históricos planteados por la presencia de los africanos en un país determinado; por eso no debemos excluirlo de una bibliografía selecta.

Quizás no hubo contribuciones importantes, hasta los últimos años de la tercera década. Al parecer una coyuntura crítica norteamericana en el panorama mundial de la depresión y en la senda del «descubrimiento» intelectual de lo africano, provocó una concentración de estudios publicados en EE. UU., que asentaron, si no sobre bases científicas sólidas a lo menos, por sus cuantiosas sugerencias temáticas, acreditaron el tratamiento de la esclavitud en ese país como fenómeno cuya importancia para la ciencia universal no es de encarecer. En esta línea de significativa influencia se hallan las obras de Ragatz,¹¹ de Phillips,¹² de Donnan¹³. Era también el momento en que Andrews intentaba la primera gran obra general documentada sobre el período colonial.¹⁴ En verdad, hubo entonces un interés especial para dilucidar la totalidad del régimen colonial de trabajo simbolizado por la obra de Jernegan¹⁵ que amplió el horizonte del tema a los dos conjuntos —francés y británico— de máxima significación durante el siglo XVIII, o sea, la edad del crecimiento rápido de la producción de artículos tropicales necesarios en Europa. Importante en cuanto al tráfico negrero en Francia es la obra de Martín.¹⁶ La obra de Wyndham¹⁷ sitúa el problema en el marco de las repercusiones recíprocas —en Europa y en África— de la trata, del intercambio demográfico, tema que se destacaría en cuanto al primer aspecto, por la obra de Williams¹⁸ como intento —con sumo énfasis en la tesis aunque explicable y de superior importancia— de historiar la participación decisiva de los beneficios económicos del esclavismo en la formación ca-

¹⁰ Fernando Ortiz, *Los negros esclavos; estudio sociológico y de derecho público*, La Habana, 1916.

¹¹ L. J. Ragatz, *The Fall of the Planter Class in the British Caribbean, 1763-1833*, New York, 1928.

¹² U. B. Phillips, *Life and Labor in Old South*, Boston, 1929.

¹³ Elizabeth Donnan, *Documents Illustrative of History of the Slave Trade in America*, 2 ts., Washington, 1929-1931.

¹⁴ C. M. Andrews, *The Colonial Period of American History*, 2 ts., New Haven, 1934-1938.

¹⁵ M. W. Jernegan, *Labouring and Dependent Classes in Colonial America, 1607-1783*, Chicago, 1931.

¹⁶ Gastón Martín, *L'ère des négriers, (1714-1774)*, París, 1931.

¹⁷ H. A. Wyndham, *The Atlantic and Slavery*, Oxford, 1935.

¹⁸ Eric Williams, *Capitalism and Slavery*, Chapel Hill, 1944.

pitalista británica. Aparecía en este caso un ensayo de inspiración marxista serio y perdurable sobre la vinculación recíproca de la acumulación originaria y la trata.

Por su parte, en Europa aparecían obras destinadas a entroncar el esclavismo medieval con el fenómeno generalizado del esclavismo en América, enfatizando los numerosos y profundos rasgos que en ese sentido se manifiestan en los países occidentales de consolidada presencia en este lado del Atlántico. Mencionemos la obra básica de Livi,¹⁹ sobre la perduración de la esclavitud doméstica en el Mediterráneo, y la de Verlinden,²⁰ llamadas, sobre todo la última, a revelar una continuidad esclavista de los africanos que si bien no es suficiente para explicar la génesis y fuerza del sistema en América, a lo menos muestra que se trataba de una conocida solución «arcaizante», de los problemas planteados por algunas regiones poco feudalizadas en crecimiento antes de 1492. No sería aventurado hurgar aún más en ese fenómeno en busca de una explicación que parta del hecho que los africanos proveyeron la fuerza de trabajo allí donde el feudalismo no tuvo fuertes manifestaciones y raíces.

Tocaría a los años más cercanos constatar una multiplicación de los estudios marxistas sobre la esclavitud. Científicos socialistas de Europa oriental han realizado investigaciones de sumo valor sobre algunas variantes del esclavismo «clásico»; no todas suficientemente conocidas o atendidas por los científicos de otros países.²¹ Pero lo más significativo desde el punto de mira del esclavismo moderno sería la aparición polémica de una serie de obras, entre las cuales se destaca como clásica, la de Genovese,²² así como la de Cooper²³ seguidas hace apenas un año por la muy notable contribución de Gorender²⁴ caracterizada por su objetivo y valor sistemáticos, su claridad y su fundamentación. Se revela en estos casos, la irrupción en la bibliografía más reciente de los países de ambas secciones continentales, del marxismo como fundamento de la investigación y la comprensión histórica. Ciertamente es que centran su indagación sobre «casos» específicos —EEUU, Brasil, o el África oriental, respectivamente— dejando al margen las experiencias históricas cubanas, lo cual se traduce, a mi juicio, en un reto a nuestros científicos. En ese renacer del interés de los científicos norteamericanos poseídos en las décadas precedentes por un afán de segregar

¹⁹ R. Livi, *La schiavitù domestica nei tempi di mezzo e nei moderni*, Padova, 1929.

²⁰ Charles Verlinden, *L'esclavage dans L'Europe Médiévale*, Brugge, 1955.

²¹ Han sido traducidos al español, R. Guenther y otros, *Estado y clases en la antigüedad esclavista*, Ira. ed., Buenos Aires, 1960; Elena Shtraeman y otros, *El régimen esclavista*, La Habana, 1962. En general, esclavismo «clásico» y feudalismo en sus caracteres y transición ha sido preocupación mayor de los marxistas no latinoamericanos, lo cual se explica por la especificidad de su evolución histórica.

²² Eugene D. Genovese, *The World the Slaver Holders Made*, New York, 1969.

²³ Frederick Cooper, *Plantation Slavery in the East Coast of Africa*, New York, 1977. Se trata de una monografía seria sobre un tema poco trabajado *in extenso*. Sus señalamientos críticos a la bibliografía más reciente son justos. Las tesis centrales están emparentadas con las de Genovese (ver nota precedente).

²⁴ Jacob Gorender, *O escravismo colonial*, São Paulo, 1978.

el análisis de las plantaciones y del llamado pluralismo cultural, de toda connotación de clase o de su íntima relación con ella, hay otras contribuciones que deben ser concienzudamente estudiadas pues abren perspectivas interesantes para que se abandone la periferia de los problemas.²⁵ Quedaría incompleto este cuadro si no mencionáramos las aportaciones latinoamericanas que muestran la importancia de la esclavización de los africanos en la formación de los pueblos nacidos de la conquista española, en las cuales aparentemente el esclavismo no tuvo gran peso. El trabajo de investigación realizado en las últimas cuatro décadas revela, por lo contrario, que hubo en ellos una población esclava de impronta perdurable, por su número o por su participación en la vida colonial y aún después. Debemos mencionar solamente algunas de las monografías publicadas, destacando que hay una evidente recurrencia y diversificación.²⁶

5. EN CUBA

Echadas las bases de una consideración muy general de lo que ha sido hecho hasta ahora, debemos en trazos breves referirnos a lo que hemos laborado en Cuba durante las seis décadas transcurridas desde la publicación de la obra de Ortiz. Desde luego, precisa pasar por alto algunas de las más importantes contribuciones contemporáneas y posteriores a la obra cimera de Saco, aún cuando sean dignas de figurar entre nuestras más notorias contribuciones al tema de la esclavitud.²⁶ Por supuesto, el conjunto de la obra total de Ortiz cuyo trasfondo es la esclavitud con su aporte de africanos que dieron elementos dinámicos a la formación de la cultura cubana, como realizó en Brasil la escuela de Nina Rodríguez, tiene singular importancia, aún

²⁵ Por ejemplo, *Comparative Perspective on Slavery in New World Plantation Societies*, ed. Vera Rubin y Arthur Tuden, New York, 1977.

²⁵ Señalamos, principalmente, Eduardo Posada y Carlos Restrepo Canal. *La esclavitud en Colombia y Leyes de Manumisión*. Bogotá, 1935; G. Feliú Cruz, *La abolición de la esclavitud en Chile*, Santiago de Chile, 1942; Luis M. Díaz Soler, *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*, Madrid, (1953?); Elena F. S. Stüden. *La trata de negros en el Río de la Plata durante el siglo XVIII*, Buenos Aires, 1958; Miguel Acosta Saignes, *Vida de los esclavos negros en Venezuela*, Caracas, 1962; Rolando Mallafe, *La introducción de la esclavitud negra en Chile Tráfico y rutas*, Santiago de Chile, 1959; del mismo autor es el primer intento de historiar en su conjunto el esclavismo en América Latina, *Beve historia de la esclavitud negra en América Latina*, México, 1973. Son muy conocidas las obras más generales sobre la población negra en México, por Gonzalo Aguirre Beltrán, en Uruguay, por Ildefonso Pereda Valdés y en Perú, por Roberto McLean Estenoz. La bibliografía brasileña es copiosa y, claro está, de sumo interés. También en este caso se trata de estudios que abarcan problemas más generales, como los de Raimundo Nina Rodríguez, de Gilberto Freyre y otros más específicos, como los de Mauricio Goulart y Fernando Henrique Cardoso.

²⁶ Libros y folletos como los de Juan Poej, Joaquín Santos Suárez, Francisco de Armas y Céspedes y otros, que figuran en las recopilaciones bibliográficas cubanas, tienen sumo interés científico para nuestros investigadores.

cuando solamente abordase con especial atención el tema del esclavismo en la primera monografía citada, *Los negros esclavos*. A la constante dedicación de ese sabio maestro se debió la redición de una parte sustancial de la obra de Saco y la publicación de la revista de *Estudios Afrocubanos*.²⁷ También a él se debió la reimpresión de las obras de Humboldt y de Dumont²⁸, la primera de las cuales constituyó, dentro de su generalidad, un análisis profundo de la esclavitud, como no existía hasta entonces (1825-1830), que dejó una huella latente en el pensamiento cubano.²⁹

No debe olvidarse la obra magistral de Cepero Bonilla.³⁰ Abordó nuestro recordado colega un tema hasta entonces rehuido por la historiografía: las actitudes diversas y hasta contradictorias de los revolucionarios de 1868 respecto de la esclavitud, cuestión decisiva para comprender la naturaleza de aquella gesta de liberación y sus más internas dificultades. En este caso estamos en presencia de un legítimo clásico de nuestra ciencia histórica marxista.

Quien es acreedor a una mención especial, José Luciano Franco, ha labrado eficazmente en dos temas principales: la trata y los palenques.³¹ En ambos, ha calado de manera original, aunque sin abordarlos de una manera total, que él, sin duda, pudiera darnos. Sin embargo, sus trabajos llaman la atención sobre los hechos básicos de la trata —segunda mitad del xix— y acerca de la importancia que las rebeliones de los esclavos, «inorgánicas» aunque definidas, tienen para la comprensión de nuestra historia, incluyendo la de la liberación. Un permanente estado de propensión a la rebeldía es cosa de mucho peso social. El interés de sus trabajos va más allá de esos temas, pues, en efecto, ha extendido su laboreo hacia los problemas históricos de África. Hay que decir de su obra personal algo de subido valor: Franco ha dado apoyo numeroso, sin regateo alguno, a muchos historiadores de nuestro tiempo, con una generosidad excepcional lo que, si bien no deja rastros evidentes, supone una participación aún más vigorosa en la promoción de los estudios sobre la esclavitud. Por toda su obra debía ser él, quien

²⁷ *Estudios afrocaribíes*, 1937-1946.

²⁸ A. de Humboldt, *Ensayo político de la isla de Cuba*, La Habana, 1930, 2 ts.; Henri Dumont, *Antropología y patología comparada de los negros esclavos*, La Habana, 1922.

²⁹ El sabio alemán movió la conciencia cubana hacia un conocimiento y apreciación total del país y sus riquezas. En cuanto a la esclavitud es digna de subrayarse la reacción positiva que provoca en Atango y Parreño, *op. cit.* nota 28; T.I., p. 198, nota 2.

³⁰ Raúl Cepero Bonilla, *Azúcar y abolición*, La Habana, 1971; también en *Obras históricas*, La Habana, 1969.

³¹ José L. Franco, colaborador que fue de la revista *Estudios Afrocaribíes*, v. nota 27, ha publicado: *Esclavitud, comercio y tráfico negreros*, La Habana, 1972; *Las Minas de Santiago del Prado y la rebelión de los cobreros, 1530-1600*, La Habana, 1975; *La diáspora africana en el Nuevo Mundo*, La Habana, 1975. El colega Franco ha participado en los trabajos de la *Historia General de África*, auspiciados por la Unesco.

asumiera un papel decisivo en la orientación de los trabajos futuros y en la celebración sexenal que se avecina.

Otras fueron las contribuciones del colega Juan Pérez de la Riva.³² El rasgo esencial era la búsqueda demográfica por un lado y sociológico-sistemática en la dirección marxista, de otro. Revelábase en sus trabajos el fondo interdisciplinario de su formación en la escuela antro-po-geográfica francesa. Algunos de sus caminos debían ser continuados, pues hay numerosas sugerencias para el trabajo futuro.

Pedro Deschamps Chapeaux ha desarrollado una temática original que, desde luego, se inserta en el marco general del régimen esclavista.³³ La indagación sobre los negros libres en la primera mitad del XIX y, particularmente, sobre la formación de una burguesía negra, por cierto aniquilada en 1844-1845, son aspectos de indudable importancia teórica para la justa definición de las variantes del esclavismo en nuestro país.

Finalmente, la obra de Moreno Fragonals, debe ser tenida en cuenta como intento de explicar de modo unívoco la industria azucarera, y, con ella, sus aspectos esclavistas.³⁴ Desde luego, su énfasis, en ese sentido, tiene que dejar fuera del campo visual la esclavitud como fenómeno característico de toda la economía y la sociedad colonial. Además, presenta una tendencia a las afirmaciones absolutas que convendría analizar en sus detalles.

6. UN BALANCE TENTATIVO

Dentro de un movimiento bibliográfico universal creciente, nuestra contribución no es poca, pero insuficiente, si tenemos en cuenta el peso histórico de Cuba en la apreciación de la fuerza y permanencia del régimen esclavista colonial. A despecho de juicios críticos sobre las obras de Saco³⁵ y de Ortiz,³⁶ estas se mantienen dentro del escaso grupo de autoridades

³² Juan Pérez de la Riva, *Para la historia de las gentes sin historia*, Barcelona, 1976, hay edición cubana; *El barracón, esclavitud y capitalismo*, Barcelona, 1978, hay edición cubana; *¿Cuántos africanos fueron traídos a Cuba?*, La Habana, 1977. Su obra inédita sobre la introducción de «coolies» chinos a mediados del siglo pasado, es un aporte crucial al estudio de formas esclavizantes del trabajo libre.

³³ Pedro Deschamps Chapeaux, *Los batallones de pardos y morenos libres*, La Habana, 1976; *El negro en la economía habanera del siglo XIX*, La Habana, 1971.

³⁴ Manuel Moreno Fragonals, *El ingenio*, 3 ts. La Habana, 1977.

³⁵ Las principales se han dirigido sobre los tomos relativos a la antigüedad, cuyo estudio había avanzado mucho en su tiempo. En cuanto a la esclavitud moderna —indios y africanos— su información es abundante; habría que analizar los juicios subyacentes en sus comentarios.

³⁶ Habría mucho que decir de esta obra (ver nota 10) sobre todo en relación con su carácter indicador de la orientación del pensamiento científico del autor: constituye el comienzo de un historicismo que supera la formación etno-criminológica de Ortiz.

dignas de citarse hoy día. Muchos de los impugnadores de la *Historia...* de Saco no pasan de un esfuerzo para añadir consideraciones «teóricas» que remiten a puro juego ideológico la génesis de la esclavitud y su desaparición, lo cual no es gran cosa. Así como el «positivismo» fáctico de la obra de Ortiz y su trasfondo etnológico, dentro de su concepción inicial de la «mala vida», pueden ser el punto de partida de una crítica que, de no hacerse, representaría un estancamiento actual del razonamiento histórico.

Lo que valdría ciertamente en una revisión científica de esos clásicos sería el análisis de su metodología, de su forma de aprovechar la información disponible, de su construcción y de su fondo teórico-sociales, al par de un enjuiciamiento serio de su coherencia científica con lo sabido en el momento de su aparición. La crítica, si es que aspira a mantener lo perdurable de la sabiduría adquirida, forzosamente ha de tomar aquellos elementos como referencias. Ello implica un verdadero trillado de datos y juicios que por razón de los avances de la ciencia y de la experiencia social deban abandonarse o rectificarse o conservarse; en cada uno de esos eventuales supuestos hay numerosos problemas que contemplar y analizar. Sería conveniente aquí, en lo inmediato, decir que el abandono sin más de las fuentes para tomar aquellas «a la moda» supuestamente mejores porque «vinieron después», revela una concepción lineal del desarrollo de la historiografía que es tal, exclusivamente, cuando se examina en su periodización universal, o sea, desechando contingencias de tiempos, lugares y desfases específicos, o sea, reducida a una abstracción.

Partiendo de esos marcos conceptuales, lo que se avicina para la historiografía marxista cubana es la necesidad de un esfuerzo singular de recuperación. Estamos a punto de entrar en la conmemoración del centenario de la abolición de la esclavitud. No podríamos limitarnos aediciones, necesarias más que convenientes, con prólogos críticos e informativos. Hemos de intentar, y para ello disponemos de seis años, una nueva contribución al conocimiento del régimen esclavista en Cuba.

Hasta ahora, que sepamos, no se ha definido el carácter y la universalidad del esclavismo en nuestro país. Esta definición debe partir de su análisis como modo de producción. Explicar la esclavitud por una simple consideración demográfica cuantitativa, o de abundancia de tierras o como un «renacimiento» del esclavismo clásico o un feudalismo anormal o como un capitalismo larvado o desnaturalizado, es poco. Mucho menos lo es entenderlo a modo de «disfraz» del capitalismo, cuya revolución mercantil (siglo XVI) lo crea y orienta, porque sería analizar el problema desde la esfera de la circulación y no de la producción. Ni se puede atribuir su génesis a la existencia de una clase esclavista o a la formación de latifundios, porque, de un lado, las clases surgen con el modo de producción y las relaciones sociales correspondientes, pero no las crean, y, de otro, la esclavitud no está forzosamente vinculada a un tipo específico de explotación agraria.

Dentro de la generalidad del fenómeno esclavista moderno, las especificidades norteamericanas, brasileñas y cubanas no autorizan a desviar el camino de la crítica histórica con simples ideas reductoras, porque, además, aparece y crece en asociación con diferentes formas precapitalistas, ante las cuales la definición que sugerimos adquiere una complejidad comparativa excepcional. A este respecto, siempre será útil reflexionar sobre las ideas de Marx acerca de la colonización moderna.³⁷

Que en Cuba, la esclavitud constituyó el centro de un modo de producción cuya caracterización concreta deberá ser consecuencia del laboreo que proponemos, es obvio. Toda la economía, incluso la tabacalera — pese a su indudable accesibilidad para los cultivadores y trabajadores «libres» — y la sociedad toda quedó medida desde el siglo XVI y, desde luego, con más claridad de rasgos desde el XVIII, por las relaciones de producción y sociales (incluyendo las familiares) del esclavismo. Atribuirle sólo a la influencia de la llamada economía de plantaciones generalmente identificada con el latifundio y, en este caso, el azucarero, es un criterio reductor que oculta la posibilidad de ir más al fondo del problema. Lo que en modo alguno implica restar significación al fenómeno de las producciones tropicales en gran escala.

En este sentido hemos sustanciado a la ligera, y no me excluyo de la crítica, la dimensión esclavista del cultivo del café, del tabaco y otros, de la elaboración de esos productos y de la presencia de los esclavos en las construcciones de todo tipo, incluyendo ferrocarriles, las minas, la metalurgia. He ahí líneas de trabajo muy precisas, totalmente vírgenes.

Dentro de la perspectiva del tratamiento del esclavismo como modo de producción se destacan los problemas de la transición hacia el capitalismo. ¿Cuándo comienza la transición? He ahí una pregunta que debemos responder. Y, aún más, precisa identificar aquellos fenómenos propios del paso de una a otra formación social; nivel técnico moderno que exige trabajadores no esclavos; formas encubiertas de esclavismo y de trabajo libre; crecimiento de la industria de trabajo libre; crecimiento de la industria no azucarera, etc. Aspectos en los cuales convendría indagar más allá de lo que se ha dicho hasta ahora. El grado de ruptura del esclavismo en 1868 es sumamente importante como problema revelado por Cepero Bonilla.

En este campo, digamos político, hay problemas de radical importancia. Mencionemos solamente uno: la recíproca relación entre dos contradicciones básicas de la situación colonial de Cuba desde fines del siglo XVIII, o sea, entre la oposición colonia-metrópoli y la dialéctica esclavismo-desarrollo de las fuerzas productivas. Parece evidente que su agudización simultánea y creciente (1790-1830; 1840-1868) supone mucho más que un desarrollo independiente o incoherente de esas dos contradicciones.

³⁷ *El capital*, tomo I, cap. XXV.

Hemos trabajado en los aspectos fundamentales de la trata. Se ha avanzado, no hay duda, pero los caracteres que ella asume a partir de 1820 y, sobre todo, después de la crisis de los años 40, no han atraído toda la atención merecida. ¿Por qué? Digamos en primer lugar, que hay miles de documentos sobre esos períodos en nuestro Archivo Nacional; si hubiéramos de mencionar algunos nos remitiríamos a la Miscelánea de Expedientes, donde aparecen todos o la mayoría, de los que correspondían a la Comisión Militar Ejecutiva Permanente sobre los alijos de africanos contrabandeados. Esa documentación no solamente permitiría una apreciación, siempre tentativa, de los aspectos estadísticos sino, por igual, ofrecería materiales para descubrir las fases, tan conocidas en sus términos generales de represión cierta y de protección oficial no menos cierta de ese comercio nefando. El contrapunto entre gobernantes corrompidos (esclavócratas) y gobernantes honestos (liberales, si se quiere) ha sido heredado por nosotros a partir de los testimonios contemporáneos, sin más análisis. Sin embargo, la medida en que esto choca con la potencia omnimoda que atribuimos a la case de los hacendados esclavistas, no nos ha dicho gran cosa y hasta ahora, no ha movido nuestro interés en precisar los términos de la cuestión. Que hubiera una alianza social de intereses esclavócratas, es indudable, pero su dimensión, su poder real y sus caracteres, sus matices, debido a cierta movilidad de uno de sus factores (los gobernantes colonialistas) no han sido abordados a plenitud.

Todo ello tiene gran importancia como punto de partida de un análisis de clase de los problemas de la trata, incluso, la propia oligarquía esclavista, confundida unívocamente con la de los azucareros, no fue un conjunto histórico monolítico, particularmente después de 1840, o sea, cuando comienza la modernización tecnológica de los ingenios.

Con estas cuestiones apuntamos igualmente a la necesidad de vincular las permanencias históricas y los cambios a la expansión ideológica del esclavismo, sus relaciones con el surgimiento moderno del racismo, sus vínculos con la conciencia creciente del subdesarrollo como necesidad del capitalismo, sus conexiones universales ideológicas. A este efecto hay una copiosa bibliografía actualista desde fines del XVIII que llama a un trabajo sistemático más profundo por cuanto la hemos utilizado solamente o casi, como fuente de datos o expresión parcial de juicios, olvidando la posibilidad de abordarla como conjunto coherente o, en su caso, dar la medida de sus matices y contradicciones.

La visión de los vencidos entra de modo indudable en estas investigaciones sobre las clases y grupos sociales. Por un lado, hay palenques, que nos han revelado los colegas Franco y Deschamps, por otro, la resistencia «pasiva» del esclavo (destrucción de máquinas, automutilación, protestas, motines, sublevaciones) cuya frecuencia es cosa cierta. No carecemos de información. Son cuantiosos los documentos del Archivo Nacional en que los esclavos reflejan sus motivaciones e ideas: en esta dirección el papel repre-

sentado por los negros y mulatos libres ha sido olvidado, aun cuando, además de su acción consciente, debemos valorar su influjo objetivo sobre la marcha de la sociedad esclavista. Los fenómenos a que presta atención el colega Deschamps podrían servir de guía.

No menos significativo sería, dentro de las líneas de una indagación sobre las clases, analizar con cuidadoso esfuerzo los aspectos domésticos del esclavismo en Cuba. Quizás se hallen rasgos periféricos, dignos de una valoración precisa, como los tan enfatizados respecto de EE.UU., y Brasil, acerca del «prestigio» que constituía en la ideología y los patrones sociales la cuantía de los esclavos poseídos, tanto en las haciendas y negocios como en la casa del «señor».³⁸

La esclavitud doméstica en Cuba ha trascendido a la bibliografía internacional, como pilar de una conclusión comparativa que le comunica al régimen un grado de «dulzura» superior a cualquiera otra experiencia histórica esclavista moderna. Hasta qué punto esto ha sido una herencia automática de los defensores del esclavismo durante el siglo XIX está por dilucidar. Un cubano muy apreciable de aquellos tiempos —Luz y Caballero— consideró ese decantado sector de esclavismo patriarcal como elemento de corrupción de la sociedad y de los jóvenes, en lo que algunos han visto solamente un afán de «pureza» racial o social sin ahondar en su objetiva función crítica.

En este punto valdría señalar que se requiere un estudio sistemático de la legislación y las regulaciones subalternas u ocasionales. Parecería a primera vista que, en haciéndolo, nos mantendríamos en el campo de la pura y simple superestructura, pero si las normas jurídicas se explican por hecho o intereses de cada momento, se evidencia su importancia ideológica general, y, de otro lado, podrían revelar contradicciones y concesiones relacionadas con la realidad, o sea, mostrarnos una dinámica que desconocemos en buena medida. Por lo pronto nos parece advertir que, tras de las matanzas de 1843-1845, van apareciendo nuevos elementos en la legislación. Hasta qué punto respondían a una coyuntura efímera o hasta dónde anuncian reformas nacidas de la conciencia de la crisis general del colonialismo y en el caso, de la propia esclavitud, es algo que nos falta.

De importancia excepcional para una inteligencia satisfactoria del régimen y, sobre todo, de la totalidad de la historia nacional, nos parece el tema del esclavismo situado a la luz del desarrollo regional desigual que podemos apreciar (occidente, centro y oriente) en formación definida desde el siglo XVII.³⁹ A diferencia de Estados Unidos donde la porción más desarrollada era menos esclavista —lo cual constituye una conclusión muy acorde

³⁸ Juicio que hallamos expresado en la obra de Cooper, *op. cit.*, p. 3.

³⁹ En la *Historia económica de Cuba*, 2da. ed., La Habana, inicié el análisis de esa disparidad regional; en una historia agraria en preparación incluyo los rasgos del problema desde el siglo XVII.

con la lógica histórica de las transiciones sociales— en Cuba, las regiones menos esclavistas fueron menos vigorosas en su crecimiento y, sin embargo, en ellas, la clase dominante interna (terrateniente) tuvo la más clara primera conciencia de la necesidad del tránsito al capitalismo (1867-1871). Que ello fuera consecuencia de una mayor acentuación de la contradicción nación-colonia, debe ser estudiado, pero, de todos modos, precisamos saber cuál fue el grado de participación de la esclavitud en esos resultados hasta hoy aceptados o, a lo menos, aceptables.

7. A MODO DE CONCLUSIÓN

Hemos dejado al margen algunos problemas específicos. Por ejemplo, las relaciones entre el esclavismo y la cultura (artes y ciencias) que son de doble carácter, pues, de un lado, el régimen inspira el contenido cultural y, de otro, transforma a este en una fuerza orientadora o frenadora, según el caso.⁴⁰ En definitiva, no se ha intentado un balance pormenorizado de la temática en ninguna de sus dos partidas —debe y haber— y lo que pretendemos es atraer en algo la atención de colegas que, quizás, andan buscando temas sustanciales en qué emplear su vocación.

La multiplicidad de aspectos aquí esbozados sugiere una riqueza excepcional de posibilidades. Lo indicado en el texto no es, ciertamente, lo único que ameritaría un esfuerzo científico, incluso, pudieran formularse de otra manera los temas a que nos hemos referido. Los conceptos que han servido de indicación tienen una función ilustrativa, más que enunciativa de la investigación en concreto. En todo caso, los aspectos generales esbozados: modo de producción, trata, clases sociales, legislación, cultura, deben constituir un marco de referencia imprescindible, pues, de no respetarse, podríamos caer en un semillero irregular de monografías interesantes en la medida de su profundidad, pero alejadas de la preocupación central de esta ponencia que es la sistematización de los problemas con la finalidad de extender y refinar nuestra comprensión del régimen esclavista colonial.

Desde luego, esas cuestiones centrales no tienen por qué ser abordadas en su generalidad. Sería legítimo estudiarlas parceladamente: en un período, una determinada fuente siempre que sea rica en información, en forma comparativa, interna o internacional, en la forma que se acomode mejor a cada una de las hipótesis de trabajo. Siempre se requeriría respetar dos normas elementales: el análisis exhaustivo de las fuentes y su aprovechamiento expreso, porque debemos saber concretamente lo que añadimos al conocimiento o lo que aceptamos de ellas, y la sólida fundamentación marxista,

⁴⁰ Me limito a señalar el interesante rastreo de E. Sosa, *La economía en la novela cubana del siglo XIX*, La Habana, 1978. Independientemente de otros valores, la búsqueda en esa dirección señala la necesidad de extender con provecho el campo de la investigación.

que igualmente renuye de los conceptos resumidos, como de las novedades, muchas veces envejecidas ya, que se dan como última reflexión —preténdanse o no marxistas— de algunos centros dedicados a producirlas en serie. Dicho de otra manera: hay que disponer de un adecuado caudal de concepciones teóricas y de información para orientar el trabajo. Sería abusivo ir más allá en detalles y modos de hacer. Valga, sin embargo, decir que estamos en tiempo. Al fin y al cabo, lo que vale es aportar nuestra reflexión sobre la experiencia histórica nacional.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Aspectos y temas de la literatura martiniqueña actual*

René Ménil

La cuestión que voy a examinar en esta breve exposición, es la siguiente: *¿cuáles son, en la hora actual, los aspectos y los temas principales de la literatura martiniqueña?*

Dejaré deliberadamente fuera de mi análisis la parte muerta de la literatura martiniqueña, la que está al servicio de las fuerzas conservadoras y de regresión. Por lo demás, ella no tiene valor, no cuenta. Sólo consideraré las obras que expresan la vida y la voluntad de nuestra sociedad; una sociedad que sufre la opresión colonial y que, a través de numerosas contradicciones políticas y culturales, está empeñada en una lucha de liberación nacional.

En primer lugar, digamos que la literatura adquiere toda su significación, en la medida en que se encuentra ubicada en la vida política, social e histórica de la comunidad.

Para comprender la literatura martiniqueña hace falta que ustedes tengan presente algunos hechos que, entre otros, han marcado nuestra comunidad y aclaran en una gran medida la naturaleza y los problemas de nuestra literatura actual.

Ante todo, Martinica, país colonial clasificado por el imperialismo francés con el marbete de «departamento francés» o, incluso, de «parte integrante del territorio de Francia», se *constituyó* en sociedad *a partir de una verdadera tabla rasa*. En efecto, cuando los colonos franceses llegan a la isla, comienzan por exterminar a todos los caribes que la habitaban; los caribes

* Conferencia del ciclo «Literatura y Realidad Caribeña», impartido por jurados del Premio Literario Casa de las Américas 1979 y participantes en el Encuentro de Escritores del mismo año.

que se oponían a dejarse reducir a la esclavitud. Para asegurar el poblamiento de la isla y tener la mano de obra necesaria para el cultivo de la tierra, los colonos hacen venir esclavos de África.

De ahí resulta que en la lucha actual de liberación nacional, los martiniqueños no encuentran en su historia un pasado anterior a la colonización, por ejemplo, un Estado constituido, una nación formada, como ha sido el caso de Argelia y Viet-Nam combatientes.

De ahí provienen, en parte, las dificultades que encuentra aún la conciencia martiniqueña para afianzarse plenamente en el combate de hoy. No es una conciencia nacional que ha sido sofocada por la conquista colonial. Es una conciencia que tiene que formarse a partir de la colonización y en el interior mismo de la vida colonial.

En las condiciones que acabo de mencionar, las luchas anticolonialistas en Martinica atecarán más bien la forma de la lucha de clases y de razas que la de una lucha nacional cuyo objetivo sería restablecer una nación o un Estado con sus derechos anteriores.

En fin, el combate contra la opresión, por las mismas razones, va a desarrollarse en el sentido de lo que llamamos el asimilacionismo que lleva consigo la alienación. Asimilacionismo social y político: los esclavos martiniqueños adquieren su liberación en 1848, después de una insurrección, y reivindican la igualdad de los derechos políticos con sus amos de ayer. Así, van a tener acceso a la ciudadanía francesa y a beneficiarse progresivamente, por sus luchas, de las leyes francesas democrático-burguesas quedando dentro del cuadro colonial, es decir, sin que el pueblo martiniqueño tenga acceso al status de pueblo libre que goza del derecho a la libre disposición. Esta práctica política va acompañada necesariamente de una alienación progresiva, ya que el modelo político, social y cultural que se adopta es el de la metrópoli colonial.

Pero, felizmente, la asimilación de un pueblo por otro es un *fenómeno contra natura*. Paralelamente a esta corriente histórica de asimilación, la comunidad martiniqueña, compuesta de manera aplastante por negros y mulatos de ascendencia africana, no pudiera vivir fuera de su género, de su propia mentalidad. Por ejemplo, si la lengua francesa es la lengua oficial impuesta, el *créole*, que ha sido creado por los esclavos para hacerles frente a sus amos y vivir su vida de esclavitud, sigue siendo la lengua de comunicación popular, por excelencia. El folclore no ha podido ser reemplazado por los modos franceses de relatar los cuentos o de bailar. La historia misma de nuestro país se divide en historia de colonos e historia del pueblo martiniqueño.

Algunos de esos elementos históricos y sociológicos permiten comprender la naturaleza, las características y los temas de la liberación martiniqueña actual, de los cuales voy a definir en algunas palabras la intención fundamental.

Como la personalidad martiniqueña ha sido negada, desfigurada, alienada en el sistema colonial; la literatura tendrá por misión reconstituir esa personalidad, establecer con ella la identidad, mostrar con ella la autenticidad.

Como la conciencia martiniqueña carece de riqueza, de profundidad, de difusión popular, novelistas, poetas y críticos se movilizan para desarrollarla, exaltarla y cimentarla en toda su legitimidad.

En vísperas de la descolonización, los martiniqueños se preguntan sobre su identidad individual y nacional: «nosotros los antillanos, ¿qué somos en este mundo?» Se preguntan si la literatura responde «¡he aquí lo que ustedes son! —¡he aquí lo que ustedes deben ser!»

Los temas literarios tratados tienen así por función poner en claro los elementos constituyentes de nuestra personalidad nacional martiniqueña.

El tema tratado con más frecuencia en la literatura martiniqueña, el que toca comúnmente la sensibilidad de los escritores martiniqueños, es el de la raza; el tema de la raza negra y su valoración moral y estética.

El gobierno colonialista francés afirma hipócritamente que los antillanos son franceses; que se ponga un martiniqueño y un francés uno al lado del otro, y salta a la vista que pertenecen a etnias diferentes.

El *Cuaderno de un retorno al país natal* de Aimé Césaire (que ha sido traducido y editado por la Casa de las Américas hace algunos años), es el mensaje prestigioso, exaltado y rico que va a operar una reconversión y una transformación de la conciencia de los negros no sólo a escala de antillanos franceses sino también a escala mundial. Poema pedagógico en el mejor sentido de este término, el *Cuaderno de un retorno...* enseñará a los negros, colocados ante el desprecio racial de los colonizadores blancos, no sólo a aceptar su ubicación parcial sin complejos sino también a aceptarla con orgullo.

La tabla de valores morales y estéticos del racismo en el espacio colonial blanco se encuentra revuelta e invertida. Surge y se reparte por el mundo la idea de la belleza negra que Nicolás Guillén ha lanzado en brillantes poemas a Cuba.

¿Qué son los antillanos de la Martinica? La respuesta es: «Pertenecemos a la raza negra, somos los descendientes de los esclavos africanos trasplantados a nuestro suelo».

Después de Césaire, y con más o menos fortuna poética, martiniqueños y antillanos de lengua francesa van a producir poemas en que este elemento temático ocupa un lugar importante sino el lugar esencial.

Esta revalorización de la raza y de los «valores históricos negros» ha sido denominada «negritude» por el mismo Césaire que forjó la palabra hacia los años 30.

Este no es el lugar para analizar este concepto. Digamos simplemente que recobra dos cosas muy distintas: por una parte una poesía que, para no considerar solamente la del mismo Césaire, es un invento magnífico, y, por otra parte, una teoría del destino de los negros en el mundo actual.

Esta teoría, desarrollada sobre todo por Senghor, actual presidente de la República de Senegal, entraña muchos presupuestos políticos ocultos. Se puede tener muchas reservas acerca de esto.

Colonialismo y racismo son difícilmente disociables. Fuera de la poesía, este tema está todavía en el centro del teatro de Césaire: en la *Tragedia del rey Cristophe*, en su obra sobre Lumumba y, en fin, en *Una tempestad*.

En cuanto a Glissant, él va a poner en claro la situación colonial de Martinica, sobre todo en la novela, con *El Lagarto*, *El Cuarto Siglo*, etc. El tema de la ascendencia africana es la ocasión para una puesta en escena histórica en que se suceden las generaciones de negros y de colonos blancos para concluir en la sociedad mestiza de hoy.

Zobel en *La rue Cases-Nègres* ilustra el tema en el período contemporáneo.

El mismo problema de la identidad del negro sometido a la alienación cultural colonial, será tratado en el plano del ensayo crítico en revistas como *Légitime Defense*, *L'étudiant Noir*, *Tropiques*, *Acoma*, *Action*, a partir de 1930.

Pero es Fanon quien viene a dar un análisis y una ilustración ejemplares del drama de la alienación en los negros colonizados en su obra intitulada *Piel negra, máscaras blancas*. Se hacía posible, con la lectura de esta obra, entender mejor el mecanismo colonial que había producido el resultado absurdo siguiente: la introducción, por persuasión, del alma blanca del colono en el cuerpo negro del colonizado. Por eso se llegaba a comprender mejor cómo los colonizados consienten con demasiada frecuencia su propia opresión.

Hemos insistido con un poco de extensión en este tema porque nos aparece en el centro mismo de una nueva estética de la belleza negra o, teniendo en cuenta el mestizaje propio de nuestras islas, de la belleza criolla.

Pero se abre una segunda vía para la edificación y consolidación de la conciencia nacional martiniqueña; es la *vía histórica* o, en otros términos, el *recorso de la historia* de intención literaria, el que entonces hace surgir del pasado histórico elementos propios para dar densidad y riqueza a una conciencia nacional mal asegurada en sus bases reales aunque ella no duda de su legitimidad.

Se tratará de encontrar y esclarecer luminosamente los acontecimientos, los héroes del pasado que son susceptibles de constituir una sólida tradición de lucha por la dignidad y la libertad martiniqueñas frente a la opresión colonial.

Hemos dicho que Glissant ponía en escena el pasado martiniqueño y sus luchas sociales en la novela. Césaire, en el *Cuaderno*, no dejará de saludar en Haití al país donde la «negritude se puso en pie» por primera vez en 1792 y en Toussaint Louverture al primer insurgente negro de nuestros países contra la colonización y la esclavitud.

Los cimarrones se han convertido también en un tema de la poesía y de la novela desde hace algunos años.

Hay que relacionar con la literatura martiniqueña, los trabajos de un grupo de historiadores formado por las Universidades y que están en busca de documentos, testimonios y vestigios que permitan reconstituir la historia del pueblo martiniqueño desde los orígenes que datan de 1635. En Guadalupe y en Martinica las obras de historia se desarrollan cada vez más (estudios de Bangou, Armand Nicolás, Darsières, Delepine, etc.)

Después de la raza y la historia, la cuestión de las lenguas ocupa en nuestra literatura un lugar importante tanto en el plano de la crítica como en el de la creación literaria.

Dos lenguas son practicadas, una dominante que transfiere esencialmente los valores y los modelos de la metrópoli colonial: la lengua francesa. La otra, el *créole*, medio esencial de comunicación de las masas populares y campesinas, se encuentra en la situación de una lengua dominada y condenada a una suerte de clandestinidad por la fuerza de las cosas.

En el movimiento anticolonialista, dos corrientes se abren paso: una considera al *créole* como destinado a convertirse en la lengua nacional única; la segunda estima que el bilingüismo debería ser la solución al problema de las lenguas que han tenido una evolución particular en nuestro país donde el francés es comprendido y hablado (más o menos bien, es cierto) por la gran mayoría de la población. Se entiende que un uso igual de las dos lenguas sólo podría ser posible después de la descolonización.

Cualquiera que sea la solución política que se aporte al problema de la lengua, la situación literaria es la siguiente: las obras más notables se escriben en francés. Pero se desarrolla una literatura en lengua *créole* que se liga con la tradición oral de los cuentos relatados y no escritos. Esta nueva producción se escribe; mencionemos, por ejemplo, las obras de teatro y los poemas de Henri Melon, Gilbert Gratiant, Sonny Rupaire, Georges Fitte-Duval, etc.

Las investigaciones lingüísticas que se efectúan sobre el *créole* bajo el impulso de Jean Bernabé, por ejemplo, y el empleo del *créole* en diferentes géneros literarios son un nuevo y poderoso medio para abordar y explorar más profundamente el mundo de nuestro folclor.

El folclor también debe servir para el enriquecimiento de la conciencia nacional martiniqueña (cuentos, cantos, bailes).

En fin, un último tema de la literatura martiniqueña es el que desarrolla el sentimiento de la unidad de los pueblos y de los países del Caribe. Estos pueblos y estos países han conocido el mismo destino colonial, haya sido su imperialismo, español, francés, inglés, holandés o norteamericano. Es así como a la solidaridad con el «África de los Orígenes», viene a sumarse una nueva emoción: la de una comunidad de cultura que agrupa a las islas esparcidas.

Esta emoción traspasa tanto la poesía de Césaire como la de Glissant o Desportes. Es a esta apertura hacia el exterior que nosotros debemos el hecho de que la literatura martiniqueña no se encierre en las concepciones estrechas del regionalismo aldeano sino que se califique en nuestros mejores escritores como una literatura verdaderamente humanista presta a escuchar y a retransmitir los mensajes venidos del mundo entero.

Para concluir esta exposición necesariamente breve quisiera que recogieran esta idea que resume la cuestión literaria martiniqueña en esta fecha: *parte integrante de la lucha política de liberación nacional, la nueva literatura martiniqueña trata de expresar el alma y la vida del pueblo martiniqueño en su más grande hondura y en su más grande verdad. Ella está empeñada en el combate por la libertad. Ella se diversifica buscando en diferentes vías medios estéticos variados para cumplir su tarea con el máximo de eficacia revolucionaria.*

Traducción del francés por Roberto Román.

La literatura en haitiano*

Maximilien Laroche

Hablar de la literatura en haitiano es comprometerse a mantener dos argumentos: el de evocar un pasado del cual nos es preciso reconocer que estamos aún muy ignorantes y el hablar de un porvenir del que debemos confesar que es al menos hipotético.

En realidad, lo que se denomina indiferentemente el *créole*, debe llamarse más bien haitiano, en el caso de Haití, es decir, tomarlo por lo que es: un idioma nacional. Al igual que debe admitirse que los dialectos que tienen base lexical francesa y que se hablan en Guadalupe, Martinica, Guayana, Reunión y la Isla Mauricio, constituyen idiomas de vocación nacional. Idiomas, porque esos dialectos poseen fonética, morfología, sintaxis y una semántica que los diferencia muy claramente del francés, aunque toman de ese idioma una gran parte de su vocabulario. Por ese motivo, esas lenguas poseen, evidentemente, una vocación de idioma nacional si los países donde se hablan alcanzan, como Haití, el estatuto de estados nacionales. Pero, debemos tener en cuenta que esto representa enfocar un futuro más bien que la realidad actual, porque aún en Haití, donde el haitiano, o sea, el criollo, es el vehículo de comunicación de toda la población, este idioma está aún muy lejos de ocupar la posición que le corresponde normalmente.

Por otra parte, hablar de la literatura haitiana es hablar de un pasado. La historia de la formación y desarrollo de la lengua haitiana y de otros idiomas criollos, está aún por hacer y el análisis de las características internas de esos idiomas está aún lejos de alcanzarse. Eso explica el porqué la ortogra-

* Conferencia del ciclo «Literatura y Realidad Caribeña», impartido por jurados del Premio Literario Casa de las Américas 1979 y participantes en el Encuentro de Escritores del mismo año.

fía del haitiano y de los otros idiomas criollos no ha sido fijada aún. Ahora bien, la fijación de la ortografía es una de las condiciones de la posibilidad de escribir en un idioma y, por lo tanto, de la constitución de una literatura. Por otro lado, no es solamente en el problema de la literatura en lo que estriba la ausencia de una ortografía. También lo está en la alfabetización de las masas haitianas. En el fondo, no se podrá establecer una comunicación normal entre haitianos hasta el momento en que aquellos que escriban puedan ser leídos por todo el mundo y en el idioma común, el haitiano, según un sistema fijo de representación gráfica, pero nos parece que esto llevará aún algún tiempo antes de realizarse.

El haitiano, o si se prefiere, el criollo (*créole*), se habla corrientemente por toda la población de la República de Haití, de la cual sólo un diez por ciento ha aprendido a leer, a escribir y a hablar francés. Sin embargo, este último es el idioma oficial del país y no fue hasta después de la última constitución haitiana, en los años sesenta, más de siglo y medio después de la independencia, que se reconoce al ciudadano haitiano que no habla francés el derecho a utilizar el criollo en los tribunales, o la posibilidad para los representantes del pueblo de utilizarlo durante el transcurso de sus debates o en casos de manifestaciones públicas. No obstante, aún no es el idioma de las actas oficiales, que se redactan en francés. Para alfabetizar al pueblo que no ha aprendido a utilizar el francés, se han lanzado, desde 1944, diversas campañas de alfabetización en idioma criollo.

Hasta el momento actual, éstas presentan desventajas principalmente por la ausencia de una ortografía. Puede apreciarse bien cómo este problema, en apariencia técnico, está marcado por las posiciones ideológicas puesto que una de las razones que han impedido a los lingüistas haitianos y extranjeros comprenderse entre sí es que ellos se dividen en partidarios de una ortografía denominada etimologista, más bien afrancesada, y en partidarios de una ortografía denominada fonética, en la cual algunos temen ver la amenaza de un norteamericanismo.

En espera de que se dilucide este debate, puede decirse que el criollo no ha dejado de realizar progresos, puesto que hoy día, la radio difunde cada vez más, programas en idioma haitiano. Además de los textos literarios, puede observarse que desde 1950 se hace teatro en idioma haitiano que cada vez resulta más valioso. Ya no se utiliza más el idioma criollo para describir personajes populares bajo un aspecto cómico ni para caracterizar las costumbres populares, sino para presentar con arte y emoción, las situaciones graves y hasta para abordar temas sociales.

En conclusión, es preciso notar la existencia de una prensa periódica que tiene sobre todo un carácter religioso, pero que realiza un trabajo de educación ampliamente meritorio. La lengua haitiana durante estos últimos treinta años, ha visto mejorar sus estatutos y se ha extendido su uso. Pero, sobre todo, es necesario señalar que este mejoramiento de las regulaciones

del idioma nacional no le permite aún convertirse en el instrumento eficaz de transformación de aquellos que lo utilizan como el medio casi exclusivo de comunicación. Porque fundamentalmente, su situación de idioma hablado, pero no escrito, no ha cambiado. Al haitiano a quien se habla de su vida en idioma criollo le es cada vez más posible oír hablar de esta vida en su idioma, pero le falta aún verse y representarse en ese idioma. En resumen, el problema de una literatura en haitiano no es sino un aspecto del problema de la transformación de uno mismo por la percepción y la representación, por la imagen de sí misma que una colectividad pueda darse con la ayuda de diversos instrumentos, entre ellos la literatura.

HISTORIA DE LA LITERATURA EN HAITIANO

La historia de la literatura en haitiano hecha con la perspectiva de un estudio de las condiciones conjuntas de la transformación de la imagen en sí, de la colectividad haitiana, nos obliga, por consiguiente, a revisar nuestros criterios y cambiar nuestro vocabulario. Hablar de ese modo de una doble literatura haitiana, en el fondo no es más que reconocer el carácter diglósico de las relaciones del idioma en Haití y alinear los principios de la crítica literaria sobre el análisis sociolingüístico de las obras de estilo. Si realmente la diglosia es el caso de la dominación de un idioma por otro, dentro de una colectividad, tal es evidentemente la situación de Haití donde el francés es el idioma dominante y el haitiano o criollo es el idioma dominado. Lo que no deja de afectar la comunicación literaria en esa comunidad, pues reduce el circuito de esa comunicación al 10% de alfabetizados, los únicos que pueden leer o escribir en francés o en haitiano, o aún más, porque bloquea el proceso de fijación de una ortografía en haitiano al polarizar el debate sobre los aspectos secundarios de este problema.

Además, una historia de dos literaturas haitianas permite comprender que la verdadera posición de la literatura haitiana no se sitúa en la contradicción entre la escritura en francés y la escritura en haitiano, sino en la oralitura y en la escritura. Si en realidad el pueblo en su integridad habla haitiano y lo que necesita para transformar su situación económica, social y política es cambiar su palabra en escritura, es en el mismo idioma de su palabra que debe realizar esta transformación, es decir, de la forma que menos traicione esta palabra popular. En la situación actual de la escritura haitiana que es el monopolio de una minoría de alfabetizados, el objetivo principal de una literatura en haitiano no puede ser otro que pasar a la escritura esa oralitura popular de la cual, hasta las obras escritas en francés siempre han exigido traducciones.

Como la oralitura es el conjunto de las producciones de la lengua hablada, y como la literatura es el conjunto de las producciones de la lengua escrita, puede comprobarse que es una novela como *Gobernadores del rocio* de Jacques Roumain, lo que hay de lenguaje, de temas, de los caracteres de los

personajes y hasta de las estructuras de la narración, se inspira profundamente en los modelos que ofrecen los cuentos populares haitianos. Esto ha sido explícitamente investigado por un discípulo de Roumain como Jacques Stephen Alexis, pero ya había sido expresado como principio de la escritura por Justin Lhérisson.

En medio de una oralitura popular en lengua haitiana, vigorosa y diversificada, aunque poco conocida y despreciada, y una literatura en francés que no es después de todo, sino la traducción de los temas y las estructuras de esta oralitura, se perfila la evolución de una literatura en haitiano de la cual podremos resumir la cronología por medio de la tabla que ofrecemos en la página siguiente.

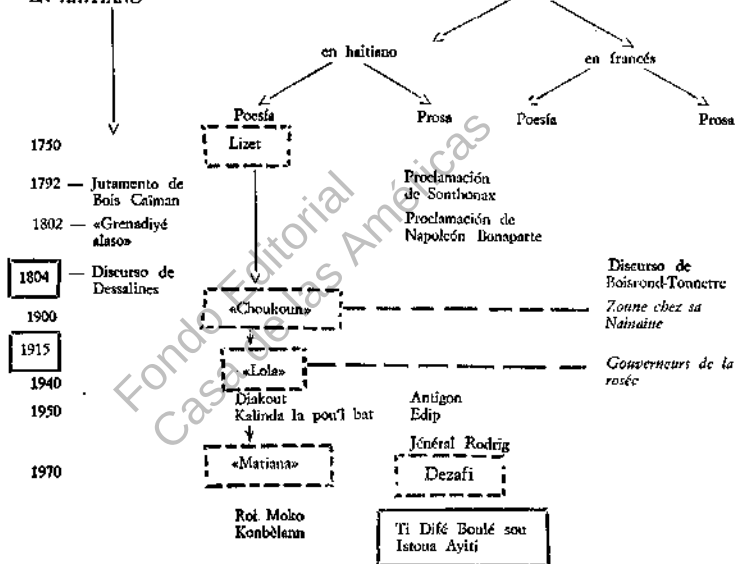
Esta tabla nos permite comprobar que si desde 1950 los poemas de Félix Morisseau-Leroy, Franck Fouché, Claude Innocent, Rassoul Labuchin, Paul Laraque, George Castera, Lyonel Vilfort y de muchos otros, hacen de la literatura en haitiano y particularmente de la poesía, el medio privilegiado de la expresión de un compromiso social o político, es porque la literatura y el idioma, o sea, el modo y la forma del contenido no son incompatibles primeramente con el contenido y luego entre ellos. Porque en la literatura haitiana, bien se trate de una canción antigua como «Grenadiyé alasó» que cantaban los soldados en la guerra de independencia, o de un proverbio siempre de actualidad que afirma que «palé fransé pa di lespri,» la lengua criolla siempre ha combatido la contradicción que oculta la diglosia haitiana, es decir, la jerarquización social que la relación entre los dos idiomas permite mantener.

Al igual que la lengua haitiana es el resultado de una mezcla arbitraria realizada por los esclavos africanos de la lengua dominante de los amos franceses, la escritura actual en haitiano se esfuerza en realizar arbitrariamente la escritura dominante del francés por la oralitura de los dominados. Así, Rolph Trouillot en *Ti difé boulé sou istoua ayiti* no se contenta en su nueva historia de Haití, que escribe en haitiano, con cambiar los puntos de vista tradicionales de una historia anecdótica e idealista, sino que propone que se lea de ahora en adelante la historia de Haití de la misma manera que el cuento popular haitiano.

Se trata de una revolución si se considera que la literatura en haitiano, en sus comienzos, ni siquiera estaba escrita por haitianos y, menos aún, según las perspectivas haitianas. Realmente, el primer texto literario en haitiano del que disponemos, «Lizet kité laplinn» y que data de 1750, es obra de Duvivier de la Mahotiére, consejero de la Corte en Puerto Príncipe y, por tanto, un miembro de la clase de colonos esclavistas. De ese modo, el criollo, «Arma forjada, sin embargo, para luchar contra sus amos», fue utilizada por estos últimos para sus propios fines. No hay nada asombroso en ello,

ORALITURA
EN HAITIANO

LITERATURA



en esta guerra de amos y esclavos que se libraba en varios frentes, los primeros no dudaban en sacar partido de la ventaja que les representaba el dominio de la escritura. Tendrían así el recurso de la escritura en criollo en dos momentos claves de la historia de la revolución haitiana, mientras que se hacía indispensable para ellos amansar a los esclavos sublevados. Sonthonax, comisario delegado para la Convención de restablecimiento del orden en la colonia de Santo Domingo, trastornado por la sublevación de los esclavos en 1792, redactó en criollo la proclamación que hizo para anunciar la abolición de la esclavitud. Napoleón Bonaparte, que envió en 1802 una expedición militar contra Toussaint Louverture, igualmente lanzó una proclamación en criollo para incitar al pueblo a someterse.

Como puede imaginarse, esta utilización del criollo por Sonthonax y por Bonaparte, no era sino una aceptación aparente de la realidad para tornarla mejor a su favor. Pues Sonthonax que parecía conceder la libertad a los esclavos, en resumidas cuentas no hacía más que reconocer el estado ante el cual la sublevación de los esclavos había colocado a las autoridades francesas de Santo Domingo. Además, Napoleón Bonaparte, al dirigirse en criollo a la población de Santo Domingo, se esforzaba en reducir a la dimensión de una insubordinación individual, la política de independencia nacional de Toussaint Louverture. En resumen, el criollo, lengua de los esclavos, en las manos de los amos, servía para opacar la realidad, tanto porque se utilizase para poder atribuirse el mérito de una medida, como para servirse de él para disminuir la importancia de una actitud.

No fue sino en los alrededores de 1950, o sea, más de siglo y medio después de la independencia, que la literatura en haitiano verdaderamente se liberara de la tutela de un modelo extranjero cuya imitación le imponía una retórica, una temática y una ideología extranjera a su razón de ser. Al igual que la literatura en la lengua francesa comenzó por ser una literatura de imitación, los escritores haitianos de lengua criolla comenzaron a imitar los modelos de escritura en haitiano que les había legado la época colonial, o por inspirarse en modelos extranjeros, principalmente franceses. «Choukoun» de Oswald Durand se inspira directamente en esa «poesía de las mujeres galantes» de las cuales «Lizet» es un ejemplo, y que tuvo su florecimiento en la época de la colonización. Se acaba de descubrir recientemente en los Estados Unidos una colección de poemas del género cultivado por Duvivier de la Mahotièrre, publicado por un colono que había huido de la revolución. Por otra parte, en la misma época de Oswald Durand, Georges Sylvain se inspiraba en las fábulas de La Fontaine para escribir su colección de fábulas criollas, *Gric-Crac*. Finalmente, puede observarse que no es sino desde hace muy poco, con *Bouki nan Paradis* de Franck Fouché, que se encontraría la fórmula de un teatro original en haitiano, puesto que, también dentro del mismo dominio, aún se buscaría hasta 1950, tanto en las leyendas grie-

gas *Antigona*) como en las piezas francesas (*El Cid*), modelos gracias a los cuales puede ilustrarse y defenderse la lengua haitiana.

Lizet

DUVIVIER DE LA MAHOTIÈRE

(Con la música de: *Si yo fuera el belecho!*)

I

Lisette quitté la plaine
Mon perdi bonher à moué;
Gyé à moin sembié fontaine,
Dipi mon pas miré toué.
La jour quand mon coupé canne,
Mon fongé zamour à moué;
La nuit quand mon dans cabane,
Dans dromi mon quimbé toué.

II

Si to allé à la ville,
Ta trouvé gaine Candio
Qui gagné pour tromp fille,
Bouche doux passé sirop.
To va erer yo bin sincère,
Pendant quier yo coquin tro;
C'est Serpent qui connaître
Crié Rat, pour tromper yo.

III

Dipi mon perdi Lisette,
Mon pas souchié Calinda
Mon quitté Bram-bram sonnette
Mon pas batte Bamboula
Quand mon contré laud'négresse.
Mon pas gagné gyé pour M;
Mon pas souchié travail pièce
Tout qui chose a moin mourir

IV

Mon maigre tant com'gion souche
Jambe à moin tant comme roseau,
Mangé na pas doux dans bouche,
Tafia même c'est comme dyo.

I

Lisette, tu huyes al llano,
Mi felicidad ha volado;
Mis lágrimas como doble fuente,
Corrieron sobre tus pasos.
De día, cortando caña,
Sueño con tus dulces encantos;
Sueño que en mi choza,
La noche te encierra en mis brazos.

II

Encontrarás en la ciudad,
Más de un joven frívolo
Que de su boca con arte destila
Una miel dulce pero picante.
Crearás su corazón sincero:
Su corazón sólo quiere engañar;
La serpiente sabe simular
La rata que desea devorar.

III

Mis pasos lejos de Lisette,
Se alejan de Calinda;
Y mi cinturón de cascabeles
Languidece sobre mi piel negra.
Mis ojos en otras bellas.
No contemplan ya a la moier;
El trabajo me llama en vano.
Mi mente está anonadada.

IV

Perezco como una cepa.
Mis piernas son frágiles cañas
Ningún plato place a mi boca,
El licor se transforma en agua

Quand mon songé, toué Lisette,
Dyo toujour dans jîé moin.
Magnier moin vini trop bête,
A force chagrin magné moin.

V

Liset'mon tandé nouvelle,
To compté bintôt tourné:
Vini donc toujours fidelle,
Miré bon passé tandé.
N'a pas tardé davantage,
To fair moin assez chagrin,
Mon tant com' zozo dans cage,
Quand yo fair li mouri faim.

Cuando pienso en ti, Lisette,
Mis ojos se inundan de lágrimas.
Mi razón está lenta y distraída
Se entrega a todos mis dolores.

V

Pero, ¿es verdad bella mía,
Que vendrás dentro de poco?
¡Ah! regresa siempre fiel,
Crear es menos dulce que sentir.
No tardes mucho más,
Para mí es mucha la tristeza;
Ven a sacar de su jaula,
Al pájaro consumido de hambre.

Tomando como ejemplo «Choukoun» de Oswald Durand, «Lola» de Zo Salnave y «Mariana» de Paul Laraque, para resumir e ilustrar el desarrollo de la literatura en haitiano, aseguramos, por lo tanto, una selección que permite, en el interior de una misma temática amorosa, subrayar el paso de una literatura de imitación (Choukoun) hacia una literatura de innovación (Lola, Mariana). Esos poemas que pertenecen a la literatura, tienen también la ventaja, por su forma cantada* de realizar del mismo modo la oralitura. El éxito popular de «Choukoun» y de «Lola» lo confirma. En último lugar, por el momento de su composición: los años 1900, «Choukoun»; 1940, «Lola»; 1970, «Mariana», esto permite enlazar esas obras a tres momentos claves de la historia de la sociedad y de la literatura haitianas: El período después de la independencia (1904-1915), el de la ocupación norteamericana (1915-1950) y el que a partir de 1950 se caracteriza por la formación de una diáspora haitiana es el de una literatura en el exterior de Haití.

Choucoune [Choukoun]

OSWALD DURAND

Dèriè gnou gros touff pinguin
L'aut'jou moin centré Choucoune:
Li sourit l'heu'li oue moin,
Moin dit: «Ciel! a la bell'meunel»
Li dit: «Ou trouvé ça, cher?»
P'tits zoézeaux ta pé couté nous lan
[l'air...

* Esta conferencia fue ilustrada con interpretaciones musicales de los poemas por la cantante haitiana Marta Jean-Claude. (N. del E.)

Quand moïn songé ça, moïn gangnin
[la peine,
Car dimpi jou-là dé pieds moïn lan
[chaine!
Choucoun', cé gnou marabout;
Zyeux-li clairé com'chandelle;
Li gangnin téré doubout..
—Ah! si Coucoun'té fidèle!
—Nous rété causer longtemps...

Jusqu'zoézeaux lan bois té paraitr'
[contents!
Pitôt blié ça, cé trop grand la peine.
Car dimpi jou-là, dé pieds moïn lan
[chaine...
P'tists dents Choucoun' blanch' com'
[laitt

Bouch'li couleur caimite;
Li pas gros femme, le grassett';
—Femm' com' ça, plai moïn teut' de
[suite...
—Temps passé pas temps jedi!...

P'tits zoézeaux lan bois, té oué nous
[seuri:
Si yo songé ça, yo deué lan la peine.
Car dimpi jou-là, dé pieds moins lan
[chaine...
N'allé la caz' manman li:
—Gnou grand moun' qui bien ho-
[nnete!

Sitôt li ouè moïn, lit dit:
—Ah! moïn content ci-là nette!
—Nous boue chocolat aux noix...

Est-c' tout ça finim p'tits zoézeaux
[lan bois?
Pitôt blié ça, cé trop grand la peine,
Car dimpi jou-là, dé pieds moïn lan
[chaine..
Gnou p'tit blanc vini rivé,
P'tit barb' roug', bell, figur' rose,
Montr' sous coté, belle chivé...

--Malheur-moin, li qui la cause!...
 Li trouvé Choucoun' joli...
 Li parlé françé, Choucoun' aimé-ü...
 Pitôt blié ça, cé trop gran la peine,
 Choucoun' quitré moin, dé piéds moin
 [lan chaine...

Mariana

PAUL LARAQUE

Mariana dous pasé kann kréòl
 ay manman son tablèt lakòl

Tout tan do'l pa touché tè
 ou pa kab di ou amaté
 min kou ou pasé pié
 sé li ki pi présé

Mariana dous pasé kann kréòl
 ay manman son tablèt lakòl

Vant li fré tankou nannan kòk olé
 li cho pasé tizon kifé
 sé jodi ou fi-n bout
 Mariana ap di ou chéri pa banm tout

Lola

ZO SALNAVE

I

Chak jwa mwina fè rankont ak kou
 Mwin santi'm resouvwa yon kou
 Mwin santi'm m'ta mairó a jeneu
 M'ap viv san fe mant toutou
 Sé lan piyé ou mwina vlé kouché
 Sé là selman mwina ta caché
 Mwin pap bat kon amaté
 kap maché fè male

O yon parey boté
 kapab fè yon nonm vln ébété
 O ala yon bel djal
 tizié'l yo samblé de boul kristal

Anvan yon lot pran plas sila
 lesé yon chans pou mwìn, Lola
 tout moun di ou sanblé prinses
 Mè va trété ou tankou deés
 Mwìn deyò pou m'fe sakrifis
 Mwìn vlé tounin konpé malis
 ki di pigé kout sé pran devan
 koté k'jin konkiran (Rep.)

III

bo' ou ap maché fè afansien
 pasé ou sé yon atraksion
 koté ou ralé néj kon lémac
 ki jè yo tounin anganman
 dek yon moun jwin maujé kolé
 i fok ou bau'm anvi reté
 sé là touton m'apè mouri
 si ou p'a ban'm lavi (Rep.)

ESCENOGRAFÍA DE «CHOUKOUN»

«Choukoun», de Oswald Durand, puede considerarse como una pequeña obra de teatro en la cual los papeles son desempeñados por las figuras del lenguaje. De ese modo, un simple cálculo permitiría comprobar que el personaje que habla en el poema, se representa allí cinco veces como agente, en la función gramatical de sujeto y diez veces como víctima en la función gramatical de objeto. Esto no puede dejar de ser particularmente significativo si se tiene en cuenta el hecho de que en el criollo haitiano, el pronombre personal sujeto y el pronombre personal objeto tienen la misma forma: «mwìn». Así, el yo que se ve y se representa al mismo tiempo como sujeto y objeto, se expresa, sin embargo, dos veces más frecuentemente como objeto. Podría proseguirse este examen de los pronombres como actuantes y analizar, por la utilización del pronombre criollo de la primera persona del plural «nou», la posibilidad de casos donde el protagonista y su amada actúan de mutuo acuerdo (tres veces) y los casos en los que los observadores, que son los pájaros, los ven actuar (dos veces) y poder entonces distinguir, cuando se utilice el pronombre «nou», la posibilidad de que la acción que se presenta como conjunta, pueda ser sólo una ilusión del exponente. En fin podría también considerarse, a partir de la utilización del pronombre de la tercera persona «li», la verdadera función dramática que desempeña «Choukoun» en ese pequeño drama. Antes de entrar en acción, ella ha ayudado al protagonista de la acción. Luego, decide traicionarlo. ¿Por cuáles razones?

Para poder responder mejor a esa pregunta, tratemos de trazar un bosquejo de una escenografía del poema. Podremos captar mejor los significados sociales del poema de Durand.

El decorado lo constituye una representación de un exterior y de un interior. Desde luego, el exterior abarca el interior. Pero éste es doble, se divide en un falso exterior el espacio en que se encuentra «dèyè yon gros tout pingouin» y «la caz manman li» que es un verdadero espacio interior. Ahora bien, existe una contradicción entre el exterior y el interior puesto que lo decide «dèyè yon gros tout pingouin» y lo confirma «la caz manman li», pero lo anula la aparición del «pequeño blanco». Puede hasta decirse que para el protagonista de esta acción dramática, el espacio exterior es el lugar donde él libra un combate del que ha creído salir victorioso por un engaño. En realidad, el encuentro con Choukoun, protegido por el denso grupo de pingüinos y luego la visita a la cabaña de la madre, constituyen unas maniobras realizadas a escondidas, fuera del alcance de las miradas. La referencia a los pequeños pájaros y al consentimiento de la vieja madre, que está considerada como una persona muy honesta es, por otra parte, un esfuerzo por parte del protagonista para sustituir a los falsos jueces por el verdadero árbitro de la situación. Así, se dice de los pájaros que escuchaban «que parecían contentos» al ver que Choukoun y el protagonista se encontraban, o bien «que debían estar apenados del fracaso de este último». Pero esto no es cierto. Igual que uno puede preguntarse si la madre dispone de la autoridad suficiente para sellar la unión del protagonista y de Choukoun. Porque el padre de Choukoun se encuentra ausente, no se dice que no existe.

Por todos esos engaños, esas maniobras y juegos de escondite, nos damos cuenta de que se trata, en primer lugar, de que el protagonista realice un desplazamiento horizontal que le permita sustituir un espacio interior, subjetivo, por un decorado o medio objetivo para luego, con una perspectiva vertical, cambiar una cierta forma de la autoridad.

La ausencia del padre, por lo tanto, de una figura positiva de la autoridad y del poder, constituye, con toda evidencia, el nudo del drama. El objetivo no confesado del protagonista es encontrar un sustituto de esa figura que le permita alcanzar el objetivo señalado: la conquista de Choukoun. Realmente, el «pequeño blanco» por su súbita aparición y por los rasgos que lo caracterizan, tanto simbólicamente (barba, cara rosácea, cabellos) como económicamente (reloj al costado) representa la figura de una autoridad y de un poder presentes y efectivos cuyo carácter antagónico para una persona haitiana se da por el modo de expresión lingüístico (li palé francé) que es también una forma de seducción (Choukoun aimé li). En ese poema en el cual el sujeto expresa su discurso en haitiano, para un personaje caracterizado sobre los planos étnicos, lingüísticos y sociales como extranjero y vencedor, el hecho de encarnar la figura del poder y de la autoridad, explica el giro del complot y de maquinaciones secretas que toma el comportamiento del protagonista.

Por esta razón, aparte del poema, no se hace sino reflejar una situación neocolonial de la sociedad. Situación que se califica como diglósica cuando se desea permanecer dentro del dominio de la lingüística. Tal era el caso de Haití en la época de Durand y de tal modo permanece aún. Veamos por qué en la literatura en haitiano, al igual que en la literatura en francés, no es sino después del choque producido por la ocupación de Haití por Estados Unidos que se buscará una renovación de las perspectivas y particularmente de una nueva encarnación de la figura de la autoridad y del poder. En realidad, la búsqueda de identificación denominada «indigenismo» en la literatura y que ha llevado a los escritores a inspirarse en las tradiciones populares, en lugar de imitar a los modelos extranjeros, no es otra cosa que una voluntad de encarnar de un modo distinto la figura del padre, de la autoridad, del poder. Inspirarse en las tradiciones populares no es otra cosa que reconocer, o por lo menos comenzar a hacerlo, que la oralitura, esa *vox populi* es la forma de expresar una soberanía, una autoridad y un poder que no pueden ser más que del pueblo.

Por lo tanto, es preciso considerar la literatura en haitiano de una manera general, pero en particular su desarrollo desde 1915, en esta perspectiva social histórica. Esto explica, en primer lugar, que el segundo término de esta literatura, ese decorado exterior que abarca los poemas, sea siempre, de manera explícita o tácita, el de una lucha. A un punto tal que hasta la evocación del amor se convierta en la representación de un conflicto. Entre el sujeto de la oración y un «pequeño blanco» en «Choukoun»; entre ese sujeto y un adversario denominado «amatè» en «Lola» y en «Mariana»; porque si existe un punto común entre esos tres poemas, es esa diferenciación que se hace entre el sujeto de la oración y el otro, en una rivalidad en la cual la mujer amada —Choukoun, Lola o Mariana— es lo que está en juego.

Desde luego, desde ese mismo punto de vista, es conveniente captar una evolución de la que esos poemas marcan las etapas. El enemigo, el «pequeño blanco», el cual, en «Choukoun» era lo más exterior, bien porque la raza, la lengua y la clase social eran diferentes de las del exponente, se convierte en ese «amatè» tan próximo al sujeto que expresa, que él es hasta el modelo a quién ese sujeto rehúsa a semejarse en «Lola» o que renuncia a igualar en «Mariana».

Es por eso que la conquista amorosa representada de esa forma en esos tres poemas, puede considerarse como la representación simbólica de una conciencia colectiva comprometida con el proceso de su unificación.

El enamorado y la mujer amada constituyen los dos polos de esta conciencia colectiva. Su diálogo comprometido se interrumpe, luego se reanuda a través de esos poemas, testigos de la historia de un esfuerzo por representar un frente unido contra un adversario que se aprende a reconocer cada vez más por sí mismo.

La tradición oral en Surinam *

Trudi Guda

EL PAÍS

Sin duda ustedes conocen que Surinam ha sido colonia holandesa durante mucho tiempo y sólo hace unos pocos años, en noviembre de 1975, se hizo independiente. Está situada al norte del continente suramericano y forma parte de las tres Guayanas: Guayana Francesa, Guyana y Surinam, antiguamente Guayana Holandesa.

LA POBLACIÓN

La población de Surinam es de unas 400 000 personas, sin contar las 150 000 que emigraron a Holanda antes de la independencia.

Como en el resto del Caribe, la composición de la población refleja las distintas etapas y sucesos de la vida colonial. Están los amerindios nativos, ahora un pequeño grupo de ocho a diez mil personas.

Existen varios grupos de africanos, entre ellos los cimarrones que lucharon por su libertad y ahora viven en el interior, en colonias semiautónomas. Hoy son aproximadamente 50 000 personas. Están los descendientes de los antiguos esclavos que se mantuvieron en la servidumbre hasta la abolición en 1863. Viven en la zona costera y en su mayoría emigraron a la capital, Paramaribo. Hoy suman 120 000 personas.

* Conferencia del ciclo «Literatura y Realidad Caribeña», impartido por jurados del Premio Literario Casa de las Américas 1979 y participantes en el Encuentro de Escritores del mismo año.

Existe además, un pequeño grupo de chinos, portugueses, indios y javaneses traídos para dar solución a los problemas de la fuerza laboral de la colonia cuando los antiguos esclavos pidieron lo que fue considerado un pago excesivo por su trabajo. Estos grupos, junto con los blancos, conforman la población con un claro predominio del grupo indio.

SITUACIÓN CULTURAL

Cada uno de los distintos grupos étnicos posee una historia cultural propia. Los descendientes de esclavos, llamados criollos, y las comunidades cimarronas Saramaka, Ndjuka, Paramaka, Matawai, Kwinti y Boni poseen culturas que se desarrollaron en el propio Surinam durante las tres últimas centurias.

La cultura de los amerindios es mucho más antigua, mientras que los otros grupos étnicos trajeron consigo culturas de Europa y Asia. Esta última incluso en una fecha tan reciente como 1937.

En el proceso inevitable de aculturación mutua, el ideal cultural de todos los grupos era, y aún es, el occidental, que todavía constituye un instrumento indispensable para el éxito social. Una élite local de judíos y mulatos dominó por mucho tiempo a los otros grupos, que se consideraban automáticamente pertenecientes a la capa social inferior como trabajadores y campesinos, por su insuficiente dominio de la variante local de la cultura occidental.

Los llamados criollos, descendientes de antiguos esclavos, fueron quienes más sufrieron culturalmente con esta situación. Su religión estuvo prohibida por ley hasta 1971; su lengua, el *sranantongo*, la lengua de contacto de todos los grupos étnicos, era considerada inferior; sus sistemas de unión conyugal no eran reconocidos.

INVESTIGACIÓN

Creo que estas fueron las razones que me llevaron a investigar los tesoros culturales de los negros criollos.

Mi origen se encontraba en la clase media, donde los negros y la cultura negra, así como todas las demás culturas salvo la dominante, se consideraban inferiores.

Concentrándome en las tradiciones orales, principalmente en los cuentos, encontré en la religión, la lengua, las canciones y las leyendas, ejemplos de resistencia, al menos espiritual, al sistema esclavista, que merecían ser acentuados. Además, deseaba realizar un intento por complementar la historia escrita con la historia oral —de existir ésta—, de los pueblos que hasta entonces eran tratados únicamente como objetos en el proceso histórico e

introducírlos como sujetos humanos en un período especialmente trágico y condenable de la historia.

Esta investigación, para la que después de haberla comenzado por mi cuenta con ayuda de mi marido, obtuve un donativo del Ministerio de Educación, aún está muy lejos de terminarse. Gran parte de las conclusiones que plantearé hoy son por tanto preliminares. Sin embargo, no vacilaré en exponer algunas de mis ideas, basadas en mi investigación hasta el momento, y en la literatura existente sobre la tradición oral de los criollos de las capas inferiores de Surinam.

DEFINICIÓN

Como los africanos traídos a Surinam, con pocas excepciones, eran incapaces de leer y escribir, todos los aspectos de su cultura se transmitían oralmente. Desde este punto de vista, podía considerarse que las tradiciones orales transmitían el conjunto de la cultura: la religión, los hábitos sociales, mitos, el conocimiento de las hierbas, las curaciones. Para definir el campo de estudio debemos, sin embargo, según el enfoque científico actual, centrarnos en textos, transmitidos en forma más o menos fija y conocidos en la comunidad de generación en generación. En lo que respecta a los criollos de Surinam, esto comprende las letras de canciones, religiosas o no, casi todas en *sranantongo*, pero con remanentes de lenguas africanas; textos religiosos, en *sranantongo* y lenguas africanas, y cuentos folclóricos, en *sranantongo*.

EJEMPLOS

Como antes expresé he limitado mi investigación hasta el momento a los cuentos folclóricos. Desearía también ofrecerles ejemplos de letras de canciones. Por razones en gran medida prácticas, pues éste es el material que he encontrado en el Departamento de Música de Casa de las Américas, pero también porque creo que las canciones son más interesantes para los oyentes que no comprenden la lengua.

Ofreceré algunos ejemplos grabados de canciones en lengua *saramaka*, es decir, de uno de los grupos cimarrones, y otros ejemplos de los criollos.

Desde un punto de vista científico no debía intentar hacerlo, porque no domino la lengua *saramaka* ni tampoco he elaborado hasta ahora una comparación entre las tradiciones de los distintos grupos de ascendencia africana en Surinam. Pero creo que sería interesante lanzar algunas sugerencias, por supuesto, con la reserva necesaria.

La mayor parte de las canciones no religiosas, tanto de los negros urbanos como de los cimarrones, son comentarios de sucesos sociales, con gran atención a las relaciones entre los sexos.

La primera canción que escucharán es un *adunke*, una antigua canción saramaka, que trata sobre un hombre y una mujer. Es una canción de amor:

Mi amado Diseni, tú, amado Diseni
Llamo a Diseni desde el río.
Lo llamaré con voz de terciopelo
Si me contesta lo oiré
dondequiera que duerma
ha de venir a mí.¹

Este tipo de canción podría compararse, a mi entender, con las canciones criollas llamadas *krioro drom*. Estas canciones casi siempre tratan sobre un hombre y una mujer. En la canción *krioro drom* que les cantaré, la mujer se queja de que el hombre no le compra vestidos y cosas. No tiene nada que ponerse, mientras las otras mujeres tienen montones de ropas. Por el tipo de ropa que menciona en la canción, creo que puede fijarse en una fecha posterior a la abolición de la esclavitud, posiblemente en el período del contrato obligatorio de diez años que la siguió.

Tetey-o, na mi e weri tetey
tetey-o, na mi e weri tetey.
Ala den trawau, den go na waka,
den abi den koto, den abi den linga,
den abi den krara, den abi den jrangi,
den abi den angisa, den abi den yaki.
Tetey-o, na mi e weri tetey
Pe mi baya de?
Na mi e weri tetey.

(Ripios, estoy vestida con ripios
Ripios, estoy vestida con ripios.
Las otras salen y se pasean
tienen sus *koto*, tienen sus anillos
tienen sus cadenas de cuentas, sus *sari*
tienen sus pañuelos y blusas.
Ripios, estoy vestida con ripios
¿Dónde está mi novio?
Estoy vestida con ripios).²

¹ Traducción al español de una versión inglesa de la canción saramaka. (N. del E.)

² Traducción al español de la versión en inglés de Vernie A. February, en *Creole Drum*, editado por Jan Voorhoeve y M. Lichtveld, New Haven-London, 1975, p. 27. (N. del E.)

Ahora podrán escuchar un fragmento de una canción saramaka acerca de cómo bailaban cuando fueron libres, después del tratado de paz con los holandeses en el siglo XVIII:

La libertad está aquí,
Dios da, nosotros aceptamos,
la libertad está aquí.³

Otra canción *adunke*, que también trata sobre un hombre y una mujer. El hombre, *kuasi*, lleno de celos, no quería que su mujer fuera al baile. Alguien que estaba allí, y que sabía que a ella le gustaba bailar mucho, pregunta:

¿Por qué no viniste a la danza *alele*?

ella responde:

Ese sinvergüenza *kuasi* no quiso que yo viniera

¿Por qué no viniste a la danza *alele*?

Ese sinvergüenza, sinvergüenza *kuasi* no quiso que yo viniera
hasta me encerró en la casa

ese sinvergüenza, sinvergüenza *kuasi* no quiso que yo viniera⁴

En las canciones pueden escucharse fragmentos de la lengua saramaka. La última canción saramaka que oírán es una forma moderna de canto y baile llamada *seketi*. Esta habla sobre la tierra de los saramaka. Es un lamento por las consecuencias de construir una planta de energía eléctrica en la región, que causó la inundación de una gran parte de su territorio.

Saramaka se ha hundido, Dios mío,
Saramaka se ha hundido,
Lindeman⁵ lo hizo. Lindeman lo hizo⁶

Es verdaderamente un comentario social.

En los centros urbanos, debemos buscar la música *kawina*, para compararla con la *seketi*. La mayor parte de los textos de *kawina* se refieren, como también la *seketi*, *krioro drom* y *adunke*, a la eterna lucha entre los sexos. Pero como ya vimos, también se hacen comentarios sociales. De *kawina* no tengo ejemplos que presentar, pero traje conmigo un disco con fragmentos de canciones criollas y textos más antiguos. Primeramente escucharán *kanga*.

Originalmente los *kanga* fueron canciones y juegos infantiles. Las canciones *kanga* que escucharán, sin embargo, se presentan en el contexto del *laku pré*. Esto requiere alguna explicación.

³ Traducción al español de una versión inglesa de la canción saramaka.

⁴ *Idem*.

⁵ Nombre de un ingeniero norteamericano. (N. de la A.)

⁶ Traducción al español de una versión inglesa de la canción saramaka.

Gran parte de la cultura criolla se restringe hoy a usos religiosos. Por ejemplo, el *krioro drom*, el tipo de canción que canté, sólo se emplea hoy en una parte de la ceremonia religiosa llamada *bania-pré*. Éste es un juego dedicado a los antepasados. El vínculo se establece a partir de que aquellos que murieron hace mucho gustaban de cantos y bailes *bania*, *kanga*, *susá*, *laku* en sus tiempos. De modo que para agradar a los que uno desearía presentes, se deben hacer las cosas que a ellos les gustaban.

De este modo se transmiten fragmentos de la cultura antigua, aunque sea sólo en ceremonias religiosas.

La religión de los criollos se llama *winti*. Como ocurre con todas las religiones afroamericanas, sus vínculos con las religiones africanas son evidentes, aunque en Surinam no parece haber existido una fuente dominante. El panteón de dioses, aunque suficientemente interesante, no muestra sincretismo con el cristianismo, como por ejemplo en Haití y Cuba, sino con las religiones de los amerindios nativos.

Resulta interesante la alta valoración de los dioses africanos llamados *Kromanti*, que se supone inmunicen contra las balas y cuchillos.

Una descripción del *winti* aparece en la obra *Suriname Folklore* del famoso antropólogo norteamericano Melville Herskovits, publicada en la década del treinta. También en la tesis para el doctorado, publicada hace algunos años, del investigador surinamés Charles Wooding, quien posee conocimientos profundos del *winti*, titulada *Winti, una religión afroamericana en Surinam*.

De modo que las canciones *kanga* que escucharán ahora están interpretadas en el contexto del *laku pré*, otra ceremonia religiosa. La primera canción incita a bailar *kanga*. La segunda trata sobre la experiencia durante la esclavitud de los jóvenes que tenían que recoger café, cuyas manos no eran lo suficientemente rápidas por lo que eran flagelados por el capataz negro.

Mamama

Papapa

Kofi lepi na bon,

tobo no furu

—A da mi-o papa a da mi-o

Basya e wipi mi

—A da mi-o papa a da mi-o

(Mamá

Papá

El café ha madurado en la mata.

La canasta no está llena

El me da

Papá. El me da

El capataz me pega

Él me da

Papá, él me da)⁷

Después, una canción cantada para *papa winti*, también llamado *papa vodu*. La última canción que escucharemos es una canción propiamente *laku*, su texto es un ejemplo de la capacidad poética y la creatividad de un pueblo cuyo espíritu no fue cabalmente domado, a pesar de la esclavitud:

Yo soy gallo macho

con mi corona en la cabeza.

Yo soy gallo macho

con mi corona en la cabeza

aunque el cuchillo esté en mi cuello

mi corona permanecerá en la cabeza

EL ODÓ

La canción que acabamos de escuchar es buen ejemplo del arte del *odó*. Los *odó* se usaron y se usan, como canciones, así como en la forma de proverbios. Los *odós* pueden improvisarse. Son alusiones por medio de las cuales se dan a conocer los sentimientos sin revelarlos literalmente.

El arte del *odó* fue muy útil durante la esclavitud, donde se emplearon como formas de expresión de los esclavos que de ese modo no podían ser reprimidas por sus amos. Un famoso ejemplo de *odó* es la canción que se cantaba en un *bania-pré* de una plantación donde casi todos los esclavos escaparon al bosque en las festividades. El *odó* que cantaron esa noche, incluso en presencia del dueño decía:

Granmastra odi o

Bigimisi odi o

tamara te ju no si mi moro

Miaw!

(Te saludamos, amo;

Te saludamos, ama;

Mañana, cuando no me veas,

Miau! [no estaré aquí ya])

El arte del *odó* se amplió, después de la esclavitud, de las canciones y proverbios a las ropas y los pañuelos, que tenían nombres *odó*, aludían a per-

⁷ Traducción al español de la versión en inglés de Vernie A. February, en *Creole Drum*, ed. Jan Voorhoeve y M. Lichtveld, New Haven-London, 1975, p. 67. (N. del E.)

sonas, situaciones y ocasiones específicas. Varias formas de pañuelos de cabeza tenían nombres *odó*, con las que quien los usaba podía expresar sus sentimientos.

Todos estos trajes existen aún, pero se van haciendo obsoletos en el proceso de aculturación de los criollos urbanos y su transición de la cultura oral a la escrita.

CUENTOS FOLCLÓRICOS

Lo mismo ocurre en el arte narrativo. Los velorios, especialmente en el octavo día después del entierro, aún se observan, pero los cuentos y canciones que eran típicos de estas ocasiones gradualmente son reemplazadas por himnos de iglesia. Los cuentos, algunos de carácter erótico y grosero comienzan a ser considerados herejes.

Un nombre general para todos los cuentos folclóricos de Surinam es el *Anansi tori*. Eran cuentos sobre *Anansi*, conocida en el Caribe y África como héroe, o más bien antihéroe de los cuentos folclóricos, que obtenía sus propósitos no mediante la excelencia moral sino por trucos e incluso traiciones.

Otra categoría de *Anansi tori* son los *ondrofeni tori*, cuentos sobre la experiencia de la vida, donde el héroe obtiene la victoria por su alta calidad moral y respeto a los ancianos. Muchos de los *ondrofeni tori* poseen motivos folclóricos conocidos, situados sin embargo, en el escenario de la esclavitud. Los cuentos de la esclavitud se llaman también *ondrofeni tori*. En ellos, los cuales me interesan de modo particular, y en los que pretendo centrar mi investigación, se presenta la vida de los esclavos con todas las variantes de comportamiento, desde el rebelde hasta el colaborador. A veces toman la forma de cuento folclórico clásico, en el que el protagonista encuentra obstáculos y adversarios, así como ayudantes inesperados con los que logra resolver los problemas y obtener por ello una recompensa.

Las adivinanzas y alegorías, *adjersi tori*, también formaban parte del velorio de ocho días; y eran considerados también una categoría especial de *Anansi tori*.

Junto a los cuentos *Anansi tori*, había una ceremonia religiosa que ponía fin al período luctuoso, 40 días, llamada, *Anansi tori pré*. En estas ocasiones, se narraban hechos históricos de los antepasados y se interpretaban también *Anansi tori*, con frecuencia de naturaleza erótica, se actuaban, junto a bailes y cantos, con los espíritus de los antepasados unidos a los vivos.

Estos *Anansi tori pré*, al igual que la narración de *Anansi tori*, en los velorios, permitían la participación de la comunidad. Los presentes participaban cuando lo deseaban, con un cuento o una canción.

Muchas de las cosas que he mencionado hoy aparecen en una obra llamada *Creole Drum*, antología de literatura criolla en Surinam, de Jan Voorhoeve, publicada en 1975. Esta obra contiene ejemplos de literatura oral y también de literatura escrita en *sranantongo*, estos últimos de fecha bastante reciente. Sin embargo, aún queda mucho por hacer. Ante todo, los cuentos y canciones que ya están grabados deben analizarse según las formas literarias, valor étnico e histórico, y emplearse en comparación con las tradiciones orales de las otras culturas afroamericanas del Caribe.

Esto, por supuesto, no es labor para una sola persona. Por lo tanto, desearía llamar a todos los interesados en compartir información y participar en la investigación, no sólo por curiosidad profesional sino también humana, y por la necesidad de cobrar conciencia más íntima de la verdadera historia del pueblo, la *intrahistoria del pueblo*, como diría Unamuno, que sólo ahora comenzamos a escribir.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

Puerto Rico: visión de un Ilustrado

Nara Araújo

Incuestionable es el valor de los libros de viajes como fuente de conocimiento a los efectos de completar la información que por otros medios se puede obtener sobre un área determinada, e incluso a veces llenar un vacío al no existir otras obras que cumplan esta misión. En el caso de América —territorio altamente atractivo para los viajeros— es larga la lista de hombres destacados que, fascinados por lo que en estas tierras encontraron, se dieron a la tarea de escribir y anotar sus descubrimientos primero, y luego de publicarlos. El de Humboldt es un caso clásico.

Su famoso recorrido por tierras americanas que se inicia en 1799 tiene un antecedente en un viaje más limitado en su extensión e implicaciones, realizado sólo dos años antes por una expedición de científicos franceses que permanecen un año en la isla de Puerto Rico. Para la historiografía de esta Antilla, *Viaje a la Isla de Puerto Rico*, traducción de un fragmento de una obra mayor, *Voyage aux îles de Tenerife, la Trinité, Saint Thomas, Saint Croix et Porto Rico*, París, 1810, del naturalista francés André Pierre Ledru, resulta un texto de necesaria y valiosa consulta. Esta obra, y la *Historia Geográfica Civil y Natural de la Isla de Puerto Rico*, Madrid, 1788, del fraile benedictino Iñigo Abbad y Lasierra, son obligados puntos de referencia para el interesado en la sociedad puertorriqueña del siglo XVIII. Y es por azar que la obra de Ledru llega a la isla, pues un puertorriqueño (Acosta) la descubre, ya en el XIX, en un *bonquiniste*,¹ a orillas del Sena, lo trae a la tierra y allí es traducido por D. Julio Vizcarrondo (Imprenta Militar de J. González, Puerto Rico, 1863). Sobre esa publicación opina el escritor español, Carlos Peñaranda, en sus *Cartas Puertorriqueñas*, Madrid, 1885:

¹ Vendedor de libros viejos.

He dejado para lo último el examen de una obra rara que aunque de origen francés es relativa a esta Antilla y está traducida por uno de sus hijos (...) De esta obra que trata de la descripción geográfica de Puerto Rico, de algunas de sus costumbres, y de su historia, así como de su flora, ha extraído el sr. Acosta, en sus notas a la historia de Fray Lúigo lo más importante; es, sin embargo digna de estudio, y tanto el sr. Acosta que adquirió y pudo hallar en París un ejemplar del original francés, desconocido entonces en la Isla, como el sr. Vizcarrondo, al emprender la tarea de traducirlo, han prestado a su país señalado servicio.

La edición consultada a los efectos de esta nueva presentación para una publicación caribeña, es la realizada en 1957 por la Universidad de Puerto Rico, introducida por el profesor de ese centro, E. Fernández, que a su vez reproduce la de 1863. Puede consultarse un extracto de la misma, en la antología de documentos y crónicas históricas (1493-1955) que el propio profesor realiza en 1969 para el mismo centro de estudios. Por otra parte, el libro de Ledru aparece continuamente citado como referencia en las principales obras sobre esta isla en esa etapa.

Las condiciones mismas y las características del viaje de este naturalista resultan atractivas: se trata de la primera expedición científica a Puerto Rico. Esta investigación contaba con el respaldo del Directorio —por aquel entonces a la cabeza de la Revolución Francesa— quien por la persona de su Ministro de Marina y Colonias, y a tenor de una propuesta del director del Museo de Historia Natural de París, nombra a los miembros del equipo científico. Este debía recoger en la isla de Trinidad los restos de una valiosa colección de plantas, aves, frutas que el capitán de la marina mercante francesa y aficionado a l estudio de las ciencias natirales, Nicolás Baudin, había dejado allí, a causa de los destrozos ocasionados por un huracán a su buque en el Caribe (1796), luego de su viaje por China, Islas de Sonda, Indostán y el Cabo de Buena Esperanza. Al mismo tiempo, los viajeros debían estudiar las islas visitadas desde los puntos de vista geológico, botánico, zoológico y etnográfico.

El grupo, llamémosle técnico, estaba compuesto por un botánico, un jardinero, un físico, y a la vez médico, un geólogo, un pintor —al parecer el único español— un zoólogo, un naturalista y un ingeniero. La tarea encomendada a Ledru de manera precisa por el propio Ministro del Directorio en carta dirigida personalmente a él, (12-IX-1796) consistía en: «reunir objetos de Botánica e Historia Natural, formando colecciones que enriquecerían al Museo Nacional». En sentido general, el grupo viaja con un plan de trabajo muy concreto en instrucciones para cada uno de los miembros de la expedición, que elabora el propio director del Museo de París.

De El Havre zarpan —provistos de un salvoconducto del almirantazgo inglés—, el 30 de septiembre de 1796, en la urca *Angellica* de 800 t., con 108 hombres a bordo. Ya en Tenerife deben cambiar por roturas para el bergan-

ría *Fanny*, y salen para su destino, Trinidad, el 15 de marzo de 1797. Pero hasta ella no pueden llegar pues está en manos inglesas; pasan por Saint Thomas, y en un barco con más capacidad para transportar las muestras recogidas en las Canarias y en las Antillas Danesas (el *Triunfo*, fragata de 400 t. forrada en cobre y apresada por un crucero francés a los ingleses), se dirigen hacia Puerto Rico. Llegan a San Juan el 17 de julio de 1797. Permanecerán en esta Antilla hasta el 13 de agosto de 1798 en que regresan a Francia, cargados de aves, insectos, conchas, minerales y plantas destinadas al Museo de Historia de París y al *Jardin des Plantes*.

Menester es, quizás, advertir al lector de algunas cuestiones en relación con el testimonio que nos ocupa, con el fin de contribuir a su más exacta comprensión y valoración. En primer lugar, se ha señalado que el naturalista se sirvió del libro ya mencionado de Fray Iñigo, como una especie de guía en sus descripciones, luego, que al parecer cometió algunos errores en sus anotaciones de carácter botánico y geográfico (como hablar de nieve en el pico del Yunque), y por último nosotros anotamos que su posición frente al sistema español imperante en la isla, no podía ser muy crítica, pues la expedición viajaba con autorización de la corte de Madrid, en un momento en que ambos gobiernos eran aliados frente a la «pérfida Albión».

Sin embargo, las observaciones de este destacado botánico de treinta y seis años de edad, son valiosas y guardan la frescura de un científico que trata —al menos así parece— de ser objetivo y de atenerse muy mucho a lo que ve.

Viaje a Puerto Rico, consta de diez capítulos, una introducción de Ledru, documentos de la época, relativos al viaje (cartas del Ministro de Marina, instrucciones del director del Museo de París y otros) y excelentes notas del traductor. En realidad, es Vizcarrondo quien redacta el último capítulo, y en él hace un resumen del regreso de los franceses a París. En los nueve restantes, Ledru aborda diversos aspectos: clima, población, agricultura, comunicaciones, flora, fauna y otros, de no menor interés.

Coincide la presencia de los científicos en el Caribe con el último ataque que los ingleses intentan contra Puerto Rico. En efecto, la expedición, que se ha refugiado en St. Thomas (29 de abril de 1797) al no poder entrar en la Trinidad recientemente inglesa, conoce que desde hacía varios días los ingleses sitiaban a San Juan. Ledru considera necesario incluir en su libro un capítulo (el V) en el cual se narren los sucesos de este sitio. La causa de este ataque obedecía a:

Viejos deseos en los ingleses de apropiarse de Puerto Rico. Cuando España se alía a Francia (1796) comienzan los preparativos para conquistar por las armas, lo que no se adquiría por la diplomacia. Los ingleses toman Trinidad y luego se pretende atacar a Puerto Rico. Los

puertorriqueños se defendieron, llegaron a la capital de todos los puntos de la isla.²

En efecto, San Juan, plaza fuerte amurallada, entre los castillos de la Fortaleza, el Morro y San Cristóbal, y que a la sazón contaba con 253 cañones, 20 morteros, 3 pedreros y 4 obuses,³ resistió —defendida por españoles y criollos—⁴ tenazmente al invasor. Histórica es la activa participación que los negros de la isla tuvieron en tan sostenida defensa:

(...) el gobernador Ramón de Castro fortaleció sus ejércitos con un regimiento de negros nativos, organizando también otra compañía de negros esclavos para cooperar en la defensa de la ciudad. La compañía de morenos (...) se cubrió de gloria, durante el sitio de la capital.⁵

Con motivo de la victoria sobre los ingleses, el Consejo de San Juan elevó una serie de peticiones a la metrópoli, entre las que se incluían —entre otras de carácter honorífico— «hacer de San Juan puerto franco y libre para el comercio, a lo menos por veinte años; liberar a sus habitantes del pago de diezmos, primicias». España concedió sólo las honoríficas, no las económicas y declaró a San Juan, «por su constancia, amor y fidelidad (...) muy noble, y muy leal esta ciudad».⁶

La convivencia racial dentro del ejército, que contribuyó al triunfo sobre los ingleses, era un reflejo de la situación social existente en la isla. La población esclava, que en 1765 era de 5 037 negros, aumentó a 17 500 en 1794.⁷ En 1791, España —algo atrasada— había proclamado la libertad de comercio negrero en las provincias de Santa Fe, Buenos Aires, Caracas y las islas de Santo Domingo, Cuba y Puerto Rico.⁸

Por otra parte, y curiosamente, Puerto Rico comparada con otros territorios no recibió grandes contingentes de esclavos africanos, «por la escasez de ca-

² Loida Figueras: *Breve Historia de Puerto Rico*, tomo I, editorial Río Piedras, 1969, p. 158.

³ Juan A. Silén: *Historia de la nación puertorriqueña*, Río Piedras. Ed. Edil, 1973, p. 75.

⁴ «Para 1641, ante la ausencia de ropa regular y la ausencia de reemplazos, se decide incorporar a los criollos como soldados de la guarnición... esto servirá para ir creando unas gradaciones sociales en base a rango, condecoraciones y premios que permitirán la integración de un minoritario sector a la estructura de poder español en la isla». Juan A. Silén, ob. cit., 69.

⁵ Luis M. Díaz Soler: *Historia de la esclavitud negra en Puerto Rico*, Ed. Universitaria, Puerto Rico, 1974, p. 246.

⁶ Juan A. Silén: ob. cit., pp. 76-77.

⁷ Luis M. Díaz Soler: ob. cit., pp. 98-99.

⁸ Por Real Orden se estableció en 1796, en Puerto Rico, un regimiento y arancel de gobierno para la captura de esclavos prófugos o cimarrones. Cabe añadir que las primeras rebeliones de esclavos se dieron en el siglo XIX.

pit! para adquirirlos (...) Los negros preferían conducir sus cargamentos a la isla de Cuba y a tierra firme, donde acaudalados estancieros pagaban buenos precios. Un estudio de las transacciones negreras de Puerto Rico revela que allí los negros siempre se cotizaron muy bajo».⁹ Aún así, recaía sobre la población esclava —concentrada mayormente en las costas, en las grandes haciendas azucareras—, la producción fundamental del país.

Ledru, como lo haría un fisiócrata, observa: «La agricultura, la primera y más honrosa de las artes está entregada a manos de los esclavos como una ocupación envilecida y deshonrosa, de modo que 17 500 hombres son los únicos encargados de satisfacer las necesidades de 130 000 habitantes.»

Al aumento de la población esclava se añade la llegada a la isla de negros fugitivos de otros territorios esclavistas antillanos. Las autoridades de Puerto Rico decidieron —tan pujante era esta inmigración— crear un poblado donde pudieran congregarse estos negros ya libres, previa conversión a la religión católica y la aceptación de ser fieles a la Corona española:

Esos negros libres constituyeron el núcleo fundador del poblado de San Mateo de Cangrejos, el cual hubo de convertirse luego en el aristocrático barrio de Santurce. La tierra arenisca de San Mateo de Cangrejos permitió la producción de frijoles, yuca, batatas, arroz y legumbres. La confección de casabe constituyó la principal fuente de ingresos de aquella población. Para 1776, el poblado se componía de once casas de paja y una pequeña iglesia, localizada junto al mar.¹⁰

Ledru recorre este poblado —en sus palabras, «célebre desde que los ingleses operaron allí su infructuoso desembarco el 17 de abril de 1797»— en su viaje hacia Fajardo y sobre él apunta: «(...) aunque habitan un suelo árido, cultivan con buen éxito muchos frutos y legumbres para el consumo de San Juan. Este pueblecillo cuenta ciento ochenta casas y sobre setecientos habitantes».

En realidad, el aumento de la población, fácilmente apreciable en la observación de Ledru, no se limitó a los negros. Todos los historiadores coinciden en que el crecimiento poblacional fue una de las características del siglo XVIII en Puerto Rico.¹¹ Durante ese período, se fundan nuevos pueblos (1714, Cangrejos; 1729, Añasco; 1730, Tuna; 1736, Guayama; 1739, San

⁹ Luis M. Díaz Soler: ob. cit., p. 195.

¹⁰ *Idem*, p. 236.

¹¹ El aumento de la población se aprecia en la Memoria de O'Reilly, de 1765, que «arroja un saldo de 44 883 entre los cuales había 5 037 esclavos. En 1776, la población aumentará a 70 000; en 1786, a 96 000; en 1796 a 133 000 y en 1800 la isla contaba ya con 155 426.» Manuel Maldonado Denis: *Puerto Rico, una interpretación histórico-social*, México, Edit. Siglo XXI, 1974, pp. 20-21.

M. de Urquidó) y se produce una fuerte inmigración de extranjeros como resultado de la Revolución Francesa y de la haitiana. Este elemento extranjero dio un impulso a la agricultura puertorriqueña.

Ledru alude repetidas veces a la mezcla racial:

(...) la mezcla de blanco, mulato y negros libres formaba un grupo bastante original, los hombres con pantalón y camisa de indiana, las mujeres con trajes blancos y largos collares de oro, todos con la cabeza cubierta con un pañuelo de color y un sombrero redondo galoneado, ejecutaron sucesivamente bailes africanos y criollos al son de la guitarra y del tamboril llamado vulgarmente *bomba*.

Esta mezcla racial sienta las bases de la nacionalidad en este período, en el cual, «se echan en la tierra los cimientos de la sociedad puertorriqueña, San Juan se convierte en la segunda plaza fuerte de América, se liberaliza el comercio, se introduce el cultivo del café, se intensifica el contrabando y todo ello coincide con un notable aumento de la población».¹² Por aquel entonces dirá Fray Isidro: «(...) dan el nombre de criollos indistintamente a todos los nacidos en la isla de cualquier casta o mezcla de que provengan. A los europeos llaman blancos o usando de su misma expresión, hombres de la otra banda».¹³

Todos estos aspectos positivos se dan, claro está, en el marco de una sociedad sometida al estado colonial. Todo el poder residía en el gobernador español,

de quien dimanaban todas las órdenes, como gobernador militar y político, superintendente de los ramos de la Real Hacienda y vicepatronato real. Tiene intervención en las provisiones de los curatos, en las ventas de las rentas y fábricas, de las iglesias; y dispone de las tropas y milicias para la defensa, les pasa revista, entiende en sus causas, preside en las Juntas de Real Hacienda y es juez superior a todos los tribunales de la isla.¹⁴

Puerto Rico será pues, una de las colonias menos atendida por la metrópoli, y la ayudará fundamentalmente en tanto que plaza militar: «El desarrollo de la colonia durante los siglos XVII y XVIII estará vinculado al desarrollo contradictorio entre San Juan, fortaleza y cárcel militar y el resto de la isla, (ruralia)».¹⁵ Ledru, científico ilustrado, comenta críticamente el atraso de la agricultura, a pesar de la feracidad de la isla en ciertos renglones (azúcar, al-

¹² *Ibidem*.

¹³ Citado por M. Maldonado Denis, ob. cit., p. 22.

¹⁴ *Ibidem*, p. 21.

¹⁵ Juan A. Silén: ob. cit., p. 67.

godón, tabaco, café); la falta de comunicaciones adecuadas, «el trabajo de un hombre vale en la isla cuatro reales diarios y el de un caballo ocho»; el monopolio comercial, el atraso en el empleo de la técnica, el déficit en el presupuesto, el atraso en la educación: «...en vano buscaría el viajero manufacturas o colegios... El pueblo yace en la más completa ignorancia, los frailes y algunas mujeres enseñan a un corto número de niños los elementos de la religión y la gramática, y las siete décimas partes de la población de la isla, no sabe leer».

Es precisamente como resultado del aislamiento de esta Antilla, su abandono comercial y situación económica, que desde el siglo XVII (1662) el contrabando se había enraizado como una forma de sobrevivir: «El extranjero que conoce la situación del colono impone a éste la ley, y él mismo es el que fija el precio de lo que vende y lo que compra, quedando aquel sin embargo muy contento del negocio y dispuesto siempre a tratar con el primer navegante que quiera acercarse a sus costas.»

En su descripción de San Juan, el francés destaca la desigualdad social mediante la explicación de los distintos tipos de vivienda en el campo y hace consciente al lector: «...téngase en cuenta que trato de pintar solamente las costumbres de la mayoría de los habitantes, pues los colonos ricos viven como los europeos, y en sus casas se encuentran licores, vinos, muebles, etc. y su manera de vivir se asemeja más a la de las grandes ciudades».

En realidad Ledru, buen científico, buen observador, no descuidó ningún aspecto a la hora de anotar sus observaciones: éstas van desde el estado de las de una pereza e indiferencia inconcebibles. Dueños de una de las mejores islas vida económica, los hábitos culinarios. Renglón especial le otorga a la flora y la fauna, ¡que le fascinan! Es crítico con los hacendados, que a su juicio «son de una pereza e indiferencia inconcebibles. Dueños de una de las mejores islas del Nuevo Mundo, podrían con facilidad aclimatar en su suelo todas las producciones de la Europa y de la India, y rodearse de envidiable bienestar». Para Ledru son «crueles con sus esclavos».

Si no es más crítico con el estado de cosas en la isla, se debe en gran medida al carácter oficial de la misión que desempeñaba, a nombre de un gobierno aliado de España. Pero además, el propio Ledru ofrece una explicación:

He sido testigo de muchos abusos, y estaba casi en el deber de señalarlos y apuntar las reformas que en mi juicio debieran introducirse en varios ramos de la administración pública; pero he tenido un especial cuidado en no manchar mi pluma, como lo han hecho no pocos escritores, con sarcasmos e ironías (...), ese género poco delicado se confunde con la sátira, tan fácil de lastimar el agradecimiento y la justicia...

Ledru, como buen Ilustrado, explica las diferencias de la sociedad por la vía de las instituciones y el progreso espiritual:

...cónstame bien que las colonias que fundaron los europeos no se hallan todas a la misma altura respecto a ilustraciones, industrias o ideas liberales; pero las causas de estas notables diferencias dependen sólo de la historia general de los progresos del espíritu humano, y de la duración de algunas instituciones, unas favorables y otras contrarias al desarrollo intelectual (...) por eso las imputaciones injuriosas que tienden a macillar la masa de una nación, son tiros mal asestados, que sólo prueban la maldad del crítico.

La obra de Ledru es de hecho, un antecedente de la de Humboldt, no sólo en el orden cronológico, sino también en el espíritu que lo anima. Ambos científicos, viven y vivencian una época —la de la Ilustración— en que la burguesía europea más avanzada demanda mejoras técnicas, promueve el desarrollo de la ciencia y se proclama defensora de la educación como un medio de adelanto social. Esto está en el francés, como luego estará en el alemán.

Con y por esa óptica «ilustradora y civilizadora», Ledru no peca de laudatorio. Un balance de sus observaciones sobre la economía y desarrollo general del país indica un espíritu crítico y severo. Ledru sólo es totalmente benévolo cuando se trata de las bellezas naturales de Puerto Rico y de la calidad hospitalaria de sus habitantes:

...debido a su fertilidad, posición y extensión, se ha visto enriquecido con los más bellos vegetales del Nuevo Mundo. Los habitantes no ceden en moralidad a ningún pueblo conocido y superan a muchos en lo sincero de su amistad y en la generosa hospitalidad que los caracteriza...

Y si alguna deficiencia encuentra de conjunto, se la atribuye a la manera de Montesquieu al clima: «la falta de ejercicios, el inmoderado uso de los licores y bebidas cálidas, los desvelos, las pasiones del amor llevadas al último grado: todo revela la efervescencia que produce en la sangre el calor».

La lectura del texto de Ledru es fácil y agradable. Su tono no es el de un frío científico, microscopio o bisturí en mano. El francés es bien sensible y su pluma puede lograr pasajes de un colorido que estimula la imaginación:

...tanto los hombres como los niños, y sobre todo las mujeres, acuden a las procesiones del rosario, que se repiten de noche dos veces por semana; reúnen de 3 a 400 devotos, y colocados de dos en dos, marchan a paso lento, llevando cada cual una linterna en la mano: tras ellos van los frailes cantando las letanías de la Virgen al son de las guitarras que componen la orquesta; y un pertiguero, que lleva un estandarte rodeado de campanillas y farolitos, cierra el cortejo...

Su atractivo y original testimonio instruye y entretiene. Y el texto en sí mismo, por su génesis, su singular retorno a la isla que lo motivó, y por lo que se refleja, constituye una curiosidad editorial, incluso para el lector no especializado que puede sin embargo encontrar placer en descubrir junto a un científico francés, los esplendores y miserias del Puerto Rico del siglo XVIII.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

**Lambros Comitas: The Complete Caribbeana
(1900-1975); a bibliographic guide to the
scholarly literature. Millwood, Nueva York:
KTO. Press, 1977 (4 vol.)**

Joel P. Benjamin

Esta bibliografía, auspiciada por el Research Institute for the Study of Man (Instituto de Investigaciones para el Estudio del Hombre), es una edición corregida, aumentada y actualizada de la anterior *Caribbeana* (1900-1965) del mismo editor. Al igual que esta última, la presente bibliografía es sin lugar a dudas la más útil herramienta para la exploración de todo el rango de materiales de investigación publicados sobre el Caribe. Su valor se hace aún más evidente en un contexto en el que el control bibliográfico de los materiales producidos dentro y fuera de la región deja mucho que desear.

La obra, que incluye entradas en diversos idiomas, cubre un área geográfica definida por las que fueron o son posesiones de Gran Bretaña, Holanda, Francia y los Estados Unidos en la región del Caribe.

Se excluyen los territorios españoles y Haití sobre la base de que acerca de los mismos existen materiales bibliográficos adecuados. Esta definición cultural incluye también las Guayanas y Belice. A diferencia de la edición anterior se incorporan las Bahamas y Bermuda.

El trabajo ordenado por materia, está dividido en sesentitrés tópicos de terminados más bien por el material en sí mismo que por un esquema de clasificación a priori.

Estos tópicos están distribuidos, en los tres primeros volúmenes respectivamente, en tres entradas generales: «Instituciones», «Pueblos» y «Recursos». El cuarto volumen contiene índices por autores y geográficos, lo que aumenta enormemente la utilidad de la obra. El formato de las entradas y el diseño de las páginas, manteniendo el estilo de la primera edición, son excelentes a los efectos de una rápida identificación y recuperación de la información.

Son especialmente útiles los indicadores geográficos específicos para cada tópico. Se entiende que inevitablemente, la localización que se da para los materiales, con una excepción, sean bibliotecas y otras instituciones en los Estados Unidos de América. Para el investigador del Caribe mismo, cuyo acceso es a los principales fondos y bibliotecas universitarias de la región, esto puede ser una desventaja: pero todo bibliógrafo conoce la imposibilidad de proporcionar localizaciones extensas.

En última instancia cualquier recopilación bibliográfica debe juzgarse no sólo por la medida en que guía al investigador de la cual él no tenía conocimiento, sino también por la medida en que no puede, por omisión, indicarle importantes materiales que existen. Con respecto a este primer criterio no hay duda alguna de que la obra, que representa varios años de esfuerzo en la recopilación, tiene éxito como herramienta para la investigación, especialmente por el exhaustivo acopio de monografías y artículos en publicaciones periódicas fuera de región. No obstante, cualquier bibliografía que intente abarcar la mayor parte de la región del Caribe, y que desde el título afirme ser una obra completa, se expone a un severo escrutinio. De hecho, Comitas modifica esta afirmación cuando escribe en el prefacio: «Estos cuatro volúmenes recopilan referencia sobre lo que considero que es una gran parte de los escritos académicos de la región en inglés, francés, holandés, alemán, español, papiamentu, ruso, sueco, danés y portugués.» Se admite que el trabajo no intenta referirse a ciertas categorías de materiales, en particular aquellos que son anónimos o sin autor conocido; pero dentro de los horizontes de los tópicos a los que se refiere (incluyendo las tesis), el número real de más de diecisiete mil entradas no abarca todo el rango del Caribe según la definición que se da de éste. Por razones obvias es de hecho imposible mostrar este déficit en términos de porcentaje, pero el ejemplo de Guyana puede ser significativo aquí. El total de tópicos que se enumeran llegan a unos mil ochocientos para el período 1900-1975, pero las pruebas de otras fuentes bibliográficas disponibles, cuando se combinan, sugerirían una cifra que por lo menos duplicaría esta. En el nivel de materia las omisiones son particularmente evidentes en las áreas de ciencias naturales y política —en esta última, los trabajos publicados en la región están muy pobremente representados.

Sin embargo, todo esto es comprensible dado el carácter monumental de la tarea, el hecho establecido de que los medios de acceso a las colecciones de *Caribbean* en el Caribe mismo están casi ausentes, y el hecho de que el control bibliográfico en la región deja mucho que desear. Sólo en los últimos años, por ejemplo, ha habido un esfuerzo concertado en los territorios del Caricom por producir bibliografías nacionales sistemáticas. Aunque es muy evidente que algunas de las principales colecciones de la región han sido examinadas para este trabajo, también lo es que otras colecciones importantes no han recibido el mismo tratamiento. La Caribbean Research Library (Biblioteca de Investigaciones del Caribe) —de la Biblioteca de Guyana— por

ciar un ejemplo, posee un número significativo de obras publicadas que no están incluidas en esta bibliografía.

Por definición de la palabra «académica», los trabajos de literatura de ficción están excluidas de *Complete Caribbeana*. La omisión deliberada de muchos informes gubernamentales especiales y otros materiales referidos, basados en criterios de publicación y paternidad de la obra, lleva inevitablemente a cuestiones de justificación. En primer lugar el tema de la paternidad de una obra tiene muy poco que ver con los valores de la investigación; y en segundo, conviene subrayar que gran parte del material de valor en el Caribe es generado por instituciones gubernamentales o semigubernamentales, y que mucho de éste recibe una distribución limitada (impresos o en otras formas de reproducción), no sólo por razones de sensibilidad del contenido y lo imperfecto de las conclusiones, sino por el simple hecho de que las escasas finanzas así lo determinan.

En realidad, en cierta contradicción con la norma general en todas partes, tales materiales a menudo son publicados completos cuando se considera que el contenido no tiene valor investigativo. En todo caso, Comitas afirma específicamente que no se hizo ningún intento de juzgar críticamente los tópicos incluidos, y uno tendría que suponer por lo tanto que la decisión de pasar una línea en determinado punto estuvo determinada principalmente por consideraciones prácticas de dificultades bibliográficas para incluir los materiales en cuestión —y por tales consideraciones un investigador o articulista no puede tener un criterio válido, lo que es ligeramente lamentable.

Inevitablemente, en una obra de tan vasto volumen y horizonte, debe haber errores. Más específicamente, hay referencias geográficas equivocadas. Es para el infinito crédito del editor y de sus asistentes editoriales que haya tan pocas. De hecho, ninguna de las observaciones hechas arriba le restan valor general a la obra, algo que será difícilmente superable en el futuro cercano o distante. La *Complete Caribbeana* es una herramienta para el trabajo investigativo indispensable, y ahora pueden esperarse futuras ediciones que abarquen los años posteriores a 1975 como un rasgo más o menos permanente del escenario bibliográfico caribeño.

Traducido del inglés por Blanca Acosta.

PAUL LARAQUE:
LES ARMES QUOTIDIENNES. POÉSIE
QUOTIDIENNE, Ciudad de La Habana, Ed.
Casa de las Américas, col. Premio 1979

Luis Alvarez Alvarez

En 1948, en un artículo sobre «La moderna poesía haitiana», Paul Verna apuntaba¹: «Si examinamos la evolución de nuestra poesía en el curso de los últimos veinte años, nos encontraremos con los numerosos esfuerzos encaminados a desarraigar al poeta de la influencia francesa, insuflarle nueva vitalidad a nuestra literatura y crear una poesía haitiana en sus elementos definidores».

Y, en efecto, así había sido. Las primeras décadas del siglo XX en Haití presenciaron una eclosión de búsquedas. Orientados hacia el descubrimiento de raíces profundas, los intelectuales de ese país —tal como, en otros sentidos, trabajaban sus coetáneos cubanos— inician la batalla contra estériles moldes importados y asumidos sin verdadero criterio selectivo. Buena parte de esta batalla cultural ha sido librada en Haití por la sociología. Pero la literatura asumiría tareas de indudable importancia. Un primer momento de esa lucha estaría marcado por la negación apasionada de lo europeo. Así, Philippe Thoby-Marcelin, activo colaborador de la *Revue Indigène*, expresaba con ardor este rechazo en su poema «Sainement».²

Jurant un éternel dédain aux raffinements
européens,
Je veux désormais vous chanter:
révolutions, fusillades, tueries,
Bruits de coco-macaque sur des épaules

¹ Paul Verna: «La moderna poesía haitiana», en: *Revista Nacional de Cultura*, Caracas, no. 68, mayo-junio de 1948.

² Citado por Naomi M. Garret en *The Renaissance of Haitian Poetry*, Dôle-du-Jura, Ed. Présence Africaine, 1963, p. 94.

noires,
Mugissements du lambi, lubricité
mystique du Vaudou,
Vous chanter dans un délire trois fois
lirique et religieux.

Hay, pues, inicialmente, un volver las espaldas a todo esquema europeo, afrancesado, para buscar la expresión de esferas de la vida del país que, consideradas ajenas a los modos del Viejo Continente, aparecen en principio como vinculadas de manera exclusiva con primigenias raíces africanas.

Se trata, ante todo, de la exaltación de la patria y su carácter indudablemente único y particular. La poesía tendrá importancia especial en este momento, por ser, sin duda, el ámbito literario de mayor energía y tradición en el país. Habrá, pues, un verdadero renacimiento poético, gracias a esta búsqueda de la identidad haitiana esencial.

Pronto, sin embargo, va siendo evidente que Haití, «cette terre de querelles mesquines, sanglantes et inutiles», como la llamara amargamente el poeta Jacques Antoine en 1933, ese país desgarrado por la injusticia social imperante y el sojuzgamiento a la ambición imperial norteamericana, posee un rostro cuyos perfiles son más complejos —más ricos— que los que ha trazado inicialmente la indagación meramente africanista.

En efecto, la agudización progresiva de la lucha de clases en el ámbito caribeño irá haciendo sentir en una y otra orilla del Caribe que se trata de una verdadera comunidad de cultura de intereses y de destino. Así, con la incisiva finura característica de su genio, lo percibió Jacques Roumain, quien llamó la atención sobre el desconocimiento mutuo y sobre el hecho de que en Haití no se conocieran otras voces caribeñas que comenzaban a alzarse con similares objetivos: «Et pourtant voilà des écrivains de notre hémisphère, puissants, originaux. Et la terre qu'ils chantent est soeur de la vôtre».

Se trata también, en lo que a Haití se refiere, del descubrimiento gradual de la identidad múltiple y una de este país: no europeo, cierto, pero tampoco estrictamente africano. Tierra hermana de Puerto Rico, de Cuba, de Jamaica..., tierra explotada y saqueada del Caribe: su rostro comienza gradualmente a ser trazado en la poesía con los tonos exactos que la hora requiere.

Es así que, dos años antes de que Paul Verna hablase de la nueva vitalidad que se trata de insuflar a la literatura haitiana, un joven poeta envía un manuscrito a André Breton. En él, con serenidad inusitada en su edad, su autor describe sin embargo el objetivo que descubre tras el tumultuoso presente:³

³ Paul Loraque: *Ce qui demeure*, Montreal, Ed. Nouvelle Optique, 1973, p. 30.

Le vent qui brouille l'espace
Est tempête en mon âme
Mais voici l'espérance
Une voix sans couleur
Chargée de toutes les chaînes brisées
A remué le soir du monde
Et tout être de chair est labouré.

Ce qui demeure, el libro enviado a Breton —y no recibido por obra y gracia de la oficiosidad de la censura dictatorial haitiana—, iniciaba a Paul Laraque en la poesía con un timbre seguro. Lejos de rechazar los esquemas europeos, su autor tomaba estos para transformarlos o, más bien, para transculturarlos y convertirlos en recipiente legítimo de su clima antillano.

Admirador sincero de los rasgos más positivos del surrealismo, del impulso inicial de Breton y sus seguidores, Laraque recrea los recursos —escritura automática, búsqueda de la volición desnuda y simple, ejercicio exaltado de la libertad de creación— de esta tendencia, pero, al supeditarlos a sus propios fines —la captación de esencias principales de su pueblo— los libera de cuanto en ellos hay de malabarismo estéril y, a menudo, palabrería engañosa. Así, *Ce qui demeure* deja ante todo el regusto de aquellos poemas en que logra el escritor asumir la misión de un intérprete, mensajero carente de misterios, limitado a decir la verdad que es asumida cada vez con mayor claridad por los hombres de su tierra:⁴

Et transmet le message
C'est un cri d'aube
Un horizon forgé de joie
Il faut marcher dans l'âme du soleil
La clarté des eaux
Et la paix des labeurs
Le coumbite dira la fraternité retrouvée
Et la riche promesse des semences.

El camino iniciado en este cuaderno de la década del cuarenta, alcanza más elevado rango en un libro bivalvo, que obtuvo en 1979 el premio de poesía del Concurso Casa de las Américas: *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne*.

Esta elevación del diapasón tiene tal vez que ver con los fines propuestos. En efecto, *Ce qui demeure* es portador de una visión abarcadora, que parte de Haití, pero que no se detiene con exclusividad en esta tierra. Su verso es ante todo un ademán frente a los hombres, su palabra es un consejo que se de-

⁴ *Ibidem*, p. 32.

ciama o se murmura, pero también que se lanza con aspiración de transitar por todas las fronteras:⁵

Je ne subordonne l'esprit
Dans Athènes renouvelée
Le doigt du sage indique la route
Bannie la crainte
Et bannie l'Heure des stupeurs
Le mot d'Apollon est sortilège
Non pour quelque mirage
Mais l'oasis qui attend le pas de la fatigue

Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne, sin embargo, logra una pulsación más firme que el primer cuaderno. Ciertamente, el horizonte es más ceñido, la aspiración, tensada en una dirección única, alcanza una fuerza más directa y ahondadora. No es, como *Ce qui demeure*, un juvenil intento de abarcar el universo mediante *la grande vague de musique* de la poesía. Es, transcurridos los años, madurada la vida combatiente, reflexión penetrante en la poesía de su pueblo, en las armas que los hombres de su tierra, cada día, levantan defendiendo *les arbres de la vie nouvelle*.

Y es que, ante todo, hay en *Les armes quotidiennes. Poésie quotidienne* una actitud conciente frente a la poesía:⁶

La poésie nous est d'abord donnée. Puis, il faut la mériter. Un jour, l'idée m'est venue d'écrire un poème où tout au moins un vers chaque jour, à l'aube, entre sommeil et réveil. À ce moment privilégié, les images s'offrent à profusion et se perdent de même faute d'être prises dans le filet de la mémoire. Il s'agit donc de les capter à la source; mais ce n'est pas un retour pur et à l'écriture automatique.

(...)

Poésie est dialectique. Contradiction elle-même, elle vise à la résolution de toute contradiction. Quand l'histoire pose à un peuple la question de vie ou de mort, il est naturel que la poésie devienne arme quotidienne; le miracle est que la vie même devienne poésie quotidienne.

En este libro, pues, presidido por una reflexión profunda, la materia prima suministrada a Laraque por la existencia objetiva y por sus propios sueños, es aquí organizada con selección cuidadosa. Ésta es evidente en la estructuración misma del libro, que es, a mi juicio, uno de los momentos difíciles de todo acto de creación. Porque, en verdad, un libro de poemas no es, al fin y al cabo, más que un único poema, enorme y complejo, cuyos versos

⁵ *Ibidem*, p. 40.

⁶ Paul Laraque: *Les armes quotidiennes, Poésie quotidienne*, p. 9, 10.

son, a su vez, poemas en sí mismos. Así, este libro contiene dos partes discernibles: la de la poesía altamente subjetiva, personal, surgida de las percepciones de cada día; y la de las armas cotidianas, esgrimidas por él y por su tierra de Haití —pero no sólo por esta, sino por todo el Caribe, la América aún sojuzgada— en la lucha continua que habrá de terminar con la victoria de los pueblos. Poema bifronte, adquiere una cohesión profunda en el tránsito continuo —en poemas, en versos, en tópicos entrañables— de un ámbito a otro, hasta que en la retina del lector se hayan fundido, dinámicas y enteras, ambas esferas de la vida.

Este recurso se inicia ya en el verso mismo. Laraque descubre desde el inicio cómo lo enamora este juego vital de transparencias, en que se van diluyendo las palabras y sus límites externos. Este proceso se realiza no de modo automático, sino de acuerdo con internas resonancias del sentido: así, desde los títulos «Merveille de l'aube ou l'aube vermeille», o el poema en que las palabras se atreven a la variación melódica, pero la finalidad de integrar firmemente un movimiento, una percepción del espíritu,

La lagune de tes yeux a mis feu à la forêt des rêves
La forêt des rêves a mis feu à la lagune de tes yeux
La lagune des rêves a mis feu à la forêt de tes yeux
La forêt de tes yeux a mis feu à la lagune des rêves,

o, también, el ancestral, poético recurso de la intensificación progresiva, en que una percepción va transmutándose por asociaciones incontrolables y fluyentes:

ta lèvre est ma blessure
c'est le rouge de la première aurore
ou agonisent les marchands d'or
le sang du peuple doucement bout
comme le cœur de l'eau à sa source
mais quand viendra le fleuve
rien n'arrêtera la marche des prolétaires
un soleil nouveau éclaire la terre

Así van fundiéndose en una la esfera íntima y la externa: el erotismo exalta toda cruza sin transición del cuerpo de la amada, carne latente y conocida, y se une al cuerpo mismo de la patria. Porque Laraque busca aquí, de forma patéticamente espontánea, una poesía que sea para él —para su pueblo— verdadera (je te mêle à ce qui m'est cher / tu es le sang dans la chair / tu t'attristes et souris dans le yeux des paysans). Y los dos rostros de su libro cobran la intimidad de una charla de Laraque con su gente, con los sueños que alimenta y que *permanecen* en él con plena fuerza y total convicción. Por esto se mezclan, sin mínima censura, las formas más variadas de su voz: la poesía prosaística, como la del poema «*de la poésie du printemps à*

celle de l'automne, al poema-salmo dedicado al Che Guevara; desde el refinado haï-kai «*Écho*» hasta el tono de cuento popular de «*La guerre et la paix*»; desde el conmovido, objetivo retrato de «*Harlem*», hasta la magia de «*Alice au pays des merveilles*».

Ha conseguido, pues, Laraque presentar a plena luz en este libro su poesía, hecha de trascender las herencias particulares de su voz hasta lograr la identidad exacta de su pueblo, eslabón imprescindible del ámbito caribeño. Y presentar sus armas, que son las de Haití, las de los pueblos difícilmente dominados de la tierra, *dont le réveil sera terrible*, y con los cuales el poeta une su suerte, para decir, al fin y al cabo, como Roumain: *je ne veux être que de votre race / ouvriers paysans de tous les pays*.

Fondo Editorial
Casa de las Américas

José Juan Arrom: Estudios de lexicología antillana

Sergio Valdés Bernal

Recientemente, la Casa de las Américas publicó un nuevo título de su colección «Investigaciones», *Estudios de lexicología antillana*. Se trata de una serie de artículos de carácter lingüístico del investigador cubano José Juan Arrom. La edición de este libro ha coincidido precisamente con el aniversario setenta del profesor Arrom. Tal coincidencia acaso responde al interés del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas por dar a conocer a nuestro pueblo la labor que destacadamente realiza en el extranjero este modesto y erudito coterráneo nuestro.

José Juan Arrom nació en Holguín, Cuba, el 28 de febrero de 1910. De joven partió hacia los Estados Unidos de Norteamérica, donde continuó sus estudios y se graduó de bachiller, en 1937, en la Universidad de Yale. En 1940, se licenció con el título de Master of Arts, y un año después obtuvo el título de Doctor en Filosofía. Desde esa fecha ha ejercido como profesor de español en la ya mencionada universidad. Por otra parte, ha impartido cursos de verano en las universidades de La Habana (1946), de Arizona (1961), así como en el Instituto Caro y Cuervo (1960), de Colombia. Además, ha tomado parte en numerosos congresos y eventos internacionales y ha sido elegido miembro de numerosas academias, como la Connecticut Academy of Arts, Academia Cubana de la Lengua Española, Academia de Artes y Letras de Cuba, Real Academia de Córdoba y, en época más reciente, fue designado miembro de la Academia Norteamericana de la Lengua Española.

Sus investigaciones han sido publicadas en diversas revistas como la de la Academia Nacional de Artes y Letras de Cuba, *Boletín de la Academia Cubana de Lengua*, *Revista Bimestre Cubana*, *Vida Hispánica* (Inglaterra), *Revista Iberoamericana* (México), *Thesaurus* (Colombia), *Revista Nacional de Cul-*

nica (Venezuela), *Romantic Review* (EE.UU.), entre otras. En los últimos años el profesor Arrom ha centrado su interés en divulgar el legado de las culturas aborígenes antillanas. Muestra de ello es el cuidadoso estudio sobre la «Relación acerca de las antigüedades de los indios», escrita por el padre Ramón Pané en los comienzos de la colonización (publicada por la Editorial Siglo XXI, México, 1974, así como el libro *Mitología y artes prehispánicas de las Antillas*, Ed. Siglo XXI, México, 1975. Los *Estudios de lexicología antillana* también son el resultado de esa incesante investigación del profesor Arrom sobre el remoto pasado aborígen y su indiscutible presencia en el presente.

Encabeza esta selección de artículos de Arrom su discurso de ingreso a la Academia Cubana de la Lengua, leído en sesión solemne el 23 de abril de 1964, con el que trata de descubrir el desconocido origen del nombre de nuestra patria: *Cuba*. Basándose en las narraciones de los cronistas y en los documentos de la época, así como en las investigaciones realizadas por lexicólogos cubanos y extranjeros, logra demostrar que nuestra isla lleva un nombre aborígen, cuyo significado es el de «tierra», «terreno» o «territorio». El segundo estudio, «sobre el presunto africanismo de unos topónimos antillanos», publicado por primera vez en la prestigiosa revista hispana *Boletín de Filología Española*, (Madrid, año VIII, nos. 28-29, 1968), es una incursión en la toponimia cubana. Con este trabajo demuestra que determinados nombres de lugar, como *Macaca*, *Cacocum*, *Yaya*, *Arabo*, *Banacocum* y *Casimba*, considerados como de origen africano por no pocos lingüistas, en realidad son de procedencia indígena.

También versa sobre la toponimia indoantillana el estudio quinto, «Baneque y Borinquen: comentarios en torno a un enigma colombino», publicado originalmente en la *Revista del Instituto de Cultura Puertorriqueña*, (Río Piedras, año XIII, no. 48, 1970). Con esta interesante y útil investigación el profesor Arrom logra aclarar una confusión que durante mucho tiempo se ha mantenido en torno a la fecha del descubrimiento de la hermana isla de Puerto Rico y de su nombre aborígen.

La duda surgió en el siglo pasado, cuando Luis Lloréns Torres trató de identificar la desconocida isla de *Baneque* con la de *Borinquen*, o sea, Puerto Rico, sobre la base de las anotaciones en el *Diario de Navegación* de Cristóbal Colón. Además, la investigadora puertorriqueña Alba Vallés Formosa, quien realizó un estudio lingüístico de ambos vocablos, puso de nuevo en boga esta hipótesis en 1967. El profesor Arrom, mediante un profundo análisis lingüístico y apoyándose en documentos históricos de la época, demuestra lo insostenible de tal teoría. Arrom llama la atención sobre el incorrecto análisis etimológico que realizaron Lloréns —quien se basó en Cayetano Coll y Toste— y Vallés Formosa. Comparando la estructura de diversos vocablos de origen aruaco, Arrom logra descifrar el significado del topónimo *borinquen*, el verdadero nombre indígena de Puerto Rico. Por otra parte,

la minuciosa revisión de los apuntes hechos por Colón le permiten hacerse una idea más precisa del derrotero del Almirante y de la ubicación geográfica de las islas caribeñas señaladas en el *Diario de Navegación* con nombres españoles o aborígenes.

Conuco y *guajiro*, dos de las voces indoamericanas de mayor uso en el español de Cuba, son analizadas en el tercer estudio, publicado por primera vez en el *Boletín de la Real Academia Española* (Madrid, Cuaderno CXC, 1970) con el título de «Para la historia de las voces *conuco* y *guajiro*». Arrom inicia este estudio señalando la profusión de ambos vocablos mucho más allá del ámbito insular antillano. En segundo lugar, compara los apuntes de cronistas como Las Casas, Ramón Pané y Oviedo; analiza las opiniones de estudiosos de la lengua, como Bachillier y Morales, Pichardo, Ortiz, Friederici y otros; revisa los registros en lenguas araucas hechos por misioneros, como el Padre Sagot, Civrieux o de investigadores que convivieron con los indios aruacos de Surinam (Goeje, Brinton). Todo ese extenso material reunido es procesado por Arrom, quien finalmente logra descifrar el verdadero significado de ambas palabras.

Las conclusiones a que llega el destacado investigador cubano le permiten manifestar que *conuco*, voz aruaca, significa «labranza»; mientras *guajiro* equivale a «nuestro compañero» o «compatriota». El zoonimo *manatí*, de tan controvertido origen, es analizado por Arrom en el estudio que denominó: «*Manatí*: el testimonio de los cronistas y la cuestión de su etimología», que fuera publicado en el *Boletín del Museo del Hombre Dominicano*, no. 2, octubre de 1972. Tan misterioso fue para los españoles este mamífero como lo fue hasta hace poco su nombre indígena. Cuando Colón por primera vez vio un manatí, lo asoció con las sitenas, como documenta en el *Diario de navegación*. El segundo cronista en mencionar a este animal fue Mártir de Anglería, cuya descripción vale la pena releer en el libro de Arrom. Fernández de Oviedo, por su parte, también hace una descripción muy fantástica de este animal en su *Historia general*.

Por cierto, a Oviedo se debe que durante muchos siglos se pensase que este céraceo debía su nombre a los españoles, ya que el cronista comenta que: «tiene solas dos manos o brazos cerca de la cabeza, cortos, e por eso los cristianos le llamaron manatí».

Arrom, al consultar las diversas crónicas publicadas, logra seguir el hilo que propició la confusión que persiste hasta nuestros días, relacionada con el verdadero significado de la palabra *manatí*. Basándose en lo documentado por Raymond Breton y Lucien Adam, así como en las investigaciones más recientes de Joan Corominas y Marcos A. Merínigo, quienes con «sólido saber lingüístico han demostrado la imposibilidad de que *manatí* pueda haber tenido un origen latino o español» (p. 68), Arrom logra establecer la relación que existe entre la voz *manatí* y las palabras caribes equivalentes a «pecho», «mama» o «teta» en español.

Otro vocablo muy propio del español en nuestro país, de uso en la región oriental de Cuba, es *cutara*, vocablo al que Arrom dedica otro no menos interesante estudio lingüístico: «Cutara-cotiza: su origen, difusión y sentido», publicado originalmente en el *Boletín de la Academia Norteamericana de la Lengua Española* (no. 1, New York, 1976). En Santiago de Cuba llaman *cutara* a lo que los habaneros denominamos «chancleta». Para descifrar el origen de la palabra, considerada por algunos lingüistas como africanismo o hispanismo, Arrom debió estudiar detalladamente las anotaciones de los cronistas Las Casas, Sahagún y otros que documentan el vocablo. Asimismo, las observaciones de lexicógrafos como Zayas, Kany, Corominas y Friederici le fueron de gran utilidad.

Una vez hecho el análisis, el resultado que nos ofrece Arrom es que *cutara* es un vocablo de origen arauco, compuesto de los morfemas *cuti*, «pie», y *ara*, «corteza» o sea, «corteza del pie», que equivaldría a la voz española «calzado». Además, como según De Goeje existe un sufijo *sa* en lokono con el significado de «lo que tiene superficie propia», esto permite concluir a Arrom su estudio explicando que (p. 122):

Es decir, que *sa* «escama, cutícula» en lokono corresponde a *ra* «cáscara, corteza» en taíno. Y una vez hallado el origen de *cotisa* entonces sí actúa el sufijo español, aunque sólo en cuanto a la grafía: por analogía escribimos *cotiza* aunque, desde luego, pronunciamos *cotisa*. Y de ser cierto el parentesco entre ambas voces, quedaría demostrado que son, en realidad, dobles criollos de un temprano préstamo arahuaco.

«*Arcabuco, cabuya* y otros indoamericanismos en un relato del P. José de Acosta», es otra de las investigaciones de Arrom sobre el legado lingüístico indoantillano. En esta oportunidad, el autor trabaja con el poco conocido relato *Peregrinación de Bartolomé Lorenzo* del padre José de Acosta (1540-1600), uno de los cronistas más destacados del siglo XVI, autor de la famosa *Historia Natural y Moral de las Indias*. Aunque Arrom menciona numerosos aruauquismos que aparecen en este relato, centra su interés en los vocablos *arcabuco* y *cabuya*. Al igual que en los estudios anteriores, como resultado de un profundo estudio, Arrom logra brindarnos el fruto de su quehacer lingüístico, al aclarar las dudas respecto al origen y el significado de estas voces. Concluye este estudio con una especie de llamado, para que otros lingüistas emprendan el camino ya transitado por el autor (p. 141):

Las pesquisas a que nos han llevado *arcabuco* y *cabuya* evidencian cuán dilatadas y complejas pueden resultar esas investigaciones. Y asimismo, cuán urgidos estamos de que se hagan. Los indoamericanismos que han ingresado en nuestra lengua la han enriquecido confiriéndole ductibilidad, concisión, exactitud y vigor. No son, pues, menos merecedores de aten-

ción que el caudal léxico con que contaba antes de extenderse por las vastas regiones donde se habla hoy.

Uno de los estudios más interesantes de esta colección es «Aportaciones lingüísticas al conocimiento de la cosmovisión taína», en la que Arrom hace derroche de conocimientos sobre la cultura material y espiritual indoantillanas. En esta investigación, mediante el estudio de los vocablos aborígenes que se han preservado en el español de las Antillas, Arrom trata de descubrir el mundo de los indios, los lugares que conocían, su incipiente organización social, los objetos de la flora y la fauna, etc. Por ejemplo, el autor de los *Estudios*, con su forma sencilla y amena, nos explica el significado de las voces *caribe*, *ciboney*, *ciguayo*, *lucayo*, *macorige* y *taino*, vocablos que los cronistas documentaron «en lengua de indios» y que en español han servido como denominadores de diversos grupos culturales indoantillanos. No escapan a su enfoque etimológico los antropónimos *Anacaona* y *Caonabo*, así como algunos topónimos. Los análisis de voces como *cacique*, *babari*, *datiao*, *guamiquina*, *guatiao nitaño* y *naboria*, no sólo son de interés para los lingüistas y lectores en general, sino también para aquellos que se dedican a las investigaciones históricas y etnográficas sobre las primitivas comunidades aborígenes del Caribe.

Respecto a la flora, Arrom nos deleita con sus análisis etimológicos de las voces *güira*, *hicaco*, *higüera* y *maíz*. El destacado catedrático de Yale concluye su estudio recordando algo que a veces pasamos por alto, ya que los indios «...no sólo nos precedieron en estas islas, sino que en parte sobrevivieron, lingüística, cultural y a veces biológicamente, entre nosotros y dentro de nosotros», (p. 110)

Los *Estudios*... concluyen con dos trabajos, en los que se analizan etimológicamente las voces *chévere* («Notas sobre el origen de la palabra *chévere*») y *congrí* («*Congrí*: apostilla lexicográfica a un cuento de Carpentier»). El vocablo *chévere*, bastante común en Cuba, México y Puerto Rico, disfruta de gran popularidad como calificador de «lo bueno», «lo estupendo», «lo fabuloso». Mediante el estudio de documentos de la época y de los registros en los diccionarios de americanismos, Arrom logra hallar el origen de la voz, que no es otro que el apellido de una destacada personalidad, Monsieur Chièvres, quien en su tiempo fue famoso por su poder e influencia.

En lo que respecta al vocablo *congrí*, a Arrom le llamó la atención que Carpentier utilice ese vocablo en su relato «Los fugitivos»: «Pues bien, ¿qué encanto encontró Carpentier en la voz *congrí* para insertarla en su prosa? ¿Cuál es su origen?». Para descifrar su significado, Arrom hace un análisis crítico de las opiniones de los lexicógrafos que han registrado la voz. Finalmente, propone la hipótesis de que *congrí* se deriva de *congue et riz*, frase creada por los colonos franceses de Haití que se asentaron en la región oriental de Cuba. A modo de conclusión, el autor del libro expone los mo-

tivos por los cuales una de las figuras más relevantes de nuestra literatura recurrió a este vocablo como recurso de ambientación (p. 160):

El íntimo conocimiento que Carpentier tiene de la cultura caribeña le ha permitido descubrir las resonancias y el colorido de la voz *congrí*. Con gesto resuelto la incorpora a su prosa y rescata así un término que hasta entonces sólo había tenido un carácter local. Por ello no podrá decirse de este fino catador de la cocina criolla, lo que Sor Juana le replicó a un pedante arzobispo de Puebla: que si Aristóteles hubiera guisado, más hubiera escrito.

Es menester resaltar que los diez artículos que comprenden los *Estudios de lexicología antillana* son un aporte al mejor conocimiento del plano léxico de nuestra lengua. Arrom, con esa antología, nos entrega el resultado de muchos años de investigación. Su sencillo lenguaje, la forma de explicar las cosas, hace accesible a todos el fruto de su trabajo. En la mayoría de los casos, el análisis de los vocablos comprendidos en los *Estudios...* supera en calidad y profundidad el hecho por los diccionaristas antillanos del presente siglo (Zayas, Ortiz, Tejera, Malaret, entre otros). Si bien es cierto que reconoce el aporte de los mismos, cuando es necesario señalar un error, lo señala con la convicción de que es imprescindible continuar adelante, aunque se tenga que criticar a las «figuras sagradas» de la lexicología antillana. Esta forma de actuar, que es la del verdadero científico, nos demuestra que, en determinados casos, se hace necesario revisar las opiniones y planteamientos de aquellos lexicólogos cuya palabra era considerada hasta no hace mucho como decisiva, al menos en lo que respecta al campo de los estudios lexicológicos.

Arrom, en la introducción a su libro, cita a Nebrija: «Mas fue necesario de nos atrever, y por el provecho de muchos someterlos al juicio de los que saben y no saben». Aprovechamos esta bella cita, como reseñadores de los *Estudios de lexicología antillana*, para llamar la atención sobre algunas de las manifestaciones hechas por el autor, así como sobre el uso de determinados vocablos o términos.

En primer lugar, el profesor Arrom utiliza el vocablo *taíno* como denominador de la lengua aruaca que hablaba parte de la población aborigen de las Antillas Mayores. Numerosos han sido los lexicógrafos que han utilizado esa voz con la misma finalidad. Ahora bien, ¿quiénes eran los taínos? Como el propio Arrom señala en su estudio «Aportaciones lingüísticas al conocimiento de la cosmovisión taína», página 94, Anglería documenta la voz en boca de los indios que en determinado momento entraron en contacto con el Almirante. Taíno, como explica el cronista y como lo demuestra el análisis etimológico hecho por Arrom, significaba «noble», «prudente». Esta palabra la utilizaban los indios de La Española, para que los españoles no los confundieran con los aguerridos y despiadados caribes, quienes también te-

nían la costumbre de deformarse el cráneo, por lo que a simple vista los llamados caribes y los supuestos taínos parecían ser un mismo grupo cultural.

Lo cierto es que los españoles se acostumbraron a llamar a parte de los indios de las Antillas Mayores con ese nombre. Es decir, que una palabra utilizada por los indios como calificadora, al incorporarse a la lengua española devino en etnónimo. Con el tiempo, los españoles fueron diferenciando los indios de estas islas con otros nombres, como *lucayo*, *ciboney*, *guanabatabey*, *macorige* y *ciguayo*. Hoy día se sabe que, con la excepción de los supuestamente llamados guanabatabeyes y acaso los macoriges y ciguayos, el resto de la población autóctona hablaba una misma lengua aruaca, como lo demuestra el léxico preservado y la toponimia de procedencia indoantillana. Por ese motivo, se prefiere recurrir a la denominación de *aruaco insular* como denominador de la lengua que hablaban los llamados lucayos, ciboneyes y taínos. Además, las evidencias arqueológicas y los estudios más recientes de esa especialidad, confirman la necesidad de recurrir a otra terminología, pues la realidad indoantillana, al parecer, era mucho más compleja que la simple división a la que nos acostumbraron los colonizadores.

En otra parte de su libro, concretamente en la página 105, Arrom explica que:

Es más, si de algo sirven los términos que hemos analizado sería precisamente para indicar que los taínos se dieron una estructura social sin divisiones extremas, ya que, como se ha visto, en el fondo todos eran taínos, todos «nobles», todos «hombres». Y si a esto se añade la abundancia de la tierra y la suavidad del clima, es fácil de comprender que su cosmovisión fuese la de un mundo ordenado, luminoso y feliz, e incluyese una sociedad justa y humanitaria, sin esclavos y sin castas.

Tal visión idílica del mundo indoantillano, sin lugar a dudas, se debe al gran amor que siente el autor de los *Estudios...* hacia nuestros ya desaparecidos aborígenes. Si bien es cierto que era una comunidad primitiva, en la que no existía una verdadera división de clases, no menos cierto es que ya ese proceso comenzaba a gestarse. Existía el *cacique* o jefe de la tribu, quien disfrutaba de una autoridad ilimitada para decidir las cuestiones de la tribu, privilegio que era hereditario, además del de ser mantenido por el trabajo del colectivo que dirigía. Una incipiente división jerárquica estaba representada por los nitaínos, los «nobles y principales», acaso una especie de consejeros y los *naborías*, «el resto», «lo que queda», o sea, los «trabajadores o sirvientes», al decir de Las Casas. Una figura importante era la del *behique* o hechicero. Además, existían otros vocablos, como *guamá*, *baharí* y *guamiquina*, que traslucen diversos conceptos respecto del tratamiento social intertribal.

Por otra parte, en la época de la conquista, los llamados taínos eran un pueblo invasor, en proceso de expansión, como señala el propio Las Casas.

Algo similar había ocurrido en la vecina isla de Haití. Si a esto añadimos las dificultades que tenían que confrontar los indios con su agricultura poco desarrollada —si la naturaleza fuese tan bondadosa, que bastaba tomar los frutos de las plantas, como en el paraíso, los indoantillanos no hubiesen tenido que dedicarse a la agricultura—, el desconocimiento de las leyes de la naturaleza, la incompreensión de los fenómenos naturales, las enfermedades, así como el difícil proceso de obtención de alimentos mediante la caza, la pesca y la recolección, comprenderemos que la vida de nuestros aborígenes no era tan feliz, como aparentemente parece a primera vista.

En la página 93 Arrom manifiesta que: «Es bien sabido que los idiomas reflejan y a la vez moldean la manera de pensar del pueblo que los habla». Realmente, tal planteamiento es polémico hoy día en la lingüística. No es esta la oportunidad para entrar en un largo debate sobre las relaciones entre lenguaje y pensamiento, así como sobre la forma de concebir la realidad, pues nos alejaría de la temática de esta reseña. Sin embargo, consideramos que es necesario llamar la atención sobre ello, debido a lo polémico de tal manifestación.

Arrom, en la introducción a sus *Estudios...*, explica que:

Debo aclarar que mis andanzas en este campo no son las de un lingüista profesional sino las de un animoso gustador de su idioma. Los estudios que aquí reúno a menudo obedecen a preocupaciones de carácter literario más que a propósitos exclusivamente lingüísticos. Y si me he lanzado a emprenderlos es porque existía un vacío que de algún modo era forzoso llenar, ya que atañe a las raíces mismas de nuestra lengua y nuestra cultura.

Realmente, los estudios recopilados en esta publicación de la Casa de las Américas plenamente documentan que el profesor José Juan Arrom es todo un especialista en lexicología antillana y que su labor en este campo ha logrado llenar algunos de los vacíos que aún existen, y que no nos permiten apreciar en toda su complejidad las raíces de nuestra lengua y cultura. Desconocer el legado aborígen a nuestra cultura, no sólo en la lengua, equivale a desconocer nuestra realidad. Los *Estudios...* de Arrom, además de constituir una seria investigación, son un llamado a continuar por ese camino que conduce al conocimiento de ese pasado que está presente en el subconsciente de todo cubano, ya que, como planteaba José Fornaris (*Poetas, La Habana, 1909*, p. 9), «¿Cómo negar que por naturaleza somos hermanos de los antiguos habitantes de Cuba?».

José Luciano Franco (1891)

Ensayista e historiador cubano. Fue administrador de la revista *Estudios Afrocubanos* y colaborador de *Social*, *Carteles*, *Mediodía*, *El Mundo* y *Hoy*. Ha sido profesor de la Universidad de La Habana y asesor del Instituto de Historia de la Academia de Ciencias de Cuba. Es asesor del Centro de Estudios del Caribe de la Casa de las Américas. Entre sus obras se encuentran: *Coloniales* (1933); *Antonio Maceo; apuntes para una historia de su vida* (1951-1957); *Folklore criollo y afrocubano* (1959); *Afroamérica* (1961); *Historia de la Revolución de Haití* (1966); *La presencia negra en el Nuevo Mundo* (1968); *Esclavitud, comercio y tráfico negrero* (1972); *Las conspiraciones de 1810 y 1812* (1977).

Manuel Rivera de la Calle (1926)

Antropólogo y profesor universitario cubano. Obtuvo el doctorado en Ciencias Naturales en la Universidad de La Habana (1949) y realizó estudios en el Instituto Real de los Trópicos de Amsterdam (1959-1960). Actualmente es director del Laboratorio de Osteología y Raciología del Museo Montané, Facultad de Biología, Universidad de La Habana. Entre sus obras se encuentran: *Las culturas aborígenes de Cuba* (1966) y *Actas. Sociedad Antropológica de la Isla de Cuba* (1966).

Rupert Lewis (1947)

Investigador y profesor jamaicano. Terminó estudios en la Universidad de las Indias Occidentales. En 1979 presentó su tesis de maestría: *A Political Study of Garveyism in Jamaica and London: 1914-1940*. Actualmente es profesor en la Universidad de las Indias Occidentales y editor de la publicación *Struggle*.

Haroldo Dilla Alfonso (1952)

Profesor y ensayista cubano. Graduado del Instituto Pedagógico Superior Enrique José Varona de la Universidad de La Habana. Actualmente es profesor del Instituto Superior Pedagógico Juan Marinello en Matanzas.

W. Richard Jacobs (1945)

Economista, periodista y profesor universitario granadino. Cursó estudios en las universidades de las Indias Occidentales y de Oxford. Impartió cur-

sos en la Universidad de Zambia y en la Universidad de las Indias Occidentales. Actualmente es embajador de Granada en Cuba. Ha publicado *Independence for Grenada. Myth or Reality?* (1974; en colaboración) y *Butler vs. the King. Riots and Sedition in 1973* (1975).

Ian Jacobs (1953)

Ensayista granadino. Realizó estudios en Kings College, Taunton, y la State University of New York. Actualmente es secretario permanente de la Oficina del Primer Ministro en Granada.

Kenneth Ramchand (1939)

Crítico literario y profesor universitario de Trinidad-Tobago. Cursó estudios en las universidades de Edinburgo y de las Indias Occidentales. Ha integrado la junta editora de la revista *Savacou*. Actualmente es profesor de la Universidad de las Indias Occidentales, sede St. Augustine. Entre sus obras se encuentran los volúmenes de crítica *The West Indian Novel and Its Background* (1970), *An Introduction to West Indian Literature* (1977), y la antología *West Indian Narrative* (1966).

Henri Bangou (1922)

Historiador y ensayista de Guadalupe. Cursó estudios en la Universidad de la Sorbona. Fue uno de los organizadores del Coloquio sobre la novela antillana (1967), celebrado en Pointe-à-Pitre. Actualmente está al frente de la alcaldía de Pointe-à-Pitre. Entre sus obras se encuentran *La Guadeloupe* (1962-70), *Problèmes de culture et de personnalité antillaises* (1967), *Le problème paysan à la Guadeloupe après 1848* (1970), *Période révolutionnaire à la Guadeloupe, 1789-1802* (1974).

Sergio Benvenuto (1930)

Ensayista, historiador y profesor uruguayo. Cursó estudios universitarios en Francia. Fue director de la revista *Artes*. Ha impartido cursos en la Universidad de la República (Montevideo) y en la Universidad de La Habana. Ha colaborado en publicaciones especializadas como *Historia y Sociedad*, *Gaceta de la Universidad de México*, *Tricontinental*, *Casa de las Américas*, *Universidad de La Habana*, etc. Actualmente imparte clases en la Escuela Nacional de Diseño, en La Habana.

Adelaida de Juan (1931)

Profesora y crítico de arte cubana. Realizó estudios en las universidades de La Habana, Yale, Londres y París. En 1976 integró el jurado de la Bienal de Cali. Ha colaborado en los volúmenes colectivos *América Latina en sus artes* (1974) y *África en América Latina* (1977) editados por la UNESCO. Actualmente es profesora en el Departamento de Historia del Arte de la Universidad de La Habana. Entre sus obras se encuentran *Introducción a Cuba: las artes plásticas* (1968), *Pintura y grabado coloniales cubanos* (1974) *Pintura cubana: temas y variaciones* (1978) y *En la Galería Latinoamericana* (1979).

Alejo Carpentier (1904-1980)

Narrador, ensayista, periodista y musicólogo cubano. Integró el Grupo Minorista, liderado por Rubén Martínez Villena, y fue fundador de la *Revista de Avance* (1927). Al triunfo de la Revolución, fue nombrado vicepresidente del Consejo Nacional de Cultura y director de la Editorial Nacional de Cuba. Doctor Honoris Causa de la Universidad de La Habana (1975), recibió los premios internacionales Cino del Duca (Francia), Alfonso Reyes (México) y Miguel de Cervantes Saavedra (España). Fue ministro consejero de asuntos culturales de la embajada de Cuba en Francia hasta su deceso. Entre sus obras principales se encuentran los ensayos *La música en Cuba* (1946) y *Tientos y diferencias* (1964), las narraciones de *Guerra del tiempo* (1958) y las novelas *El reino de este mundo* (1949); *Los pasos perdidos* (1953); *El acoso* (1956); *El Siglo de las Luces* (1962); *Concierto barroco* (1974); *El recurso del método* (1974); *La consagración de la primavera* (1979); *El arpa y la sombra* (1979).

Jaime Sarusky (1931)

Narrador, crítico y periodista cubano. Fue jefe de la redacción de *La Gaceta de Cuba* y responsable de la página cultural del periódico *Granma*. Actualmente es asesor del Ministerio de Cultura. Entre sus obras se encuentran las novelas *La búsqueda* (1961), *Rebelión en la octava casa* (1967) y las crónicas *El tiempo de los desconocidos* (1977).

Julio Le Riverend (1912)

Ensayista, profesor universitario e investigador cubano. Hizo estudios en la Universidad de La Habana y en el Colegio de México. Ha sido vicepresidente de la Academia de Ciencias de Cuba. Dirigió el Instituto de Historia y el Archivo Nacional. Actualmente es director de la Biblioteca Nacional José

Martí. Entre sus obras se encuentran: *Los orígenes de la economía cubana 1510-1600* (1945), *Llave del Nuevo Mundo* (1949), *Historia económica de Cuba* (1963), *La República: dependencia y revolución* (1966).

René Ménéil (1907)

Ensayista, crítico literario y editor martiniqués. Cursó estudios de Filosofía en Francia. Fue uno de los fundadores de *Légitime Défense* (Francia, 1932) y *Tropiques* (Martinica, 1941). Dirigió la revista *Action* (1963-1971). Actualmente es profesor en el Liceo de Fort-de-France.

Maximilien Laroche (1937)

Ensayista, profesor universitario y crítico literario haitiano. Realizó estudios en las universidades de Haití, Montreal y Toulouse-Le Mirail. Ha sido profesor en el Centro Universitario de las Antillas y Guayana, y actualmente imparte cursos en la Universidad Laval, Canadá. Entre sus obras se encuentran: *Haiti et sa littérature* (1963), *Le miracle et la métamorphose* (1970), *Le Romancero aux étoiles et l'oeuvre romanesque de Jacques Stephen Alexis* (1978) y *L'image comme écho* (1978).

Trudi Guda. — *Gertrude Marie Guda* — (1940)

Antropóloga y poeta surinamesa. Terminó estudios de antropología cultural en Holanda. Dirigió el Departamento de Cultura de Surinam (1969-71) y la publicación *Spanhoe* (1973-75). Integra la Fundación para la Información Científica, en Paramaribo. Ha publicado el poemario *De geur van Franchepane* (1970).

Nara Araújo (1945)

Profesora universitaria cubana. Licenciada en Lengua y Literatura Francesa en la Universidad de La Habana. Dirigió el Departamento de Cultura de la Universidad de La Habana (1974-1979). Actualmente es profesora de la Facultad de Filología en la mencionada institución.

Joel P. Benjamin (1943)

Investigador y profesor guyanés. Ha impartido cursos en la Universidad de Guyana. Se ha especializado en la investigación bibliográfica caribeña. Actualmente es director de la Biblioteca de Investigación del Caribe de la Universidad de Guyana.

Luis Alvarez Alvarez (1950)

Crítico literario y profesor cubano. Licenciado en Letras Clásicas de la Universidad de La Habana. Actualmente es profesor en la Facultad de Filología de la Universidad de La Habana y editor de la revista *Universidad de La Habana*.

Sergio Valdés Bernal (1943)

Lingüista cubano. Terminó estudios en la Universidad Carolina de Praga (1969) y obtuvo el grado científico de candidato a Doctor en Ciencias Filológicas en la mencionada universidad (1979). Actualmente es investigador del departamento de lingüística del Instituto de Literatura y Lingüística de la Academia de Ciencias de Cuba.

Fondo Editorial
Casa de las Américas